PAZ IRIBARNE



BILOGÍA MORGAN

LETAL

Letal

Bilogía Morgan Libro I

PAZ IRIBARNE

Derechos de autor © 2025 PAZ IRIBARNE

SAFE CREATIVE

Código de registro: 2511233773381

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Esta novela contiene escenas de violencia explícita y maltrato, escenas que pueden herir la sensibilidad del lector. Si eres una persona que le duelen y lo ponen sensible algunas temáticas relacionadas con estos temas, ten en cuenta esto antes de adentrarte en la historia.

Contiene escenas de sexo explícito entre hombres y lenguaje adulto, por lo que es apta para mayores de 18 años.

Esta historia está dividida en dos partes, esta es la primera.

Para mis amores inquebrantables. Los amo.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Advertencias
Sinopsis
1 En la jaula
2 Barud Sinclair
3 Negocios
4 Nunca olvidaré
5 Consecuencias
6 No te atrevas
7 Inspector Lisandro Bello
8 Reglas de juego
9 Locura y tragedia
10 Discusiones
11 Eres mi hermano
12 Despedida
13 Revelaciones
14 Preguntas incómodas
15 Las cosas se complican
16 Jesse Callum
17 Un nuevo imperio
18 Club de lucha
19 Invitación
20 Eres tú
21 Sospechas
22 Encuentro
23 Una verdad dolorosa
24 Primera vez
25 Lujuria
26 Cambio de juego

27 Demonios disfrazados de ángeles
28 De rosas, espinas y sueños.
29 El principio del fin
30 Cuentas pendientes
31 Guerra
32 Una victoria con sabor amargo
33 Somos familia
34 Puñal en el corazón
35 Deuda de sangre
36 Cara a cara
37 La verdad tardía
38 Recuerda este momento
39 La caída
40 Furia
41 Renuncia
42 Relación tormentosa
43 El precio de la traición
44 Águila sangrienta
45 Te amo, siempre te amaré
46 Voy a arriesgarme
Agradecimientos
Acerca del autor

Advertencias

Esta novela contiene escenas de violencia explícita y maltrato, escenas que pueden herir la sensibilidad del lector. Si eres una persona, a la cual, le duelen y lo ponen sensible algunas temáticas, ten en cuenta esto antes de adentrarte en la historia.

Contiene escenas de sexo explícito entre hombres y lenguaje adulto, por lo que es apta para mayores de 18 años.

Esta historia está dividida en dos partes, esta es la primera.

Sinopsis

Anael Morgan, «el Ángel», es el menor de una estirpe de asesinos a sueldo, marcada por la sangre y el dolor. Es uno de los tres sobrevivientes de una familia arrasada por la venganza de los Callum, los verdugos a los que Anael sueña con hacer desaparecer de la faz de la tierra, aunque carezca de fuerza y poder para lograrlo.

Después de que sus dos hermanos mayores deciden seguir con sus vidas tras encontrar el amor, Anael se queda viviendo entre las sombras del pasado y las ruinas del presente. Se aferra a lo único que siente que le queda: su amigo de la infancia, Barud Sinclair, traficante y aliado de confianza. Sin embargo, el submundo del que Barud forma parte comienza a incendiarse en una guerra feroz entre facciones, y la policía estrecha el cerco.

En el corazón de esa tormenta, la vida de Anael da un giro inesperado cuando cruza caminos con Lisandro Bello, un inspector incorruptible que despierta en él un amor prohibido y brutalmente intenso. Entre promesas de redención y el abismo de la caída, Anael deberá decidir si entregarse a la pasión y la esperanza, o abrazar los fantasmas de su linaje en una historia donde la traición y la lealtad caminan de la mano, y el verdadero peligro no siempre lleva un arma.

Lisandro es su última esperanza, pero ¿será también su verdugo?

1 En la jaula

¿Qué es la muerte?
¿Ese pasaje de ida hacia el resplandor?
¿Esa emoción de rendirse ante lo desconocido?
¿La necesidad de encontrarnos a nosotros mismos,
más allá de un cuerpo físico?
Sé lo que la muerte significa,
ha estado alrededor mío desde hace mucho tiempo.
Me ha arrullado por las noches cuando nadie más lo hizo.
No se confundan, no la amo, sin embargo, ella se enamoró de mí.
.—Paz Iribarne «Versos».

Prisión de Wandsworth, Gran Bretaña.

Siempre odié las rutinas, mis hermanos se acostumbraron a ellas con facilidad. Tenían a sus amores, vivían para ellos, los mimaban y engendraban bebés bonitos. Poseían una rutina que amaban y a mí, no me entraba en la cabeza. Mi mente todavía es incapaz de entenderlo ¿Puedes perdonarle la vida a la mujer que puso una bala en tu corazón y te dejo desangrándote? ¿La persona que colaboró en el asesinato de tus propios padres, de tus hermanos? Mi cabeza todavía no entiende cómo carajo te acostumbras a vivir en la clandestinidad y finges ser el guardaespaldas del hombre que es tu marido ¿Es eso correcto? ¿Puede darte paz esconderte de ser tú mismo?

«Lo amo».

Como si eso lo explicara todo, como si eso les diera vía libre para convertirse en su felpudo personal.

Jamás comprendí cómo el amor puede cambiarte tanto y con ello, justificar lo inimaginable ¿De qué manera podías lastimar a un punto

tal que el otro tardaría años en encontrar los fragmentos destrozados de su alma? ¿Aquellos pedazos en los que se dividió para ser digno, para ser merecedor de algo más que dolor y muerte?

Reconozco que soy, quizás, el más idiota de los Morgan, que mi ingenuidad no tuvo límites cuando miraba su cara en las ocasiones donde me sonreía. Nadie que tuviera esa belleza podía ser perfecto, Dios es muy justo con eso. Le dio belleza porque carecía de cerebro o escrúpulos. Habría sido feliz si solo fuera un tonto. Me habría sentido dichoso si, por una vez, la persona que quería no me diera la espalda y me dejara solo.

¿Cuántas noches estuvo en mis brazos? ¿Cuántas noches estuve en su cuerpo y él en el mío? Fue glorioso, es innegable y no voy a mentirme a mí mismo, aunque nunca, ni en mis más oscuras pesadillas, pensé que lo nuestro terminaría de esta forma, no conmigo en este lugar.

—¡Arriba, bellas durmientes!

Podría contar las horas en las que he dormido durante estos dos años. Un puñado de minutos sueltos en donde mi cabeza me deja tranquilo, al menos un poco.

Los guardias golpean los barrotes de las celdas y las puertas de hierro, este es mi hogar, el lugar en el que he pasado dos malditos años, veinticuatro meses en donde cada segundo recuerdo porque estoy aquí y quién es el culpable. Dos años en los que me digo, en los que me maldigo por haber confiado en él, en sus palabras, en ese contrato de sangre en donde debía sacrificar a algunos lobos por mi libertad.

—Te sacaremos de aquí.

—Ahórratelo, Callum. Mi foto está en todas partes, ¿por qué alguien te creería? ¿Por qué pensarían que estás defendiendo una causa noble cuando nadie en nuestra familia lo es?

—Pues bien, si tú quieres rendirte, adelante. Yo no lo haré.

Nunca se lo diré de frente, pero sé que lo ha intentado. Ha peleado con todo lo que tiene, pero nadie quiere escuchar a Mayka Callum, ni a nadie que esté asociado con mi nombre. Mayka, con todos sus contactos ha sido incapaz de sacarme de aquí, ¿qué puedo esperar de la vida? ¿Qué posibilidades tengo?

«Cadena perpetua».

Esa fue mi sentencia. Año tras año en una prisión de máxima seguridad, un lugar lleno de lacras inmundas en donde la putrefacción y el hedor nos llena cada día, y nos carcome los huesos.

La cárcel no es como la pintan en las películas. Hay una estructura más allá de los guardiacárceles. Hombres que detentan el poder como reyes y deciden el destino de todos los que llegamos aquí. Los bastardos quisieron sentenciarme al mío, pero, para su infortunio, soy un Morgan e incluso sangrando, soy un asesino.

El segundo día de mi llegada intentaron abusar de mí en las duchas. Entiendo lo que deben haber pensado. Rostro bonito, musculoso, un don Juan que podría convertirse en una buena zorra, además, con una sentencia por un crimen atroz. Era la novia carcelaria perfecta, nadie reclamaría por lo que me hicieran, de hecho, la sociedad estaría feliz, sin embargo, se olvidaron de un detalle, un enorme detalle, era un Morgan que, además de ser inocente de la aberración de la cual me acusaban, sabía defenderme.

Eran seis bastardos. Intentaron acorralarme y pensé en cuántas veces habrían hecho esto, cuántas víctimas y sangre cargaban en sus manos. Golpeé a cada uno de ellos, le reventé la cabeza a su líder contra las baldosas blancas. La sangre embadurnó el piso, mis manos, mi rostro, mi cuerpo desnudo, como en una película de terror. La furia ardía en mi pecho, grité tan fuerte que nadie en ese lugar fue capaz de decir que no me escuchó.

Recuerdo a los guardias entrar y golpearme, intervenir cuando la jugada les salió mal. Estoy seguro de que no era ese desenlace el que planearon. Esperaban encontrarme bañado en sangre, con el culo abierto. Se habrían reído, carcajeado tal vez, e incluso habrían pensado que era verdadera justicia. Soy bueno arruinando celebraciones ajenas, sus rostros proyectaron diversas emociones, desde el miedo al asco. Me pusieron en confinamiento, pero me sacaron de allí de inmediato cuando Mayka intervino. Estaba en deuda con ella, a pesar de todo, sin su constante trabajo, mi suerte habría sido otra.

Tengo una celda la cual comparto con un solo recluso ¿Un lujo? Sí ¿Privilegio de ser el cuñado de una Callum? Probablemente. Después del encuentro en el baño, la hostilidad hacia mí bajó, pero jamás desapareció por completo. Me odiaban, era un odio tan visceral que lo notaba cada vez que me cruzaba con ellos en las dos horas que teníamos en el patio.

Aparezco en las noticias constantemente, cada periodista quería saber qué hacía el «Ángel» Morgan, el bastardo asesino, cuál era el trato de sus compañeros, cómo vivía en este agujero. La pregunta constante en la sociedad: ¿qué sentencia, más allá del mazo, le esperaba a un brutal asesino de una mujer y dos niñas?

Agradezco el esfuerzo de Mayka, de verdad lo hago, pero nada cambiará la realidad. Para el mundo seguiré siendo un asesino, un hombre que terminó la vida de seres inocentes por venganza, por dinero.

«Lisandro Bello».

El inspector encargado de aquella investigación en la que me vi obligado a participar para preservar mi libertad y la de mi amigo, Barud Sinclair. El hombre que me entregó a la justicia sin remordimientos, al que nada le importó más allá de su propio dolor, el hombre que me traicionó y eso, debo reconocer, me duele más que no tener libertad, porque para mí, él era especial porque me devolvió la esperanza, porque me hizo creer que, incluso yo, merecía algo más que dolor en la vida.

Si pudiera salir de aquí solo tendría dos deseos. Uno de ellos, quizás el que anhelo con el alma, es borrar de la tierra a Dima Stoickov por el asesinato de la esposa y los hijos de Lisandro bello. El otro, el que ruego que ocurra, por el que le rezo a Dios, a los demonios y a todos sus arcángeles de luz y oscuridad, es devolverle al inspector Bello el mismo dolor que me causó al encerrarme aquí.

«¿Serías capaz de hacerlo?».

Ya no lo sé, cuando estás aquí adentro, tu percepción del mundo cambia, lo negro ya no luce tan oscuro, y lo blanco ya no destila pureza inmaculada.

Las puertas se abren y una sirena nos obliga a salir de nuestras jaulas. Un nuevo día ha llegado y veré lo que me trae este infierno.

«Dos horas».

Ese es el tiempo que tenemos afuera. Salgo al patio y contemplo el sol que lucha con las nubes para que no lo escondan. Me pregunto qué hará Bryce y mis pequeños sobrinos, qué hará Eric y su cosita joven y bonita, y, en el fondo, en un cobertizo oscuro y enmohecido, también me pregunto qué será de la vida de él, si pensará en mí tanto como yo lo pienso. ¿Recordará nuestra primera vez? ¿La primera vez que hizo el amor con un hombre? ¿Recordara lo que le enseñé? ¿Tendrá a alguien más?

El pensamiento cala hondo en mí, río y niego ante la triste e insoslayable verdad. Me involucré con un Callum, aunque sea un bastardo que no carga ese apellido. Traicioné todo aquello que juré proteger ante la tumba de mis padres, esa que solía visitar cada semana. No le tengo miedo a la muerte, ni tampoco a su enamoramiento por mí, después de todo, es la única que nunca me abandonó.

—Anael.

Mis ojos van hacia el chico asiático y delgado que me observa como el primer día, como si fuera su dios personal.

«Kim Lee Nok».

Ese es su nombre, el nombre de mi compañero de celda, de un alma pura que nada tiene que hacer en esta alcantarilla, y, aun así, lo mantienen aquí. Lee Nok se contiene en abrazarme, sé que le cuesta hacerlo. Observa a su alrededor, hay demasiados ojos sobre nosotros, sobre él, porque es una cosita preciosa. Es una lástima que no sea mi tipo. Demasiado joven y delgado, demasiado dulce. A mi hermano Eric de seguro le encantaría, pero a mí, solo me produce ternura, y despierta mi instinto de protección. Nos sentamos en una banca, los hombres a nuestro alrededor hablan, algunos pelean, otros hacen ejercicio.

Nos mantenemos en silencio la mayor parte del tiempo. Lee Nok conoce poco de mí, y yo conozco poco de él. Nos complementamos, nos hacemos compañía, pero si en algo nos parecemos, es que somos dos cobardes que se niegan a enfrentar el pasado y los errores que cometimos.

—¿Has tenido noticias? ¿Qué dice tu abogado?

Lee Nok sonríe, pero es una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Él no moverá un dedo para sacarme de aquí, porque eso significaría hacerse responsable. Es abogado de oficio, Anael. A mi familia le conviene mantenerme aquí y purgar sus culpas.

«Tráfico de personas».

Ese era la acusación por la cual Kim Lee Nok cumplía sentencia. Sus ojos miel hablan de infinita tristeza, así como sus ojeras y su cuerpo cada vez más delgado.

—¿Y tú? ¿Qué hay de tu cuñada? ¿Te trajo alguna novedad?

Niego y doy un suspiro.

—La pobre está atada de pies y manos, donde sea que investiga se topa con una pared.

—¿El hombre que te acusó tiene algo que ver?

El nudo en la garganta me asfixia cada vez que él aparece en alguna conversación. Prefiero el silencio.

—Me juró que haría de mi vida un infierno, y creo que lo ha cumplido a rajatabla los últimos dos años.

—¿Te duele todavía?

—Intento entenderlo a veces, es decir él piensa que asesiné a su familia, pero jamás se planteó que yo fuera inocente en todo esto.

—¿Inocente un Morgan? ¿Es eso posible?

Ambos nos reímos.

—No, pero no soy culpable de lo que me acusa con tanta saña.

Lee Nok niega con la cabeza.

—Nadie que te conociera un poco, aunque sea un poquito, pensaría semejante barbaridad. Ese tipo no merece tu perdón, ni tampoco tu entendimiento.

Rasco mi cabeza, los rizos se fueron hace mucho tiempo, reemplazados por un cabello muy corto, el cual me permiten lavar en una ducha una vez al mes.

—Nunca me conoció realmente, solo… nos acostábamos.

Intenté mantenerlo simple, pero Lee Nok desconocía lo que significaba esa palabra.

—Estabas con él, compartieron conversaciones, te miró a los ojos ¿Cómo pudo?

—¿Cómo pudo tu familia sepultarte aquí? —pregunté y Lee Nok sacudió la cabeza—¿Ves? Allí tienes tu respuesta.

Caemos una vez más en el silencio. Lee Nok muerde su labio inferior porque muere por preguntar más, quiere saber todo y después de un año con él, me creo capaz de abrirme y contarle.

—¿Quieres conocer mi historia completa?

Sus ojos se abren, sus facciones a la luz de sol lucen más pueriles, incluso con sus ojeras y su miseria.

—Todos los días, pero no deseo presionarte.

Humedezco mis labios y dejo que las horas pasen. Lee Nok pasa la noche conmigo en mi celda. Se acurruca a mi lado, siempre lo hace.

Doy un suspiro, la música, de pronto, vuelve a sonar a mi alrededor. Escucho a los hombres y a las mujeres hablar y regreso a la vida. Me convierto otra vez en Anael el «Ángel» Morgan, ese que todos querían en su cama, aquel que buscaba la sangre del enemigo, pero jamás se imaginó que se bañaría en ella y se convertiría en su maldición.

2 Barud Sinclair

Londres, Gran Bretaña.
Dos años antes.

—Mamá, ¿tú crees que cuando sea mayor encontraré a alguien que me quiera como tú a papá?

La mujer acarició los rizos dorados, esos que caían sobre la frente, esos que Eric y Bryce adoraban alborotar hasta que el pequeño lloraba.

—Claro que sí, mi angelito. Vas a conocer a alguien maravilloso y te querrá mucho.

—Pero ¿y si no pasa?

—Bueno, siempre me tendrás a mí y a ti.

—¿A mí?

—Sí, mi niño. Si tú te amas, si te amas de verdad, nadie podrá romperte el corazón, nunca.

—Yo no quiero que me rompan el corazón. Yo soy bueno, ¿por qué la gente me haría sufrir?

—Porque la vida no sabe de bueno o malo, mi cielo. La vida sabe de elecciones y, a veces, los humanos deciden que sean dolorosas.

La mujer acarició su cabello. Anael la rodeó con sus bracitos.

—No me importa llorar un poquito. Si tú y papá están conmigo, yo estaré bien.

—Mi angelito.

Le dio un beso en la frente y el pequeño niño le regresó el abrazo. A través de los años, la calidez de ese abrazo lo siguió acompañando como un fantasma.

Ya no era un angelito, era un hombre de más de treinta años con dolor, remordimiento y deseos de venganza que disfrazaba con velos

de justicia. Se arregló el cuello de su camisa color púrpura, la cual, se adhería a su cuerpo como una segunda piel.

No había manera en que un Morgan pasará desapercibido, pero Anael era otro nivel. No solo era alto, atlético y construido como una divinidad, sino que su rostro era una distracción tal, que tornaba estúpidos a los hombres y a las mujeres. Ni hablar de su carisma, la manera en que sonreía y bromeaba. Todo ello hacía que fuera lo más parecido a un imán.

Barud Sinclair no era ni el más inteligente, ni el más audaz, ni el más valiente de los hombres que se movían alrededor del narcotráfico, sin embargo, tenía un punto a favor. Su padre Ergan Sinclair fue un gran amigo de Río Morgan. Esa amistad unió a Barud y Anael desde el primer momento, sobre todo, considerando que ambos tenían la misma edad. Ergan y Río fueron como el agua y el aceite, mientras Río buscaba formas de establecerse en la legalidad de cada uno de sus negocios, Ergan se enorgullecía de trabajar en las sombras y obtener rédito por ello.

—Llegas tarde. —Barud observó el reloj y Anael se encogió de hombros.

La discoteca estaba concurrida. Las personas iban y venían, muchas se movían con sensualidad en la pista.

—Quien dijo que los ingleses no llegan tarde no conocía a muchos. —Anael se burló y Barud puso los ojos en blanco.

—El que lo dijo está claro que no te conocía a ti, imbécil.

En el área VIP había alrededor de cincuenta personas. La luz violeta delineaba las figuras y sus sonrisas, algunos conversaban, otros estaban en las dos barras atendidas por hombres y mujeres de gran atractivo. Barud se encontraba en un enorme sofá de color blanco, junto a una morena de largo cabello quien llenaba su copa de champán. Anael se paró frente a él. Se cruzó de brazos y ladeó su cabeza.

—¿La estabas pasando muy mal? ¿Me extrañaste?

Barud bufó. Armar una discusión con Anael carecía de sentido, él siempre tenía razón, incluso cuando estaba lejos de tenerla. Era el hombre más terco y testarudo que había conocido en su vida. Barud le hizo seña a la mujer quien le besó la mejilla y se puso de pie.

Anael y la mujer se observaron, el hombre le sonrió y la observó marcharse.

—Creí que no te gustaban las mujeres—graznó Barud.

Anael arqueó una ceja. Sus manos fueron al pantalón negro que había combinado con una camisa púrpura, la cual, se ceñía a su torso musculoso. Llevaba desprendido hasta el segundo botón, dejando entrever sus pectorales.

—Pensé que tú no eras del tipo posesivo con tus ligues de una noche—dijo con burla. Barud desvió la mirada a un costado—. Espera, espera un jodido segundo. — Sus ojos claros brillaron con malicia—¿Me estás diciendo que ese dulce bombón te gusta de verdad?

Los ojos negros intensos de Barud fueron a él.

—Ese no es asunto tuyo.

—¡Qué tierno! —exclamó con socarronería—. Barud enamorado, ¿quién lo diría?

Barud se mantuvo estoico.

—¿Has venido a conversar o a burlarte de mí?

Anael se humedeció los labios y luego se mordió el inferior.

—Te pones muy caliente cuando te enojas ¿Te lo han dicho?

—Y tú te pones más imbécil cuando estás caliente, pero ¡qué le vamos a hacer! —esbozó Barud sin emoción. Anael volvió a reír y se sentó a su lado—¿Qué bebes?

—Un whisky.

—¿Solo un whisky?

—El mejor whisky—replicó Anael. Barud asintió y llamó a uno de los barman. El hombre corpulento trajo el whisky de inmediato. Anael lo escrutó de arriba a abajo antes de que se marchara—¿Es nuevo?

—Sí—replicó Barud, cortante.

—Lo imaginé. A este no me lo he follado.

Barud arqueó una ceja.

—Es heterosexual.

—Claro, como el noventa por ciento de mis parejas sexuales, pero ya deberías saberlo por experiencia.—Anael le guiñó un ojo, y Barud se tensó. Era gracioso recordarle aquel «error de mal juicio» en una

noche lluviosa ocurrido tiempo atrás—. Bueno, dime, ¿qué es eso tan importante que tenías para decirme?

Anael bebió del whisky, el sabor del líquido estremeció a su paladar. Volvió a beber, Barud tenía los ojos fijos en él.

—En primer lugar, quiero que sepas que esta oferta es opcional. Puedes tomarla o dejarla. Nuestra relación no va a cambiar sin importar tu elección.

Anael arqueó una ceja.

—¡Vaya! ¿A qué se debe el repentino ataque de generosidad?

El rostro de Barud se ensombreció.

—Es algo personal. Pensé en ti y en tus hermanos porque son los mejores y jamás me traicionarían.

Anael apoyó su espalda en el cómodo sofá. Cruzó su pierna. Su tobillo izquierdo fue sobre su rodilla derecha. Una postura de descanso.

—No demores tanto y cuéntame, ¿de qué trata?

—¿Conoces a las hermanas Charpentier?

Anael frunció el ceño.

—¿Las dueñas del laboratorio? ¿Las francesas?

Barud meció el vaso. El hielo comenzó a derretirse.

—Ellas quieren que ustedes se hagan cargo de un objetivo.

—¿Por qué nosotros? Jamás tratamos con ellas—señaló Anael. Barud se humedeció los labios y sacó el celular del bolsillo. Abrió la galería de fotos y la imagen de un hombre muy conocido apareció. Anael tensó la mandíbula, sus manos se ciñeron con más fuerza al vaso de cristal—¿Qué hay con él? —preguntó Anael, cuyo cerebro ya estaba buscando las respuestas.

—Las Charpentier quieren la cabeza de Ian Callum y su amante. —Barud pasó la imagen—. Este es Orel Romanov, su hermano es entrenador de Gabriel Petrov, el campeón mundial de kickboxing.

Anael apenas escuchó lo que Barud le explicó. Sus ojos, su energía y su furia se encendieron al contemplar la imagen del rubio de ojos azules profundos y traje de tres piezas.

—¿Por qué lo quieren muerto?

Barud se mordió el labio inferior.

—Por las mismas razones que tú quieres muertos a todos los Callums del planeta —esgrimió sin dudar—. Venganza, desean que Ian pague por la muerte de su hermano, Jerome Charpentier.

Las secuencias de los últimos años pasaron por la cabeza de Anael. La humillación, la muerte, la ira, el miedo a quedar solo, la imagen de su hermano molido de un disparo, solo por decidir amar a alguien que no conocía el amor.

—Anael, simplemente es una oferta, pero si tú no quieres…

—Lo haremos. —Anael lo interrumpió. Sus ojos fueron al hombre a su lado. Sus orbes ardían con indignación. Barud tragó saliva y asintió.

—Estaba casi seguro de que aceptarías, pero no deseaba presionarte. Esto es algo que se resolverá y negociará entre ustedes y las Charpentier.

—¿Qué hay de tu parte? —Anael cuestionó con escepticismo. Barud negó.

—Tal vez no lo haga por dinero, no esta vez. —Barud confesó—. Quizás, yo también soy humano y quiero ver a cada uno de esos hijos de puta arder por lo de Río.

Anael descruzó sus piernas y llevó su torso hacia adelante. Sus codos apoyados en sus rodillas. La gente alrededor seguía bailando, conversando, riendo, ajenos al tumulto en su interior.

—He esperado tanto por este momento, Barud. El instante en que estos bastardos dejen el planeta, pero…

—¿Qué?

Anael dio un suspiro.

—Su muerte no nos devolverá a nuestra familia—confesó con dolor—. No devolverá a mi hermano, a las partes de su cuerpo faltantes.

Barud se sorprendió.

—No, no te va a devolver a nadie, pero los hombres como nosotros jamás encontraremos la paz mientras el enemigo respire. Al fin y al cabo, esta guerra no se trata de los caídos, sino de los que quedan vivos—agregó Barud—. De esos que quedan con el alma destruida. Mátalos, Anael. Mátalos a todos y nunca más necesitarás esconderte. Nunca más deberás tener ojos en la espalda. Esta

guerra no se trata de ganar, sino de dejar de perder y ustedes, amigo mío, ya han perdido demasiado.

—¿Es lo que tú harías?

—Me conoces. Sangre por sangre, así debe ser. Ese es el código que los hombres como nosotros manejamos. Si el resto del mundo no lo entiende, pues que se vayan a la mierda, que se queden con sus lágrimas de angustia, nosotros hacemos llorar al enemigo.

Era la declaración de guerra más audaz que Anael escuchó. Barud era igual a su padre en ese aspecto, dos gotas de agua con treinta años de diferencia.

Ambos guardaron silencio por varios minutos. Había momentos en que Anael veía a Barud como una especie de alma gemela retorcida y sangrienta. Se parecían demasiado, quizás por ello se llevaban tan bien.

—Los vamos a matar.—Anael sentenció—. Los vamos a matar a todos.

Barud sonrió y le palmeó la espalda.

—Ese es el Ángel Morgan que yo conozco. —Barud sacó una tarjeta de su bolsillo—. El número de Analise Charpentier. Comunícate con ella.

Anael le dio una sonrisa.

—Te debo demasiado favores ¿Eres consciente de eso?

—Lo sé, lo sé. Quizás, en algún momento, te haga pagármelos. —Barud le sonrió y le guiñó el ojo y Anael estaba a punto de responder el desafío. Su amigo lo detuvo—. Espera, las sorpresas no han terminado, porque tengo algo más para ti.

Anael rio.

—¿Más? ¿Qué pasa, Barud? Ni en mi cumpleaños me has dado tantos regalos.

Barud asintió.

—Encontramos a Mayka Callum.

—¿Qué? —Anael apenas lo creía. Habían estado siguiendo un rastro desde hacía meses sin ninguna pista—¿Dónde?

—Toledo, una linda hacienda a las afueras. Amor, paz y naturaleza. Todo lo que se merece una maldita asesina sin escrúpulos, ¿no crees? —ironizó Barud. Anael tensó la mandíbula, sus dedos

volvieron a apretarse en torno al vaso. Barud puso la mano en su hombro—.Tranquilo, debes ir paso a paso.

—Para ti es fácil. —Su voz se entrecortó—. No viste lo que le hizo a mi hermano.

—No—replicó Barud—, pero si juegas las cartas con inteligencia. Lo que sucedió con Bryce, no será ni el uno por ciento de lo que padecerá ella.

Anael desconocía lo que significaba la palabra calma y mucho menos, reflexión. Era un huracán devastador al que poco le importaban las consecuencias.

—No tenemos el equipo necesario para esto—señaló—. Tardaríamos meses en…

—Mis hombres pueden ayudarte—aseguró Barud. Anael frunció el ceño.

—Tú no eres Barud Sinclair ¿Quién mierda te ha poseído?

El hombre se carcajeó y cortó la oscuridad de la conversación.

—Tranquilo, soy el mismo y, con respecto a esto, sí deberé pedirte algunos favores, unos muy pequeñitos.

El tono que usó no le gustó nada a Anael.

—¿De qué estamos hablando?

Barud llamó al mesero para que le llenará el vaso de nuevo.

—Escucha atentamente, Ángel. Una vez que aceptes, ya no habrá vuelta atrás, ¿entiendes?

Anael bebió el último trago y dejó que el mesero llevará su vaso.

—No soy de los hombres que se arrepienten, así que, tranquilo, habla, y yo te daré mi respuesta.

—No puedes retractarte. Hablo en serio.

Anael se rascó la barbilla.

—Si tu ayuda me lleva a la casa de Mayka Callum, créeme, ni la muerte me hará arrepentirme.

3 Negocios

Anael le tocó la pierna a Barud y bebió del whisky sin quitarle los ojos de encima. La mirada de Barud fue al lugar donde posaba su mano. Rio y negó.

—Cuéntame, ¿en qué puedo serte útil?

—¿Porque todo contigo trata de una verga y un culo? —Barud preguntó divertido.

Anael se encogió de hombros y presionó con más fuerza los dedos en su ingle.

—¿Qué? ¿Para ti no es así también?

Barud se humedeció los labios.

—Lo que pasó esa noche no puede…

—Sí—Anael lo interrumpió, se conocía la cantaleta de memoria—, fue un error de juicio.

La mirada de Barud se desvió a un costado y Anael abrió la boca y la cerró.

—¿Te gustó? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—No es algo que deberíamos hacer entre amigos—Barud dio un suspiro—,aunque tengas una verga talentosa. Tengo obligaciones con mi familia, además, una reputación la cual mantener.

Anael entornó los ojos.

—Dios mío, cierra la boca antes de que me enoje ¿Desde cuándo respeto tiene que ver con que si te gustan los hombres o no?

—A mí no me van los tipos.

—Acabas de decir que tengo una verga talentosa, así que no te incluiría dentro de los heterosexuales tampoco.

Barud negó.

—Quizás en tu mundo sea una estupidez, pero en mi organización, nada de eso es tolerable. Nunca lo sería. Mi padre ha matado personas por menos y lo sabes.

—Pues tu padre ya no está. —Anael frunció el ceño.

—No es correcto acostarse con hombres, y no lo discutiré contigo.

—Tienes razón, porque nunca voy a entenderte—señaló Anael—. Bien, ya que no saldrá nada bueno de esta discusión, dime, ¿qué ibas a proponerme antes de que los culos y las vergas entraran en juego?

Barud bebió todo el contenido del vaso.

—Necesito un enorme favor tuyo.

Anael comenzó a reír.

—De verdad es muy grande, ¿eh? No es casualidad que me hayas preguntado mil veces si no voy a retractarme. No lo haré, ya te lo dije.

—Anael—Barud apoyó sus antebrazos en sus rodillas, tenía el vaso vacío entre ambas manos—, no voy a mentir, es muy peligroso.

—¿Me vas a contar o vas a seguir dándole vueltas? —Anael estaba al borde de un ataque.

—Hemos estado negociando con Willy Hernández desde hace dos años. Hasta ahora la mercancía ha llegado sin problemas al puerto y nosotros la distribuimos en nuestra zona. El problema surgió hace una semana y tengo a las autoridades encima pidiendo explicaciones, no solo a la policía sino también a la NCA.

—¿Qué ocurrió? —Anael frunció el ceño.

—Willy Hernández apareció muerto con dos heridas de bala y algo, un poquito macabro. —Barud sacó su celular del bolsillo y las imágenes que su amigo le mostró le revolvieron a Anael el alcohol en el estómago.

—Dios, ¿le quitaron el rostro?

—Toda la piel del cuerpo. La autopsia revela que lo torturaron por horas antes de matarlo.

Anael enredó sus dedos en su cabello rubio.

—Aquí hay un mensaje, uno muy claro, y la NCA piensa que eres tú.

—Fui el último contacto que aparece en su celular—confesó Barud —. Negociaba conmigo y, con algunos policías corruptos que me mantenían al tanto de todo a él y a mí. Eso no es todo, su hermano mayor Javier, está convencido de que yo fui el autor intelectual y ha

cerrado negociaciones hasta nuevo aviso. Nos hemos quedado sin distribuidor.

—¿Entonces?

Barud negó.

—Todos me conocen, al igual que mis hombres de confianza, necesito que investigues quién está detrás de esto y las razones. Sé que eres bueno y lo harás con discreción.

—Barud, quieren tu territorio—esgrimió Anael.

—Entonces, ¿por qué no me han atacado a mí? —cuestionó. Anael se rascó la barbilla—. Escucha te pagaré lo que sea, pero necesito que este tema se solucione. Los hombres que trabajaban con mi padre ya están cuestionando mi liderazgo, esto es prácticamente un suicidio para mí.

Ahora Anael entendía las advertencias. No solo era un reto, era un desafío mortal. Los Hernández no eran una familia que se quedara de brazos cruzados, muy pronto atacarían, y, si no lo habían hecho, era porque estaban esperando el momento perfecto.

—Mis hermanos están custodiados—dijo Barud—, pero con los Hernández sabes que es cuestión de tiempo para que lleguen a nosotros. Si no lo han hecho todavía, es porque la policía y la prensa están sobre todo esto.

—¿Tu nombre ha salido a la luz?

—No, pero lo hará pronto y ya sabes qué pasará cuando mis rivales se enteren. Una gota de sangre en un mar lleno de tiburones. El problema aquí es que no será solo una gota, será como si me hubieran arrancado un brazo y me estuviera desangrando. Mis pilares políticos no responden mi teléfono, la policía todavía cumple con el trato, pero desconozco por cuánto tiempo más. La NCA no se dejará amedrentar e irá a fondo.

Anael chasqueó la lengua.

—Creo que te estás desviando del tema fundamental.

—¿A qué te refieres?

—Te preocupa más el territorio que tu vida—afirmó—. Si tú no fuiste el que asesinó a Willy Hernández, alguien más lo hizo y ese bastardo está al tanto de todos los movimientos. Hay un problema mayor que los Hernández aquí.

Barud estaba desesperado. Tal vez, no lo demostrara porque seguía siendo el hijo de Ergan, debía mantenerse como un hombre estoico, el cual, manejaba el cuarenta por ciento de la distribución de narcóticos en Londres, pero la muerte le respiraba cerca, Anael pudo sentir su aliento.

—Veré qué descubro—dijo Anael—. Sabes que voy a estar fuera unos días, ¿verdad?

—Soy consciente de que Ian y Mayka Callum serán tu prioridad ahora, pero…

—Tranquilo—interrumpió Anael—. Tengo unos días antes de prepararme. Si los Hernández planean atacar, lo sabremos.

Barud negó varias veces.

—Debimos hacerle caso a tu padre y alejarnos de este negocio.

Anael dio un suspiro.

—Mi padre está a dos metros bajo tierra. Ser bueno en la vida genera más problemas que ser malo, al menos, tú tienes la excusa de que, si te atrapan, serás sentenciado por tus acciones. Me pregunto qué clase de consuelo habrá tenido mi padre cuando se enfrentó a la realidad de su familia masacrada.

Anael era duro, quizás demasiado cuando se refería a la muerte y a sus consecuencias.

—Por lo que vale, nadie de tu familia se merecía ese destino—afirmó Barud.

Anael se encogió de hombros.

—El destino está escrito, sin importar tus buenos actos. Mi padre lo aprendió por las malas.

—¿Y qué hay de ti?

Anael se encogió de hombros.

—Voy a morir pronto, así que me enfoco en calcular a cuántos me llevaré conmigo.

4 Nunca olvidaré

Pueden llamarme idiota, pero, desde pequeño, tuve la idea de que siempre formaría parte de la vida de mis hermanos.

Bryce y Eric, mis hermanos mayores, fueron lo único que me quedó después de que los Callums atacaran y diezmaran a toda mi familia.

Juramos vengarnos, juramos que ninguna muerte sería en vano, que una deuda de sangre se paga con la misma moneda de cambio, pero, en algún punto, ellos decidieron que la venganza era inútil, y que ya no valía la pena luchar por la memoria de nuestros padres y hermanos.

El trabajo con las hermanas Charpentier cambió nuestro destino, lo reconfiguró en partes que ahora miro y desconozco.

Eran dos muñecas de porcelana. Bryce las observó junto a Anael a través de la videollamada. No obstante, más allá de la belleza, había algo maligno, como si fueran lobos disfrazados de cordero. Sí, Bryce entendió que tenía debilidad por ese tipo de mujeres después de la experiencia más dolorosa posible.

—Queremos un corte limpio—dijo Analise Charpentier—. La cabeza de Ian Callum y de Orel Romanov. Deben asesinar primero a su amante, que Ian lo vea sufrir y sepa lo que se siente perder lo que ama y ser incapaz de impedirlo.

Los dedos de Bryce tamborileaban sobre la mesa. No era ajeno al sentimiento que llenaba el corazón de Analise y Nancy Charpentier, el problema es que él había llegado a la conclusión de que nada se llevaría el dolor.

Era una mentira piadosa decirse a sí mismo que derramar la sangre del enemigo le traería paz. En los días de soledad, el «Demonio» reflexionó acerca de lo ocurrido a su familia. No solo se trataba de él, sino también de Anael y Eric. Bryce debía cuidar de

ellos y la única forma de lograr eso, era a través de la muerte de sus enemigos.

—El dinero será transferido a sus cuentas dentro de veinticuatro horas. Les hemos enviado un contrato con las condiciones. Si están de acuerdo, deben firmarlo.

Bryce escuchó la frialdad en la voz de las mujeres.

—Me reuniré con mi equipo esta tarde y explicaré los detalles.

Analise fue tajante.

—Prefiero que lleves a mi gente en lugar de la de Barud.

Bryce frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? Barud es el intermediario, no puedo simplemente…

Nancy levantó la mano en señal de que guardara silencio. Ambas aparecían en pantalla una al lado de la otra. En el fondo, un salón tan enorme de piezas antiguas que parecía Versalles, con la diferencia que no había ningún rey Sol, solo dos lunas perfectamente sincronizadas y letales que hablaban de sangre y venganza, mucho más que Bryce.

—Vamos a pagarle a Barud. Después de todo, estamos en esta reunión gracias a él, pero considero que mis hombres están mejor entrenados.

¿Hacía cuánto que se preparaban para esta guerra? Bryce las analizó. No eran mujeres que vivieran en ese mundo, sin embargo, se podría decir que eran dignas hermanas de Jerome Charpentier. Habían planificado cada paso, los Morgan solo eran una herramienta más.

Bryce se preguntó si la muerte esta vez, golpearía la puerta con más insistencia y lograría su cometido.

—Desconocemos a tu gente—señaló Anael—. Trabajé con el equipo de Barud y…

—¿Sabes cuál es la diferencia entre Barud Sinclair y nosotras, Anael? —preguntó Analise—. Mi equipo carece de límites o escrúpulos. Saben que hay una misión de por medio y la respetarán a rajatabla. No importa quién muera o a quién deban lastimar para conseguir el objetivo. Aquí la cuestión es Orel Romanov e Ian Callum. Mi equipo me da esa garantía, esa confianza.

—¿Y qué hay de nuestra confianza? —preguntó Bryce—. Nosotros no los conocemos a ellos, ni a sus habilidades.

—Si se atienen al plan no habrá problemas—dijo Analise—. Los elegimos a ustedes, porque, si alguien entiende nuestro odio por los Callums, esos son ustedes. Me preguntas si planeó matarlos o traicionarlos, la respuesta es no. No somos ese tipo de personas, Morgan.

Un peso cayó entre ellos. Bryce puso en la balanza todas las alternativas. Ya no eran los poderosos Morgan, el clan que todos reverenciaban. Tenían el nombre sí, pero los recursos se habían esfumado.

Esta era, quizás, la única oportunidad que tendrían de empezar de nuevo. Se habían demostrado a sí mismos que rotos y sin recursos eran buenos. El trabajo realizado semanas atrás para ayudar a Grégor Thibault, un viejo amigo de la familia, había resultado todo un éxito.

Estaban más cerca de salir de las cenizas en las que quedó su vida, en poder mirar la tumba de sus padres y hermanos y que el pensamiento de haberles fallado se apagara. Las Charpentier estaban poniendo a la mano este comienzo ¿Estarían a la altura? ¿Su mente podría negar las señales de alerta y entregarse al destino?

—Quiero una reunión con tu equipo primero—señaló Bryce. Nancy le sonrió.

—Eso parece perfecto ¿Cuándo sales en el próximo avión a Bucarest?

Sería en su territorio, Bryce estaba seguro de ello.

—Dame veinticuatro horas y me comunicaré contigo.

Nada salió como esperábamos. Esas mujeres nos traicionaron y terminamos uniendo fuerzas con aquellos a quienes juramos destruir.

El silencio era ensordecedor. Lo único que se escuchaba en el interior del todoterreno eran las respiraciones de ambos que cada vez se les dificultaba un poco más.

—A este paso quedaremos sepultados en las dunas.

—Me muevo lo más rápido que puedo—dijo Bryce con sus ojos fijos en las dunas de arena y en el camino que se abría delante de él. Anael bufó, pero su berrinche fue cubierto por el vehículo volcado a metros de donde transitaban.

—Mira lo que tenemos aquí—dijo Anael y Bryce negó. Era la primera vez que escuchaba verdadera felicidad en su voz al notar la tragedia de sus enemigos.

Bryce detuvo la camioneta. La velocidad del viento crecía a cada segundo. Anael frunció el ceño.

—¿Qué vas a hacer? El vehículo volcó, de seguro están muertos, o los que matamos se adelantaron y cumplieron el trabajo.

Bryce negó, abrió su camisa, se la quitó y se cubrió el rostro.

—Toma el volante. Si ellos me atacan, huye de aquí.

—No lo haré—replicó Bryce.

—¡No te lo estoy preguntando! ¡Es una orden!

Las ráfagas de viento hacían que cada paso se sintiera como si llevara mil kilos encima. La camioneta en la que viajaban los Callums estaba ruedas arriba. Había cinco cuerpos tirados en medio de las dunas.

Bryce resbaló y cayó. La fuerza del Siroco era avasallante. Una bestia indómita que no cesaba en su ataque. El hombre se levantó, dio pasos temblorosos hacia donde estaban. Se acercó y revisó el pulso de cada uno de ellos. Todavía estaban vivos. Sus ojos fueron hacia Mayka que era un cúmulo de arena en cada facción.

«Dios mío, no».

La asió en brazos, y sintió el pulso en su cuello. Estaba viva también. El alivio recorrió su cuerpo.

—¡Vamos! ¡Apresúrate! —dijo Anael a los gritos. Fue eso lo que lo sacó del shock.

—Te dije que…

—Sí, sí claro. —Anael se burló—¡Date prisa! ¡Hay que arrastrar a los mastodontes!

Con las pocas fuerzas que les quedaban subieron a los hombres y a la mujer prácticamente uno encima del otro. El vehículo apenas iba a moverse con todo el peso que cargaba.

Los hombres respiraron. Anael tosió, una y otra vez.

—¿Estás bien?

—Creo que he tragado toda la arena del desierto. Estos imbéciles pesan.

—Se dirigían a la mansión Callum en Casablanca—Bryce se atragantó. El sabor de la arena en las papilas gustativas. Anael le dio una botella de agua.

—Bebe.

—¿Dónde conseguiste eso?

Anael se encogió de hombros.

—Uno de los tipos que matamos la llevaba. —Bryce arqueó una ceja—¿Qué? No va a necesitar agua a dónde va, ¿o sí?

Bryce bebió un trago. El líquido aplacó la sequedad de su garganta.

—Vamos a seguir. —Bryce iba a encender la camioneta, pero Anael lo detuvo.

—¿De verdad haremos una tregua? ¿Con los Callums?

El hombre se limpió el rostro y apartó la mano para encender el vehículo.

—Ódiame todo lo que quieras Anael, pero si queremos vivir, debemos negociar con las personas que llevamos ahí atrás.

El baldazo de agua fría hizo que Ian pegara un grito, igual que el resto de los acompañantes.

—¿Ves? Te dije que iba a ser gracioso.

Ian estrechó los ojos e intentó dar un paso cuando advirtió que estaba sentado en una tosca silla de madera, atado de pies y manos, de igual modo que Orel, Mayka, Jared y Azali. Habían sobrevivido a la tormenta de arena y estaban en la mansión de Casablanca.

Frente a ellos se encontraban Anael y Bryce. El ángel estaba sentado cómodamente y bebía una copa de vino, mientras que el demonio dejaba el balde con agua congelada después de haber despertado a todos y dejarlos al borde del infarto. Llevaban vendas, lo cual significaba que habían recibido algún tratamiento médico, o ellos mismos se habían tratado.

—¿Cómo llegaron aquí? —le preguntó Mayka, desesperada, a Bryce.

Bryce le sonrió.

—Soy difícil de matar, cariño. Ya deberías saberlo.

Mayka negó. El viento afuera hacía estragos, llevando por delante todo lo que se movía.

—¿Ustedes nos atacaron?

—No, abogado Callum—contestó Anael, y se cruzó de brazos—. Fueron atacados por los mismos que intentaron matarnos a nosotros.

—¿Qué?

—Al parecer, las hermanitas Charpentier están algo enojadas debido a que los resultados estaban demorando, por lo que contrataron a otros tipos para asesinarnos a nosotros y luego a ustedes —explicó Bryce.

—¿Quién te lo dijo?

—Alguien que no mentiría.

Azali movía las cuerdas de tal manera que, poco a poco, empezaban a ceder. Pronto estaría libre, solo había que entretener a los idiotas unos minutos más.

—Fue fácil encontrar la residencia. Es linda, de verdad —comentó Bryce.

—¿Y los empleados? —inquirió Mayka

—Tuvieron que irse. —Bryce se encogió de hombros y tomó asiento en uno de los sillones.

—¿Los mataste? ¡Ellos eran inocentes!

—Acabo de decirte que se fueron —aclaró—. A diferencia de tu familia, yo no mato a sangre fría a empleados inocentes.

Mayka se tragó la lengua. El puñetazo emocional que había recibido de parte de Bryce era enorme.

—¿Por qué nos trajeron aquí? Pudiste habernos dejado en el desierto. Era una muerte segura.

—No tan divertida. —Bryce sonrió.

En ese instante, Azali se puso de pie y se fue contra él. Anael aplaudió por la destreza.

Cayeron al piso, y Anael dejó que se las arreglaran por su cuenta. Esto era como una pelea de kickboxing en vivo y en directo. Bryce cruzó la pierna sobre la de Azali y lo giró, logrando apretar con el

antebrazo la base de la garganta y golpear para dejarlo sin oxígeno. Azali, en un esfuerzo, se las ingenió para meter por debajo el puño y dio dos golpes certeros al hígado.

—¡Carajo! ¡Eso debe doler! —gritó Anael.

Ambos hombres lograron estabilizarse y ponerse de pie. Daban pasos en círculos con la guardia alta, esperando la ocasión en la cual dar el mejor golpe.

—¡Ya basta! —gritó Ian—. Dejen las estupideces. Ambos nos necesitamos, ¡¿no se dan cuenta?!

—¿Sí? —indagó Anael—. ¿Y qué tienes para ofrecer que se compare con verte morir a ti? ¿Qué puede ser más preciado que ver muertos a los Callum?

Ian tragó saliva. Le gustara o no, esta era la chance que había estado esperando. Estos hombres eran los que necesitaba para derrotar a las Charpentier en su propio territorio.

—Sé que quieren vernos muertos —dijo cansado—, sobre todo a Mayka y a mí. Les propongo una tregua momentánea hasta salir de un problema mayor.

—Ni lo sueñes. —Anael se cruzó de brazos.

—¿Por qué carajo tienes que hacer rabietas por todo? —fue Jared quien habló al ver a Azali peligrar su vida en las manos de Bryce.

—¿Qué dijiste, bastardo?

—Lo que escuchaste, niño bonito —lanzó—. Quieres ser un asesino y te comportas como un adolescente fanático de los One Direction.

Anael se puso de pie, caminó hacia la silla en donde estaba maniatado y le dio un puñetazo tan fuerte que hizo que Jared cayera junto con la silla.

—¡Jared! —Azali iba a correr hacia él, pero Bryce lo detuvo con un rodillazo al pecho que lo hizo caer. No podían ganar esta pelea, no de la forma en la que venían peleando.

—Les pagaré el doble —continuó Ian con su mente fría—, y pueden tomar venganza una vez que destruyamos a las Charpentier.

—No digas eso. —Orel entendió que era una locura lo que Ian planteaba.

—Claro, y permitirás que te matemos. ¿Así de simple? Un borreguito esperando el puñal. En serio, te pasas de estúpido.

—Yo sí lo haré. Seré «el borreguito» para sacrificar si es el precio que debemos pagar —replicó Mayka, que miraba a Bryce—, pero ahora podemos ayudarnos y después ajustar las cuentas pendientes para siempre.

Las cosas habían salido mejor de lo que esperaban, Bryce ni siquiera tuvo que humillarse y pedirles su ayuda. Toda la idea que había trazado en su mente con respecto a formar una alianza era la misma que Mayka e Ian ponían sobre la mesa.

El rostro del demonio no mostraba expresión, esa imagen de hielo que Mayka lograba derretir con un par de palabras. Anael puso los ojos en blanco, se acercó a su hermano y lo sujetó del rostro.

—Son Callums, demonio.—Anael le recordó—. No vamos a confiar en ellos y menos en esta perra.

—No me olvido de lo que sucedió y no confío en ellos —Bryce le quitó las manos del rostro—, pero tienen razón. Los hombres de las Charpentier nos van a encontrar. Las municiones son escasas, nuestros aliados están muertos, no vamos a reunir un equipo entrenado pronto y estamos heridos. Dime, ¿qué perspectiva es esa?

Anael lo contempló absorto, pero su cerebro le decía que cada palabra que salía de su hermano era la mejor opción. Dios, todo esto era surrealista e inesperado. El rubio caminó con las manos en la cintura de un lado a otro. Entretanto, Azali se mantenía en posición defensiva y los demás permanecían amarrados, a la espera de su sentencia.

—Muy bien —se acercó a su hermano—, pero si nos rebanan el cuello esta noche será tu responsabilidad no solo conmigo, sino también con nuestro padre y el honor de la familia.

—Ya párale con lo del honor, idiota —masculló Jared—. ¿Te crees samurái o qué?

—A ti será el primero al que voy a mandar al otro mundo, lo juro.

Bryce quiso sujetarlo del brazo, pero Anael dio un tirón.

—Ángel.

—Haz lo que quieras —pronunció con resignación—. Ya valió mierda de todas formas. —Dicho esto, se alejó a paso rápido,

dejando a Bryce junto a sus enemigos, quienes solo le pedían una oportunidad de cambiar su destino.

El demonio agarró una vez más el cuchillo y se posicionó al lado de Ian, que tenía la vista en el piso.

—Un paso en falso y los mando al otro lado, ¿quedó claro?

—Como el agua —fue lo que dijo Ian cuando sintió la daga sobre las cuerdas de la muñeca y las soltaba.

Bryce procedió a hacer lo mismo con las de Jared, a quien Azali terminó de ayudar, y luego las de Mayka. La mujer percibió el leve roce del hombre y su respiración cerca, erizándole la piel. Sus ojos azules fueron de inmediato a esos orbes glaciales. El demonio no emitió sonido.

—El Siroco no se irá pronto, así que les recomiendo que descansen y se preparen —ironizó mientras sus enemigos se ponían de pie—. Espero que cumplan su palabra y no me ataquen por la espalda mientras duermo.

—No lo haremos. —Ian abrazó a Orel, que se sostenía a él—. No voy a darme el lujo de perder a mis aliados y menos cuando han jurado matarme si les fallo.

Bryce asintió y lo señaló con el cuchillo.

—Si me traicionas, Ian, ten por seguro que la sangre de este muchacho será la primera que derramaré.

El viento furioso e incierto bramaba contra la enorme propiedad. La mirada de Mayka y Bryce volvió a encontrarse en ese momento. Habían pasado dos años desde que ambos estuvieron en paz.

Lo supe cuando sus miradas se encontraron. Mi hermano Bryce seguía amando a Mayka Callum, amaba a su asesina y no había nada que yo le dijera que pudiera cambiar eso.

Eric, por su parte, ni siquiera hizo el intento de participar hasta que la vida de Bryce estuvo en juego. Se marchó a Rusia a vivir junto a su amor. Un tenista brasileño cuyo padre falleció, y había estado teniendo tratos con la mafia. Eric lo defendió, lo protegió y se enamoró como nunca.

Bryce, por su parte, cometió la traición más grande que pudo cometer frente a la memoria de nuestra familia. Se quedó con la

mujer que nos arruinó la vida, con la mujer que, sin importar cuántas excusas dijera, puso una bala cerca de su corazón.

Estuve con mi hermano mayor desde siempre, desde el momento en que lo encontramos con un enorme hueco en su pecho hasta las múltiples cirugías. Estuve con él cuando el médico nos dijo que era imposible que sobreviviera, estuve con él cuando abrió los ojos por primera vez.

Fue mi único pensamiento al acostarme y al despertarme. Quería que viviera, quería que Dios le permitiera la vida para quitársela al enemigo, quería que se quedara conmigo.

Bryce terminó uniéndose a ella.

—Fuera de aquí—gritó Anael mientras tenía su cuerpo en una perfecta vertical apoyado sobre la pared frente a su cama.

—No me voy, porque debemos hablar y aclarar las cosas.

Una carcajada salió de Anael quien se movió para caer sobre sus pies.

—¿Aclarar qué? ¡Te estabas enlechando al enemigo!

—¡No hables así! —Bryce lo reprendió.

—¿O qué? —dijo Anael moviendo su cabeza de un lado a otro para estirar su cuello—¿La pistolera va a enojarse? ¿Me va a disparar al corazón?

Bryce cerró los ojos y negó.

—Anael.

—No te atrevas a decirme que esto no tiene que ver con nosotros porque, te juro por Dios, te vacío el cargador en la cabeza.

—¿Lo harías?¿Me salvaste nada más que para eso?

Anael negó con rabia mientras estiraba sus brazos.

—Puto manipulador—dijo con asco—. Sabes que soy incapaz de hacerlo y por eso te abusas.

—Te amo, Anael—afirmó Bryce sin dudar—. Eres mi hermanito, siempre lo serás. Siempre serás la persona que quiero cuidar. —Hizo una pausa—. Eric siempre fue tan independiente, pero tú me seguías a todos lados. Una cosita rubia, gordita y absorbente que nunca se cansaba de mi presencia.

—Pues en esa época te idolatraba—graznó con rabia y secó las lágrimas estúpidas que ahora caían. Bryce se había apoyado en la

puerta del otro lado.

—Mi amor por ti, por Eric, por nuestros padres, por nuestros hermanos nunca cambiará, pero la verdad es que he tratado de odiar a Mayka Callum y no puedo.

Anael bufó. Dio pasos hacia la puerta y la abrió con violencia.

—¿Cuántas veces te golpeaste la cabeza cuando chiquito? ¿Cómo puedes amar a la tipa que quiso matarte? ¡Es que simplemente no me entra en el cerebro que seas tan imbécil!

—No lo sé, te juro que no lo sé—Bryce se arregló su largo cabello —, pero no voy a mentirme a mí mismo, ángel. No voy a separarme de ella.

Anael chasqueó la lengua y asintió.

—Perfecto, entonces olvídate de que soy tu hermano.

—No lo dices en serio.

—Lo digo muy en serio. Si a ti no te importa mi familia, pues es tu elección. No voy a llevarte flores cuando Mayka Callum, esta vez, te sepulte.

—Ángel.

Bryce quiso dar un paso hacia él, pero el hombre lo empujó hacia afuera de la habitación y cerró la puerta. El hombre golpeó su cabeza sobre la puerta, desesperado. En ese momento la idea de estar muerto no parecía tan mala.

Nunca olvidaré sus ojos con un hilo de vida cuando Eric y yo lo encontramos. Nunca olvidaré las lágrimas, el dolor, la terrible recuperación, las pesadillas nocturnas que me siguen acechando cada noche. Nunca olvidaré que, a los ojos de Bryce Morgan, yo era menos que su asesina.

El desastre con las Charpentier fue el punto de partida para todo lo que vino. Tenía una deuda que pagar. Barud Sinclair nos permitió llegar a los Callums y les perdonamos la vida. Ahora, yo debía cumplir con mi amigo, porque me necesitaba y, sobre todo, porque a diferencia de mi hermano mayor, Barud nunca me falló.

5 Consecuencias

Londres, Gran Bretaña.
Meses después.

—Algo no me cuadra.

—Pues ya somos dos—agregó Anael frente a Barud en su penthouse—. No hay rastro de los Hernández, es como si se los hubiera tragado la tierra. He contactado con algunos de los amigos de los Mitchell y los Radicic, nadie sabe nada, o saben demasiado y temen por su vida.

Barud dio un suspiro y negó con la cabeza.

—Están esperando mi próximo paso—explicó—. Ningún distribuidor quiere trabajar conmigo por temor a las represalias.

El hombre se puso de pie. El penthouse poseía una luz tenue, paredes beige, muebles marrones, algunas plantas de interior cuyo color le daba armonía al ambiente, los sillones en los que se encontraban eran de cuero marrón.

Dio pasos hacia el final de la sala. El departamento tenía un concepto de espacios abiertos. Barud se dirigió al minibar y sacó un whisky escocés, lo levantó y Anael asintió.

—Sin hielo para mí.

Barud lo sirvió y se acercó a su amigo. Ambos estaban en silencio, en los meses que habían transcurrido, todo se mantenía de ese modo, pero no era calma, era una pantomima que cubría el enorme huracán detrás de ella.

—Los Hernández van a matarme.

—No digas mierda.

—Ángel—Barud dio un trago—, soy el principal sospechoso ¿Quién más conocía la ruta de distribución? ¿Cuántos conocían tan de cerca

el rostro de Willy Hernández?

—Eso es lo que el asesino quiere que piensen—Anael lo señaló con el vaso, mientras se cruzaba de piernas—, pero, al parecer, los Hernández tampoco se han tragado todo el cuentito completo, porque, de lo contrario, amigo mío, ya no estarías respirando.

—Los Mitchell y los Radicic ya comenzaron a hacer preguntas. Voy a perder mi posición, es solo cuestión de tiempo. Si no son los Hernández, serán ellos.

Anael se mordió el labio inferior. Pensó en el modo en que Londres estaba dividido en cuanto a la distribución de drogas. Los Sinclair administraban el cuarenta por ciento del territorio, la mayor parte de su mercancía estaba destinada a discotecas, bares, fiestas privadas, algunos pequeños distribuidores. No contaban con laboratorios propios. Ergan, el padre de Barud, siempre dijo que eso traía demasiados dolores de cabeza, y más sobornos para mantenerse en pie. Ahora, los hombres entendían que, debido a eso, toda su red dependía del abastecimiento externo, un abastecimiento cuyo último cargamento había llegado hacía meses y ya no quedaban reservas. Barud agotó todo su stock durante la última semana. Muy pronto, sus clientes comenzarían a negociar con alguien más si no resolvía el problema.

El tráfico de drogas no se trataba de lealtades, sino de dinero, y los tipos debajo de él necesitaban mover sus negocios. Si Barud no les brindaba lo necesario, ellos irían con los Mitchell o los Radicic y éstos, más temprano que tarde, reclamarían su lugar. Barud perdería todo, incluso su vida, pero, a esa altura, lo único que deseaba es que su familia no sufriera las consecuencias de su negligencia.

Fue su responsabilidad, su padre le enseñó que jamás debía bajar la guardia, que su vida dependía de ello. El idiota de Barud permitió que mataran a Willy horas después de su transacción. Sus contactos fallaron y, de pronto, Barud entendió que todos eran traidores potenciales, todos, excepto, el hombre rubio frente a él ,con el rostro más bello que había visto en su vida.

Barud pensó en las divinidades antiguas, Anael no tenía nada que envidiarle a ninguna de ellas ¿Cómo era posible que un hombre así de hermoso pudiera vivir entre tanto tormento?

—Deberíamos hablar con los Hartman.

Barud rio.

—¿Quieres perder las pelotas o qué? ¿Sabes para quién trabajan ellos? No voy a meterme en otros territorios.

—Sí—señaló Anael—, también sé que no quieren tener nada que ver con los Radicic.

Barud negó.

—No voy a arrastrar a mi familia a una pelea con esos carniceros y, mucho menos, a ti. No es justo después de todo lo que viviste.

Anael le restó importancia.

—Yo no tengo nada que perder, así que no te preocupes por mí. Mis hermanos están a salvo, por lo demás, solo me quedas tú.

Barud tensó la mandíbula.

—¿Qué sugieres?

—Conozco a Elliot Hartman—señaló Anael—. No soy amigo, ni mucho menos, pero he tenido trato cordial siempre con él.

—Ese imbécil no tiene voz, ni voto.

—Siempre fue la debilidad de la familia, sobre todo de David.—Anael bebió un nuevo sorbo—. Si lo convenzo de que somos una mejor opción que los Radicic, nunca más tendrás este problema. Ellos poseen sus propios laboratorios, cuentan con el apoyo político necesario. Son prácticamente intocables, los Radicic no los atacarán.

—¿Recuerdas lo que pasó con los últimos que desafiaron a los Radicic?

Ocurrió diez años atrás, un grupo de novatos comenzaron a comercializar sobre el territorio de estos, según se contaba, fueron secuestrados por los tipos y encontraron sus cuerpos descuartizados tres semanas después, sin manos, pies y cabeza. Solo fueron identificados por algunos tatuajes. Se convirtieron en la advertencia más sangrienta del clan Radicic: «No te metas con lo nuestro».

A partir de allí, varios distribuidores continuaron trabajando para ellos, pero solo por miedo. Los Hartman querían abrirse, pero todavía no encontraban la excusa perfecta.

—No veo otra alternativa.—Anael dejó su vaso sobre el apoyabrazos del sofá—. No solo tu negocio está en juego. A medida que sigas perdiendo poder, más te verás como una presa fácil.

Barud asintió.

—¿Y qué haremos con los Hernández cuando vengan a cortarme el cuello por enterarse de que estoy buscando otra fuente de distribución?

—Quizás ataquen, o no ¿Cómo saberlo? —Anael lo señaló—. Hasta ahora, muchos de los que antes considerabas aliados te han dado la espalda, ¿qué piensas que pasará más adelante? Tu padre murió, Barud. No vendrá a salvarte, creo que nadie podría hacerlo, pero puedo ayudarte a recuperar el negocio. Es lo único que soy capaz de hacer por ti. Lo Morgan somos parias, contarme como tu aliado no te va a cambiar la vida, pero todavía tengo talento para negociar.

—Si pierdo esto, ¿qué pensará mi padre?

Anael lo miró confundido.

—¡Tu padre está muerto al igual que tu madre! ¡Esto no se trata de ellos sino sobre ti! Eres tú el que no te lo perdonarías y ¿por qué? ¿Quieres seguir en esto o es solo una cuestión de orgullo? Porque desde donde lo veo en este momento, tú solo sigues buscando validación. —Barud no supo cómo responder. Anael presionó su frente—. Escucha, quizás sea el más tonto de los Morgan, pero todavía me doy cuenta de algunas cosas, tú ya no quieres ser parte de esto, pero como es lo único que conoces y tienes miedo por la vida tuya y de tu familia, te aferras.

Barud sacudió la cabeza.

—Tú no entiendes.

—Claro que entiendo. Nadie te entendería mejor que yo—esgrimió Anael con resignación, compadeciendo a su amigo—. No existe nada peor que estar atrapado en el pasado de los demás, y es allí donde estás ahora.

6 No te atrevas

—No te atrevas.

—¿A qué? —Anael arqueó una ceja—¿A decir verdad? Porque desde donde yo lo veo, tú no quieres seguir con esta vida. Ya no eres el mismo tipo de meses atrás. El asesinato de Willy Hernández te cambió.

Barud entornó los ojos con hartazgo.

—Soy un bueno para nada ¿Qué mierda haría para mantener el nivel de vida que tenemos?

—¿Sería tan malo ser normal? Vivir sin este sitio tan lujoso, pero con tranquilidad, ¿tan terrible sería? Además, ¿cómo lo sabes? Nunca hiciste nada fuera del negocio de tu padre. Te achicaste a tal punto que dejaste de existir por él.

—Es mi negocio también. —Barud se defendió.

—Error.—Anael lo señaló con el índice—. A tu padre es al que le gustaba sangrar, a ti ya no. Te conozco, en algún punto, no lo sé, supongo que sentiste que no merecías morir antes de los cuarenta.

Barud apoyó su espalda por completo en el sofá y miró el techo.

—Cada día abro los ojos y me pregunto si será mi último día, si mis hermanos estarán a salvo, si mis aliados me traicionarán, si…

—Ya—Anael levantó la mano—, entonces te sugiero que lo hagas fácil. Retírate con tu familia o deja tu lugar al que sigue.

—Merim y Sura solo tienen veintidós años. No tienen idea de qué trata todo esto. Viven en una fantasía.

—Les has creado esa fantasía—replicó Anael—. Les ocultaste el mundo en el que te mueves. —Barud dio un suspiro. Su mirada se posó en el hombre frente a él—¿Qué? —preguntó Anael y Barud negó.

—Nada, solo una tontería.

Anael se mordió el labio inferior y sonrió con sensualidad.

—¿En serio? Yo creo que no.

Barud le mostró el dedo medio y Anael se carcajeó. Se quedaron en silencio por un minuto.

—Si renuncio a esto y ellos desean continuar, debo dejarles un reino estable.

Anael asintió.

—Más razones para hablar con los Hartman.

—¿Tú estarías dispuesto a hacer eso? ¿Acompañarme en este proceso?

Anael arqueó una ceja divertido.

—¿Crees que hay algo en este mundo a lo que no me animaría?

El hombre se humedeció los labios.

—Eso es lo que siempre me gustó de ti.

—¿En serio? Pensé que era mi linda cara. —Anael se señaló a sí mismo en tono de broma. Barud solo le dio una sonrisa de nostalgia.

—Sí, supongo que eso también.

Anael volvió a reír. Fue él quien se puso de pie, le quitó el vaso a Barud y se lo llevó hacia el minibar.

—A partir de mañana vamos a cambiar el juego.

—Dudo que mi padre hubiera querido eso.

Anael bufó.

—Y sigues con lo mismo. Deja a tu padre descansar en paz, el que está aquí eres tú y es hora de que dejes de ser el príncipe para convertirte en el rey o que renuncies, es tu elección. —Luego de servir el trago se lo acercó a su amigo quien estrechó su mano para recibirlo—. Larga vida al clan Sinclair—dijo Anael emulando las palabras que solía decir Ergan. Barud le dio una sonrisa tenue y chocó su vaso con el de su amigo.

—Que así sea, Ángel.

***

Anael encendió un cigarrillo apenas salió del hogar de Barud. Era inevitable sentirse nervioso, sentir que esto era lo único que le quedaba.

—Nos traicionó—dijo Anael sentado en la mesa donde habían llevado adelante la reunión más dolorosa de su vida—. Ya no le importa.

—Le importa—replicó Bryce con resignación—, pero no está dispuesto a pagar el precio.

—¿De verdad este imbécil piensa que va a vivir feliz con su rusito y los Callums lo dejarán en paz?

Bryce negó sin saber cómo responder a esa pregunta. Le dolía que Eric no lo entendiera o sintiera como ellos, pero en el fondo, muy en el fondo, sintió envidia de su propio hermano. Envidió su capacidad para olvidar, para encontrar un amor al que aferrarse, algo que Anael y Bryce jamás tendrían.

—Deberíamos matarlo.

—¿A quién? —preguntó Bryce con horror—¿A Eric?

—¡Pues sí! —exclamó Anael—. Deberíamos destriparlo, picarlo, luego resucitarlo y volverlo a matar.

Bryce arqueó una ceja.

—No lo dices en serio, además de que es una locura.

—No, claro que no. —Anael se encogió de hombros—. Me conformaría con que él se lo crea.

—Eric jamás creería que tú le harías daño, y mucho menos yo.

La primera pitada abrió su caja toráxica. Los pulmones recibieron el humo tóxico y se dejaron contaminar con el alquitrán. Anael observó el cielo oscuro de luna nueva, las nubes se agolpaban desordenadas anunciando lluvia.

—Sé que no me quieres—dijo entre dientes—. Estoy muy consciente de lo que le hice a tu familia y lo que le hice a tu hermano, pero no puedo volver el tiempo atrás. No puedo cambiar lo que pasó, pero estoy aquí y, si tu hermano me lo permite, lo voy a compensar todos los días de mi vida, porque, lo creas o no, lo amo y fue lo mejor que me sucedió. Si quieres una pelea, me parece bien, el lugar que prefieras, pero solo cuando tu hermano salga de este maldito hospital. No te digo que pienses en mí, piensa en tu hermano y deja de crear problemas.

—¡Qué fácil! Perdonar, olvidar y todos felices para siempre. Casi un cuento de hadas, casi. Si no fuera por el reguero de sangre

detrás de ti, todos tendríamos una sonrisa.

—No existen los finales felices para los Callums y los Morgan—dijo Mayka con tristeza—, pero mientras estemos vivos, mientras respire, voy a amar a Bryce con toda mi alma.

Los recuerdos oscuros siempre pesan más en la mente que los luminosos.

Cuando Anael pensaba en su familia, revivía la sangre y la traición, como si su mente hubiera empaquetado los momentos de felicidad en una caja con un enorme candado y escondido la llave ¿Toda su vida sería eso? ¿Moviéndose entre la tristeza y el resentimiento? El humo abandonó su cuerpo, se alzó como una nube mientras caminaba en busca de su camioneta a dos calles de allí.

El tráfico había disminuido. Barud no vivía en la calle más popular de Londres, sino a las afueras. El motivo era la tranquilidad. El ajetreo siempre lo puso nervioso. Anael pensó en el joven con trastorno de déficit de atención y las lecciones dolorosas que su padre Ergan le dio. Una nueva pitada y negó, lo dicho, su mente solo se aferraba a la oscuridad.

Caminó con lentitud. El aire frío se había levantado, el otoño había dado paso al invierno. Pocas personas iban y venían, todas envueltas en gruesos abrigos de paño o de lana. Anael se arregló su chaqueta, la verdad es que era demasiado liviana para esa noche.

—¿Te vas?

—Sí, ¿o quieres que me quede?

—Sabes no me importaría.

Una nueva pitada y Anael rio. Dudaba que Barud se estuviera enamorando, pero una cosa era segura. Le había gustado el sexo con él, tanto como para querer repetir, tanto como para olvidarse que Anael era un hombre, que era su mejor amigo y que, nunca se involucraba sentimentalmente, más allá del sexo.

—Me gustaría responderte —afirmó—. Me encantaría decirte sí y desarmarte en esa cama.

—Claro —negó sonriente—, eso si tu verga no estuviera conectada a un agujero que nunca le perteneció.

—No vuelvas a decir eso —replicó enojado.

Anael se humedeció los labios.

—Todo el mundo sabe cómo son los Callums. Solo alguien muy idiota o con un gran derrame cerebral se enamoraría de uno.

—Tu hermano está enamorado de una, no lo olvides.

—Una infeliz que le puso una bala en el corazón. Los Callums desangraron nuestra familia, y él ha decidido perdonarlos.

—No creo que haya hecho tal cosa —respondió—, pero ama a la mujer, y ese es un poder imbatible.

Anael dio un suspiro y le acarició el cuello. Su mano viajó sobre los pectorales.

—Creí que tú eras diferente.

—¿A qué te refieres?

—Alguien que no caería en la maldición.

—¿Te has enamorado alguna vez? —preguntó Azali.

Anael se humedeció los labios.

—No, nunca.

—Mentira —contestó tajante.

—¿Por qué lo haría?

Azali lo escudriñó con detenimiento. Trataba de encontrar esa falla, ese desliz.

—No lo sé, pero me resultó falsa tu negativa.

—El infierno se congelará antes de que «el ángel» Morgan caiga en las garras de alguien.

—Una linda frase, aunque hay un problema detrás de ella.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Es un desafío, y no hay nada más excitante para un hombre de guerra que llegar a un lugar donde nadie más lo ha hecho.

Anael se carcajeó y estampó un nuevo beso en los labios de Azali.

—Pobre teniente —se jactó—, nunca supiste cuándo tú mismo caíste en ese desafío.

El teniente Azali Mohammed habría sido un buen amante aquella noche en Marruecos, si no hubiera estado tan perdido por Jared Callum.

La verdad era que sí. Anael se había enamorado una vez, hacía décadas atrás, pero estaba destinado a fallar. En ese momento, a

tan corta edad, lo entendió. El amor solo complicaba las cosas y no iba a entorpecer su relación con Barud por esas tonterías

Su amigo era un buen tipo, quizás, con las mismas inseguridades que él, pero, sin duda, se llevaban bien. Si se acostaba con él de nuevo, corría el riesgo de crear un lazo más allá de la amistad, y no se lo podían permitir ninguno de los dos. El negocio de los Sinclair estaba en juego, su vida se estaba derrumbando pedazo a pedazo, y había que actuar.

Anael escuchó pasos detrás de él. Se volteó, pero no vio a nadie, sus ojos claros observaron hacia todos los ángulos. Una nueva oleada de viento frío lo atravesó, a lo lejos, se escucharon risas, nadie que estuviera cerca de él. Retrocedió, sin desviar su vista, luego giró sobre sus talones y aceleró el paso, debía llegar a la camioneta.

Introdujo su mano derecha en su abrigo, tocó el arma que cargaba junto a él. Las luces eran tenues, el aspecto tranquilo de la ciudad que se preparaba para descansar. El frío se instaló, al igual que la niebla, sus pasos se oyeron nítidos y de nuevo, los de alguien más.

Anael respiró, sus ojos fueron de un lado hacia otro. Cuando llegó a la esquina, se detuvo en la intersección y, una vez más, volteó. Ya no se escuchaban risas a lo lejos, un par de vehículos pasaron.

Anael cruzó la calle, buscó la llave en el bolsillo opuesto a donde llevaba el arma, desactivó el seguro del vehículo y abrió. Ingresó a la camioneta y colocó el seguro de inmediato. El vaho salía de su boca, se frotó las manos para calentarlas. Insertó la llave y, cuándo intento poner en marcha el motor, la amenaza se materializó.

Ya no eran pasos, era una soga sobre su cuello que tiraba hacia atrás, apretándolo contra el apoyacabezas, cortando el aire. La mandíbula de Anael se tensó, sus manos fueron hacia la chaqueta y sacó el arma. El atacante lo soltó cuando el disparo salió y rompió el vidrio trasero. Anael buscó girarse y el tipo arrojó una especie de líquido sobre sus ojos. Anael disparó una vez más, sus párpados se cerraban mientras sentía como sus globos oculares se derretían. Contuvo un grito, lo próximo que supo es que el vidrio lateral fue roto y su cabeza estampada sobre el volante. El mundo se oscureció.

Líquido goteando desde su nariz que estimaba era sangre, un dolor sordo y punzante se instaló en su rostro. No podía abrir los ojos, el dolor era demasiado, y después, nada.

7 Inspector Lisandro Bello

Los ojos de Anael parpadearon, el ardor que parecía devorarle los ojos se había extendido hacia todo su rostro que ya no se sentía suyo. Estaba en una fría silla de metal, sus ojos, poco a poco, se abrieron y observó la luz blanca sobre él, las paredes celestes a su alrededor y, a un costado, un vidrio espejado.

Se puso de pie, sus pasos tambaleantes hacia el vidrio. Su rostro, que ya no parecía de él, cubierto por un enorme gasa y cintas que taponaban sus fosas nasales, un corte horizontal por encima del tabique ¿Dónde mierda estaba su celular?

Su arma también había desaparecido, del mismo modo que su abrigo. La habitación se sentía fría. Anael estaba desconcertado, la confusión fue lo que lo mantuvo en alerta más que el miedo. Su cabeza creyó que estaba en una pesadilla, luego pensó en las conversaciones con Barud, ¿alguien lo había espiado? ¿Los Hernández? ¿Los Radicic?

«Ya no quedan Callums vivos, al menos, no que nos hagan daño».

La frase de su hermano lo tranquilizó aquella vez, pero ¿y si los que quedaban decidieron actuar? ¿Si Ian Callum quería vengarse por lo sucedido en Marruecos?

Anael sacudió la cabeza. No, este no era el estilo de ellos y, menos de Ian. Habría sido un corte limpio, un disparo y a ver a Satanás. Esto era algo más, y el no tener respuestas, lo desesperó. Se acercó a la puerta, esta era de acero. Golpeó sobre ella y se percató de que estaba blindada, del mismo modo que el vidrio espejado. El lugar no parecía el de un mafioso, estaba limpio e impecable.

Anael tragó saliva, su cabeza martillaba en consonancia con su corazón. Esto era una sala de interrogatorios de…

—¿Sabes cuántos hombres aguantan dos golpes como los que recibiste sin que su nariz se quiebre? Te daré una respuesta: solo

uno.

Era un hombre de un metro noventa, cabello castaño oscuro y ojos del mismo tono, llevaba un traje de tres piezas y una colonia intensa. Una mezcla de maderas y especias. Anael se irguió, como si necesitara mostrarse más grande para no ser presa.

Ese rostro, esos ojos los había visto antes, incluso la postura. El cuerpo tenía memoria celular y el suyo quería huir de allí. Este tipo era un desconocido, ¿porque lo afectaba de ese modo?

—¿Quién mierda eres tú?

El rostro del tipo se ensombreció. Llevaba una carpeta en sus manos, cerró la puerta sin despegar la mirada de Anael y le señaló la silla.

—Toma asiento, por favor.

Anael frunció el ceño.

—No me voy a sentar, hasta que no me respondas.

El tipo arqueó una ceja.

—Muy bien, señor Morgan—explicó con voz suave como si intentara calmar a un perro rabioso—. Tienes dos opciones: Sentarte en esta silla y hablar civilizadamente, o quedarte aquí solo, sin agua y sin poder ir al baño, hasta que reflexiones tu decisión.

Anael negó.

—¿Has dicho civilizado, idiota? Tengo mi cara hecha una masa de carne y todavía veo borroso. Tienes razón, todo esto grita muy civilizado.

El hombre miró hacia abajo, como si de repente se sintiera avergonzado, luego volvió a enfocarse en él.

—Lamento lo ocurrido, pero no fue parte de la planificación, de hecho, tampoco fue mi responsabilidad.

Anael chasqueó la lengua. Se dirigió a la silla, se sentó y se cruzó de brazos.

—Bien, ya estoy aquí sentadito como buen niño obediente ¿Quién eres y qué quieres?

El hombre dio pasos hacia la mesa. Dejó a la carpeta y se sentó. Su cuerpo grácil y su espalda musculosa recta, tocando el respaldo de la silla.

—Soy el inspector Lisandro Bello de la NCA—señaló. Anael cerró los ojos y negó ¡Carajo, hubiera preferido a los Radicic! La NCA era algo así como el FBI británico, se encargaban del crimen a gran escala—. Hace más de un año estamos siguiendo una pista de asesinatos de traficantes.

—Yo no tengo nada que ver.

—Lo sé.—Lisandro le sonrió.

Anael seguía perdido en ese rostro, ¿quién era? ¿Dónde lo había visto antes? El hombre abrió la carpeta y le mostró el contenido a Anael. Era su expediente.

—¿Prefieres que te digan Anael o Ángel? —indagó. Anael no respondió— ¿Tan callado de pronto? Extraño, me dijeron que nunca te callabas.

—Exijo un abogado, porque de ningún modo puede ser legal la forma en que me han tratado.

Lisandro arqueó una ceja.

—¿Pedir un abogado tan rápido? Creí que habías dicho que no eras culpable.

—Pedir un abogado no me hace culpable, me hace consciente de mis derechos. Me secuestraron, me arrojaron algo a los ojos que todavía arde, casi intentan matarme. No voy a seguir tolerando esto. No hablaré contigo, a menos que me traigas un abogado.

—No te estoy acusando de nada.

—Entonces, déjame salir de aquí o explícame, ¿por qué mierda me han tratado así?

Lisandro se humedeció los labios.

—Escucha, Ángel. —El apodo salió sin pensar, Anael frunció el ceño ¿Qué clase de policía era este? —.Estás aquí porque eres una pieza clave en la investigación sobre el asesinato de Willy Hernández y por tus conexiones con Barud Sinclair.—Allí estaba, Anael tragó saliva. Ellos también pensaban que Barud había asesinado a Willy Hernández. Lisandro deslizó algunas páginas en la carpeta frente a él y buscó imágenes. En ellas, aparecía Barud y Anael en la discoteca, luego hablando en un café, entrando a su departamento —. Quiero que me digas todo lo que sabes acerca de Willy Hernández y de tu amigo Barud.

—¿Y si no?

La comisura de su labio izquierdo se levantó.

—Entonces, tal vez, sí necesites un abogado, después de todo.

Anael dio un suspiro.

—Barud no tiene nada que ver con el asesinato. Ustedes no tienen pruebas, en cambio yo sí tengo pruebas de tortura—Anael se señaló el rostro—, y no me va a importar si…

—Barud Sinclair maneja el cuarenta por ciento del narcotráfico en Londres.—Lisandro lo interrumpió—. Sabemos que Hernández era su distribuidor y ahora está muerto.

—Te dije que no tengo nada que ver—replicó sabiendo que estaba jodido—. Además, ¿cómo piensas que Barud sería tan tonto como para matar a su distribuidor?

—¿Entonces? ¿Cuál es la conclusión, según tú? —indagó. Anael se rascó la ceja, la cara dolía como el infierno, pero también escocía—¿No vas a hablar?

—No puedo hablar de algo que no sé—esgrimió Anael—.Barud está consternado.

Dios, en ese momento se odió por hablar de más. Lisandro frunció el ceño, la primera mueca de desconcierto.

—¿No te importaría ir a la cárcel por él? ¿Tanto lo vas a proteger?

—Es como mi hermano, además, no tienen motivos para enviarme a la cárcel.

Lisando ladeó la cabeza, estaba analizándolo.

—¿Y si te dijera que él te vendería? ¿Si te dijera que está a solo unos metros de aquí y está contando todo?

—Te diría que pierdes el tiempo, porque jamás lo creería.

—Eres muy leal, Morgan. Eso es extraño en la gente como tú.

—¿Gente como yo?

—Parásitos criminales que juegan con la vida de la gente.

—Te crees superior, inspector—Anael se hizo hacia adelante en la silla—, desde tu tronito moral. Mira lo que me hicieron y me estás privando de un abogado. Yo diría que eres un criminal incluso peor, porque finges ser bueno.

Algo feo se dibujó en el rostro de Lisandro, como si hubiera recibido una bofetada. La máscara de amabilidad cayó.

—Escúchame bien, Morgan. Estamos al borde de una guerra de narcos y no la voy a permitir ¿Entendiste?

—Por si no te has enterado yo también vivo aquí, aunque haya nacido en Ámsterdam—dijo Anael—. Nunca jamás en mi vida estuvo en mis planes estar en medio de una lucha entre bandas.

Lisandro se rascó la barba. Estaba recortada y perfecta, así como su cabello y el aura que ese hombre irradiaba. Control y autoridad, aunque Anael lo hubiera sacado de su eje una milésima de segundo.

La puerta se abrió en ese momento. Un hombre rubio, un poco mayor al inspector Bello, ingresó. Anael lo observó, el tipo le dio una media sonrisa.

—Morgan, ¿el inspector Bello te ha tratado bien?

—Define la palabra «bien»—replicó Anael.

—Arrogante hasta cuando estás jodido. —El tipo lo señaló con el dedo—. Me gusta esa actitud, aunque estés del lado equivocado. —El hombre era tan alto como ellos. Se detuvo detrás de Lisandro y apoyó sus manos en la silla—. Soy el inspector en jefe Gerald Bello. Anael enarcó una ceja y luego rio.

—¿Hermanos?

Gerald puso la mano en el hombro de Lisandro, buscando apaciguar la ira que salía a raudales de sus ojos.

—Nadie como tú para entender la importancia de la hermandad.

Anael tragó saliva, su rostro se ensombreció.

—¿Qué buscan? ¿Me están acusando del asesinato de Willy Hernández? ¿De armar una guerra entre narcos? ¿De proteger a Barud Sinclair?

Gerald chasqueó la lengua.

—Lisandro, ¿nos dejas a solas un minuto por favor? —Era una orden disfrazada de pregunta. La mirada de Lisandro fue tan intensa como una daga afilada.

Podría jurar que escuchó la mandíbula de Lisandro romperse de lo fuerte que presionó. Se puso de pie y miró de frente a su hermano. Había mil insultos escritos en su hermoso rostro, porque, mierda, Anael estaba seguro de que era el semental más bello que vio en su vida. Mil maldiciones contenidas en su garganta. Anael imaginó el nudo en su estómago, el inicio de una úlcera gástrica.

Lisandro no dijo una palabra. Era la ley, la jerarquía la que mandaba. Gerald tenía un cargo superior y debía soportarlo.

Gerald se arregló el abrigo de paño color gris cemento y se sentó frente a Anael. Fue allí cuando supo que el verdadero juego recién comenzaba.

8 Reglas de juego

—Papá, ¿cuándo vendrás?

—Todavía estoy en el trabajo, fresita, pero te prometo que, en una hora, papá llegará a casa.

—Es que ya tengo sueño y mañana hay escuela. No voy a aguantar.

—Tranquila, princesa. Cuando llegue, te despierto para abrazarte y darte un beso.

—¿Lo prometes?

—Lo juro, mi pequeña.

Lisandro golpeó los azulejos del baño tan fuerte que el dolor en los nudillos viajó por todo su cuerpo.

«Maldito hijo de puta».

¿Por qué buscaba formas de avergonzarlo? Lisandro bufó y negó. Gerald siempre ganaba, sin excepción. La operación debió haber estado a su cargo, de hecho, fue él quien trazó la estrategia, quien lo planificó paso a paso, y fue el propio Gerald quien lo arruinó. Lisandro cerró los ojos y respiró.

—¿Qué ocurrió? ¡Está sangrando!

—Algunos contratiempos.

—¡Mira cómo está! ¿Acaso has perdido la cabeza?

—Ocúpate de tus asuntos, inspector.

—No me vengas con esa mierda. Sabes muy bien lo que esto le puede hacer al caso. Morgan nos denunciará y nosotros terminaremos en la calle con una demanda por mal desempeño o abuso de poder.

—No puede. Está a punto de ir a la cárcel si no colabora con nosotros. Morgan lo sabe.

—¿Es que a ti no te suena la frase abuso de poder?

—¿Y a ti te suena la palabra justicia? Pues eso es lo que hemos aplicado aquí. Ahora, espera a que despierte, lo interrogas y das detalles de cómo sería su acuerdo con nosotros, de lo contrario, pasará mucho tiempo antes de que vea la luz del sol.

—No tiene obligación con nosotros. No tenemos nada contra él, esto es sobre Barud Sinclair y los demás.

—¿En serio? Ponlo frente a un jurado. Un asesino a sueldo, un tipo que mata a sangre fría y que toda la vida se vinculó a los sectores oscuros del crimen. Dime, ¿a quién le creerán? Que el fiscal ponga las fotos de Willy Hernández delante de un jurado y relate la estrecha amistad entre esta basura y Barud Sinclair.

—Dios mío, eres…

—¿Qué? ¿Práctico y resolutivo?

—Un maldito corrupto.

—Pobrecito, mi pequeño hermano. Siempre queriendo seguir la ley, siempre queriendo estar bien con Dios y con el diablo ¿Sabes lo que dice la Biblia de los tipos como tú?

—¿Tenemos lugar allí los que razonamos?

Gerald le dio una mirada de desprecio.

—Sí, los llama tibios y Dios los vomita.

Lisandro tocó el paquete de cigarrillos en su bolsillo y controló las inmensas ganas de encender uno. Necesitaba algo en su mano, algo que frenara el instinto de asir su arma y vaciarle el cargador en la cabeza a su propio hermano. Sus hijas lo esperaban en casa, tenían cinco y siete años, quizás, Verónica también, aunque hacía mucho que eso dejó de ser un matrimonio. Lisandro no le importaba o fingía que no le importaba, para el caso era lo mismo, pero sus pequeñas eran su mundo, todo por lo cual vivía.

«Tú quieres que los malos paguen, pero ¿y nosotras?».

Le dolió el alma aquella pregunta hecha con la inocencia de un ser que apenas comienza la vida. Maggie, con esos ojos grandes como los de su tío Gerald, lo habían escrutado a la espera de una respuesta que calmara su incertidumbre.

«Papá lo hace por ustedes».

¿Era así? ¿Valía la pena perder momentos con sus hijas por su necesidad de ser el mejor? ¡Como si a alguien le importara! Lisandro

odiaba la injusticia, pero estaba rodeado de ella. La respiraba. Un olor rancio, putrefacto, las aguas de un lago estancado que acumulan mosquitos y miseria, en ese lago de injusticia se acumulaba la miseria humana y, Lisandro, en su perfeccionismo e ingenuidad, seguía luchando, incluso cuando el lodo pastoso y podrido le llegaba hasta la nariz.

«Son las reglas de juego».

Para Gerald era tan simple romper la ley y los procedimientos, y ¿qué hicieron? ¡Lo premiaron con un ascensoi ¡Uno por el cual Lisandro luchó cada maldita hora del día!

¿Qué pensaría su padre si estuviera vivo? ¿Alguna vez estuvo a la altura de sus expectativas?

«Diría que eres un fracaso».

Para Arturo bello, un hombre formado en las filas del ejército no había otra palabra que mejor lo definiera.

«Son las reglas del juego».

Su madre también se lo dijo, una y otra vez, mientras su padre premiaba a Gerald hasta con lo que no tenía y a él, lo dejaba en el descarte. Hubo tantas veces en las que Lisandro no se sintió parte de esa familia. Era el engranaje que sobraba, podía esforzarse, pero nunca dejaría de ser el marginado. Gerald siempre le arrebataba todo lo que tenía.

El plan esa noche era sencillo. Lisandro y su equipo estudiaron los movimientos del «Ángel» Morgan por varios meses, incluso antes del macabro hallazgo de Willy Hernández. Barud Sinclair era un hombre de apegos, dejaba entrar a pocos y Anael era un privilegiado. Debían perseguirlo hasta su camioneta, esposarlo y trasladarlo a las oficinas del NCA.

Gerald tuvo que quitarle la legitimidad al procedimiento como siempre. Los subalternos forcejearon con Anael, quien por supuesto, no se dejaría atrapar como un dulce perrito. Lo golpearon hasta sangrarlo y lo dejaron a él para que arreglara ese desastre, para que explicara lo inexplicable y que asumiera las consecuencias, en caso de que Anael quisiera demandarlo.

«Renuncia».

No había nada que lo atara a ese empleo, excepto el miedo a no conseguir nada mejor. Las fuerzas de la ley eran su vida, ocupaban un lugar en su memoria incluso más que Verónica.

«Lo hago por ustedes».

¿No era acaso una burda mentira? Lisandro lo hacía por él, para demostrar que era capaz de lograr algo, que la justicia contaba, y que el mundo sería un lugar más seguro cada vez que un traficante, un hacker o un asesino, terminara tras las rejas.

Salió del edificio al frío de la noche. Pensó en lo que Gerald estaría urdiendo junto con Anael Morgan. Otra vez contuvo sus manos desesperadas por aferrarse a algo, aunque fuera a un poco de tabaco y alquitrán. Sacó del bolsillo de su chaqueta su billetera, la abrió y observó la fotografía. Ocurrió la Navidad pasada, Verónica, las niñas y él en Manchester, en la casa de sus suegros. Estaban armando un muñeco de nieve. El nudo en su estómago se apretó todavía más al observar las caritas rosadas por el frío. Quería correr hacia su hogar, correr, correr y correr hasta que su cuerpo volviera a la vida, hasta que el mundo fuera un lugar mejor, hasta que los sueños dejarán de tornarse pesadillas, hasta que la ley no fuera una carga, sino la guía de la sociedad.

Acercó la foto a sus labios y la besó. Cerró los ojos y sintió la calidez de las mejillas regordetas, el calor de la chimenea y las risas que siempre quería atesorar en su mente. No había millones en el mundo que pudieran suplantar en su alma esa calidez. Lisandro guardó la foto, los copos de nieve comenzaron a caer iniciando la primera nevada.

—Hermanito, ¡aquí estás! —Lisandro lo escuchó, pero no volteó. Puso sus manos en el pesado abrigo y miró al cielo. Gerald se colocó a su lado y encendió su cigarro—. Eso estuvo intenso.

El corazón le palpitó a toda velocidad, ¿lo había golpeado de nuevo?

—¿Qué hiciste? —cuestionó. Gerald sonrió y dio una segunda pitada. El silencio ensordecedor y sus nervios crearon una amalgama bestial—. Te pregunté qué…

—Nada—interrumpió—, el que sale al escenario a partir de este momento, eres tú.

Lisandro frunció el ceño y negó.

—No voy a cubrir tu desprolijidad, no de nuevo.

—Cierra la boca.—Gerald arrojó el cigarro y se colocó frente a su hermano—. Quiero que escuches muy bien los pasos a seguir, porque no los voy a repetir. —Lisandro levantó la barbilla.

—No cuentes conmigo para otra ilegalidad.

Gerald sonrió.

—El sabio y recatado Lisandro, y si te dijera que la única oportunidad de hallar al asesino de Willy Hernández y detener esta guerra está ahí dentro ¿qué me dirías? Si te dijera que es tu oportunidad de ser algo más que un estúpido burócrata, ¿ qué responderías?

Lisandro negó. La manipulación era clara como el agua.

—No formaré parte de esto—dijo sin dudar. Pasó por el lado de Gerald y éste lo sostuvo del brazo.

—No es una orden mía, Lisandro—explicó con seriedad—. Viene de arriba y, si quieres seguir en la NCA, tendrás que obedecer.

9 Locura y tragedia

Era un silencio tenso. Anael tragó saliva y observó al hombre frente a él. Era muy diferente a Lisandro, incluso sus ojos. En los de Lisandro había cansancio, en estos ardía algo distinto, algo que lo estremeció.

—¿Mi hermanito te lanzó el cuento de Barud Sinclair?

Anael arqueó una ceja.

—Era mentira que estaba aquí, ¿verdad?

El tipo se carcajeó.

—Creo que subestimamos tu intelecto.

Gerald se secó algunas lágrimas mientras Anael se mantuvo serio.

—Dime que no me ha arrastraron hasta aquí y me golpearon solo para escuchar estupideces.

La sonrisa de Gerald, poco a poco, se desvaneció. Su mandíbula se tensó. La carpeta de Lisandro seguía en la mesa y este volvió a abrirla.

—El asesinato de Willy Hernández.

Anael negó.

—Te lo dije, nosotros no tenemos nada que ver.

—Ya lo sé—dijo con seriedad—, pero tengo afuera una guerra que está a punto de estallar.— El hombre buscó las fotos. Anael las observó y cerró los ojos. Cuerpos irreconocibles, la imagen de su propia familia siendo masacrada no se iba de su retina, un dolor latente que salía a la superficie cada vez que se encontraba con imágenes violentas—. Estos tres tipos fueron encontrados muertos hace un mes, trabajaban como proveedores de los Mitchell.

Anael tragó saliva, estaba en una encrucijada ¿Cuánto debía contarles? ¿Y si solo era un engaño?

—Estás tratando de frenar una guerra que ya comenzó—sentenció Anael, asegurándose de mantener su vista apartada de las fotos.

Gerald se rascó la barbilla.

—Sabemos que a Barud Sinclair le queda poco tiempo. Deudas, mercancía que no llega, contactos que se pierden. Está entrando en desesperación.

Anael se mantuvo inmutable, ¿con cuántas personas habló Barud de sus problemas, además de él?

—Lamento decirte que estás equivocado.

—Vamos Morgan. —Gerald apoyó los codos sobre la mesa—. Sabemos todo, así que, no necesitas fingir conmigo. A este paso, los únicos que van a beneficiarse de esto, serán los Hartman.

Anael frunció el ceño.

—Querrás decir los Radicic.

Gerald sonrió.

—Vaya, hay algo que yo sé y tú no. —Se burló—. Mientras los Hartman se tornan los únicos distribuidores, los Radicic van siendo sacados del juego muy fácilmente.

—No usaría la palabra fácil para referirme a los Radicic.

Gerald negó y buscó una nueva foto.

—Yuba Radicic fue internado hace dos horas. Un atentado en su propia mansión.

—¡Carajo! —Anael perdió la compostura.

—No está fuera de peligro, de hecho, han debido operarlo de urgencia, un disparo al pecho. Un milagro, ¿te suena conocido?

Las manos de Anael se tornaron puños.

—No te atrevas a burlarte de mis hermanos.

—Morgan, deja el juego. —Gerald se puso de pie, caminó y se apoyó en la mesa al lado de Anael—. Sé que tu hermano está vivo y mantiene una relación con Mayka Callum. Sé que tu hermano Eric vive en Rusia con un tenista, aunque nadie hable de la verdadera relación que tienen. Sé que lo único que te queda es Barud Sinclair, y este corre grave peligro. La gente de Willy Hernández querrá su venganza. Los Hartman ahora quieren una porción del territorio, no solo ser espectadores. Barud se ha quedado sin respaldo, es un blanco fácil, aunque todavía posea el cuarenta por ciento del territorio. Si yo quisiera entrar en todo el negocio, el primer lugar

que intentaría ocupar sería ese, o lo asfixiaría de tal modo que termine rindiéndose.

Anael apartó la mirada. Todo lo que este imbécil decía era verdad, estaba solo. Gerald puso la mano en su hombro, lo cual, sorprendió a Anael.

—Podemos negociar—aclaró de inmediato—. Si nos ayudas a desmantelar y encontrar al asesino, al tipo que está llevando adelante todo esto—que de seguro está ligado a los Hartman—,tu familia y Barud Sinclair estarán bien.

Anael frunció el ceño.

—¿Tan seguro estás de que son los Hartman?

—A simple vista todo grita culpable. Si no fue Barud, fueron ellos, pero con tu ayuda, tendremos las pruebas necesarias para incriminarlos. No estarías haciendo nada de lo cual te culparíamos, además, no estarás solo, tendrás apoyo en el terreno.

—¿Por qué yo? —Esa era la duda que a Anael lo carcomía.

—Porque tienes trato cordial con todos porque, si bien eres amigo de Sinclair, no eres enemigo de los demás. Tienes carisma, caes bien. Eres perfecto para esto y tendrás nuestro apoyo.

—¿A qué te refieres con apoyo?

—Al inspector Lisandro Bello, él trabajará junto a ti.

Anael abrió y cerró la boca, luego contuvo una carcajada.

—¿En serio, cabrón? Apenas lo vean se darán cuenta de que es policía. Todo en él grita ley y estructura.

—No es así. Lisandro ha trabajado encubierto antes y es impecable.

—Estamos de acuerdo con que luce impecable, pero estoy seguro de que nunca ha enfrentado a gente como esta. Nunca ha estado rodeado de tipos que pueden dejarte sin manos y pies y presenciar impasibles cómo te desangras, súmale también que no me soporta y se cree mejor que yo.

—Lisandro no…

—Basta, no te burles de mi inteligencia—interrumpió Anael—.No tengo problema con que sea soberbio, es su forma de ser, pero no voy a aceptar que me mire como si yo fuera un parásito. Que se baje del pedestal.

Gerald arqueó una ceja con diversión.

—Tú también lo notas, ¿verdad? Supongo que la arrogancia le viene de cuna, siempre trató así a todo el mundo, incluso a mí.

Anael levantó la mano.

—Déjame afuera de los traumas con tu hermano. No voy a hacer esto y punto. Si quieres acusarme de algo, pues adelante.

Gerald le sonrió, pero no fue una sonrisa amable.

—¿Y tu amigo Barud? ¿No te importa enviarlo a la cárcel a él?

—¿De qué carajo estás hablando? ¡Soy yo negándome a formar parte de lo que sea que estén tramando!

—No me jodas, Morgan. Sabes muy bien que tenemos suficientes pruebas para enterrar a Barud en una cárcel de por vida por narcotráfico. —Los ojos de Anael se estrecharon—. Sin embargo, soy un hombre generoso y tú puedes sacarlo de esto. Ayúdanos a desenmascarar a los Hartman, a conocer cuál es el pilar detrás de ellos, y nos olvidaremos de las pruebas contra Barud y contra ti. Me olvidaré de que existen los Sinclair o los Morgan, me olvidaré de que tu hermano está vivo y que el otro se esconde en Rusia ¿Qué te parece ese trato?

Anael se cruzó de brazos, estaba entre la espada y la pared. Una cosa era tratar con serpientes, se movió entre ellas toda su vida, una muy distinta era tener como compañero a un tipo, cuyo aroma a policía sería detectado por todos los narcos.

—Descubrirán a tu hermano y no voy a defenderlo.

—Claro que lo harás, de lo contrario, voy a matarte—esgrimió Gerald. Anael se imaginó un segundo trabajando con Lisandro Bello, el tipo odiaba que le dieran órdenes. Lo más probable es que se pelearan más que otra cosa, esto estaba condenado al desastre desde el inicio—. Te vamos a dar por escrito las condiciones.— Presionó para cerrar el trato—. Te prometo que, una vez que todo termine, nunca más volverás a saber de nosotros, ni tú ni Barud Sinclair.

—Si sobrevivo—expresó Anael. Gerald se encogió de hombros.

—Es parte de las reglas. Nos jugamos la vida todos los días, ¿de repente tienes miedo?

Anael dio un suspiro. Pensó en sus hermanos, en lo felices que eran, Barud también tenía familia y los amaba. No los dejaría solos, no los haría cargar un peso que él era capaz de resolver.

—Muy bien, quiero cada condición por escrito. Encontramos a los culpables de los asesinatos, me desaparezco, y todos ustedes se olvidan de mi existencia y la de mi familia.

Gerald dio un aplauso como indicando que habían llegado a un punto de equilibrio.

—Sabía que eras un hombre razonable, Morgan.

10 Discusiones

—No voy a trabajar con ese tipo.

—Es una orden Lisandro, además a ti te gusta el trabajo encubierto.

—No con él. Este hombre asesinaba a sueldo, es amigo de un narcotraficante.

—Sí, asesinaba a sueldo, igual que nosotros—Gerald rio—¿O acaso tú no matas por un sueldo cuando es necesario?

—¿Cómo te atreves a compararme con un tipo tan despreciable como él?

—Imbécil.—Gerald arqueó una ceja—. Ese tipo tiene más valores y códigos que muchos de nuestros compañeros. Deja de ser tan cerrado de mente y acostúmbrate. Vas a reunirte con él mañana, te guste o no. —Lisandro negó una vez más.

—No lo haré, si quieren me despiden, pero no me arriesgaré de nuevo.

Gerald dio un suspiro de hartazgo.

—¿Quieres un lugar seguro para tus hijos? ¿Qué pasará cuando esta guerra se desate? Londres será un reguero de sangre y depende de nosotros frenar esto antes de que los de arriba tomen cartas en el asunto. —Gerald puso las manos sobre los hombros de su hermano—. Piensa en un ascenso, mejor salario, darle a Verónica y a las niñas lo que se merecen de verdad, tú no tendrás que estar todo el tiempo aquí.

No había duda de que el bastardo de su hermano sabía jugar las cartas. Tenía la labia de su madre y el mismo nivel de manipulación.

Lisandro pensó en Anael Morgan. Sin duda, era diferente a como lo imaginó. Carecía de la arrogancia de los que nacen en cuna de oro. Había algunas arrugas en su rostro, pese a tener su edad, como si la vida le hubiera jugado una mala pasada y no terminara nunca

de cobrársela, no obstante, eso no le quitaba la belleza angelical. Lisandro leyó lo ocurrido en su familia, la masacre y posteriormente el alejamiento de sus hermanos. Lisandro pensó en lo solo que debía sentirse, en cómo se aferró a Barud Sinclair y, por su culpa, estaba metido en esto.

—Es la última vez—agregó Lisandro sin alternativas—. No me arriesgaré más por la NCA.

—Claro.

—Hablo en serio. —La sonrisa de su hermano se borró. —. No voy a seguir siendo tu peón para que tú te lleves los laureles.

Gerald se cruzó de brazos.

—Siempre supe que me he envidiabas, Lisandro, pero nunca imaginé que tanto.

Esta vez Lisandro se carcajeó, se acercó a su hermano y le dio un golpe en el brazo.

—¿En serio? A mí me parece que siempre fue al revés.

—No tienes nada que me interese.

—Tengo una familia—señaló Lisandro sin dudar—. Mi esencia, mi transparencia y honestidad. Eso no puedes comprarlo ni con todo el dinero del mundo.

La mandíbula de Gerald se tensó. Lisandro infló el pecho y caminó hacia el interior del edificio. La nieve había comenzado a caer con fuerza. Gerald observó el cielo y sonrió.

«Pobre tonto, si supiera».

Lisandro ingresó al edificio y se encontró, frente a frente, con Anael Morgan. La tensión se sintió en cada hueso. Una cuerda firme que los uniría por meses, aunque Lisandro esperaba que no.

Anael se detuvo frente a él. Lisandro lo contempló por completo por primera vez. No era casualidad su apodo. Su cabello, sus ojos, sus pestañas, sus labios, incluso con la mitad del rostro cubierto por moretones y una gasa, lucía como un ser divino, angelical, el tipo más hermoso que había conocido en su vida. No apuesto, hermoso. Había algo en sus gestos, en cada línea, esa frontera difusa y perfecta entre lo femenino y lo masculino.

El rostro de Lisandro se sonrojó, jamás había admirado un hombre de esta manera, y algo en lo profundo le provocó un

estremecimiento, un golpe certero en su conciencia. Una vocecita cruel que le dijo que, en parte, estaba traicionando sus votos conyugales.

Era una estupidez, Lisandro jamás miraría a un hombre de una manera sexual. Esto era solo…

—Algo que quiera decirme, inspector.—Fue Anael quien cortó el mutismo de Lisandro.

—No creas que esto es un juego—advirtió casi tontamente—. Hay vidas en riesgo.

Anael le sonrió y no fue una burla, sino más bien pura seducción. El nudo en el estómago de Lisandro se apretó. Dio un tirón fuerte para develarle que estaba ahí.

—Cariño.—Hubo algo en la palabra que llenó de fuego cada célula de su cuerpo, entre el pudor y un sentimiento desconocido—. Las primeras vidas en riesgo son la tuya y la mía ¿Quieres saber lo que nos harán los Hartman si nos descubren? ¿Las consecuencias que nos harán enfrentar los Radicic si piensan que estamos detrás de ellos? —Anael se humedeció los labios. Lisandro siguió el movimiento de su lengua, como si estuviera en trance—.Has visto fotos de tortura, pero ¿alguna vez viste a una persona siendo torturada en vivo? ¿Alguna vez encontraste a alguien amado bañado en sangre? —Aquí la seducción dio paso algo oscuro, casi asesino—. No me hables de muerte, porque la conozco mejor que tú, Bello.

Lisandro se sonrojó. El calor se percibió incluso a metros de él. La vergüenza y la humillación emanaba en oleadas crudas y salvajes, avivando la tensión ¿Qué carajo tenía este tipo?

El inspector dio un suspiro. La necesidad de que el aire le diera calma, eso que sentía perder mientras su corazón se aceleraba. Debería renunciar en ese momento, este hombre no era bueno para él. No era opción mantenerlo cerca y lo vería todo el tiempo.

¿Qué emociones le provocaba?

El inspector buscó en su bolsillo una tarjeta. Controló el temblor en sus manos y se la estrechó. Anael arqueó una ceja y la recibió. Sonrió al leer el nombre.

—Magnolia ¿No deberías invitarme a un lugar que disfrutemos ambos?

Magnolia era un club de striptease exclusivo en el centro de Londres. Se decía que uno podía encontrar allí las bellezas más exóticas de Gran Bretaña y del mundo. Una especie de paseo de exhibición contemplando lo mejor de la genética femenina. Para Lisandro siempre fue un tugurio en donde vendían personas.

Lisandro frunció los labios. Había leído el expediente de Anael, conocía su orientación sexual, pero no esperó que hablara de una manera tan abierta, considerando el mundo rudo y masculino, del cual provenía.

—Nos reuniremos allí. Es discreto y, además, los Hartman suelen visitarlo.

—¿Alguna vez has ido a un lugar así, inspector? ¿Qué piensas de esos sitios?

—¿Importa?

La sonrisa amplia y perfecta de Anael fue como un golpe en la cabeza. Si era atractivo cuando estaba serio, cuando sonreía era de otro mundo.

—Esto será divertido.

—No lo será—replicó Lisandro con su rostro pétreo—. Vamos a trabajar juntos, pero nada más. No te considero mi compañero, sin embargo, para mi infortunio debo conocerte, así como también debemos acercarnos al enemigo.

Anael se humedeció los labios y le estrechó la mano.

—Dame tu celular.

—Ya tengo tu número.

—No ese número. —Anael movió la cabeza a un lado e incluso fue un gesto tierno—¿Qué pasa inspector? ¿Tiene algo que ocultar?

Lisandro negó con hartazgo y sacó el celular de su bolsillo. Anael observó la pantalla, en una imagen aparecía Lisandro con una mujer rubia y dos niñas parecidas a ella. Anael ingresó a los contactos y guardó el número.

—Un mal paso y no la cuentas, hijo de puta.

Anael rio. Sabía que Lisandro no mentía. El aura de ley y peligro, su traje, su postura. Esa sensualidad de un hombre que no estaba al tanto de sus atributos era casi magnético, casi.

Anael había sentido ese toque de seducción en sus ojos, la seriedad y el porte de un modelo de revista. Había visto hombres así y un escalofrío recorrió su columna. Si hubiera tenido un crucifijo, lo habría levantado y se habría persignado. Nadie convocaba a los fantasmas del pasado y vivía para contarlo. Quizás, a su hermano Bryce le gustaba dormir con la muerte a su lado, a Anael no.

Apartó de su mente a los Callum y todo lo que ellos significaban. Ese hombre nada tenía que ver. Se acercó a Lisandro y habló a su oído.

—Espero nuestro encuentro con ansias, inspector—susurró bajo y sexy. Lisandro saltó a un costado, como si hubiera recibido una descarga eléctrica—. No tengas miedo, no muerdo, a menos que te guste que lo haga.

Los ojos oscuros de Lisandro ardían. Su mandíbula tensa y sus manos en puño. Carajo, solo era una broma ¿por qué se enojaba tanto?

—Nos vemos, Morgan. Te enviaré la hora. Más vale que lo que hablamos aquí, no llegue a oídos del enemigo.

Anael asintió con una sonrisa.

—Tranquilo, inspector. Solo para que sepas, soy bueno guardando secretos. Cuanto más prohibidos, mejor.

11 Eres mi hermano

—No lo hagas. —Barud afirmó su cabeza en el cómodo sillón de cuero de la oficina que, años atrás, fue de su padre—. Anael, eso es una sentencia de muerte.

—No tengo alternativa.

—La NCA no te dejará libre, nunca lo hacen—advirtió Barud desesperado. Se puso de pie—. Escucha, voy a vender lo que hay y nos marchamos de aquí. Listo, asunto arreglado.

—¿A dónde? —preguntó Anael—¿Piensas que hay lugar donde esconderse?

—Es que tú no tienes nada que ver.

Anael dio un suspiro.

—No debería estar contándote esto, pero…

Barud se puso de pie y se acercó a su amigo quien se mantuvo parado en el centro de la oficina, con las manos en los bolsillos.

—Esto no es tu culpa.

—No, al parecer, es culpa de los hijos de puta de los Hartman codiciosos—señaló Anael—.Barud, si no ayudamos a eliminarlos, habrá una guerra y lo sabes. Siempre fue el mayor temor de tu padre y yo…—La voz de Anael se entrecortó—. He visto a muchos de mis amores muriendo. No quiero que tú seas uno más.

Barud se rio, pero no fue una risa alegre. El cerco se estaba cerrando, se sintió como un pájaro en una jaula que, poco a poco, se reducía más y más. Anael dio pasos hacia él y tomó su rostro entre sus manos. Su amigo le acarició las manos y cerró los ojos.

—Eres lo más parecido a la calma en medio de la tormenta, Ángel.

—Por lo que vale, eres mi hermano. Haré todo lo que está a mi alcance para ayudarte. —Sus labios se unieron. Anael ,muy despacio, lo apartó—. No, amigo.

—Te amo, Anael—dijo Barud sin un mínimo de duda—. Puedo negarlo mil veces, pero sería mentirme a mí mismo.

Anael dio un suspiro. Lo había sentido esa vez que se acostaron ¡Carajo! ¡Barud había quedado enganchado!

«¿Por qué mierda te acuestas y juegas con la gente así?

Se odió por eso, por causarle daño a alguien tan especial.

—Yo también te amo, pero no así, no de ese modo—explicó con dolor—. Yo no sirvo para esto, no estoy hecho para las relaciones románticas.

Barud miró al piso. Ocultó la ráfaga de dolor que lo golpeó como una tonelada de concreto. Lo percibió en cada hueso de su cuerpo, pero se mantuvo firme. En el fondo, ya sabía la respuesta de su amigo. Anael no se enamoraba, así de simple.

—Ya lo sé, me lo dijiste, pero…

—Tú tampoco me amas—dijo Anael—. Lo que pasa es que estás apegado.

Barud frunció el ceño.

—¿Crees que es eso?

—Estoy seguro—mintió Anael.

—Mierda—Barud se apartó—, perdóname, en serio, no quiero complicar las cosas.

—No, perdóname tú a mí por confundirte—señaló Anael—. Lo entiendo, de verdad, nadie folla como yo. —Barud le golpeó el brazo —¡Oye, cuidado! Todavía estoy débil.

—Eres un imbécil, ¿cómo pude pensar que estaba enamorado de ti?

—Tranquilo, suelo tener ese efecto en la gente. —Anael le guiñó un ojo.

—Si mi padre nos viera.

—Y aquí vamos con lo del padre de nuevo—dijo Anael con gracia —. Ergan siempre lo supo, creo que todos lo supimos, menos tú.

Barud tragó saliva ¿Su padre habría muerto con ese pensamiento? ¿Siendo consciente de que jamás tendría un heredero de su hijo mayor? ¿Importaba a esta altura cuando cada segundo podía ser el último?

—Perdóname, perdóname por esto, Anael. Perdóname por todo.

—Vamos a salir adelante.—Anael sacó de su bolsillo la tarjeta de Lisandro—. Debo reunirme con él aquí mañana. Me enviará el horario.

—Voy a ir contigo.

—Oye, tú no deberías saber nada en este momento, así que, esa idea está descartada.

—¿Cómo se llama el tipo?

—Lisandro Bello y, créeme, nunca pensé que un apellido coincidiría tanto con una persona.

Barud tragó saliva, ocultó el latigazo de celos que sacudió su columna vertebral.

—Pensé que no te acostabas con el enemigo.

—No lo hago, además, el inspector está muy casado y feliz. No estés celoso.

—Yo no estoy celoso.

Anael le sonrió y le dio un golpecito en la cara.

—Claro, no estás celoso, los dragones existen y bailan con las hadas. —Anael le tocó el brazo—. Me voy, mañana será un largo día.

El celular de Anael sonó en ese momento con un mensaje. Todo atisbo de sonrisa desapareció.

—¿Algo malo? —preguntó Barud.

—Es mi hermano Bryce—dijo con pesar—. Se va de Londres, quiere despedirse.

—¿Has hablado con él últimamente?

—No, y no creo que podamos hacerlo alguna vez.

—¿Es por la Callum?

—No, ella solo aprovechó la oportunidad que le dieron, fue Bryce quien se la dio.

—¿Irás a verlo?

—Es mi hermano. Moví cielo y tierra para que se mantuviera con vida. Si voy a despedirme de él, no será con una llamada de teléfono.

***

Lisandro Bello se detuvo frente a su casa y observó que las luces todavía estaban encendidas. Las cortinas estaban cerradas, esas que

compraron seis meses atrás, las que habían elegido con Verónica, una de las pocas veces que hizo algo con ella, en todos los años que llevaban juntos.

«Nunca la mereciste».

Se lo dijo innumerables veces a lo largo de todos esos años de llegadas tarde, compromisos cancelados, cenas en silencio. Lisandro estaba casado con su trabajo, lo estuvo desde que su padre murió de un infarto y a su madre y a su hermano poco les importó. Su necesidad de preservar el legado lo condujo a estar fuera del suyo, apenas veía sus hijas, a pesar de que las amaba con el alma.

«Ellas lo entenderán».

¿Lo harían o solo comprenderían en silencio sus disculpas? Su sonrisa falsa cuando llegaba tarde, después de encerrar a los malos. Lisandro pensó en Verónica quien trabajaba como maestra de grado medio día, ¿qué habría sido de esos pobres ángeles si ella fuera como él? ¿Qué les depararía la vida? ¿Odio? ¿Una herida de abandono imposible de cerrar? ¿Todos los hombres y mujeres que trabajaban horas y horas vivirían ese tormento? ¿La culpa los golpearía cada vez que vieran los rostros sonrientes de sus niñas?

Salió del auto y caminó a su hogar. Abrió la puerta y las niñas, que estaban sentadas viendo televisión, voltearon en su dirección y gritaron.

—¡Papi!

Lisandro abrió los brazos y las recibió, de pronto, todo el miedo y las dudas se desvanecieron. Amaba a esas niñas y, cada día que luchaba ahí afuera, cada día que un hijo de puta era apresado, ellas estaban más seguras. No se necesitaba mucho esfuerzo para romper a Lisandro Bello, de solo pensar que sus pequeñas podrían estar en peligro, su estómago se le revolvía.

—¡Saqué un diez en matemáticas!

—¡A mí la maestra me felicitó por mi dibujo!

Verónica apareció con una sonrisa. Lisandro observó a la mujer y le devolvió el gesto.

—Perdón la demora.

—¿No te cansas de pedir disculpas?

—Es que siento que nunca son suficientes—dijo el hombre. Verónica dejó un beso suave en sus labios, mientras las niñas lo arrastraban hacia el sillón donde habían estado.

—La cena estará en diez minutos—agregó la mujer, entretanto Lisandro se quitaba la chaqueta y la corbata.

—Gracias por esperarme.

Verónica le sonrió, pero no dijo nada. Regresó a la cocina, las dos niñas le mostraban todo lo que había ocurrido en el día. Pese a la tormenta que sacudía su interior por todo lo que venía, Lisandro se sintió afortunado, siempre lo sería, mientras las tuviera a ellas.

12 Despedida

Bryce observó el río Támesis y se imaginó nuevamente allí siendo un niño, paseando junto a sus padres.

En sus pensamientos, Bryce volvía a menudo a aquellas orillas del río, donde la infancia resplandecía envuelta en lujos que pocos podían imaginar. Sin embargo, bajo la superficie dorada, siempre latía un temor inconfesable: la amenaza constante de una violencia acechando entre sombras y pasillos, la posibilidad de que, en cualquier momento, alguien les arrebatara todo, incluso la vida.

Ese miedo, sutil pero persistente, se colaba en cada rincón de su memoria. Aprendió desde pequeño a mirar sobre el hombro, a escuchar el silencio cargado del río, y a detectar en los gestos de los adultos la inquietud disfrazada de cordialidad. Así, el Támesis no solo guardaba reflejos de días felices, sino también el eco de promesas rotas y el vértigo de un peligro que jamás se marchaba del todo.

—Perdón por la demora—Bryce se giró hacia el hombre que recién llegaba. Seguía teniendo el mismo rostro de angelito, su mayor atributo, pero más allá de eso, había ojeras y la pérdida de varios kilos.

Estaba más musculoso, sin duda, esto era observable más allá del traje y del abrigo de paño de color gris carbón. Una corbata verde azulada resaltaba sus ojos. Este no era el estilo de Anael Morgan, pero sin duda, le quedaba bien.

—Pensé que no vendrías—dijo Bryce. Anael se sentó a su lado en el banco frente al río. Los rayos de sol iluminaban el agua turbia que recorría Londres y continuaba más allá. Se mantuvieron así por largo rato.

—Me alegro de que la recuperación marche bien.

—Te lo agradezco, estoy mejor cada día. Estoy listo para marcharme a Toledo—dijo Bryce y Anael dio una risilla.

—¿Por qué no me sorprende??

—Pensé que ya no estarías tan enojado—dijo Bryce. Anael frunció el ceño.

—No estoy enojado, demonio. Estoy dolido y decepcionado, siempre lo estaré.

—Te quiero, ¿sabes? —agregó y Anael asintió.

—Yo también por eso me molestó ver cómo elegías a esa traidora.

—Ángel, para, por favor.

—¿Qué sucederá cuando ella se canse de ti? —Anael contratacó con la fuerza del primer día—¿Qué va a pasar cuando encuentre a alguien más joven y con nuevas fantasías? ¿Algún tipo de su edad con el que pueda compartir sus delirios y fantasías sexuales?

Bryce tragó saliva y tensó la mandíbula.

—No he venido a escuchar tus insultos, ni a pelear, sino a despedirme de mi hermano.

Anael negó y miró hacia un costado.

—Tú y Eric son iguales. Ambos decidieron dejarme solo.

—No es así.

—Es exactamente así—señaló Anael—¿Qué me queda a mí? ¿Alguna vez te lo preguntaste?

—Siempre puedes contar conmigo.

Anael le dio una risa socarrona.

—Eso es mentira, pero si te ayuda a dormir por la noche, está bien.

Anael se puso de pie y su celular sonó en el bolsillo de su abrigo. Sin quitarle la mirada a su hermano, respondió.

—Lisandro—dijo—.Sí, estaré ahí. —Todo el cuerpo de Anael se tensó—. No te he fallado hasta ahora, así que, no vengas a amenazarme.

La conversación terminó y Anael guardó el celular.

—¿Un amigo de Barud? —preguntó Bryce.

—Algo así.

El muro que Anael había levantado no cedería. Bryce sabía que había perdido a su hermano, quizás para siempre.

—Ya no quiero más hermanos muertos, ¿está bien?

Anael lanzó una risa burlona y negó.

—Buena suerte en Toledo. Vas a necesitarla con la compañía que llevas.

Bryce negó y también se puso de pie. Abrazó a su hermano con fuerza, pero este se mantuvo estoico. Bryce lo asió del rostro.

—Cuídate, pequeño ángel, porque, aunque no lo creas, te quiero.

***

«No quiero más hermanos muertos».

Anael tampoco lo quería, por eso se había entregado a esta misión. La NCA tenía suficientes pruebas para encerrar a Bryce y a Eric o, al menos, perseguirlos hasta el cansancio. Quizás, él nunca fuera feliz, sin embargo, sus hermanos habían encontrado aquello que se avizoraba imposible, después de la masacre.

Los disparos y los gritos siempre llenarían sus sueños, pero eso no debía ser el destino de los demás. Anael no tenía nada que perder, Bryce y Eric sí. La cuenta era muy sencilla.

Bebió del whisky que le acababan de traer. Esa noche llevaba un pantalón y una camisa negra. La ropa se adhería a su cuerpo atlético como le gustaba. Su cara todavía estaba magullada, pero cubrió su piel con maquillaje de la mejor manera posible.

«¿Tienes un culo enorme? ¿Por qué carajo tienes que ponerte pantalones dos tallas más pequeños?».

Dio un nuevo trago y recordó los reproches de su hermano Eric. Nunca tendría su elegancia y estilo, pero él era sexy y hacía todo lo que estaba en sus manos para mostrárselo al mundo.

Fue extraño ver a Lisandro Bello sin corbata. El hombre que bajó las escaleras no parecía el arrogante que conoció el día anterior. Su cabello lucía sin fijador, o cualquiera fuera la mierda que se ponía para alisarlo. Los mechones estaban algo desordenados, llevaba un suéter gris ceñido a sus pectorales, junto con un pantalón de vestir de color negro sobrio. Sí, infinitamente sexy.

Anael estaba estirado en uno de los sillones, cruzado de piernas, con su mano que mecía un vaso de cristal en su mano derecha. Observó al inspector y le dio una sonrisa. Lisandro observó en todas las direcciones. Lo reconociera o no, estaba muy nervioso. Anael se

mordió el labio inferior, observó a su compañero de arriba a abajo, ese hombre que quería estar en cualquier lugar, menos allí.

—Pero si tenemos aquí a don NCA.

—Cierra la boca, imbécil—dijo entre dientes el inspector. Anael se carcajeó.

—Por Dios, sabía que este trabajo iba a ser una mierda, pero nunca me imaginé que tanto. —Lisandro observó a un costado. Su rostro estaba sonrojado, Anael le palmeó el lugar a su lado. Lisandro bufó y se sentó—¿Alguna vez viniste aquí? Nunca me respondiste.

—¿Por qué mierda preguntas eso cuando sabes la respuesta? No, nunca vine. No podría venir a un lugar en donde se explota a las personas de esta manera.

Había un grupo de mujeres sobre el escenario que bailaban mientras se desnudaban.

—Mierda, inspector. Si no hubiera visto la foto de tus hijas, seguiría pensando que eres virgen incluso.

Fue instintivo y, quizás, desproporcionado. Las manos de Lisandro se movieron hacia Anael y lo agarraron de la camisa.

—Escúchame bien, pedazo de mierda. Vuelves a mencionar a mis hijas y te desangro ¿Me oíste?

La mandíbula de Anael se tensó.

—Quita tus manos ahora mismo, si no quieres regresar jodido al NCA porque arruinaste tu tapadera. —Lisandro no respiraba, bufaba. Sus manos no cedían, Anael puso sus manos sobre las suyas—. Si te preocupan tanto tus retoños, ¿qué carajo haces aquí?

Lisandro quitó las manos. Su respiración continuaba acelerada.

—¿Qué mierda puedes saber tú?

—Por tu enojo, creo que di en el clavo, maldito hipócrita. —Anael contratacó—. No vuelvas a amenazarme, porque te quedas solo. No me va a importar tener que matarte para huir, así que, por tu bien y, sobre todo, por el bien de esas pequeñas que no merecen crecer sin un padre, no vuelvas a amenazarme.

«Mierda».

Lisandro se dio cien patadas mentales en ese instante ¿Cómo había perdido la cabeza así?

—No volverá a suceder.

Anael frunció el ceño y se arregló la camisa.

—Remordimiento y culpa ¡Qué porquería de combinación!

—¿Qué has dicho?

—Eso es lo que te maneja ahora.—Anael siguió—. Tienes culpa de estar aquí, de no ser suficiente a los ojos de tu hermano mayor, de ser un pésimo y negligente padre para tus princesas, de ser un marido patético y desconsiderado.

—Cállate—Lisandro se frotó las sienes—, solo cierra la boca un maldito segundo.

—Ve a terapia, imbécil. Está claro que no puedes trabajar encubierto. —Anael se puso de pie, dejó el whisky sobre la mesa ratona cerca de ellos en el área VIP.

—¿A dónde vas?

—Me largo de aquí—dijo sin dudar—. Tú y tu hermanito busquen a otro idiota ¿Piensas atraparme a mí y a Barud? ¡Buena suerte con eso!

—¡Vas a ir a la cárcel! —gritó Lisandro en un intento de hacerlo recapacitar.

—Y tú al cementerio, pero ¡qué le vamos a hacer!

Dicho esto, Anael caminó hacia las escaleras. Lisandro enredó sus manos en el pelo y tironeó.

—¡Maldición! —gritó con toda la rabia y se levantó en busca de Anael.

La fiesta a su alrededor seguía. Las personas estaban ajenas al torbellino en las almas de esos dos hombres. Lisandro ardió de furia ¿Irse? ¿Es que este tarado no conocía la palabra consecuencias? En unas horas Gerald ordenaría su detención. Anael y Barud Sinclair terminarían tras las rejas antes de pestañear. No, este imbécil no iba a arruinar su misión, el trabajo de todo un equipo con su rabieta. Era un crimen que podía afectar la seguridad nacional y estaba en sus manos.

Anael salió al frío de la noche y maldijo por haber dejado su abrigo en su camioneta. Dio pasos rápidos calle abajo. Su cabeza con mil conjeturas. Debía hablar con Barud, buscó su celular, pero una mano lo sostuvo con fuerza y lo hizo girar.

—¿Dónde mierda crees que vas? ¡Estás demente!

—No, deja de seguirme—replicó Anael que quiso marcharse, pero Lisandro no pensaba darle lugar. Lo empujó sobre la pared de uno de los edificios con fuerza. Anael hizo una mueca—. Apenas me estoy recuperando de la nariz, así que más vale que…

—No puedes irte. —La desesperación hizo vibrar la voz de Lisandro—. Este caso, este caso es…—Cerró los ojos—. Esto es todo para mí, es mi puerta de salida. Por favor, lamento haber actuado así. Tenías razón, lo que me dijiste es verdad. Solo quédate, ¿sí? —Fue un susurro—. Por favor.

Anael observó hacia un costado. Su vista en la entrada del club, donde se estacionaron dos camionetas. Sus ojos estuvieron a punto de salir de sus órbitas.

—¡Carajo!

—¿Qué? —preguntó Lisandro.

—Mira.—Anael señaló en la dirección.

Una docena de hombres se movieron cubriendo a David y Elliot Hartman. Anael empujó a Lisandro y salió.

—¡Espera!

—Vamos, imbécil ¿Irás por ellos o no? —Anael levantó las manos y luego se dio la vuelta. Lisandro respiró, el juego todavía no terminaba.

Se arreglaron la ropa, ingresaron detrás de ellos. Los tipos caminaron rodeados de gorilas de dos metros que formaban un muro impenetrable. Anael y Lisandro se acercaron a una de las barras. Anael pidió dos medidas de whisky.

—No me gusta el…

Anael le entregó la bebida sin siquiera escuchar. Sus ojos sobre los hombres que parecían dueños del lugar. Eran como la luz y el resto de los mortales simples polillas. Todos comenzaron a orbitar a su alrededor. Eran dueños del laboratorio más grande de heroína y cocaína de todo Londres y se pavoneaban como dueños y señores de todo, con total impunidad.

«La justicia no existe si tienes dinero».

Río Morgan, su padre, siempre se lo dijo. El dinero era todo lo que necesitaban para salir de los conflictos legales. Los Sinclair formaron su imperio a base de sobornos, el resto de las bandas eran iguales.

Los recién llegados tomaron la escalera hacia abajo. La sala VIP los aguardaba.

—Vamos—dijo Lisandro. David y Elliot pidieron una botella de champán. Anael y Lisandro se mantuvieron en la oscuridad, pese a que las luces entre violeta y rosadas eran tenues. Anael les dio la espalda, ya que a él podían reconocerlo. Se acercó a Lisandro y apoyó su cuerpo sobre él. El inspector se tensó—¿Qué mierda…?

—No les quites la vista de encima.—Anael interrumpió la queja. Se apoyó en su cuello y lo acarició con la nariz—. Concéntrate, inspector.

El calor inundó cada parte de su estructura. El cuerpo musculoso lo presionaba con suavidad, aun así, podía sentir cada porción rozándose con el suyo.

—Anael.

—Dime, ¿qué carajo hacen? ¿Siguen bebiendo?

Lisandro se estaba ahogando. No podía pensar, se sentía como un adolescente, uno muy perdido en sensaciones desconocidas. Pensó en sus hijas y en Verónica, llenó su mente con sus recuerdos. Estaba allí por ellas, Anael colocó la mano en su cadera, Dios, debía tranquilizarse. Se enfocó en los hombres a varios metros de ellos, el enorme cuerpo musculoso lo cubría. Un hombre de raza negra apareció en escena, los Hartman se levantaron y saludaron.

—Están con un tipo.

—Describe—ordenó Anael.

—Raza negra, un metro noventa, algo de cien kilos, quizás más. Lleva un traje azul marino, los Hartman se pusieron de pie para recibirlo.

Anael frunció el ceño. Enterró su cara en el cuello de Lisandro, tenía un aroma embriagador, eso no iba a negarlo.

—Tómale una foto.

Lisandro sacó el celular. Observó alrededor a los guardaespaldas que tenían los ojos en todos lados. Lisandro, que en ese momento temblaba como una palmera azotada por un huracán, deslizó el celular y lo colocó un par de centímetros por encima del hombro derecho de Anael. Este lo atrajo más hacia él, sus penes se rozaron por primera vez desde que todo esto comenzó. Lisandro presionó el

pulgar sobre la pantalla. Uno, dos, tres, diez veces, obtuvo tantas fotos como pudo.

Anael se giró con cautela hacia donde se encontraban los hombres. Uno de los tipos los miró, Anael, lentamente, enterró un poco más su rostro en el cuello de Lisandro.

—Pásame la mano por el pelo, como si estuvieras disfrutando esto. —Anael arrastró las manos sobre el sweater de Lisandro y, muy despacio, le quitó el celular—. Sonríe, sonríe como si estuvieras gozando, maldita sea. Parece que quisieras cagar y te estás conteniendo. —Lisandro tragó saliva. Sus brazos rodearon el cuello de Anael y lo atrajo un poco más, esta vez, sonrió de verdad.

El guardaespaldas desvió la mirada y se enfocó en las demás personas. Lisandro se concentró una vez más en David y Elliot, los tipos hablaban animadamente. Sus manos seguían acariciando el cabello de Anael ¿Cuánto tiempo debería pasar así? ¿Cuánto más soportaría?

La música seguía sonando, ellos comenzaron a moverse en un ritmo suave, pero no se despegaron. Un error podría ser fatal, llevaban media hora así, el hombre moreno les hizo seña a los Hartman para que lo siguieran. Lisandro estrechó los ojos.

—Se van—informó Lisandro.

—¿A dónde se dirigen?

Los guardaespaldas se pusieron en marcha. Anael se apartó de Lisandro, lo asió de la mano, ante la cara de estupor de Lisandro.

—¿Qué rayos estás haciendo?

Anael no respondió, ¿qué sentido tenía? ¡Su compañero de equipo era el peor que podía haberle tocado! Subieron las escaleras, los Hartmann y el desconocido se movieron a través de un pasillo.

—Deben ser las oficinas, este tipo es importante—señaló Anael.

La gente bailaba, los hombres se perdieron en medio de ellos. Sonaba una música sensual. Anael volvió a atraerlo hacia él y se perdió en su cuello.

—Vigila cuando salga.

Lisandro tragó salió.

—¿Por qué carajo me das órdenes tú?

—Porque estás como un virgen en su primera follada. Hombre, relájate por Dios. —Tenía razón, pero le costaba hacerlo. El aroma de Anael estaba en cada parte, se adhería a su ropa. Estaría allí cuando terminara—. Joder debe ser una broma.

Anael comenzó a reír. Su cuerpo se sacudía y Lisandro frunció el ceño.

—¿Qué?

—¡Estás duro, cabrón!

13 Revelaciones

Lisandro pensó en los entrenamientos que atravesó para llegar a donde estaba. El sudor, la testosterona, la masculinidad, incluso asfixiante de sus colegas. Jamás se había excitado por el toque de otro hombre, jamás pensó que un hombre era atractivo, pero nada de eso importaba. Tenía una erección, su virilidad como una roca entre él y su compañero, a quien le parecía lo más divertido del mundo.

—No, esto no es, es decir no…

—Bueno, ya.—Anael no lo soltó y tampoco se alejó. Continuaron simulando un baile, mejor dicho, Anael intentaba mover a Lisandro que se había quedado estático, como si sus pies estuvieran atascados en cemento. Anael frunció el ceño—. Ellos se van. —Lisandro quiso girarse y Anael lo asió del rostro, sus bocas a centímetros—¡Qué mierda estás haciendo! ¿ Tú eres lo mejor del NCA para trabajar encubierto? Carajo, de verdad, están en crisis. He visto más destreza en *Mr. Bean* cuando trabajó para el MI6.

Lisandro abrió y cerró la boca. Toda su racionalidad, seriedad y estructura se desvanecieron en las calidez del contacto. Anael lo asió de la mano una vez más, y muy lentamente, caminaron hacia la calle. Se quedaron cerca de la puerta, las camionetas ya esperaban a los Hartman, en cuanto al desconocido, este subió en la parte trasera de un Bentley. Un chófer le abrió la puerta, llevaba además tres guardaespaldas.

—Hay que seguirlos.—Anael empujó a Lisandro, cuyo título de inspector le quedaba tan grande que no sabía qué palabras decirse.

Anael lo arrastró hasta su camioneta en la oscuridad de la noche. Las farolas tenues eran perfectas. Los hombres subieron al vehículo, Anael comenzó a seguirlos a una distancia prudente. El auto y la camioneta adelante también iban a baja velocidad.

—Da la vuelta—ordenó Lisandro.

—¿Qué?

—No vamos a arriesgarnos a que nos descubran, da la vuelta.

—¿Estás loco?

—¡Que des la vuelta! —gritó con toda la rabia y la vergüenza acumulada.

—¿Qué mierda te pasa? —Anael se estacionó a un costado de la calle, y vio como los Hartman y el hombre misterioso se detuvieron una calle más adelante y se perdieron en un edificio—. Desconocemos a qué nos enfrentamos, no sabemos quién es ese tipo, así que, por hoy es suficiente. No sospecharon, nos mantuvimos en el lugar y obtuvimos información ¿Piensas que esto se va a resolver en un día? Lamento romperte ese sueño, Morgan, esto lleva tiempo y ,sobre todo, paciencia.

Anael negó y le dio una mirada asesina.

—¿Por qué carajo no lo dijiste antes?

—Porque no podía pensar.—Lisandro confesó avergonzado.

Anael entornó los ojos.

—¿En serio? ¿Es porque se te paró? No me digas que nunca te ha sucedido antes.

—No es por eso. —Lisandro mintió, pero su voz salió firme, como si lo creyera—. No estoy acostumbrado a trabajar con el enemigo al lado, eso es todo.

—La cuestión es fácil. Si tú no me jodes, yo no te jodo—señaló Anael, y luego dibujó una pequeña sonrisa—, aunque viendo la reacción de hace minutos, ya no estoy tan seguro de que no te gustaría eso.

—¿Te crees gracioso, imbécil? —La furia brotó de los ojos de Lisandro. Anael continuaba riendo.

—Ya, de seguro hace mucho que no mojas el bizcocho, por eso te ocurrió—Le quitó importancia y señaló adelante—, pero, sin duda inspector, acabamos de perder una gran oportunidad.

Lisandro negó.

—Confía en mí. Si hubiéramos seguido y entrado ahí, sería nuestro fin.

Las gotas comenzaron a caer sobre el parabrisas, primero con timidez, suaves toques aquí y allá, pero con el transcurrir de los segundos, se intensificó. Anael sujetaba el volante, todavía enojado por la oportunidad desaprovechada.

—¿Tienes las fotos? —preguntó para cortar el silencio, únicamente salvado por la lluvia. Lisandro sacó de su bolsillo el celular e hizo zoom en la imagen. Anael frunció el ceño—. No lo conozco, ¿y tú? Pensé que viéndolo en detalle…

—Tampoco—interrumpió Lisandro—, pero voy a cotejar con el sistema. Pronto tendremos respuesta.

Anael se mordió el labio inferior con preocupación.

—¿Viniste en auto?

—No—replicó Lisandro.

Anael entornó los ojos. Si las cosas se ponían feas, ¿cómo carajo pensaría huir? Dios, este era *Mr. Bean,* cada vez lo confirmaba un poco más. No tenía idea lo que significaba trabajar encubierto.

—Entonces te llevo a tu casa.

—No es necesario.

Anael arqueó una ceja.

—¿No es necesario o no quieres que descubra dónde vives?

—No me olvido de quién eres, Morgan. Fuiste un asesino a sueldo, trabajas con un narcotraficante.

Anael negó y miró a un costado.

—Como quieras, entonces, bájate. Me voy a mi departamento.

La lluvia caía a cántaros. Lisandro observó las aceras y las calles.

—Está bien.

—Está bien, ¿qué? —Anael presionó.

—Quiero que me lleves. —Sus ojos se encontraron y Lisandro desvió la mirada.

Anael no dijo nada, puso primera marcha y el auto avanzó. El limpiaparabrisas iba y venía. La lluvia se tornó un aguacero incontrolable que bañaba las calles que, a esa hora, estaban casi vacías.

Lisandro continuó con su vista en la fotografía.

—Este hombre lo he visto en algún lado.

Anael puso un nuevo cambio.

—No es narcotraficante, al menos, no de los conocidos y tampoco luce como uno.

—¿A qué te refieres, Morgan?

Anael sonrió.

—A que luce más bien como los tuyos, inspector. Pensé que entre colegas se conocían. Todos se visten igual.

—No es verdad.

—¿En serio? Ha sido un milagro que los tipos no se dieran cuenta. Todo en ti grita policía o incluso peor.

—¿Peor?

—Sí, recaudador de impuestos. —Esta vez Lisandro rio y negó. Anael se mordió el labio y aguantó la risa—. Bueno, yo solo digo lo que veo, además, cuando has estado mucho tiempo del otro lado de la ley, reconoces al enemigo.

—¿Enemigo?—preguntó Lisandro—. Pensé que en esa categoría los Morgan tenían a los Callums. —Fue un interruptor, el ambiente se espesó y se tornó oscuro solo con ese nombre. Lisandro tragó saliva y se humedeció los labios—. Lo lamento.

—Los Callums no son mis enemigos—replicó Anael con su vista en el asfalto—. Son mis asesinos, digamos que están en un nivel superior a los demás.

Lisandro no tenía todas las respuestas. Los hechos eran borrosos en torno a lo ocurrido en el Caribe aquella vez, pero había una verdad. Prácticamente todo el linaje Morgan y también Callum, murió en aquel enfrentamiento, esa era una huella imborrable en el alma.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De esta vida, de lo que haces—preguntó Lisandro y Anael dio un suspiro.

—¿Quieres saber de qué me arrepiento, inspector? —indagó más para él que para Lisandro—. Me arrepiento de haber subestimado al enemigo, de pensar que Theodor Callum se quedaría de brazos cruzados mientras le robábamos su participación en la empresa de diamantes más grande del planeta. Me arrepiento de no haber sido más fuerte, de carecer de suficientes armas y municiones para

defender a mi familia. Me arrepiento de pensar que Eric y Bryce, mis hermanos mayores, siempre estarían conmigo, pero ¿sabes qué? —Tomó aire—. Jamás me arrepentiría de seguir este camino, de proteger lo que me queda, incluso cuando soy consciente de que nunca seré una buena persona. No me arrepiento de estar vivo, de sentir, de jugarme todo por el todo ahora, no me arrepiento de ser quien soy, de amar y de odiar a mis asesinos porque, con todo eso, sigo siendo el «Ángel« Morgan.

Anael siguió con su vista en la calle. Lisandro lo observó, pero, esta vez, no fue con fastidio o vergüenza, ni siquiera con rabia, sino con algo mucho más profundo.

«Respeto y admiración».

Fueron las palabras que resonaron en la mente del inspector. Una admiración por un ser que, hasta ese momento, consideraba inmoral y despreciable, un peldaño por debajo.

—Dime hacia dónde sigo—dijo Anael. Lisandro pestañeó volviendo en sí.

—Dos calles más y luego, dobla a la derecha.

Anael asintió y de pronto la atmósfera cambió. El silencio resultó cómodo, Lisandro se relajó y respiró. Los nervios de minutos atrás se desvanecieron, el aroma de Anael lo rodeó. Estaba en todas partes, no era un perfume que exudaba masculinidad. Era firme, intenso, pero en él desbordaba algo cálido, protector, incluso femenino, era un aroma único y encantador, como el cabrón que lo portaba.

—Es aquí. —Lisandro señaló y Anael se detuvo.

—Bueno, ¿eres de los que dan besos en la primera cita?

La broma lo tomó por sorpresa unos segundos, luego sacudió la cabeza.

—Eres un idiota.

—Lo soy.—Anael reconoció. Sus ojos fueron a las dos figuras que salían de la casa—. Oye, ¿ese no es el inspector en jefe?

Lisandro se giró hacia la puerta de su casa y observó a su hermano hablando con su esposa. Ella le dio un abrazo tan intenso y luego se besaron. Anael abrió la boca, pero, por primera vez, no

supo qué mierda decir. Los amantes se apartaron. Lisandro parecía una estatua a su lado. Anael tosió.

—De seguro vino a traer algún regalo para mis hijas.

«Creo que vino a traerle regalos a tu mujer».

Anael se mordió la lengua y tragó el comentario mordaz que amenazaba con salir. Dios, ¿iba a fingir que estaba ciego?

—Cierra la boca.

—No estoy diciendo nada. —Anael levantó las manos—. Oye, estás cansado. No hagas una locura, solo ve, descansa y hablamos después.

—¿Es en serio?

—Piensa en tus hijas—Anael le recordó. El vendaval se había transformado en una fina garúa. Lisandro asió la manija de la puerta. Su tranquilidad era tenebrosa—.Lisandro…

—¿Tú le harías daño a tu propio hermano? —preguntó sin mirarlo.

—Jamás—dijo tajante—, me suicidaría antes de eso.

Lisandro observó la manija.

—¿Crees que tengo derecho a reclamar algo? No estoy nunca, mis hijas apenas me conocen.

—Es sencillo, ¿alguna vez la engañaste?, salvando la incómoda erección de hoy.

Lisandro negó.

—Nunca—replicó—. Nunca miré con deseo a otra mujer. Es mi amor y si uno ama, no puede engañar.

—Entonces te debe respeto—explicó Anael—, como persona, como esposo, como padre y también debe respeto al sacrificio que haces por esta familia, pero ¿sabes qué? No preguntes, no reclames, porque al fin y al cabo ella nunca te lo dirá, negará, se excusará, pero tú y yo sabemos la verdad, y ella, aunque se canse de negarlo, también. Fue ella quien falló aquí, podría haberlo hablado, divorciarse, no hacer esta…mierda.

—¿Entonces me voy sin más? ¿Abandono todo?

—No, observas y la atrapas—agregó Anael—, que no pueda cambiar la narrativa. No le permitas que se victimice. —Lisandro acarició la manija a la que se había aferrado como si fuera su línea de vida.

—Todavía la amo.

—Lo sé y eso es una mierda, pero no puedes vivir en la duda y mucho menos en la mentira—esgrimió Anael. Lisandro dio un suspiro y por fin abrió la puerta.

—Nos vemos Morgan, y de verdad, gracias, por todo.

Anael le guiñó un ojo.

—Estaré esperando tu llamada.

14 Preguntas incómodas

La puerta se cerró detrás de él y lo recibió el vacío. Lisandro dio un suspiro profundo, uno que llevaba guardando hacía mucho tiempo.

«No permitas que cambien la narrativa».

Las palabras de Anael, firmes y sin duda, le dieron calma. Se quitó el saco y lo colgó en el vestidor de la entrada de la casa. Caminó por el pasillo hasta la sala, y, desde allí, a la pequeña cocina. Su estómago rugía, si a eso le sumaba el alcohol ingerido tenía una acidez estratosférica. Escuchó el agua correr en la habitación de arriba. Verónica se estaba dando una ducha, una ducha a esa hora, cosa que jamás sucedía.

Cerró los ojos y añoró mantenerse en la ignorancia, rogó por la paz de lo desconocido, por la tranquilidad de un idiota de confianza ciega.

«Tu mujer está buena, hermanito. Cuídala, de lo contrario, te la voy a quitar».

Se lo dijo el día de su boda, se lo dijo mientras le ayudaba con el nudo de la corbata. Los otros padrinos rieron, pero Lisandro no. Sabía que su hermano no hacía bromas al azar. Gerald tenía cuarenta y cuatro años, diez años más que él y se mantenía soltero por algo. Una mujer tras otra, todas eran un juego, en cambio, para Lisandro, el amor no era negociable. Se entregaba por completo a todo, a los sentimientos, al sexo, a su trabajo, a sus hijas, incluso cuando llegaba cansado.

«Hace tiempo que no mojas el bizcocho».

Un comentario divertido. Su mente buscó la última vez que intimó con su esposa, la última vez, antes de que ella comenzara a frenar su excitación y su deseo con excusas de estar cansada, de que era tarde, de que había mucho trabajo por hacer.

No recordó la última vez que tuvo sexo. El bastardo de Anael había tenido razón, estaba tan urgido de un polvo que cualquier toque lo habría puesto duro. Ese reconocimiento también le trajo alivio, no era que Anael Morgan lo excitara, eran sus necesidades fuera de control.

Subió las escaleras y se dirigió a la habitación de las niñas. Abrió la puerta despacio, la luz tenue alumbraba sus caritas en calma. Janet y Maggie dormían apaciblemente, dos almitas ajenas a la tormenta que se desataba en el interior de su padre.

Lisandro nunca se puso a pensar en la magnitud del tiempo, en todo lo que logró y sacrificó, en lo bueno y en lo malo. Tenía a esas dos niñas, las amaba con toda el alma y, por ellas, seguía adelante. No se percató de que estaba llorando hasta que las lágrimas empaparon su ropa, acarició el cabello rubio de Maggie.

«Lo juro por mi vida, siempre voy a cuidarlas».

Le dio un suave beso a cada una. Janet rio entre sueños y se acurrucó. Lisandro salió de la habitación y se dirigió a su recámara. Verónica se estaba colocando un camisón, volteó hacia él y le sonrió.

—Cariño, no te oí llegar.

Lisandro estuvo a punto de vomitar. Era incapaz de seguir sosteniendo la mentira. Dios, quería gritarle, obligarla a confesar porque estaba radiante, mientras él se asemejaba a un tacho de basura. Verónica se acercó a saludarlo, pero él dio un paso atrás la sonrisa de la mujer murió.

—¿Sucede algo?

—Voy a darme un baño, apesto—dijo Lisandro y pasó a su lado. Una vez que la puerta se cerró tuvo que correr al inodoro y arrojar todo el contenido de su estómago.

Los nervios en la discoteca, el acercamiento con Anael, encontrar a Verónica con su hermano. Era demasiado, las arcadas no cesaban, crudas, honestas mostrando en lo que se había convertido su realidad.

Se puso de pie después de haberse agarrado del inodoro. Sus piernas estaban trémulas, apenas lo sostenían. Se enjuagó la boca y se lavó la cara, el agua escurrió en su rostro sobre el sweater y el piso. Se observó en el espejo y sintió asco de sí mismo por permitir

el abuso, por ser incapaz de salir de esa espiral de humillación. Se giró y apoyó su trasero en el lavabo, se quitó el sweater y lo olfateó. Cerró los ojos y recordó a ese hombre y a su calidez. Sacudió la cabeza y se quitó la ropa de inmediato.

Se metió a la ducha y pensó en los días siguientes, en su trabajo y en Anael Morgan, al fin y al cabo, era todo lo que le quedaba.

***

—¿Lo tienen?

David y Eliot Hartman le sonrieron el imponente hombre de traje frente a ellos.

—Por supuesto, te está esperando.

El tipo sonrió y caminaron al interior del subsuelo insonorizado. El lugar estaba cubierto de azulejos blancos, del techo al piso, en el suelo habían colocado dos desagües. La luz era blanca, e iluminaba cada punto para que nada quedara en oscuridad. Un escenario crudo e impoluto. El moreno avanzó, cuando sus ojos se enfocaron en el hombre desnudo en el piso, el cual, estaba cubierto de laceraciones. Un enorme collar metálico en su cuello, una cadena pesada incrustada en la pared. El hombre temblaba de frío y miedo. Algo particular con el pánico era que podía percibirse, los perros entrenados lo olían, se extasiaban con ese aroma, con la presa preparada para su sacrificio.

—Leonardo Mitchell.

El hombre habló y dio pasos más cerca del tipo encadenado. Los Hartman se cruzaron de brazos detrás de él, junto con una decena de guardaespaldas. El hombre sometido levantó la cabeza, uno de sus ojos estaba cerrado, su nariz era un cúmulo de sangre, al igual que su boca, donde faltaban algunos dientes.

—¿Quién eres tú? —preguntó con un hilo de voz. Hablar parecía un acto de rebeldía en ese contexto, uno que podía ser castigado.

El tipo se agachó y le sonrió. Una sonrisa cruel de dientes perfectos.

—Alguien que se quedará con tu negocio y desaparecerá a tu familia. —El tipo estiró la mano y David Hartman le entregó un arma

—. No es personal Mitchell, pero no me gusta compartir.

La cara de horror del hombre. El segundo en el que se dio cuenta que su vida terminaría. Un grito desgarrador, un disparo en su frente, la sangre y el tejido desperdigándose y creando formas infinitas sobre el suelo que se asemejaba a un lienzo blanco recibiendo las primeras pinceladas de pintura.

El tipo entregó el arma una vez más a David.

—Todos están dudando de todos—afirmó David.

—Es perfecto—señaló y puso las manos en su bolsillo—. Cuando esta guerra termine, no quedará nada y Londres será nuestra.

—Nuestra. —David afirmó el pensamiento y el hombre sonrió.

15 Las cosas se complican

Gerald arrojó el periódico sobre la mesa con el enorme titular.

—¡Maldición! —gritó mientras toda la NCA estaba a su alrededor, todos, excepto Lisandro— ¿Se puede saber cómo este cabrón sigue matando y no tenemos pistas? ¿Dónde mierda está el inspector Bello? —Lisandro, como producto de una invocación, ingresó en ese momento. Gerald lo señaló y sonrió—. Claro, tómate todo el tiempo que quieras. Total, no hay nada que te preocupe, ¿verdad?

La mirada que Lisandro le dio, lo congeló.

—Regresé a mi casa ayer después de un turno de catorce horas . Me permití llegar cinco minutos tarde—explicó y observó el titular con la muerte de Leonardo Mitchell—. Tengo algunas imágenes. Necesito que me ayuden a identificar al sospechoso. —Levantó las fotos impresas. Dos hombres las tomaron en ese momento.

—Lo haremos, inspector.

—¿De dónde sacaste eso? —Gerald frunció el ceño.

—Los Hartman pasaron por Magnolia anoche. Fui allí junto a Morgan.

—¿Por qué carajo no me informaste?

—Es mi caso—replicó—, aunque seas el inspector en jefe.

Había algo en esos ojos. Lisandro no solo tenía rabia, Gerald tragó saliva.

—Bien—señaló a Lisandro frente a todos los que estaban en la reunión—, quiero resultados así, como los que está reportando el inspector ¿Quedó claro? Este caso tiene loco al superintendente y nos tendrá de las pelotas hasta que no lo resolvamos. No quiero a nadie trabajando en otra cosa que no sea resolver los asesinatos de Hernández, Mitchell y el atentado a Yuba Radicic. Ahora, ¡fuera de mi vista!

Los hombres y las mujeres se movieron a paso rápido, las cosas se habían complicado. Lisandro le dio una última mirada a su hermano y se alejó. Se dirigió a sus dos compañeros que buscaban en la base de datos coincidencias con la persona de la fotografía. Los ojos de Lucy Reynolds, una de sus compañeras y persona de mayor confianza de Lisandro, se abrieron con sorpresa.

—¡Miren a quién tenemos aquí! —señaló Lucy—. Es Walter Kayne, cuarenta y cinco años. Es dueño de los cinco casinos más importantes de la ciudad y también tiene dos en Las Vegas, los cuales, adquirió en los últimos cinco meses. Hace poco su padre murió y se alzó con el cien por ciento de las acciones de la empresa constructora, sin embargo, esta cayó en bancarrota. Tiene perfil bajo, por lo general, no aparece en galas, ni nada de eso. Theodor Callum tuvo negocios con él en relación a los casinos. El tipo es todo un misterio. De no tener nada, a tener todo. No era cercano a su padre, se exilió un tiempo y vivió con su madre en Las Vegas. Cuando regresó, conoció a Silas Callum y este lo presentó con Theodor.

Lisandro escuchaba en la información que le proporcionaban, ¿por qué vincularse con dos distribuidores de heroína e inmiscuirse en una guerra cuando había acumulado una fortuna? ¿Por qué complicarse entrando al territorio del narcotráfico?

—¿Irás a verlo? —preguntó Lucy.

—Todavía no, eso sería alertarlo—Lisandro se acarició el mentón.

—¿De verdad piensas que podemos darnos el lujo de perder el tiempo?

Lisandro arqueó una ceja ante la voz de su hermano.

—Tenemos una guerra en puerta y no voy a mover las piezas hasta que el tablero de mi rival esté ordenado. Walter Kayne quiere tener un nuevo imperio, eso está claro. Los Hartman lo están ayudando y el resto de las familias sobra, pero quiero saber el motivo, porque estoy seguro de que hay algo más que busca un hombre que lo tiene todo, solo así vamos a encontrar su debilidad.

—Es una cuestión de tiempo para que empiecen una guerra de todos contra todos.

Lisandro negó.

—La guerra ya empezó, Gerald. Solo que tú no te habías dado cuenta hasta que el superintendente te trajo de las pelotas. —Lisandro se enfocó en su compañera—. Gracias, Lucy.—La mujer asintió. Lisandro iba a pasar al lado de su hermano y éste lo detuvo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Encajando piezas—Lisandro se soltó con brusquedad—, y si no vas a ayudar, no estorbes.

—¿Le estás hablando así a un superior?

—No, le estoy hablando así a mi hermano que es un imbécil, y encima pretende darme lecciones de moral.

Lisandro caminó fuera de la oficina. El asco no se había ido de su estómago. Asió su teléfono y marcó un número, del otro lado le respondieron de inmediato.

—Morgan.

—Soy Bello—dijo de inmediato—. Tengo novedades, ¿podemos reunirnos?

—Dime dónde.

—Te envío la ubicación de un café. Te espero allí.

—¿No sería mejor en tu oficina?

—No, no es prudente de que te sigan viendo por aquí.

Lisandro mantendría el hermetismo todo lo que pudiera.

—De acuerdo, nos vemos.

Uno de los nombres había caído, pero restaba desenmarañar por completo el nudo.

***

Anael, por primera vez en la historia, llegó temprano a una cita. El café era pequeño y discreto, un lugar al que jamás habría entrado. Se acomodó en una mesa que le permitía tener visión de todos los ángulos.

El local poseía dos entradas. El corazón de Anael se aceleró al recordar la noche anterior. Un torbellino de euforia, algo oscuro y casi prohibido, casi. Tenía nombre y apellido, el maldito inspector de la NCA.

«Estás duro, cabrón».

Lo sintió contra su pelvis desde el minuto cero, desde el segundo en que ese monstruo que Lisandro Bello llevaba entre las piernas se despertó. El sonrojo, la desesperación y la excitación. El inspector serio y acartonado se había excitado con él, con su contacto. Sus pupilas dilatadas, la manera en que respiraba le mostró todo lo que necesitaba saber.

Anael hubiera querido destrozarlo en la cama y que luego le diera su merecido. Se imaginó cómo sería un encuentro con un hombre así, el tira y afloje, la atención y las ansias de probar lo nuevo. Lisandro era heterosexual y eso, más que toda la belleza que cargaba, era una especie de afrodisíaco para Anael.

Hacer que los hombres se cuestionaran todo, que cayeran en sus brazos y recibieran lo que el «Ángel» Morgan tenía para ellos. Se rascó la barbilla y dejó esos pensamientos a un costado. El inspector estaba casado, tenía dos hijas e incluso, después de lo que encontró en su casa, Anael sabía que ese hombre no se acostaría con cualquiera. No funcionaba de ese modo, y esa idea también fue excitante.

La puerta se abrió y Lisandro ingresó. Anael levantó la mano y el tipo se acercó.

—Perdón la demora.

—No pasa nada ¿Cómo estás? —Anael había llegado siempre tarde, esta vez, le devolvieron la mano. Lisandro dio un suspiro.

—Enfocándome en mi trabajo. Tengo algunas pistas que quiero compartir contigo. —Lisandro le explicó todo lo que Lucy le contó. La vinculación de Walter Kayne y cómo se había apropiado de los casinos gracias a Theodor Callum. El estómago se le contrajo a Anael. Lisandro lo notó—. Sé que ese hombre no era de tu agrado.

Anael le dio una risa socarrona.

—Mandó a asesinar a toda mi familia. Es un poco más complejo que eso.

Lisandro bajó la cabeza.

—De verdad, lamento lo que ocurrió.

—No fue tu culpa y no podrías haberlo evitado, ni con toda la policía del mundo. —Anael cerró y pensó—. Jesse Callum.

—¿Disculpa?

—Jesse es el nuevo presidente de todas las compañías de los Callum. Puede darnos más información acerca de esto.

Lisandro frunció el ceño.

—¿Es alguien de fiar?

—En mi visión, no hay Callums buenos, pero puedo decirte que este no es exactamente malo. Fue novio de mi primo London por algún tiempo, luego se distanciaron.

—¿Estaría dispuesto a colaborar?

—Lo haría, lo que más anhela es demostrar que la vieja guardia ya murió. Va a recibirnos.

Lisandro se quedó observándolo, perdido en sus gestos. Anael frunció el ceño.

—¿Qué?

—Nada—Lisandro mintió—, vamos por Jesse Callum, entonces.

16 Jesse Callum

La belleza estaba intacta. El rostro de porcelana, blanco y sin manchas, los ojos negros grandes y profundos, con pestañas que los adornaban de manera idílica. Sus labios de un rojo carmesí, pulposos, como cerezas maduras que nadie en su sano juicio se cansaría de morder. Su cabello negro azabache le llegaba un poco más abajo de los hombros, largo, lacio y cortado en capas. Un traje de tres piezas a medida, su camisa y unos zapatos que solo habían pisado suelos de mármol. Estaba vestido completamente de negro, excepto por el anillo rubí que decoraba su dedo medio, al lado del anillo sello con la imagen del lauburu, símbolo de su familia.

«Rojo y negro, sangre y muerte perpetua».

Este era el nuevo líder, como si se tratara de un culto de antaño que nunca debía morir.

Jesse Callum conoció el dolor, la sangre y las cenizas. El hombre que ahora los recibía nada tenía que ver con el muchacho lloroso, perdidamente enamorado de su primo, capaz de dar la vida y todo lo que tenía por él.

Anael trajo a su memoria el relato cruento y atroz cuando la familia de Jesse, su propia sangre, secuestró a London.

London Morgan era un profesor universitario, un hombre que solo quería paz, pero ¿cómo buscar la paz cuando tienes al lado a un hombre criado entre guerreros sádicos?

La guerra entre los Callums y los Morgan llevaba décadas y una unión de amantes entre ellos, era imposible, algo que se castigaba con la muerte. London fue secuestrado y el verdadero infierno comenzó. Sin el apoyo del patriarca de la familia, Jesse se vio obligado a perder todo su dinero para recuperarlo. Todo el mundo le dijo que se resignara, pero Jesse, siendo un Callum, no conocía la palabra rendirse.

Anael, Eric y Bryce sumidos en su propia tragedia fueron incapaces de ayudar. Jesse, armado de una voluntad férrea y un amor inquebrantable, siguió hasta el límite. Dos mercenarios, encontraron a London meses después.

«Alexander y Luciano».

Fue todo lo que Jesse supo de ellos, pero sus nombres, sus benditos nombres, quedaron grabados en su corazón en eterno agradecimiento.

Jesse llevaba en sus manos el estuche de terciopelo rojo que albergaba dos dedos de su hermano Dustin.

—Iba a cortarle uno solo, pero se quiso hacer el malo y pues…

Alexander le golpeó el brazo a Luciano, quien se encogió de hombros, como si no hubiera dicho nada malo.

—Es mentira —pronunció Jesse sin prestar demasiada atención a los comentarios de Luciano—. London está muerto.

—Señor Callum…

—Llevo más de seis meses sin él —interrumpió—. ¿Ha sido capaz de tenerlo sufriendo todo este tiempo?

—Es tu hermano, ¿no lo crees capaz?

Jesse se enfocó en Luciano, que esta vez estaba serio.

Llegaron a una bodega a las afueras de Londres. Alexander y Luciano bajaron armados. Jesse caminó detrás de ellos. Iba con el corazón en la mano. El lugar era oscuro y el hedor del mosto era peor que estar en una cloaca. Jesse se cubrió la nariz con la manga de la camisa y continuó adentrándose en la oscuridad. Cuando llegaron al sector que se utilizaba para guardar las reservas de vino antiguamente, los hombres se quedaron atónitos. Había un hombre atado a una silla, con su torso desnudo. Si el hedor hasta ese instante había sido insoportable, en ese momento fue nauseabundo. La mezcla de orines y materia fecal descomponía a cualquiera. Jesse se cubrió el rostro. No quería ver. Ese hombre herido y humillado allí abajo no era su profesor. No era su amante.

Luciano y Alexander avanzaron. Jesse corrió hacia él. Lo sostuvo del rostro cubierto por una espesa barba rubia. Su cabello sucio le llegaba debajo de los hombros.

—London —musitó, y el hombre parpadeó. Tragó saliva.

—No. —Movió la cabeza asustado, quería huir—. No.

—Soy yo, amor —dijo Jesse entre amargas lágrimas—. Soy yo.

El rostro sucio, bañado en sudor y lágrimas. La parte del brazo donde habían quitado el tatuaje se encontraba quemada, como si la hubieran cauterizado.

Alexander y Luciano desajustaron las cuerdas, las cuales estaban tatuadas en las manos del hombre. Lo sacaron de ese lugar inmundo y lo cargaron en la camioneta. Lo llevaron a la clínica y esperaron por novedades.

Jesse se mantuvo a su lado. Lo besó incluso cuando todos tenían ganas de vomitar por su olor.

Luciano y Alexander esperaron a las afueras del lugar. Jesse salió dos horas después para despedirse.

—Me han devuelto la vida.

—Y tú nos has llenado de billetes, así que estamos a mano. —Luciano le dio una palmadita, y Jesse, que ya no tenía lágrimas, los abrazó.

—Vuelve con él. Cuídalo.

Lisandro escuchó todo el relato de la boca de Anael y pensó en su corazón, pensó que todo el mundo, alguna vez, debería encontrar un ser como Jesse Callum, incluso cuando no terminaran juntos.

—Ángel—Jesse le sonrió—, ha pasado un tiempo.

Anael le estrechó la mano.

—Es un gusto verte de nuevo.

—¿Un gusto ver a un Callum? —preguntó divertido.

—A un Callum no, a ti.

Jesse sonrió más ampliamente.

—Cuéntenme, ¿a qué debo esta visita? Estimo que no es de cortesía.

Lisandro humedeció los labios. Tenían que poner las cartas sobre la mesa.

—Venimos a hablar de Silas, Theodor Callum y los negocios que éstos tenían con Walter Kayne.

17 Un nuevo imperio

—Era amigo de Silas—Jesse explicó mientras observaba las imágenes desplegadas sobre el imponente escritorio que se mantenía allí desde hacía siglos—. Me lo encontré en un par de fiestas que el abuelo organizó, pero nunca supe que vio en él para entregarle el control del casino reina Victoria.

—¿Ese fue el primer casino?

—Sí—explicó Jesse en calma—después de eso, su influencia creció. Siempre en las sombras, mientras que mi tío Silas manejaba todo a la luz, se podría decir. Los acuerdos que debían resolverse de manera informal eran manejados por Walter. Jamás escuché que mi abuelo se quejara de su desempeño, o pidiera intervención. El casino le generaba dinero y eso era lo único que le importaba.

—¿Tú decidiste romper el contrato?

Jesse observó a Anael.

—Una vez que decidí hacerme cargo como líder de la familia. Decidí romper con todo lo que, a mi entender, traería más complicaciones que beneficios, además, de que muchos negocios ilegales estaban detrás de ellos. El casino no era el negocio verdadero, la droga y la prostitución lo eran. No iba a amparar ninguna de ellas en mi gestión. Los Callums no necesitan mantenerse en la ilegalidad. Me cansé de mirar por encima del hombro todo el tiempo.

—¿Cómo se lo tomó Walter?

—Muy mal.—Jesse se rio—.Me amenazó, me juró que me arrepentiría de esta decisión con sangre, aun así, dos meses después, apareció con una propuesta de compra.

—¿De dónde obtuvo el dinero?

—No lo sé y, después de eso, su poder siguió expandiéndose . Controla los cinco casinos más importantes y contando. Es un rival

de temer.

—Al parecer, no es el único negocio que quiere manejar—señaló Lisandro. Jesse se cruzó de piernas, sus manos sobre su vientre plano. Anael lo contempló y pensó que su primo era un idiota por dejarlo. A él no le gustaban así de delicados, pero este muchacho podía convertirse en una excepción—. Imagino está al tanto de las muertes de algunos narcotraficantes.

Jesse asintió.

—Hernández, Mitchell, Radicic a punto de seguirlo.

—Vimos a Kayne con los Hartman. Se han vuelto cercanos, creemos que están detrás de todo esto.

—Dios mío—Era la primera vez que el rostro de Jesse Callum denotaba preocupación—, eso puede generar un baño de sangre en las calles.

—Todavía no tenemos suficientes pruebas para establecer una acusación formal, es por eso que vinimos a verte ¿Cómo carajo pudo obtener tanto dinero para quedarse con el casino reina Victoria?

Jesse reflexionó.

—¿Sabes? Escuché algunos rumores que hablaban de préstamos enormes.

—Ninguna entidad seria le prestaría el dinero—afirmó Lisandro.

—Los usureros sí—replicó Anael—. Sigo pensando que hay alguien más, creo que los Hartman y Kayne son títeres de algo mayor.

Jesse asintió.

—Hay un prestamista muy conocido en el mundo clandestino—señaló Jesse—. Nadie se mete con él y, si no le devuelves el dinero, terminas descuartizado, de manera literal.

—¿Quién es? —indagó Lisandro.

—Su nombre es Dima Stoickov. Si alguien tenía una suma así para prestar, sería este hombre, aunque para devolverlo debas venderle el alma o el alma de varios.

El mapa crecía. Había varios jugadores, pero pocos tenían el suficiente peso.

Los Sinclair estaban fuera del juego por el momento debido a la pérdida de Willy Hernández, su principal distribuidor. Los Radicic tenían a Yuba Radicic, su líder, debatiéndose entre la vida y la

muerte. Los Mitchell habían perdido a Leo. Todos eran sospechosos y, mientras eso se llevaba a cabo, los Hartman y Kayne dominaban en el juego.

—¿Sabes dónde podemos encontrarlo?

Jesse hizo una mueca.

—El abuelo nunca hizo referencia a Dima Stoickov, y el resto de la familia tampoco, pero…—Jesse se quedó pensativo—. Había un club de lucha a las afueras de Londres. Kayne y Silas iban a fin de mes, sin faltar. Algunos de mis primos también lo hacían. Apuestas ilegales por lo que me enteré, nunca me invitaron y, aunque, lo hicieran creo que jamás habría ido.

—¿Sabes su dirección?

—No lamentablemente, mi comunicación no era la mejor con mi familia.

—Entiendo. —Lisandro se puso de pie y le entregó una tarjeta—. Este es mi número, si recuerda algo más, llámeme por favor.

Jesse asintió y sonrió.

—He presenciado dos milagros. Anael Morgan trabajando del lado de la ley y visitando a un Callum.

Anael le estrechó la mano.

—Eres el único que me cae bien, que quede claro.

—Querrás decir, el único que toleras.

Anael hizo una mueca como si dudara.

—¿Acaso no es lo mismo?

Salieron de la oficina con más dudas que certezas. Caminaron en silencio y se detuvieron en una esquina.

—Debemos averiguar más acerca de ese club de lucha.

Anael puso las manos en sus bolsillos.

—Tengo a Barud Sinclair, Lisandro. Si alguien puede saber de un club de lucha, ese es él.

Lisandro frunció el ceño.

—¿Le has dado información a uno de los sospechosos?

—Uno de tus sospechosos es mi amigo. —Anael lo defendió—. Ustedes amenazaron con encerrarnos juntos, así que, era mi deber y mi obligación contarlo.

Lisandro negó.

—Es un maldito narcotraficante.

—Y tú eres un policía—Anael se encogió de hombros—, como verás, nadie es perfecto.

—No me vengas con bromas baratas.

—Y tú no me vengas con moralismos. Barud y yo nos conocemos de toda la vida. Nos cuidamos, la lealtad es fundamental. —Esa fue una bofetada verbal. Anael incluso sintió el golpe—.De acuerdo, esa fue una mala elección de palabras.

La gente iba y venía, el tráfico estaba en su punto máximo. Lisandro miró su reloj, era cerca del mediodía.

—Hay un lugar de pasta italiana a dos calles de aquí, ¿quieres venir?

Anael arqueó una ceja ¿Lo estaba invitando a comer?

—Te sigo—dijo sin pensarlo demasiado. Lisandro se ajustó el abrigo. El viento les daba de lleno en el rostro y coloreaba sus mejillas de un adorable tono rosa.

El calor y el aroma los envolvieron apenas cruzaron la puerta. Un hombre de mediana edad recibió a Lisandro como si lo conociera desde siempre. Lisandro pidió espaguetis y agua mineral. Anael observó a través del cristal, el sol se estaba ocultando entre las nubes de nuevo. El mesero llenó las copas. Anael bebió y volvió a dejarla.

—¿Qué tal tu nariz? —preguntó Lisandro.

—Bien, nada que suficiente hielo no solucione. Por suerte, no se quebró. —El magullón todavía estaba, pero se notaba a leguas que Anael lo había cubierto en gran parte con maquillaje—. Este lugar es agradable—dijo cambiando el rumbo de la conversación. La mayoría de los comensales eran familias, los niños reían y hablaban. Lisandro los observó.

—Aquí tuve mi primera cita con Verónica. Tenía 18 años.

Anael entornó los ojos.

—¿En serio, cabrón? ¿Eres masoquista?

Lisandro se enfocó en la copa con agua y acarició el borde.

—Esta mañana tuve que contener las ganas de romperle la mandíbula a Gerald.

Anael levantó la mano.

—Espera un segundo. Golpearlo no te ayudará, asesinarlos tampoco va a deshacer el daño.

—Al menos me sentiría mejor.

Anael dio un profundo suspiro.

—Cuando un puñal te lo clava alguien a quien amas, la herida duele el doble.

—Estoy tan enojado conmigo mismo ¿Cómo carajo permití esto en mi propia casa? Las señales estaban allí, pero yo fui tan ciego. Todo este tiempo que fingió cansancio, que ponía la mejilla cuando quería besarle la boca, todo el maldito tiempo ella…

Lisandro se calló. La gente de las mesas de alrededor lo estaba mirando. Anael estaba serio, no había un atisbo de burla en él.

—Lisandro—dijo con voz firme—, reúne pruebas y enfréntala. Puedes exponerla como la hipócrita que es, igual que a tu puto hermano. Renuncia, vete de aquí, empieza de nuevo, pero deja de acumular ira.

—No voy a huir. Mi ascenso está en juego.

—¿Y mientras tanto qué? ¿Te mantienes como un monje evadiendo tus verdaderas emociones? Hombre, te imaginaba más que un felpudo.

Lisandro negó.

—Tengo dos hijas con ella.

—Y seguirán siendo tuyas, a menos qué…

—¿Qué?

Anael se mordió la lengua una vez más.

—Nada. —Bebió el agua y se sirvió un poco más—. Estoy hambriento, espero que ya traigan esos espaguetis. —Se frotó las manos. Delante de él, había un Lisandro estoico.

—¿Hace cuánto no tienes pareja?

Anael arqueó las cejas ante la repentina pregunta.

—Nunca la tuve—Anael se encogió de hombros—, ¿para qué complicarse la vida?

—Tienes miedo de enamorarte.

—Enamorarse, ¿para qué? ¿Para terminar como tú? —dijo en un tono despectivo.

—Fui muy feliz por muchos años, Morgan—confesó—. No cambiaría por nada esa felicidad, y no me arrepiento de amar.

Anael se miró las manos. Debía decírselo ahora, después de todo, él formaba parte de esa historia. Anael lo había recordado después de que lo dejó en su casa la noche anterior. La foto de décadas atrás que todavía guardaba en su departamento le reveló la verdad dormida.

—Hubo una vez hace mucho tiempo.

—¿Y qué pasó?

—Él se fue, además creo que yo nunca le gusté de ese modo. Éramos solo unos niños.

Lisandro negó.

—Eso es imposible, a menos que estuviera ciego.

Anael arqueó una ceja.

—Ese comentario no fue muy heterosexual, inspector.

—No es un comentario heterosexual, ni homosexual. Es un comentario honesto.

Anael le sonrió, pero esa sonrisa no le llegó a sus ojos.

—Al parecer, él fue inmune a mis encantos. Nunca supe que ocurrió con él. Éramos muy pequeños. Es la primera vez que lo cuento, nadie lo sabe, ni siquiera mis hermanos.

—Me gusta eso—señaló Lisandro, con honestidad.

—¿Qué cosa?

—No eres el dios invulnerable que pensé que eras.

—Gracias por ese halago, pero nunca lo fui. Hoy me doy cuenta de que siempre he sido el más vulnerable de los Morgan.

18 Club de lucha

Londres, Gran Bretaña.
Una semana después.

—¿Estás seguro de que este es el lugar?

La gente caminaba de un lado a otro, preparándose para la noche de viernes.

—Barud conoce a este bastardo—explicó Anael—. Este es su lugar predilecto y coincide con lo que nos dijo Jesse. La cuestión es si encontraremos a alguien más, como los Hartman y Kayne.

Lisandro estrechó los ojos. Dos camionetas se estacionaron en la puerta del lugar que, a simple vista, parecía tranquilo. Las dudas fueron despejadas en ese momento.

—Hablando del rey de Roma. —Los Hartman habían llegado.

—Vamos. —Anael se cubrió la cabeza con una capucha. Lisandro hizo lo mismo.

Caminaron despacio, hasta que las camionetas de los Hartman ingresaron por un estacionamiento que se abrió para ellos. Un hombre de buena estatura custodiaba la puerta.

—Mierda—dijo entre dientes Lisandro. Anael observó al hombre, se humedeció los labios y sonrió.

—Lo conozco, déjamelo a mí.

—¿Qué? —Lisandro frunció el ceño. Anael se quitó la capucha. El tipo se giró hacia él y sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Ángel.—El hombre de unos veinticinco años, tragó saliva incómodo—¿Eres tú? —Una risita nerviosa—. Vaya, no esperaba verte aquí.

—¿Cómo estás, hermoso? —Anael dio pasos hacia él—¿Te perdiste? ¡No me llamaste más!

—¿De qué hablas? ¡Te llamé cien veces! —gritó el tipo luego, miró a todos lados y bajó la voz—. Quiero decir, me cansé de escribirte durante dos meses.

Anael puso la mano en su hombro.

—Es que perdí mi celular y luego no pude recuperar el número ¿Puedes creerlo? —Lisandro entornó los ojos. Si el tipo se creía esa excusa, era un idiota peor que él—. Me encanta encontrarte aquí. —La voz de Anael bajó y el tipo le sonrió. Sí, efectivamente era un idiota. Lisandro acababa de confirmarlo—.Oye, cariño. Hay alguien que debemos ver ahí, ¿nos dejas pasar?

El tipo dudó. Observó hacia el interior, luego a Anael y Lisandro que seguía con la capucha puesta.

—El jefe no quiere a nadie sin invitación.

—Vamos, bebé.

Lisandro abrió los ojos como platos ¿Eso había sido un puchero? Este hombre a su lado se codeaba con narcos, era un asesino y hacía pucheros como un noviecito tierno. En su mente, todas las versiones no podían coexistir. Este tipo era una caja de sorpresas.

Anael siguió insistiendo, el hombre dio un suspiro y asintió.

—Está bien, solo no me metas en problemas ¿De acuerdo?

—¿Sabes? Te besaría—dijo Anael y el tipo le dio una sonrisa.

—No aquí, no si queremos vivir.

—Por supuesto. —Anael le guiñó un ojo—. Nos vemos.

—Oye, ¿no vas a darme tu teléfono?

Lisandro se mordió el labio para no reír.

«¿Cómo saldrás de esta don Juan?».

Anael le pidió el teléfono y lo marcó, su celular sonó en su chaqueta ¿De verdad se lo había dado? Lisandro tensó la mandíbula, ¿se iba a acostar con él solo por un favor? ¿Así es como solucionaba todo Anael Morgan? ¿Un favorcito y a tomar por culo?

«¿Y a ti qué te importa?».

La voz de la razón habló. Le mostró que no había motivos para que le molestara. Anael era un adulto y tenía el derecho de entregar su cuerpo como quisiera y a quién le placiera.

Anael le tocó el hombro a Lisandro y éste lo siguió. Ambos iban con ropa deportiva ese día. Barud les dijo que era mejor pasar

desapercibidos y, como casi todos eran luchadores, esa vestimenta era lo mejor.

Caminaron por un pasillo estrecho, una especie de túnel apenas iluminado. El corazón de Lisandro iba a estallar. Había participado encubierto antes, pero estar con Anael tenía un sabor diferente. No lo conocía, no tenía idea si lo traicionaría, o lo llevaría directo a una trampa ¿Qué garantías poseía más que su palabra? ¿Cuánto valía la palabra de un mercenario promiscuo?

Los gritos comenzaron a llegar en oleadas a medida que se acercaban al espectáculo. Lisandro llevaba las manos en sus bolsillos, iba sin armas, por lo cual, en caso de problemas, solo tenía sus manos.

La euforia crecía, los vítores constantes y, entonces, se hizo la luz, de manera literal. Luces blancas que iluminaban cada espacio de esa especie de anfiteatro. Un ring en el centro ubicado abajo, seguido por escaleras y butacas que rodeaban el combate. Una pantalla mostraba las repeticiones del combate. No cabía un alfiler, hombres y mujeres con copas de champán, tabaco, whisky, algunos de traje, otros de ropa deportiva. Mujeres que parecían diosas nórdicas sacadas de cualquier fantasía de película para adultos, todos reían y disfrutaban. Los hombres no podían dar un paso, ambos levantaron la cabeza que se mantenía cubierta por la capucha. Dos tipos se desarmaban a golpes en el centro, y no eran los primeros. El ring escurría a sangre y sudor, ¿cuán desesperado podías estar para dejarte golpear de esa manera?

«Siempre te reprimiste, eres un tibio».

Más de una vez, Gerald lo había llamado de ese modo, como si Lisandro jamás sacara la bestia indomable dentro de él, eso que latía, pero lo ignoraba.

Lisandro tenía un instinto innato para las peleas cuerpo a cuerpo, nunca había perdido un combate, ni siquiera con los mejores de la Academia, ahora estaba ahí, con un espejo frente a él y todo lo que temía.

«Tienes miedo de no controlarte».

—¿Te gusta? —indagó Anael con una sonrisa—. Pareces hipnotizado.

—¿Qué? ¡No por Dios!

—Te he hablado como cien veces. Pareces estar en trance—afirmó mientras sus ojos claros iban hacia la multitud en busca de algún rastro de Kayne, Stoickov o los Hartman.

El aire era irrespirable. Demasiada gente, sobredosis de locura y adrenalina. Lisandro se sintió mareado.

—Nuevos luchadores. —La maldita voz profunda detrás de ellos. Ambos se giraron y observaron al hombre que era una mole—. Bienvenidos.

Anael tragó saliva y se arriesgó, quizás demasiado.

—Gracias, David Hartman nos invitó. —Anael mintió. Lisandro sintió la cuerda tensarse en su cuello. Anael había firmado su sentencia de muerte. Los ojos del hombre se abrieron con sorpresa, luego dibujó una sonrisa.

—Los amigos de David también son los míos. —Mierda, en cuanto Hartman apareciera, todo se iría al carajo—. Soy Dima Stoickov. —Estrechó la mano y los hombres la aceptaron—¿Ustedes?

—James y este es Peter. —Una nueva mentira de Anael. Le salió tan fácil, estaba tan acostumbrado a esto.

—Es un gusto, muchachos ¿Cuál de los dos compite?

—Él. —La cara de Lisandro era un poema, uno muy trágico. Anael le había dicho a este tipo que él pelearía.

—Perfecto. —Stoickov le palmeó la espalda a Lisandro— ¿Tienes algún apodo?

—El muro. —Y la cosa se ponía peor. Lisandro tensó la mandíbula y contuvo las inmensas ganas de golpear a Anael, pero debía reservar sus fuerzas.

—Me gusta. —Stoickov rio, pero su sonrisa no llegó a sus ojos.

—Con permiso, debemos inscribirnos—dijo Anael y le dio un golpe en la espalda a Lisandro para que avanzara. Se movieron despacio entre la gente rumbo al tipo que, al parecer, se encargaba de subir los carteles con los nombres de los competidores.

—Te voy a matar.

—Cierra la boca—advirtió Anael—. Todavía nos mira. —Los gritos se intensificaron y uno de los tipos en el ring levantó las manos.

—¿Por qué mierda le dijiste que yo pelearía?

—Porque, por culpa tuya, todavía mi cara está magullada. No voy a acumular más golpes en mi rostro. Es mi carta de presentación y es una belleza, ¿te quedó claro?

Anael se acercó y le habló al tipo quien escribió en el cartel Peter el «Muro». Lisandro cerró los ojos.

—Señor, despiértame de esta pesadilla. —Anael le bajó la capucha y comenzó a desajustarle la campera—¿Qué mierda haces?

—Te estoy desnudando, ¿quieres andar por la calle como un homicida cuando esto termine? Además, no puedes tener más ropa de la permitida. —Carecía de alternativas, sin importar de qué perspectiva lo analizara, estaba jodido. Anael le aceitó el torso. El cuerpo de Lisandro se tensó, el bastardo arqueó una ceja—. Que no se te vaya a parar ahora.

—Jódete.

—Ya quisieras—esgrimió con voz burlona—. Vamos Peter, muéstrales que el «Muro» manda.

El referí en medio del escenario lo llamó. Lisandro, con las manos temblando y el alma en un hilo, subió al ring. Su adversario era un muro en serio.

—Tú serás mi perra—dijo el tipo, cuyos dientes lanzaban un olor nauseabundo. A Lisandro se le revolvió el estómago. Cada uno volvió a su sector. Anael le masajeó los hombros.

—Puedes con esto, amigo. —Anael miró a todos lados—. Los Hartman no se ven, así que, mantente tranquilo, al menos por ahora.

La campana sonó y Lisandro apretó sus manos para que las vendas se adaptaran a ellas.

«Todo vale».

El árbitro fue claro y debía estar preparado.

Levantó las manos y se colocó en guardia. El tipo dio dos pasos hacia adelante y se lanzó con todo lo que tenía. Una patada para romper su defensa lateral derecha, luego otra y otra. Lisandro se mantuvo firme, cubriendo su torso.

—¡Muévete! —La voz de Anael se oyó nítida, pese a la euforia.

Lisandro se movió y lo esquivó. El tipo se fue sobre él, una patada al piso y barrida. Era claro que su rival estaba preparado. Le dio un

gancho en la mandíbula y Lisandro cayó al suelo. Sintió el líquido caliente deslizándose al costado de su boca. Fue la inyección que necesitaba, sus fosas nasales aletearon y se arrojó a la lucha, como un animal despiadado. El animal que siempre llevó dentro, pero nunca dejaba salir.

Un, dos, tres pasos, patada tornado directo a la cabeza y la defensa se rompió. Lisandro apoyó sus pies en la lona, luego de la patada para tomar impulso y volvió a la carga. Rodilla al pecho, una, dos, tres veces hasta que la defensa se quebró, una vez más y le dio un gancho directo a la mandíbula que lo envió a la suelo. El público clamaba sangre, Lisandro se limpió el líquido rojo, se agachó hacia el tipo, lo asió del pelo y le dio dos puñetazos directos sobre su rostro. La sangre estalló cuando el tabique se quebró, el público estaba enfervorizado. El adversario estaba de rodillas, temblando, a la espera de su sentencia.

Lisandro lo observó, pero ya no era el policía serio y estructurado, era un animal. Una patada directo a la cabeza. La sangre salpicando el ring, un par de dientes volando y el tipo se desplomó.

La respiración agitada de Lisandro mientras observaba a su rival desmayado. Pestañeó y el raciocinio comenzó a caer sobre sus espaldas. Su mirada fue hacia el hombre que estaba a un costado, quien negaba y sonreía aplaudiendo. Lisandro, de pronto, fue lo único que veía. Su sangre fluyendo a la velocidad de un rayo. Abandonó el ring y se encontró a centímetros de Anael, su respiración acelerada, la de ambos. Anael se humedeció los labios y se carcajeó.

—Tienes genética de sanguinario, hombre. Eso fue fenomenal.

Lisandro asintió, el sabor metálico de la sangre se mezcló con el deseo latente , uno que decidió ignorar.

19 Invitación

Lisandro apagó su instinto en el momento en que Anael se apartó y le entregó su ropa. Comenzó a vestirse a la velocidad de la luz.

—¿Viste algo?

—Se fueron—señaló Anael.

—¿Hacia dónde?

—Eso sí es un espectáculo. —Las manos se congelaron sobre la capucha. Ambos hombres sonrieron ante el elogio de Dima—. Me gustaría invitarles un trago.

—Lo lamento, pero tenemos un compromiso—dijo Anael.

—¡Vamos! ¡No pueden irse así! ¡Beban una copa!

—Le agradecemos—replicó Lisandro, arriesgándose a decir no—. De verdad, debemos irnos.

Dima fumó su habano.

—El primer sábado de mes habrá un nuevo evento, solo lo mejor de lo mejor ¿Cuento contigo, Peter? —preguntó a Lisandro quien asintió.

—Sería un honor.

—El honor es todo mío. Te luciste, eres de lo mejor que he visto. No debes desperdiciar tu talento.

—Es lo que siempre le dije—señaló Anael.

—¿Tú eres su manager?

—Manager y mejor amigo.—Anael abrazó a Lisandro.

—Tengo un buen negocio para proponerles, espero no falten.

—No lo haremos—replicó Anael—. Gracias por la hospitalidad.

—Le diré a David que pasaron.

—¿No está aquí? Me dijo que vendría.

Claro que había estado allí, se habían marchado.

—Tenía otros asuntos pendientes—mintió Dima.

—No se preocupe. Gracias por la invitación, nos vemos ese día— dijo Anael.

—Estaré ansioso.

Cuando el frío de la noche tocó sus caras, los hombres pudieron respirar. Se dirigieron a la camioneta de Anael, se sentaron allí y dieron un profundo suspiro.

—¡Eso sí fue intenso!

—¿Estás demente? ¿Cómo se te ocurre ofrecerme como cordero en sacrificio?

—Ya, no fue para tanto, además ganaste.

—¿Es que acaso no piensas?

—Lo hago, ¿piensas que ese tipo nos iba a dejar salir así nada más? Nos salvamos porque decidiste entrar al combate y porque Hartman no apareció.

Lisandro negó.

—No lo entiendo, los vimos entrar ¿Dónde se metieron?

—No lo sé, pero hay algo muy turbio de esta situación. —Lisandro se acarició el rostro e hizo una mueca—¿Duele mucho?

—Bastante.

—Ven, vamos a mi departamento. Te ayudaré a curarte y puedes darte una ducha.

—No es necesario, Morgan.

—¿Quieres que tus hijas te vean así? ¿O, lo que es peor, que tu esposa infiel te vea así?

—Eres una mierda, ¿alguien te lo dijo?

—¿Por qué? ¿Por decir la verdad? Es una monta cuernos y va a disfrutar de tu desgracia. No le des el gusto.

¿Verónica sería capaz de hacer eso? Lisandro ya no tenía idea de nada. No podía volver así a su casa, pero estar a solas con Anael se sentía incorrecto.

—¿De qué tienes miedo, inspector?

Sacudió la cabeza ante la tontería. No había razón para temer, a Anael no le agradaba de ese modo Lisandro. No intentaría aprovecharse de la situación.

—Está bien, iré contigo.

Anael encendió el motor. Esa noche habían tenido suerte. Por algún motivo, los Hartman habían desaparecido y dejaron a Anael y Lisandro a merced de Dima.

Los hombres atravesaron la ciudad lentamente. Era hermoso manejar a esa hora cuando el tráfico o, gran parte de él, ya se había dispersado. Se sentía tranquilo.

—¿Desde cuándo practicas kickboxing?

—Forma parte de mi entrenamiento diario—explicó Lisandro—, además papá era militar.

Anael asintió.

—El mío no era un gran atleta, pero se mantenía en forma. A nosotros nos encanta el kickboxing.

—Es decir que el que debería haber luchado fuiste tú—bromeó Lisandro.

—Si mi cara ya no pareciera una bolsa de box rota, lo habría hecho. Ahora sabes lo que se siente.

Ambos volvieron a reír.

—De verdad lamento cómo se fue todo a la mierda ese día. Gerald es impredecible.

—No les teme a las consecuencias, porque sabe que tú te harás cargo y lo salvarás—dijo Anael—. Siempre te tendrá a ti para solucionarlo.

—¿Crees que de verdad soy un…?

—¿Un felpudo? —interrumpió Anael—Probablemente, pero, bueno, no todo el mundo sabe trazar límites, a veces, lleva tiempo.

Los hombros de Lisandro bajaron. No quería mantenerse fuerte cuando Anael Morgan estaba cerca, quería mantenerse auténtico. Perdió el miedo a mostrarse tal cual era. Vulnerable, lleno de inseguridades, Lisandro observó el perfil de ese hombre que, incluso con el enorme magullón en su rostro, era hermoso.

—Me casé enamorado, ¿sabes? —confesó. Se detuvieron en un semáforo. Su rostro comenzaba a sentir los golpes en cada parte de su cuerpo—. Verónica es, mejor dicho, pensé que era amor de mi vida.

—¿Ya no lo es? ¿Estás seguro?

—Ya no sé qué pensar.—Lisandro replicó y desvió la mirada—. Tantas mentiras y , ¿si siempre me engañaron? ¿Si se han burlado de mí a mis espaldas toda la vida? Te juro, son preguntas que necesito responder, pero sé que ellos nunca lo harán.

Anael dio un suspiro y puso en palabras el mayor miedo de Lisandro.

—Piensas que tus hijas son…

—No lo digas. —Lisandro lo cortó—. Son mías, yo las crie. No podría vivir sin ellas.

Había un dolor recalcitrante y palpable. Anael lo sintió en cada célula, así se sentía tener algo tan valioso y pequeño que cuidar.

—Nunca dije que no lo fueran y tampoco que tú vayas a quererlas menos, pero hay una realidad que tú y ellas merecen saber.

—¿Cómo se te ocurre pensar que yo podría hacerlas sufrir de ese modo? —cuestionó Lisandro, horrorizado.

—Las verdades duelen, pero no por eso hay que ocultarlas. Amigo mío, quieres tapar con un dedo un interrogante tan grande como el sol.

Lisandro se observó las manos, los nudillos amoratados. El miedo sacudió su cuerpo. Había estado en peligro tantas veces que ya no las recordaba, jamás tuvo tanto miedo como ahora. Janet y Maggie, sus niñas, sus pequeñas. El silencio llenó la camioneta por unos minutos.

—¿Qué edades tienen? —preguntó Anael.

—Cinco y siete.

—Se llevan la misma edad que yo con mi hermano Eric, de hecho, él también se lleva dos años con Bryce.

—El muerto—dijo Lisandro con suspicacia. Anael comenzó a reír.

—El muerto no, el indestructible.

Ambos se carcajearon, era ponerle color a una tragedia.

—Leí sobre tus hermanos—confesó Lisandro—. Siempre fueron muy unidos.

—Lo fuimos—Anael corrigió—, las cosas cambian.

—Tú te alejaste.

—No—Anael lo interrumpió—, ellos se marcharon y yo seguí aquí. Es distinto.

—¿Sigues enojado?

—Nunca lo estuve, solo…

—¿Triste?

—Desencantado—expresó Anael y sus ojos brillaron. Se miraron por un segundo y su vista volvió a la calle—. Ya no espero nada de la vida, de hecho, me amoldé a la tranquilidad hasta que…

—Yo aparecí.

—Hasta que una guerra se desató, y mi amigo Barud me arrastró a ella.

Lisandro estrechó los ojos.

—¿Qué tan cercano eres con él?

Anael dibujó una leve sonrisa en la comisura de sus labios.

—¿Preguntas si nos hemos acostado? La respuesta es sí ¿Preguntas si tenemos una relación romántica? La respuesta es no. Barud es mi amigo, siempre lo será, pero yo no estoy hecho para el romance.

—Entonces, ¿por qué te acostaste con él? —cuestionó. Anael frunció el ceño—¿Te mueves así en la vida? ¿Eres de esas personas que van de pareja en pareja, sin importarles nada?

—Lisandro, somos dos adultos que consienten. Si alguien me gusta y esa persona siente lo mismo por mí, ¿por qué debería negarme a lo que mi cuerpo quiere? —El rostro de Lisandro se asemejó a un tomate—. Lo que sucede es que tú te casaste demasiado joven, te has privado de mucho.

—Nunca necesité acostarme con todo el mundo. Me enamoré y me entregué por completo.

—¿Y ahora estás arrepentido?

—No me arrepiento de amarla, al fin y al cabo, la que decidió tirar todo por la borda, fue ella. Estoy feliz de que haya sido la única, incluso cuando me rompió el corazón.

Anael puso la luz de giro y doblaron en una esquina.

—¿Sabes? No sé si eso es valiente o tonto, pero lo respeto—confesó—. Has vivido mucho más que yo.

—¿De qué hablas? Solo estuve con ella en toda mi vida.

—Sí, pero probaste algo que yo nunca quise o nunca me animé, el sexo con amor. —Anael se estacionó y ambos se mantuvieron en sus

lugares. El hombre señaló uno de los edificios—. Esta es mi guarida, sexto piso.

—La zona me gusta—agregó Lisandro.

—Mi hermano Eric me ayudó a escogerlo, muchos años atrás, cuando estábamos juntos todo el tiempo.

—¿Lo extrañas?

—Demasiado—confesó—, pero sé que es muy feliz y eso me basta.

—Me habría gustado tener un hermano como tú. Alguien que se jugara todo por el todo.

Anael puso la mano en su pierna y presionó, Lisandro tragó saliva.

—No creo que hubiera funcionado—replicó Anael.

—¿Por qué?

—Uno no quiere follarse al hermano. —Lisandro se congeló. Anael contuvo la risa hasta que una profunda carcajada resonó en la camioneta—. Dios mío, ¡te hubieras visto la cara!

Lisandro negó y puso la mano en su frente, después comenzó a reír nervioso.

—Eres un imbécil.

Anael abrió la puerta.

—Vamos, inspector. Hay que curar esas heridas.

20 Eres tú

El departamento era de espacios abiertos y amplios. Un ventanal por donde seguramente entraban los rayos de sol a primera hora de la mañana. Un diseño minimalista, cocina industrial, pocos muebles blancos y también oscuros y una pared blanca con dos tragaluces y decenas de fotografías.

—Ponte cómodo—dijo Anael y arrojó las llaves sobre la mesa ratona del living—. Traigo el alcohol y el algodón en un minuto.

Los ojos oscuros de Lisandro se posaron en cada mueble, en cada cuadro que brillaba, en las plantas de interior donde una de ellas había florecido e impregnaba el aire. Flores en invierno, quizás esa planta era tan extraña y única como su dueño, capaz de florecer en el hielo. Se parecía tanto a Anael Morgan.

Su cuerpo ahora sentía con intensidad los golpes a cada segundo, esa sensación se profundizaba. Dio pasos hacia la pared cubierta de fotografías. Fue imposible que no se le dibujara una sonrisa al ver las distintas etapas de la vida de Anael. En una aparecía con sus padres, había perdido dos de sus dientes. Una de la imágenes lo hizo fruncir el ceño.

Conocía a ese niño junto a Anael, su mirada oscura fue a las dos imágenes a su lado. Anael junto a un grupo de niños en su primer día de kínder. Sus ojos casi se desorbitaron.

—No lo estás imaginando. —Anael apareció detrás de él—.Ese eres tú.

«Eres bonito, te pareces a un angelito».

Sus mejillas se sonrojaron. Las palabras dichas en su más tierna infancia al contemplar a ese niño con rostro de querubín. Su corazón latió con fuerza, acelerado y confuso ¿Cómo se le había pasado eso? Había leído su expediente. Ese detalle quedó sepultado debajo de su

adultez , de sus contactos con los criminales, de su vida fuera de la ley.

Anael dio pasos hacia él, traía en sus manos un pequeño bolso de primeros auxilios, de repente, todo tuvo sentido. El latir de su corazón, la familiaridad, la sonrisa , el modo en que se abrió a ese hombre como si lo conociera desde siempre.

—Fue el único año que compartimos, después de eso, te fuiste.

Lisandro asintió.

—Papá recibió un traslado y como siempre, nosotros lo seguimos.

Anael le sonrió.

—Me decías angelito todo el tiempo.

—Me gustaba jugar con tus rizos. —Lisandro confesó—. De verdad te parecías a las imágenes de la iglesia.

—Tú también eras hermoso, lo sigues siendo, mucho más incluso.

Lisandro tragó saliva. Sabía que era atractivo, pero no se consideraba hermoso. Su madre siempre lo hizo sentir como que estaba un peldaño más abajo que su maravilloso Gerald. Él era el niño dorado. Lisandro solo era Lisandro. Su madre lo menospreciaba y su papá fingía que no existía.

Anael te tocó el brazo.

—¿Por qué no te das una ducha mejor? Yo estaré aquí para tratar esas heridas y poner hielo.

—Es buena idea—aseguró Lisandro que todavía estaba en stock. Anael lo guio hasta el baño, encendió la luz y abrió el cristal de la mampara—.En el primer estante de ese mueble tienes toallas limpias. Siéntete en casa. —Anael hizo una mueca.

Quizás, lo que menos necesitaba Lisandro era sentirse en casa, sobre todo, cuando era un hogar cargado de mentiras y secretos.

Anael salió del baño. Lisandro se quitó la ropa y se observó en el espejo de cuerpo completo que estaba al lado de la ducha. El baño estaba tan iluminado como el living.

Cerró la puerta de vidrio y abrió la ducha. El agua fría y luego cálida. Lisandro hizo un gesto de dolor cuando el agua tocó su cuerpo. Le dolía incluso pensar. Asió el gel de ducha a un costado y de inmediato percibió el aroma. Olía a Anael, esa mezcla perfecta e incendiaria entre lo femenino y masculino. Flores y menta, un sutil

toque de sándalo y maderas. Lisandro lo esparció por su cuerpo y se extasió.

El dolor fue un eco lejano. Su mente, esa vocecita que juzgaba cada paso, se acalló. Su respiración se tornó errática cuando se acarició los testículos y luego su pene, que se había erguido como un monumento a lo tabú, a lo prohibido, un monumento a todo lo que se había negado por ser hombre.

Anael Morgan era un criminal. Simpático, sexy, atrayente, incluso buen compañero, pero seguía siendo fiel a su esencia. Lo de si era hombre, en ese instante, pasó a segundo plano.

Muchos descubrían que se sentían atraídos por ambos sexos siendo adultos, quizás solo estuvo en negación todos estos años, sin embargo, interesarse, desear a alguien que estaba en la vereda opuesta de la ley, le traería problemas. Le quitaba imparcialidad. Lisandro se ponía estúpido cuando estaba a su lado. Su objetividad no solo estaba en riesgo, a esa altura, era inexistente.

Su sonrisa, el modo en que hablaba de hermandad y lealtad, su veneración por su familia perdida. Lisandro era la primera vez que se enfrentaba a un dilema moral tan grande, a esa magnitud de sentimientos. Anael lo tornaba una persona diferente, una que le gustaba.

Hasta ahora, siempre consideró que callar era la mejor opción, adaptarse, ser fuerte, estudioso, dar todo de sí a la espera de que alguien lo reconociera. Anael sacudió su mundo y encendió una chispa dormida.

Lisandro asió su virilidad entre sus manos y la acarició con vehemencia, el aroma impregnó cada parte de su cuerpo simulando el toque de Anael en su piel. Apoyó su cuerpo sobre la pared y gimió su liberación. La realidad lo golpeó, el dolor físico se mezcló con el deseo que ahora lo carcomía.

Sacudió la cabeza para quitarle peso al momento, para que las sensaciones persistieran. Se enjuagó los restos de gel que se mezclaban con su esencia y salió de la ducha. Se secó y se colocó su boxer y su pantalón mientras que su torso se mantuvo desnudo.

Encontró a Anael cruzado de brazos, con su rostro sobre el ventanal siendo testigo de una ciudad dormida. Se giró ante su

presencia y le estrechó la mano.

—Ven, acomódate en el sofá.

—¿Sabes? Estoy bien. No hay heridas graves. —Intentó disimular la incomodidad—. Debería irme, ya es muy tarde.

Anael se acercó, lo contempló en silencio tanto tiempo que Lisandro pensó que iba a derretirse.

—Deja que te lleve.

—No. —Lisandro se apartó—.Prefiero ir solo.

Anael hizo una mueca.

—Está bien entonces. —El auto llegó en cinco minutos. Anael lo acompañó hasta la acera. Se observaron de nuevo. El hilo estaba tan tenso que se rompería. Anael se humedeció los labios—.Avísame las novedades.

Lisandro asintió.

—Sí, estamos en contacto.

Fue un segundo, menos que eso. Anael lo asió de la nuca y lo atrajo hacia él.

Sus labios se encontraron y el mundo desapareció, solo existieron ellos, ellos y un beso que le quitó el oxígeno, que lo drenó, y, al mismo tiempo, lo impregnó de fuego, de vida. Una vida que creía perdida.

El beso era demandante, cargado de una pasión desconocida. Lisandro gimió, sus brazos rodearon a Anael quien lo estrechó de la cintura y profundizó. ¿Hacía cuánto no sentía este deseo? ¿Hacía cuánto no lo besaban de ese modo? ¿Alguna vez Verónica lo hizo?

El claxon los trajo a la tierra, a esa acera y a un conductor que enarcó las cejas. Lisandro se apartó, se observaron en una mezcla de excitación y vergüenza.

—Adiós, Morgan.

Anael lo sujetó.

—Espera—dijo y posó su pulgar sobre sus labios hinchados—. Cuídate, Bello.

Sin explicaciones, ni excusas. Lisandro entendió que, para Anael Morgan, solo fue un beso, ¿por qué él estaba a punto de enloquecer?

Subió al auto y éste puso el primer cambio y se desplazó. Anael metió las manos en los bolsillos, se enfocó en el vehículo hasta que éste desapareció calle abajo. Chupó sus labios y percibió el sabor. Lisandro todavía estaba en ellos. Rio y negó, ¿qué carajo estaba haciendo? ¿Por qué besó a un hombre que no cuadraba con sus estándares? Un papá, un esposo, un policía. Dios, Anael dio un suspiro y se dirigió al edificio, la locura lo estaba llevando por un mal camino.

***

«¿Qué has hecho?».

Si se ponía a pensar, él no hizo nada, solo respondió. Lisandro se rascó la cabeza y metió los dedos entre su cabello. Era un puto cobarde ¿Iba a echarle la culpa a Anael cuando él correspondió a ese beso?

Sus labios todavía hormigueaban, hinchados y dispuestos. Labios que no querían separarse, que les encantó el sabor de su piel, la manera en que lo estrechó y lo adhirió a su cuerpo. Lisandro se miró en el cristal mientras las calles pasaban.

«Eres el hombre para este puesto».

¿Lo era? Porque ahora estaba dudando. La renuncia parecía la mejor opción. Dejar esa investigación, concentrarse en otro caso, en otras experiencias, en sus pequeñas, y que el hijo de puta de Gerald lidiara con los de arriba, pero cuando el sentido del deber y la necesidad de pertenencia eran tan arraigados, ¿qué otra le quedaba? ¿Qué opción era la que tenía un hombre que vivía para buscar justicia? Un hombre que, desde niño fue desplazado y se aferró a que el mundo podía cambiar, a que no todos debían sufrir. Entonces, Anael Morgan reapareció en su vida y Lisandro, por un momento, creyó haber encontrado su camino a casa de nuevo. Recordó sus manitos blanquecinas tocando su cara, y dándole un beso cuando eran solo dos almitas tan puras que la vida parecía luminosa.

Su cabeza estaba dividida, era inconcebible aunar esa visión con la de ahora, con el hombre que desbordaba sensualidad y que podía

hacerlo cuestionar su orientación sexual, solo con una sonrisa.

Llegó a su casa y dio pasos lentos hasta la puerta. Las luces estaban apagadas.

Una vez más, sus hijas dormían Abrió despacio y el aroma a vainilla le adormeció la nariz. Fuerte, espeso, como la esencia de Verónica, esa que cada vez toleraba menos.

—¿Has pensado si en verdad son tus hijas?

—Son mías.

¿Lo eran? Sin importar que Lisandro las había criado, ¿llevaban sus genes?

¿Cómo debería sentirse una persona traicionada hasta la médula? ¿Enojada? ¿Dolida? ¿Triste y decepcionada?

Lisandro respiró el aroma intoxicante, ¿era normal no sentir nada? Normal o no, así se sentía. Como si lo hubieran vaciado y quedara un cascarón. Verónica era el amor de su vida, mejor dicho, lo había sido, ¿qué le quedaba para entregar? ¿Sería posible comenzar de nuevo? Verónica fue su primera vez en todo. Cada beso, cada gemido fue para ella.

«¿Qué deseas ahora?».

A él, lo deseaba a él. Lisandro se sostuvo de la escalera ante la oleada de lujuria que lo trastornó. Eso es lo que Anael Morgan simbolizaba. Era fuego salvaje, intenso, arrebatador, inesperado. Sus labios volvieron a hormiguear, subió la escalera y fue hacia la habitación de sus hijas.

Abrió la puerta y las encontró durmiendo. Se acercó y les besó la frente. Fue cuando la pequeña Maggie lo apretó y lo envolvió con sus bracitos cortos.

—Papi, ¿qué ocurrió? —preguntó la niña cuando notó su rostro magullado.

—Papá tuvo que pelear con los malos, pero estoy bien. —Lisandro mintió e intentó no romperse. Su rostro dolía como nada. Contuvo el llanto, la llevó contra su pecho, pero su niña era lista

—¿Por qué lloras? —preguntó con su pequeño ceño fruncido.

El hombre se limpió las lágrimas. Su corazón latiendo al ritmo del dolor y la miseria. El remordimiento haciendo carne ¿Por qué creyó

que poseía derecho a desear cuando tenía a cargo dos vidas que sufrirían con su separación?

—Es que papá tuvo un día extraño.

—Te esperamos, pero mamá dijo que ibas a llegar tarde como siempre, así que nos ordenó venir a la cama.

—Te prometo que una vez que este caso termine, nunca más llegaré tan tarde.

—¿Lo juras?

—Sí, cariño, nunca más. Sabes que papá no promete en vano.

Maggie lo abrazó con más fuerza.

—Hueles rico.

—Sí—Lisandro le sonrió, su pobre niña no tenía idea—, a mí también me gusta este perfume.

—¿De quién es?

—Es de un amigo con el cual trabajo.

—Si es amigo puedes decirle que te lo regale. —La sonrisita pícara, Lisandro le acarició la mejilla y le dio un beso en la nariz.

—Mi pequeña hermosa.

—Te quiero, papi.

Lisandro la apretó contra su pecho y las lágrimas volvieron a caer.

—Yo también, mi niña.

Acarició su cabello y respiró su aroma, se quedaron así un momento.

—¿Papi?

—¿Sí, pequeña?

—¿Tú no quieres al tío Gerald?

La pregunta fue una patada peor que las que le asestaron esa noche.

—¿A qué te refieres, cariño?

—El tío vino en la tarde—dijo Maggie y todo el cuerpo de Lisandro se tensó.

—¿Lo viste?

—Sí, llegamos de la escuela con la tía Sara. Mamá y el tío estaban en la cocina, él le dijo a mami que tú no ibas a quererla más.

No tenían vergüenza, ni siquiera dignidad ¡Malditos hijos de puta!

—¿Eso le dijo?

—Sí, le dijo que estaban jo… Tú sabes, esa palabra fea que dices que yo no debo decir, pero no la dije, lo juro.

Lisandro, como si fuera el mejor actor de Hollywood, le acarició la carita y dejó un beso en la frente.

—No te preocupes, bebé. No estoy enojado ni con Gerald, ni con mamá.

—Mamá lloraba.

Lisandro tenía que escapar de esa conversación, de lo contrario, iría y mataría a esos dos bastardos.

—Tú no debes preocuparte. —La acostó de nuevo—. Mañana tenemos que levantarnos temprano, ahora duerme.

—Sí. —Maggie estiró su piquito para que le dieran un nuevo beso. Lisandro lo hizo, la arropó y salió de la habitación. Tan pronto la puerta se cerró, su sonrisa se desvaneció. Esto había llegado a su fin.

21 Sospechas

Dima Stoickov encendió un habano mientras se dirigía rumbo al muelle donde lo esperaba Walter Kayne.

—¿Sabes si los Hartman invitaron a alguien nuevo al club?

—Nadie lo haría sin tu autorización —señaló el hombre.

—Hubo dos luchadores nuevos esta noche, al menos, disimularon serlo. Verifica las cámaras de seguridad, quiero sus nombres, sus verdaderos nombres.

No fue difícil encontrarlos, sobre todo a uno.

«Anael Morgan».

Habían pasado dos horas desde esa conversación. Ahora sabían que el hombre rubio era nada más, y nada menos, que el hijo de Río Morgan y amigo de Barud Sinclair.

El humo llenó el espacio de la limusina, a su lado, dos de sus hombres de confianza. Las cosas se estaban complicando en demasía. Llegaron al muelle y buscaron el yate que estaba equipado especialmente para sus reuniones. Cuando subió, sus hombres de inmediato zarparon. Fue al interior y se encontró, una vez más, con Walter Kayne.

—Walter, dime ¿por qué había dos intrusos husmeando en mi club?

Walter negó.

—Nadie sospecha de nosotros, en todo caso, los Hartman serán los que se lleven el peso.

Dima volvió a dar una pitada.

—Al parecer, entiendes poco—señaló decepcionado—. Quiero lo prometido, Walter. Soy un hombre impaciente, y estos bastardos me alejarán de eso.

—Lo tendrás. —Walter comenzó a sudar—. El negocio será tuyo una vez que eliminemos al resto.

—¿Cuánto falta para eso? La prensa está ávida de sangre. Han transformado esto en un circo. Mientras más interviene la policía, más me alejo de la gloria.

—Lleva tiempo—señaló Walter—. Sabes que no puedo hacer una guerra abierta, y muchos menos orillarlos a que se unan.

—Nos están pisando los talones—agregó impaciente—. Has identificado a uno de estos bastardos, pero ¿y el otro? Prepárate para devolver cada centavo que invertí en ti, si esto sale mal.

—Tranquilo. —Walter levantó la mano—. Dame un poco más de tiempo, solo eso te pido.

Dima lo escrutó, sopesando si valía el esfuerzo.

—Confiaré una vez más, Walter. No me falles.

Walter tragó saliva. El tiempo corría y no estaba a su favor.

—Nunca te fallaría. Tienes mi palabra, el territorio será tuyo.

***

Lisandro golpeó la bolsa de box del gimnasio con toda su fuerza, una y otra vez ante la mirada atónita de sus compañeros. Lisandro Bello era del tipo pacífico, metódico, solidario listo para resolver el desastre de otros, pero nunca para crearlo.

El sudor se deslizaba por su cuerpo después de una hora y media de entrenamiento. Llevaba solo un pantaloncillo negro, cosa que también era rara en él. Por lo general, Lisandro no se quitaba la camiseta ni por todo el calor del mundo, por eso, cuando los aspirantes y los que ya formaban parte de la NCA lo vieron de esa manera, supieron que algo estaba muy mal y era momento de apartarse. Dejar que el inspector Bello sacara su furia con ese pobre costal de arena, y no con ellos. Estaba fuera de sí, su rostro desencajado, era lógico pensar que la bolsa de arena representaba algo más.

—Cariño, ¿te ocurrió algo?

Lisandro ingresó al dormitorio, observó a su compañera, a la mujer que lo engañó y humilló de la peor manera posible.

—Estoy bien—respondió en tono seco y fue hacia el baño. Su rostro estaba magullado, se observó en el espejo y sonrió.

—Cariño.

—Lo sé todo, Verónica—dijo mientras se mojaba la cara.

—A qué te refieres? —La voz de Verónica se entrecortó.

—¿Vas a hacerte la pendeja? Te he dado mi vida, hija de puta—dijo con toda la rabia contenida—. Y me la pagas follando con mi hermano en mi cama.

El rostro de Verónica se contorsionó en dolor y rabia.

—Amor, no es como crees. —Su voz era un pequeño hilo.

—Aléjate de mí, porque no sé de lo que soy capaz—dijo entre dientes, con toda la rabia acumulada.

—Yo te amo a ti. Siempre has sido tú—Verónica lloraba a lágrima viva—, pero tú nunca estabas y ¿qué podía hacer? ¿Sabes lo que es vivir sola toda la vida? ¿Sentir que no vales?

Lisandro lanzó una risa.

—¿Y resulta que yo tengo la culpa de que le abras las piernas a mi hermano? Te sentías sola, ¿por qué carajo no te divorciaste? ¿Por qué decidiste que era más fácil tenerme en la mentira?

—No me faltes el respeto.

—Eres una zorra—dijo con voz gélida—¿Quieres que lo repita? La mamá y maestra ejemplar es una puta que se revuelca con el hermano de su esposo, ¿quieres que lo digas más alto? ¿Te imaginas lo lindo que se vería en la comunidad? ¿En la comunidad en la cual tú pregonas ser intachable?

Verónica seguía llorando. La única luz encendida era la del baño.

—Por favor, amor. Podemos arreglarlo, te juro que no lo voy a ver más, te juro que…

—Vete a la mierda. —Lisandro levantó su mano—. Tú y yo no somos nada, nada, ¿me escuchaste? No tengo intenciones de seguir al lado de una escoria como tú. —Su voz se entrecortó—. No me iré por el momento por el bien de las niñas, pero desde ahora, puedes hacer lo que te venga en gana, porque yo haré lo mío. —Lisandro se quitó el anillo de bodas y leyó la frase—. Amor inquebrantable. Dios, ¡cómo carajo pude inventar tanta bazofia!

—Yo te amo a ti. Gerald fue un error.

—¿Cuánto tiempo?

—Lisandro eso no es…

—¿Cuánto tiempo? —Su voz salió alta y firme. Verónica bajó la cabeza.

—Diez años.

—¿Y le llamas a 10 putos años un error? ¿Quieres seguir viéndome la cara de pendejo? Me amas a mí , pero te follas a mi hermano. Tu versión del amor, honestamente, no me gusta y las relaciones de a tres no son mi fuerte. No vuelvas a tocarme, ni hablarme, excepto por cuestiones relacionadas a mis hijas. Me voy a mudar al cuarto de invitados.

—¡Lisandro no!

—Deja de gritar. —Lisandro tensó la mandíbula—. Deja la actuación de víctima, porque no lo eres, basura.

Lisandro asió su pantalón de pijama e intentó pasar a su lado. Verónica se lanzó al piso y lo sujetó de la pierna.

—No puedes dejarme. Eres mi vida, todo lo que tengo.

Las lágrimas corrían por el rostro de Lisandro.

—¿Pensabas eso cuando era él quien te hacía gemir en mi propia cama?

Verónica negó.

—No lo entiendes, no es así.

—Gracias a Dios no lo entiendo, porque eso significaría que soy igual a ti.

Un nuevo golpe y la bolsa de arena se rasgó. El contenido se derramó en el suelo. Lisandro se quedó allí, con su vista puesta en las pequeñas partículas que, contra la luz del sol que ingresaba por los ventanales, parecían pequeñas partículas de oro que caían sin retorno. Lisandro se asemejaba a esa bolsa de box en aquel instante. Había sido vaciado, solo le quedaba un corazón hecho añicos y la fuerza para demostrar que valía, que se merecía un ascenso, que merecía empezar de nuevo. Esa era su única salida. Un ascenso significaba más dinero y, con ello, podría alquilar un lugar lindo y llevar a sus niñas los fines de semana. Se imaginó en esa tranquilidad, no sería perfecto, pero sería honesto.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Mal día?

Lisandro observó por encima del hombro y apretó los puños.

—Ya está mejorando—replicó en tono gélido. Gerald sonrió, pero era una risa nerviosa. Lisandro, esta vez, se giró hacia su hermano quien estaba con una remera sin mangas y un pantalón corto—¿Vienes a entrenar? Vamos, hagámoslo.

—Lisandro, yo…

Fue todo lo que alcanzó a decir. Cuatro pasos eso es lo que necesitó Lisandro para tumbarlo al suelo y comenzar a golpearlo. Gerald, en shock, intentó defenderse, pero su hermano siempre fue mejor luchador que él, en realidad, siempre fue mejor en todo.

Los aspirantes gritaron cuando Lisandro lo inmovilizó y sus puños se estamparon en su rostro, una y otra vez. Estaba fuera de sí, la última gota de raciocinio murió cuando lo vio frente a él e imaginó todos los años de humillación. Diez años, una década mintiéndole a sus espaldas, sonrisas, cumpleaños, reuniones, todo era una mentira.

Fue consciente de que había brazos tratando de sostenerlo y apartándolo. Lisandro gritó y buscó la forma de volver. Gerald se arrastró en el piso, la sangre escurría hacia las colchonetas. Las personas alrededor se cubrieron el rostro con horror. Su nariz estaba hacia un costado completamente quebrada, percibió los dientes flojos, Lisandro fue una ráfaga de furia y nadie lo entendía. Lo arrastraron fuera del gimnasio, una vez en el vestidor, Lucy Reynolds, su amiga, se acercó a él.

—¿Qué mierda fue eso?

—Ese bastardo se folla a la zorra de mi mujer. —No lo endulzó. Los ojos de Lucy casi se salieron de sus órbitas.

—No puede ser. Por Dios, es tu hermano. —Para Lucy era inconcebible, sin embargo, las consecuencias no se harían esperar—. Lisandro, él va a denunciarte. Tiene toda una pila de testigos que atestiguarán que perdiste el control.

—No lo hará—dijo Lisandro—, a menos que quiera que descubra todas las irregularidades de sus operaciones. Si quiere jugar así, tengo pruebas de toda su mierda. Desde manipulación de datos a sobornos, no sabe de lo que soy capaz. Estoy harto de que me vea la cara.

Lucy negó. Se sentó a su lado y tocó su brazo.

—Hombre, me das miedo. Jamás te he visto tan enojado.

—¿Cómo estarías si te enteraras que John lleva diez años acostándose con tu hermana?

—Lo castro—dijo sin dudar—, y a ella también.

Primero se mantuvieron serios, luego comenzaron a reír.

—Estás más loca que yo.

Lisandro escuchó el sonido del celular en su bolso. Frunció el ceño y lo abrió.

Café a las diez ¿Tienes un momento?

La sonrisa fue tan amplia y brillante que hizo a Lucy fruncir el ceño. Lisandro seguía sonriendo como un niño.

—Es un mensaje de Anael Morgan—explicó.

Lucy arqueó una ceja.

—¿Y Morgan sabe que pones esa carita con corazones en los ojos por sus mensajes?

—¿De qué hablas? —Lisandro le restó importancia. Lucy se cubrió la boca.

—Por Dios, a ti no te duele perder el matrimonio, sino la traición. El matrimonio estaba perdido de hace rato, ¿verdad?

Lisandro dio un suspiro.

—Lucy esto no es…

—Hey.—La mujer se levantó—. No te estoy juzgando, cada uno gestiona el dolor como puede, solo…—Sus ojos denotaron advertencia—. Ten cuidado, no permitas que te lastimen. Anael Morgan es un lobo, nunca dejará de serlo.

—Es que no hay nada entre él y yo.

Lucy rio con escepticismo.

—Nada físico querrás decir, pero emocionalmente estás enganchado. No trates de mentirme, las mujeres lo sabemos.

Lisandro acarició sus nudillos magullados.

—Toda mi vida es una mentira.

—No, lo que viviste fue real. Tus hijos son reales.

—¿Lo son? —cuestionó Lisandro con dolor—¿Realmente son mis hijas? Lleva diez años acostándose con él.

Lucy abrió la boca y la cerró.

—Ni siquiera lo digas.

—Debo averiguarlo, Lucy, aunque me cueste el alma. No puedo vivir en una mentira.

—No, y no te lo mereces tampoco. Haz los exámenes de ADN, pero antes… — la mujer le tocó el hombro—, ve y diviértete un momento con ese hombre.

Lisandro se tensó ante esa propuesta.

—No me estoy divirtiendo con él, es trabajo.

—Pues disfruta el trabajo con él entonces. —Lucy le guiñó un ojo —. No regreses a la oficina, en este momento es un caos con lo de Gerald. Te mantendré al tanto.

—Gracias, amiga, por todo.

—Sabes que te quiero, Liz. Fuiste el único que no me miró en menos cuando ingresé.

—La inteligencia no tiene género—replicó—, aunque algunos imbéciles no lo entiendan.

Lucy le dio una palmadita en la espalda.

—Nos vemos, campeón. Por favor, no le andes bajando los dientes a todo el mundo ¿De acuerdo?

—¡Vete al carajo!

Lisandro se quedó solo una vez más en los vestuarios. Puso su atención en la pared blanca frente a él, sentía un enorme peso fuera de sus hombros. La verdad ,al menos parte de ella, había salido a la luz.

22 Encuentro

—No me has llamado.

—He estado ocupado Barud.

—Pues aquí tu amigo tiene información mejor que la que tú y ese inspector poseen.

—Dios, dime ¿qué descubriste?

—Walter Kayne está hasta las pelotas en deudas—dijo sin dudar—. Le debe a todo el mundo, pero sobre todo a Dima. —Barud se sentó a su lado. Estaba ojeroso y lucía cansado. El encierro le estaba jugando una muy mala pasada—. El casino reina Victoria, el primero que le compró a los Callums lo adquirió con su dinero y, desde allí, la deuda solo ha ido creciendo. Muchas inversiones posteriores no salieron como esperaban y Stoickov debió rescatarlo otra vez. Los intereses son exorbitantes.

—¿Cómo encontraste esto?

—Porque estoy encerrado, pero puedo hacer llamadas. Contactos que todavía me responden el teléfono, los que son leales a mi padre. Esta información es confiable.

Anael frunció el ceño.

—¿Qué rol juegan los Hartman en todo esto?

Barud se encogió de hombros.

—Si tengo que deducir, ellos quieren convertirse en los únicos distribuidores y expandir el negocio hacia los casinos.

—Eso sería fácil y no tendrían necesidad de matar a todos, es decir, son dueños de laboratorios. Nadie los molesta, cuentan con el respaldo político, judicial , el tal Dima quiere algo más que una deuda saldada.

—Los Mitchell se han retirado, los Radicic incluso, creo que han empezado a tener miedo. Nadie va a interferir.

—Solo quedas tú—señaló Anael.

—Bueno, sin distribuidor, soy como un rey sin trono. No soy importante.

—Lo eres. Tu padre se encargó de tejer una red. Eso no desaparece de la noche a la mañana, aun así, necesitamos conocer el motivo detrás de todo esto. Hay más que deudas, aquí es una cuestión de poder. Ellos quieren el territorio, estoy casi seguro de ello.

—¿Tú inspector ha logrado más pistas?

—Nada nuevo. Fuimos al club de lucha, lo único que logramos fueron algunos golpes. Los Hartman ingresaron, pero jamás estuvieron adentro. Fue como si se los tragara la tierra. — Anael pensó en todo lo que sucedió después, en el beso con Lisandro —.Voy a llamarlo.

Barud frunció el ceño.

—Estás pasando mucho tiempo con él.

—¿De qué hablas?

—Sabes de qué hablo. Es un inspector de la NCA. No es tu amigo.

Anael negó.

—Tranquilo no me olvido de quién es y él tampoco.

Barud tensó la mandíbula.

—¿Confías en él?

—Creo que es alguien digno de confianza.

—Lo tratas diferente.

—Ni siquiera sabes cómo lo trato.

—Escucho cómo suena tu voz cuando hablas de él ¿Qué pasa realmente entre ustedes?

—Hombre, ¿por qué te pones paranoico? Además, ¿de qué te quejas? Te estoy salvando el culo a ti.

—¿Y mientras tanto le rompes el culo al inspector? ¿Así funciona el juego?

—No me jodas.

—Deja de joderte al tipo que nos enviará a la cárcel.

Anael frunció el ceño de inmediato. Incrédulo.

—¿Por qué actúas como si estuvieras celoso?

Barud se quedó en silencio.

—Es que no lo entiendo—dijo con una mezcla de dolor y rabia—¿Qué te da él que no puedas tener conmigo?

Anael se frotó el tabique de la nariz, su rostro todavía dolía a veces.

—Barud, eres mi amigo, el mejor que tengo y, para que lo sepas, no hay nada entre el inspector y yo. Deja de hacerte ideas en tu cabeza.

Barud puso la mano en su pierna.

—No es solo por mí, de verdad, no quiero que sufras porque te quiero, no confíes en él. Es el enemigo, siempre lo será, sin importar lo amigable que parezca.

Anael, hasta ese momento, se había arrepentido de pocas cosas. Una de ellas fue acostarse con Barud.

Debería haberse negado, porque ahora ese hombre había desarrollado sentimientos por él, más allá de la amistad y Anael se sintió incapaz de corresponderle. Anael solo estuvo enamorado una vez y ese sentimiento lo acompañó como una vieja herida que recuerda, pero no duele, hasta que alguien comienza a abrirla de nuevo, hasta que el mismo que pensaste que perdiste, reaparece y sus besos se sienten mejor de lo que imaginaste.

Lisandro Bello era magnético. Atraía con una fuerza abrasadora, que molía los cimientos de su seguridad y de lo que fue su vida.

El beso todavía se sentía vívido, puro, mágico ¿A cuántas personas besó a lo largo de su vida? ¿Cuántas le ocasionaron un cosquilleo en todo su cuerpo? ¿Cuántas lo incendiaron solo con ese contacto?

La respuesta era simple y a la vez terrorífica.

Anael observó la puerta abrirse y el hombre demacrado ingresó. Se puso de pie de inmediato para recibirlo.

—Inspector.

—No he podido pegar un ojo—replicó Lisandro—. Espero que tu día haya comenzado mejor que el mío.

Los ojos de Anael fueron hacia sus nudillos.

—¿A quién mataste?

—A nadie todavía.

Anael rio.

—¿Tu hermano necesita cirugía reconstructiva?

—Es lo más probable, y ya no es mi hermano.

—Bien por ti. —Anael le señaló la silla para que se ubicara—¿Un café doble?

—¿Cómo lo supiste?

—Cuestión de suerte.

Los hombres se ubicaron en la mesa, sus miradas se encontraron por unos instantes, luego Lisandro desvió su vista a un costado.

—Nunca pensé estar incómodo con un tipo.

—¿Te pongo nervioso?

Esta vez, ninguno bajó la mirada.

—Sabes que sí.

La mano derecha de Anael se deslizó hacia la de Lisandro y presionó sobre ella, aun temblando, Lisandro no la apartó.

—Te ves caliente cuando estás nervioso.

—Por favor, hombre. —Lisandro se mordió el labio inferior—¿Por qué dices esas cosas sin pensar? Esto es una locura.

—No lo es—replicó Anael—. No sabes lo que es una verdadera locura.

—No estoy listo para esto, es decir…— Lisandro no sabía cómo explicar—. Yo nunca, Dios, me siento tan estúpido.

—No eres estúpido—replicó Anael—. Eres inteligente, amable, leal, duro cuando debes serlo, y tremendamente sexy. —Acarició la mano, notó que ya no estaba el anillo—. Y lo más caliente de todo, es que estás soltero.

El café llegó en ese instante, la barista fue testigo de la escena y dio una sonrisita.

—Aquí tienen, señores. —Se alejó y los hombres apartaron sus manos.

Anael le contó acerca de todo lo que Barud averiguó. Lisandro le dijo que no había más información de Stoickov. Según su compañera, Lucy Reynolds, prácticamente el tipo era un fantasma.

—Cubre bien sus huellas, pero nadie se arriesgaría a perderlo todo, solo por algunos dólares. Coincido en tu hipótesis de que busca quedarse con el territorio.

—Tenemos la invitación al club. Lo más probable es que sea una emboscada, pero, tal vez descubramos un poco más. El problema es

que tú deberás pelear de nuevo.

—Sin problema—dijo Lisandro—. Tengo ira acumulada de sobra como para un año.

—¿Después de esta mañana?

—No hay golpes suficientes que maten esto que siento.—Lisandro reconoció. Anael puso su mano en la barbilla—¿Qué pasa?

—Necesitas sexo.

Lisandro, esta vez, se carcajeó.

—Y aquí vas de nuevo.

—Lo que tienes no vas a matarlo con golpes. Necesitas algo un poco más placentero.

Lisandro se mordió el costado de su labio inferior.

—¿Siempre eres así de directo?

—¿Qué? ¿No te gusta?

—Quizás, ese es el problema. —Lisandro pensó las palabras—. Me encanta, tú me encantas.

Las comisuras de los labios de Anael se levantaron en una sonrisa maliciosa.

—¿Ves? Así es como funciona—agregó Anael.

La sonrisa se desdibujó cuando observó el nombre en la pantalla, Lisandro entornó los ojos con fastidio.

—¿Quién es?

—Mi madre—dijo con algo parecido al asco en su voz—. De seguro ya se enteró lo que le hice a su pobre niño.

Anael negó.

—Ignórala.

—No puedo.—Lisandro presionó el celular en su mano—. Este también es un ciclo que debo cerrar.

—No necesitas hacerlo de inmediato.

—Sí, Ángel, porque estoy harto de todo.

Atendió el teléfono, del otro lado escuchó una mezcla de sollozo e ira.

—Eres un monstruo, ¿cómo pudiste?

—¡Qué conveniente! Ahora que reacciono después de años de ponerme los cuernos con mi mujer soy el malo. —La mujer del otro

lado se quedó en silencio—¿Qué? ¿No lo sabías? ¿Tu pequeño Gerald no te contó la historia completa?

—Esa no es una excusa, somos familia.

—Gerald pensó en eso, por supuesto.

La línea se quedó en silencio.

—Más vale que vengas ahora mismo, Lisandro. Tenemos que hablar.

—No tengo nada que hablar contigo, mamá.

—No te lo estoy preguntando. Ven ahora mismo.

La mujer colgó. Lisandro quiso estampar el celular en el suelo.

—¿Tan mal?

—Iré a ver a mi madre.

—Hecho. —Anael se puso de pie. Dejó dinero y se acercó para besarlo. Un beso corto e intenso—. Ve a ver a esa bruja. Cena esta noche en mi departamento, no llegues tarde.

—¿Por qué carajo todos me dan órdenes? —preguntó Lisandro encantado de seguir las órdenes de Anael.

—Estoy seguro de que las mías te gustan más. —Anael volvió a besarlo—. No te preocupes, pase lo que pase, yo te animaré.

23 Una verdad dolorosa

Debería estar triste. Tantos años de desdén y menosprecio deberían hacer mella en su temple, de hecho, lo hicieron hasta el día anterior, antes de la madrugada, antes de romper con el pasado y reordenarle la cara al tipo que decía ser su hermano.

Lisandro se paró un momento frente a la casa donde se crio.

«Un joven reservado, reprimido, con incapacidad para poner límites».

Así es como lo categorizó su terapeuta muchos años atrás. Lisandro pensó que no había cambiado mucho desde esa época. El problema no era ser gentil, el problema era que las personas abusaban de la amabilidad y de su vocación de servicio. Ingresó porque tenía llave desde siempre, porque era lo único que lo hacía pertenecer.

—¿Por qué no eres más comprensivo con tu hermano? Está pasando un momento difícil.

—¡Rompió mi maqueta, mamá! ¡Trabajé un mes en ella!

—Él se tropezó. No lo hizo a propósito, ¿cómo puedes ser tan insensible?

Recordó la mirada de reproche de su madre y los eternos silencios de su padre.

«Tienes que ser fuerte, los hombres no lloran».

Claro, siempre y cuando no se tratara de su precioso Gerald.

Su madre estaba esperándolo. Los mismos ojos, la misma duda, el rencor, la rabia acumulada que Lisandro, siendo niño, nunca entendió ¿Por qué lo odiaba? ¿Qué era lo malo que había hecho? ¿Existir? ¿Ser una buena persona y estudiante? ¿Por qué lo odiaba cuando lo único que siempre quiso fue pertenecer, sentirse amado?

—Buenos días, mamá.

—Debería darte vergüenza—dijo sin saludar. Lisandro caminó hasta el centro de la sala, donde ya estaba su madre parada y

cruzada de brazos. Un juez a punto de impartir justicia. Un fallo que siempre tuvo el mismo culpable—¿Tienes idea del dolor que está atravesando tu hermano? ¡Le arruinaste su rostro!

—Dolor físico, tal vez, dolor emocional puedo asegurarte de que el mío es mucho mayor, pero como yo no sangro, no me quejo, nunca lo hice, a ti nunca te importó.

La mandíbula de Esther, su madre, se tensó a tal punto que pensó que se quebraría.

—Cometió un error. Estuvo mal y él lo sabe, pero acaso, ¿no eres tú también responsable?

Lisandro empezó a reír. El cinismo no tenía límites.

—¿Un error? ¿Lo llamamos así a engañar durante diez años sistemáticamente? ¿De qué soy culpable? ¿De trabajar mucho?

La mujer no respondió.

—Está arrepentido, ni siquiera lo dejaste explicar.

—Se follaba a mi mujer en mi casa ¿Explicar qué? No están arrepentidos de engañarme, ni él, ni Verónica. Lo que odian es haber sido descubiertos, y, en este momento, Gerald odia no poder denunciarme y sancionarme, porque expondré toda su mierda.

—Dios mío. He criado a un hombre tan frío y calculador. —Su madre lo observaba como si de verdad estuviera frente a un monstruo.

—¿Para qué me dijiste que viniera? —preguntó Lisandro, al borde del hartazgo—¿Para hablar del daño a tu hijo dorado? ¿Intentar justificarlo? Mamá, eso no te va a servir.

—Eres tan dramático.

—Y tú una maldita manipuladora sin escrúpulos, igual que tu hijo. —La bofetada retumbó en toda la casa. La mejilla de Lisandro ardió. Contuvo la ira que amenazaba con salir—. Puedes irte a la mierda, tú y tu hijo dorado, porque yo, en este momento, dejo de pertenecer a esta familia. Toda la vida me hicieron sentir ajeno, un extraño, pues lo lograron.

Se dio la vuelta para marcharse, pero su madre lo sostuvo del brazo.

—¿Entonces eso es todo? ¿Te olvidas de la familia? ¿Qué clase de hombre huye cuando las cosas se ponen difíciles?

—Uno que quiere conservar la poca dignidad que tú y esos dos hijos de puta le dejaron. No vuelvas a llamarme. Si vine, fue para terminar esto para siempre.

Lisandro se apartó y caminó hacia la puerta.

—Tu padre tuvo muchas fallas, pero fue un hombre. Supo ver más allá de un error—dijo y Lisandro se detuvo con el picaporte en la mano. Sintió que el aire se le iba de los pulmones. Su corazón retumbó en su cabeza.

—¿Qué dijiste? —Se dio la vuelta y se afirmó en la puerta. Necesitaba sostenerse de algo, porque el rostro de su madre le develó algo terrible.

—Eres fruto de un error—dijo sin dudar—, aun así, él te aceptó, te quiso a su manera, te dio un hogar ¿Por qué tú no puedes ser como él?

Lisandro se detuvo frente a esa desconocida a la que llamó madre, de pronto, todas las piezas encajaron, siempre estuvieron ante sus ojos. Los silencios, la enorme tristeza que lo unió con su padre. Nunca hubo una muestra de afecto, solo vacío. Él no era hijo de Arturo Bello.

—¿Quién es? —preguntó con un hilo de voz.

—Eso ya no importa. Sucedió en pocas ocasiones y…

—¡Quién es! —gritó tan fuerte que su madre se encogió de miedo.

—Yo trabajaba como asistente con uno de sus socios. Nunca pensé que sería más que una aventura. En ese tiempo me sentía muy sola, este hombre me hizo sentir viva de maneras que nadie más lo hizo, nunca.

Estaba a punto de volverse loco.

—Dime quién es—replicó entre dientes. Lisandro era incapaz de dañar a su madre, pero esta lo creyó.

—Él está muerto, además él ignoraba tu existencia.

Lisandro se alejó de la puerta. Se acercó a su madre y la sacudió.

—¿Quién mierda es? Dime ¡quién carajo es mi padre!

—¡Silas Callum!—gritó la mujer al borde de la desesperación—. Silas Callum era tu padre.

El cuerpo de Lisandro se congeló. El tiempo se detuvo en ese instante, en donde su vida volvía a cambiar para siempre. Los gestos

de dolor de Arturo frente a él, el constante recuerdo de la traición. Lisandro dio pasos hacia atrás y comenzó a reír. Se carcajeó y, luego se derrumbó en lágrimas. Esther se cubrió el rostro.

—No quería que te enteraras de este modo, pero cuando Gerald me llamó, no pude dejar de sentirme culpable. Tu hermano me dijo tantas veces que te dijera la verdad y…

Lisandro levantó la cabeza.

—¿Qué dijiste? —preguntó incrédulo—¿Gerald lo sabía?

Esther asintió y frenó un sollozo.

—Mi niño nos escuchó peleando con Arturo. Lo sabía y cayó por mí, yo se lo pedí.

Toda su vida fue una mentira, ¿cómo podía esperar algo diferente de Verónica si él era el fruto de una traición desde que lo concibieron?

Lisandro se alejó de nuevo.

—No vuelvas a llamarme. Estás muerta para mí.

Lisandro corrió hasta su auto. Se sentó y golpeó el volante, hasta que sus puños se entumecieron. Se cubrió el rostro y lloró, lloró y lloró hasta que no le quedaron lágrimas, hasta que no quedó nada.

Condujo sin rumbo, sin pensar en nada, como un autómata, como alguien que había perdido todo y la vida le seguía dando las peores cartas. Los mensajes de su trabajo seguían llegando, la vida seguía su curso, porque a ella no le importaba su dolor. Era uno más y debía levantarse, como todos.

Faltaban dos horas para las siete, pero Lisandro no tenía a dónde ir. Se detuvo frente al edificio donde vivía Anael Morgan, cuando lo vio en la acera. Venía con bolsas de compra. Lisandro se limpió las lágrimas y sonrió. Este hombre había estado buscando ingredientes para la cena. Se bajó de su auto y caminó hacia él. Anael lo vio y le sonrió.

—Bello.—A Lisandro se le encogió el corazón

¿Qué pensaría este hombre si le dijera su verdadero apellido? Si le dijera que era portador de muerte, ¿lo seguiría mirando con los mismos ojos? Anael Morgan odiaba a los Callums, se lo dijo más de una vez. Silas Callum fue un asesino activo, al cual no le tembló la mano para asesinar a sus hermanos.

—Ángel—musitó. Anael se acercó y lo besó de nuevo. Un beso cálido, intenso y demasiado corto. Se detuvo en su semblante y negó.

—Hombre, estás como la mierda.

—Gracias por el halago—respondió con sarcasmo. Anael le hizo una seña.

—Ven conmigo. Vamos a preparar algo delicioso, estimo que sabes cómo picar verduras.

—Me las apaño.

Lisandro le quitó algunas de las bolsas para cargarlas él. Llevaba dos botellas de vino, una de champán y algunas verduras. Una vez que ingresaron al departamento, Anael le recibió las bolsas.

—Trae dos copas de la alacena y sírvenos. —Lisandro percibió el aroma de Anael en toda la casa. Ese aroma que le hacía agua la boca.

Buscó dos copas. Anael le entregó el sacacorchos y Lisandro llenó dos copas. Anael colocó agua en una olla y esta comenzó a hervir. Dejó las verduras en la encimera, se lavó las manos y buscó el delantal. La escena era surrealista. Lisandro le acercó la copa.

—Brindemos—dijo Anael.

—No tengo motivos.

—Mi madre decía que siempre había un motivo para celebrar, incluso en los peores momentos—dijo Anael y recordó un brindis tiempo atrás, junto a su hermano Eric, mientras Bryce salía del coma —. Por nosotros.—Brindó como aquella vez—. Porque somos inquebrantables.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Lisandro. Increíble que todavía pudiera llorar, increíble que todavía tuviera líquido en sus ojos.

—Por nosotros.

El sonido de las copas al chocar, ambos dieron un sorbo. Anael le quitó la copa para dejarla en la encimera. Lo asió del rostro y lo besó. Lo besó como la primera vez, con fuego en la sangre, y llamas avivando sus latidos. Lisandro lo envolvió contra su cuerpo y disfrutaron de la boca del otro con arrojo, furia y deseo reprimido, deseo que ahora se desataba y amenazaba con volverlos brasas.

Ambos perdieron la noción del tiempo, solo conocían de manos que iban y venían, caricias sobre la ropa, uñas romas que se clavaban en los imponentes bíceps y deltoides del otro, gemidos absorbidos por besos anhelados, besos que, por fin, encontraban su cauce, como un río feliz que recorre llanuras y valles, hasta desembocar en el cálido mar.

Las manos de Anael se colaron entre el pantalón y el bóxer. Estrujaron las firmes nalgas, Lisandro suspiró de placer. La boca experta y curiosa de Anael le recorrió la mandíbula, hasta el cuello.

—Detenme si no quieres esto. —Anael rugió en el lóbulo de su oreja y la chupó—. Detenme ahora, porque después, no habrá marcha atrás.

Lisandro lo asió del rostro, contempló al «Ángel» Morgan, al criminal, al asesino a sueldo y sintió el fuego, esa llama que ardía un poco más con cada toque.

—No solo quiero esto.—Su lengua se deslizó sobre su cuello, el cuello de un hombre, de un ser que jamás esperó tener en sus brazos, pero que anhelaba como agua en medio del desierto—. Lo deseo, Morgan, y quiero que seas tú quien me lo de.

24 Primera vez

Desconocía qué esperar cuando Anael Morgan me arrojó a su enorme cama King. Nuestros labios apenas se habían despegado mientras luchábamos con nuestra ropa que, en algún punto, me pareció una tonelada. Estaba desnudo, mi pene como una roca, mientras el único hombre que alguna vez deseé, se quitaba el bóxer y me escrutaba como un lobo a punto de devorar a un tierno cordero. Es así como me sentía, como me sentí cuando lloré entre sus brazos mientras nos besábamos y competíamos por quién dominaba la lengua del otro. Los besos nunca fueron así, no los que yo he probado.

Anael era firme, intenso, con la dosis justa de dominación para llevarte al punto de la locura. Un punto que superé en el momento en que me encontré con su pene erecto saludándome, de la misma forma que el mío. Puso una rodilla en la cama y gateó en mi dirección. Mi corazón dio un vuelco, Anael se sentó sobre sus talones y asió mi pierna, atrayéndome hacia él.

Mi pelvis a centímetros de su virilidad. Anael tomó mi pierna derecha y la besó. Su lengua recorrió mi piel y me enfoqué en el techo, hizo lo mismo con la otra. El rastrojo de su barba me provocó cosquillas. Estaba con un hombre, su tacto, su respiración y me entregué a él.

Le dio un beso a mi pene, una especie de burla ante mi necesidad. Sus besos húmedos salpicaron mi vientre, por momentos, su boca se aferraba a mi piel en una succión cruel y lasciva. Gemí porque no tuve alternativas, este hombre se estaba apoderando de mí, de lo que era y estaba destruyendo, ladrillo a ladrillo, la muralla de lo que fue mi antigua versión, una que ya no necesitaba conservar, y tampoco lo deseaba.

Afuera la vida seguía. Eran solo las seis de la tarde, y yo me encontraba de piernas abiertas, frente a un hombre que tenía todos los condimentos para llamarse prohibido, aun así, me atrajo. Su boca ascendió, sus manos jugaron con mis pezones, sus dedos presionaron sobre ellos con crudeza, mi pene se sacudió. Tensé la mandíbula con una mezcla de dolor y puro éxtasis. Su boca se cerró sobre uno de los botones color canela y succionó. Grité, lo hice, porque la vergüenza fue un vocablo que arrojé lejos de esa cama en el momento en que entré en ella. Enredé mis manos en sus cabellos dorados, suaves y perfectos.

Todo era perfección en este hombre, más que eso. Su lengua se deslizó hacia arriba por mi cuello, su boca entreabierta se cerraba cada tanto. Los cardenales violáceos comenzaron a aparecer, su boca se encontró con la mía y no dudé. Lo arrojé por completo sobre mí, extendí mis piernas para que él se colara entre ellas. Una simbiosis única, el inspector y el asesino, dos caras de la misma moneda, dos polaridades que se encontraban a través de la lujuria.

«Lujuria».

Ese era el término, no podía esperar más de este hombre. Me arriesgué a eso, a pesar de que jamás entregué mi cuerpo, sin dar primero mi corazón.

Nuestras lenguas jugaron una partida salvaje. Se enredaban, luchaban, alcanzaban profundidad. Nos acoplamos al ritmo del otro, a su calidez. Me encantaba besar a este hombre. La manera en la que me estremecía con sus manos que recorrían mis pectorales, y acariciaban mis pezones, antes de succionar cada tanto.

—¿Quieres enloquecerme? —pregunté cuando su mano aterrizó sobre mi pene húmedo y colmado de excitación.

—¿Lo estoy logrando?

—Con creces.

Anael sonrió y fue como si la vida regresara a mí. Desvié la mirada y me contraje. Tuve miedo, el temor me invadió ante lo que mi corazón sintió en ese instante.

—¿Estás bien? —preguntó y asentí, antes de perderme una vez más en sus labios.

Nuestras respiraciones agitadas hablaban de deseo, de ganas de más. Su mano se frotó con ímpetu sobre mi virilidad. Moví mis caderas a su ritmo, mi pelvis tenía vida propia, su dedo pulgar hizo círculos en el glande convirtiéndome en un volcán a punto de erupcionar. Estaba tan cerca y, de pronto, el toque desapareció. Su mano se deslizó por mis pectorales, mientras su otro brazo se apoyaba en la cama para no presionarme. Se estiró hacia la mesa de noche y mi estómago se retorció. Un condón y una botella de lubricante.

—Morgan—dije con miedo a romper la burbuja en la que estábamos—, yo no sé nada de esto, jamás tuve sexo anal y…

Él me sonrió y acarició mi mejilla.

—¿Puedo besarte?

—¿Por qué preguntas ahora? Me has dado mil besos.

—Porque tu cuerpo va a cambiar—afirmó—. Comenzarás a experimentar el sexo de manera diferente ¿Estás dispuesto?

Lo así del rostro y lo besé. Lo arrojé sobre mí y mordí su labio inferior hasta que brotó sangre. Deslicé la lengua sobre él.

—Lo que quieras hacerme, estará bien—dije con toda la confianza —. Muéstrame, hazme el amor.

—Estás con el tipo equivocado. Yo no hago el amor, nunca lo hice.

Mis manos recorrieron su espalda, mis dedos dibujaron trazos posesivos sobre ella y terminaron en sus nalgas. Empujé su pelvis contra mí.

—Lo harás conmigo, porque no voy a conformarme con menos de ti, porque no quiero que me entregues lo que les diste a todos.

Su lengua barrió mi cuello, sus dientes rasparon mi mentón.

—¿Te has puesto posesivo solo con un par de besos?

Mi respuesta fueron mis dedos jugando en la separación de sus nalgas.

—¿Sabes? —dije con una sonrisa salvaje—. Quizás debería empezar yo.

Anael devoró mi boca, despertando a pleno la lujuria que latía entre ambos, al límite. Me sostuvo de las muñecas e inmovilizó mis manos arriba de la cabeza. Me contempló con hambre y entendí que yo sería su cena esta noche.

Me sostuvo con una mano, con la otra abrió la tapa del lubricante con confianza y ligereza, como lo habría hecho cientos de veces. Una punzada de celos me atravesó, otra vez mi vista fue a un costado.

—Hey—dijo en mi oído—,¿cómo me pides que te haga el amor y tus ojos no están en mí?

Le sonreí, porque él no tenía la culpa de mis inseguridades. Anael Morgan no hizo promesas, ni mucho menos. No tenía derecho a pedirle más.

El lubricante se deslizó entre mis nalgas y abrí más las piernas para él, para sus dedos, para su virilidad. La yema de su dedo medio presionó y abrió con facilidad. Mi cuerpo se acomodó a cada caricia, a este hombre, a lo que representaba. La falange se deslizó en mi interior. Anael chupó el lóbulo de mi oreja.

—¿Te gusta esto? —dijo sin esperar confirmación—. Te prometo que lo vas a amar.

Su falange golpeó en mi interior, mis paredes musculares lo apresaron y mis caderas respondieron. El sudor, nuestras respiraciones, nuestros ojos que no se apartaban del otro. Anael agregó un nuevo dedo. El anular y el medio golpearon con fuerza y una ráfaga de placer provocó una contracción en todo mi cuerpo, un nuevo golpe, otro y otro. Gemí cerca de su boca cuando noté que sumó un nuevo dedo. No podía más, lo quería a él, lo ansiaba.

—Por favor—rogué con palabras entrecortadas a las que Anael hizo caso omiso. Desconozco el tiempo que pasó, solo sé que el reloj se detuvo cuando el enorme pene envuelto en el condón y lubricante empujó en mi interior, en una combinación excelsa entre firmeza y suavidad.

—¿Estás listo para mí, inspector?

—Lo estoy. —Mis piernas envolvieron su cintura con gracia y despreocupación—. Dámelo todo.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Claro que lo sé—respondí y chupé sus labios—, y no solo te lo pido, lo exijo.

25 Lujuria

La primera embestida me llevó a cerrar los ojos. El deslizamiento intenso, profundo, lento, respetando mi tiempo de adaptación. Su boca fue hacia mi cuello, lo recorrió suave hasta mi mentón, donde se cerró y succionó. El vaivén continuo, mi cuerpo comenzó a adaptarse a él, mi anillo muscular cedió y extendí más las piernas. Lo quería más profundo, más rápido, lo quería, Dios ya no sabía qué quería, pero recibiría todo lo que él me diera.

—Me encanta la primera vez—musitó en mi oído—. Los sonidos entre el placer y el dolor, esa combinación única, mientras tus músculos se contraen ante mi verga.

Fue inevitable mirarlo. Anael besó el costado de mi boca y chupó. Recorrí con mis manos su espalda sudada, sus cabellos dorados que se adherían a su frente, de igual modo que los míos. Las embestidas aumentaron en velocidad, estocadas profundas, rápidas y estuve al borde de perderme a mí mismo, al límite de la locura.

Gemí, alaridos desordenados donde dejó de importarme quién me escuchara. Ansiaba que este contacto fuera eterno, que el sexo con este hombre siempre se sintiera así.

«¿Piensas seguir acostándote con él?».

Mi mente borracha de lujuria respondió la pregunta de manera automática. Sí, mil veces sí, a esto, a la manera en que se adueñaba de mi cuerpo, a la forma en que me miraba como si valiera la pena, como si no fuera nada más que un padre a punto de divorciarse, el inspector estructurado que imparte y recibe órdenes. Anael Morgan miró más allá de mí, me hizo creer que había vida allí afuera, que el mundo no terminaba por un matrimonio roto, por un cruel engaño, o por la traición de mi madre o de mi hermano. Yo seguía viviendo, y él me estaba mostrando las maravillas de existir.

La cama se sacudió ante sus embestidas. Anael no me quitaba los ojos de encima, entretanto, me taladraba con la potencia de una máquina. Mis manos aprisionaron su espalda húmeda, la recorrieron hasta sus nalgas. Mis uñas cortas se clavaron en ella. Nos tornamos un solo organismo que latía, sentía y gozaba con cada movimiento audaz y desvergonzado.

¿Qué tenían sus caderas? ¿Qué tenía su boca que me parecía un sacrilegio dejar de probarla? Después, estaba su aroma, el perfume que me envolvía por completo. Esa amalgama entre sofisticado y salvaje, perfume y sudor masculino y femenino. Profundizó los besos, al mismo tiempo que entraba en mí con mayor intensidad. Acalló mi gemidos con su boca, esos que habrían despertado a todo el vecindario. Ajustó sus caderas y golpearon de nuevo mi próstata, ese punto novedoso que ahora se tornaba inolvidable.

Desconocía si volvería a tenerlo así, desconocía si él querría más de mi cuerpo. El miedo hizo que mis brazos lo atrajeran con ímpetu y desesperación. Anael lo notó y me folló más duro. Cuando el orgasmo llegó, tensé la mandíbula tan fuerte que pensé que se quebraría. Mi mundo giró y giró, una corriente eléctrica sacudió mi cuerpo y mi esencia salpicó mi abdomen y el suyo. Un gemido ronco vino de él, su virilidad pulsó en mi interior y supe que se había derramado en el condón. El vaivén fue lento, sus besos adormilados. Nos miramos en ese instante y comenzamos a reír. Anael sujetó mi rostro entre sus manos.

—Eres hermoso—dije sin pensarlo, pero él no se avergonzó.

—Ya lo sé. —Negué, pero no lo aparté. Reí y me mordí el labio inferior—. Tú también, lo eres inspector Bello. —Contuve la verdad en la punta de mi lengua. No era necesario arruinar este momento. Fui incapaz de decirle que llevaba el apellido de los verdugos de su familia. Anael salió de mi interior, el dolor escaló por mi columna vertebral. Mi amante acarició mis caderas—. La primera vez es así, después te acostumbras—dijo con tanta naturalidad como si hablara del clima.

—¿Tú lo has hecho?

—Soy versátil—respondió y besó mi cuello—. Disfruto ambas posiciones. —Mi pene se sacudió ante esa frase, ante el sinfín de

posibilidades. Anael mordisqueó mi labio inferior y lo estiró. Me mantuve callado—¿Te gusta el dolor?

—Hay dolores placenteros—dije con seducción—. Contigo es así.

—Dolor placentero—repitió la frase—. Me gusta.

Anael se sentó en la cama y se deshizo del condón. Regresó a mi lado y me atrajo hacia él. Puso su cabeza en mi pecho, nuestras respiraciones todavía estaban agitadas, el terremoto de emociones que sacudió mis cimientos tenía réplicas en mi cuerpo. Anael acarició mi cadera, sus dedos se deslizaron con gentileza sobre la piel amoratada por su agarre y sus embistes.

—No sé qué haré si me despiden—dije, porque las preocupaciones siempre terminaban ganándome. Odiaba cortar el ambiente, pero debía decirle cómo me sentía.

—¿Por qué lo harían? Eres el que trabaja allí. Tu hermano no es tonto.

—Le destruí el rostro.

—Y lo tiene merecido. —Anael dijo en tono de diversión—. Tu trabajo y tus hijas estarán bien. Mi padre siempre decía que, si algo nos importa, siempre encontrarás la forma de solucionarlo por los que amas. —Di un profundo suspiro llevé mi rostro hacia su cabello y respiré—Oye, ¿tienes algo con mi olor?

—Hueles bien—dije sin dudar—. Más que bien.

Anael se enfocó en mí, nuestros labios se unieron una vez más. Profundo y lascivo, un beso cargado de los deseos del otro. Moví mis caderas hacia él, mi amante me nalgueó.

—Vamos a ducharnos—asentí sin pensar demasiado. No lo había hecho desde que llegamos.

El sexo en la ducha fue la experiencia más erótica que tuve en mi vida. Me sostuvo contra su cuerpo, entretanto, nuestras manos jugaban con la piel suave y húmeda del otro. Su torso se unió a mi espalda, su eje se frotó entre mis nalgas, el gel de ducha era el lubricante perfecto. Anael buscó en el estante del baño, tenía provisiones en todos lados. Eso me dijo más de lo que quería saber. Esta vez, no me perdí detalle. Lo vi desenrollar el condón y estirarlo en su carne. Su pene era tan grande como el mío, reluciente de líquido preseminal. Estaba afirmado en la pared de azulejos blancos

cuando él regresó. Me di la vuelta y apoyé las palmas de mis manos sobre ellos, levanté mi culo hacia él. Sentí su respiración en mi cuello, asió mis caderas y su pene ingresó. Mi interior estaba suelto para él, dolía, pero el gozo siempre era mayor. Esta vez los embistes cayeron sin contemplación, estocada tras estocada. Nuestras voces cargadas de alaridos de placer retumbaron en el baño. El sonido de nuestra piel al contacto, los chasquidos por la intensidad de su empuje.

Su esencia rebalsó el condón. Lo sentí sacudirse, entretanto tomaba mi pene y me masturbaba. Me desarmó, me convertí en un ser que solo podía verlo a él, a este hombre que era magnético, irresistible.

«Letal».

Me reí ante el término, pero era incapaz de pensar en algo diferente cuando se hablaba de él. Anael Morgan me estaba llevando a la perdición y lo seguiría hacia allí sin retorno.

26 Cambio de juego

—Barud, no podemos estar encerrados aquí todo el tiempo. Tenemos obligaciones. —Sura ,la hermana de Barud, estaba furiosa.

—Tu obligación es mantenerte con vida, así que, deja de hacer berrinches. Puedes estudiar en línea si lo deseas, pero no saldrás.

—¡Esta es la puta cárcel! —exclamó Merim, el mellizo de Sura. Barud arqueó una ceja.

—Está claro que jamás han pisado una, de lo contrario, no estarías diciendo semejante tontería. Tienes comida, tecnología a tu disposición, empleados ¿Qué más quieres? Son unos desagradecidos. —Barud golpeó la mesa con fuerza.

—Papá habría solucionado esto de raíz.

—Yo no soy papá y hago lo mejor que puedo.

Sura se rio con sarcasmo.

—¿Esto es lo mejor que puedes hacer? ¿Esconderte?

Barud contuvo la fuerza.

—Ahí afuera hay tipos que están matándonos y desconocemos quiénes son o cuántos de ellos ya saben nuestro paradero. No me voy a arriesgar a perder lo que juré proteger. —Un golpe en la puerta del comedor lo sacó de la discusión—. Pase—dijo sin dejar de mirar a sus hermanos. Uno de los guardias apareció—¿Qué sucede?

—Señor, Elliot Hartman está aquí.

—¿Qué? —El cuerpo de Barud se tensó—¿Lo has dejado pasar?

—No, está…

La onda expansiva de la explosión los fundió en una mezcla de shock y desesperación. Los cuerpos cayeron sobre la pared detrás de ellos, las copas en la mesa y en la alacena explotaron. El guardaespaldas golpeó sobre uno de los cristales blindados, dejando una estela de sangre cuando resbaló por él. La muerte había llegado a su casa.

—¡Barud! —gritó Merim que cubrió a su hermana.

—Vamos.—Barud, como pudo, se puso de pie en medio de los escombros.

Los disparos comenzaron a teñir el ambiente de más sangre. Barud buscó su ametralladora semiautomática. Colocó a sus hermanos detrás de él y avanzaron hacia la puerta, sabiendo el caos que había del otro lado. Los gritos y los disparos continuaron. Tenían que salir de ahí. Barud disparó a uno de los hombres y observó a sus guardaespaldas caídos por todo el pasillo.

—¡Muévanse! —Empujó a sus hermanos que jamás se habían encontrado con una escena así. Dieron pasos hacia la sala y fue como si el infierno hubiera abierto las puertas de sus más oscuras pesadillas. La sangre decoraba cada pared, una veintena de hombres los recibieron apuntándolos y, delante de ellos, Elliot Hartman.

—Suelta el arma, Sinclair—dijo seguro de que su rival se había quedado sin alternativas. Barud bajó el arma y los hombres se fueron hacia ellos. Los gritos llenaron el espacio, arrojaron a los chicos en uno de los sofás. Pusieron a Barud de rodillas en el suelo —. Esto pasa cuando te crees un lobo y solo eres un cordero—dijo con una sonrisa sádica. Le hizo una seña para que lo pusieran de pie. —Su hermano nos pertenece ahora. —Su voz se tornó gélida—. Avísenles a sus amiguitos que, si no dejan de husmear, se pondrá peor.

—No, no se lo lleven. —La chica se puso de pie y uno de los bastardos le dio un puñetazo.

—¡Sura! —Merim intentó intervenir, pero él también recibió un golpe en la cabeza—¿Dónde lo llevan? —preguntó al borde de las lágrimas—. Por favor, no le hagan daño.

Elliot negó.

—Ahora depende de su dueño. No está en mi poder decidir su destino.

***

Nunca experimentó un 69, de hecho, Lisandro nunca experimentó el noventa por ciento de las cosas que estaba haciendo esa noche.

El pene largo y grueso invadió la garganta de Anael que lo recibió con humedad y calor. Lisando succionó la virilidad de su amante.

Anael lo tragó, literalmente, Lisandro sintió que sus caderas se tornaban trémulas cuando su amante empujó dos dedos en su entrada. Ser estimulado de esa manera era demasiado para cualquiera. Lisandro asió el pene de Anael, lo chupó y masturbó con sus manos, aunque estuviera temblando por el toque del otro. Cuando ambos se vinieron, volvieron a reír mientras se limpiaban la boca.

—Tengo hambre.

—¡Si te acabo de alimentar! —gritó Anael.

—No podemos pasar la noche a base de semen, además me prometiste una comida de verdad.

Anael lo atrajo hacia él y le devoró la boca como tantas veces. El celular se iluminó en la mesita de noche. Anael pensó en ignorarlo, pero era insistente. Observó el nombre y frunció el ceño. Lisandro le dio un chupetón en el cuello.

—Barud—dijo riendo e intentando contener a Lisandro.

—¡Ángel! —Un grito desgarrador del otro lado, uno que activó los sentidos de ambos hombres en ese momento.

—Sura, ¿qué pasa? —indagó Anael que ya presentía lo peor.

—Se lo llevaron—dijo entre sollozos—. Fue Hartman. La policía está aquí, pero no nos dice nada. Se llevaron a mi hermano, ellos…

—No.—Anael sintió que el mundo daba vueltas—¿Dónde están?

—Fuera del departamento. Nos trasladarán a la estación de policía para tomarnos declaración.

—No digas nada—agregó Anael sabiendo que cualquier palabra que dijeran fuera de lugar podía volverse una pesadilla para Barud —. Voy para allá, espérame.

Anael saltó de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Qué sucedió?

—Secuestraron a Barud. Sus hermanos serán trasladados a la estación de policía.

Lisandro también empezó a vestirse.

—Iré contigo.

—No es conveniente.

—Forma parte de mi investigación. Es jurisdicción de la NCA.

Fueron en el auto de Lisandro, llegaron a la estación en donde un séquito de periodistas ya aguardaba. La explosión había tomado resonancia. Los periodistas buscaban las declaraciones de Lisandro.

—Sin comentarios. Déjenme pasar.

Atravesaron la multitud. Merim y Sura corrieron hacia Anael y lo abrazaron. Ambos lloraron. En ese momento, Morgan supo que ninguno tenía madera para seguir en ese negocio. Barud debía retirarse cuanto antes.

—Lo lamento—dijo Anael—. Perdónenme por no estar ahí.

—No es tu culpa—replicó Sura—. Van a matarnos a todos. Mi hermano dijo que estábamos en peligro y yo no le creí.

—Nadie les hará daño, encontraremos a Barud. Se los prometo.

Lisandro mostró su placa e hizo valer su jurisdicción. Todo formaba parte de la investigación. Merim y Sura relataron los hechos, tal y como sucedieron. Lisandro estaba cruzado de brazos y escuchaba. Fue cuando la puerta se abrió y un Gerald, cubierto de vendas, ingresó.

—¿Qué hace este aquí? —cuestionó a Anael. Lisandro se interpuso.

—Nos está ayudando a la investigación, tal y como acordamos.

—Pues ya no.—Gerald le puso un papel en el pecho a Lisandro, el cual, sujetó—. Esta investigación solo queda a mi cargo. Estás removido de las funciones.

Lisandro negó.

—No vas a hacer eso.

—Ya lo hice. Firmado por el superintendente, ahora desaparece de mi vista junto a este criminal o te suspenderé. No quiero verte cerca de esta investigación.

—Maldito hijo de puta.

Una sonrisa de suficiencia y desprecio se dibujó en el rostro magullado de Gerald.

—Fuera de aquí, yo voy a interrogar a los mocosos.

—Pues tienen derecho a un abogado—respondió Lisandro—, y esta vez no se los vas a negar, no si no quieres que hable.

Gerald tensó la mandíbula. Anael ya marcaba el número del abogado de la familia. Los hombres salieron de la estación con un nudo en la garganta y la impotencia latiendo en cada fibra de su cuerpo.

—Es un bastardo. —Lisandro bufó cerca de su auto y se agarró la cabeza—. Debería haberlo golpeado más.

—No es tu culpa, además, esta es tu investigación, tu ascenso ¿Lo vas a dejar ganar?

Lisandro negó.

—Ni en mil vidas.

—Barud es como mi hermano. —Anael cerró los ojos conteniendo la rabia—. No voy a permitir que lo maten.

—El club de Stoickov.—Lisandro recordó—. Es lo único que nos queda.

Anael asintió, sabiendo, más que nunca, de que se trataba de una emboscada. Barud era su punto débil, pero si había una oportunidad de rescatarlo no la desaprovecharía. Anael tembló al pensar en el destino de Barud Sinclair, solo esperaba que resistiera hasta que pudieran rescatarlo.

Merim y Sura abandonaron la estación de policía tres horas después. Sus ojos rojos e hinchados, su abogado a su lado.

—¿Qué sucedió?

—Relataron lo sucedido. Los dejaron marchar porque están en carácter de testigos.

—¿Así nada más? ¿Este es imbécil o se hace? Tiene que brindarles protección como testigos—explicó Lisandro ofuscado—. A este bastardo no le importa nada, solo quiere hundirnos.

—Se quedarán en mi departamento—señaló Anael—. Conseguiré hombres de confianza para que los protejan.

—Yo solo quiero a mi hermano de vuelta. —Sura lloraba, Merim la abrazó—. Discutí con él, le dije cosas horribles.

Anael dio un suspiro.

—Todo va a estar bien, se los juro.

Anael y Lisandro se observaron de nuevo y se dijeron todo con eso. Si alguien encontraría a Barud Sinclair, serían ellos.

27 Demonios disfrazados de ángeles

El frío caló en sus huesos. El agua fría que arrojaron sobre él apenas llegó, mientras lo desnudaban se había cristalizado en su cuerpo. Se estaba congelando, algo caliente corrió por sus piernas. Barud Sinclair se percató de que se estaba orinando, el líquido se deslizó e hizo un pequeño charco. Su cuerpo se sacudió como si se estuviera electrocutando. Sus ojos estaban vendados, sus manos atadas a su espalda con esposas y una correa metálica abrazaba su cuello. Tenía filo en los bordes, lo que le causaba pequeños cortes. Estaba de rodillas como le dijeron que se mantuviera si no quería ser castigado, pero ¿esto ya no era un castigo acaso?

Sus extremidades inferiores estaban acalambradas. El frío y la falta de movimiento ralentizaron su circulación sanguínea. Una puerta metálica chirrió, el sonido de una llave, y, de pronto, se abrió. Barud dejó de respirar, el miedo lo paralizó. Se escucharon pasos, eran varias personas.

—Señor Sinclair, bienvenido—dijo una voz gruesa. Barud se mantuvo con su cabeza gacha, los pasos se acercaron—. Está frío aquí, ¿no es así?

Más silencio. Barud no sabía si responder o seguir callado. El tipo fue hacia él, tironeó la venda y la luz lo cegó. Barud cerró los ojos, el resplandor dolía, sus ojos ardían luego de horas de oscuridad. El hombre frente a él llevaba un traje a medida. Barud, todavía cegado, quiso fijar su vista en él. El tipo tenía el rostro vendado. Barud abrió la boca cuando el reconocimiento le cayó encima. Conocía a este bastardo, Dios, era imposible.

—El señor Kayne y el señor Stoickov van a visitarlo en algunos días. Debo decirle que deberá mantenerse aquí, espero no le moleste.

No iba a durar, moriría de hipotermia.

—¿Qué buscan? —preguntó con su voz trémula—. He perdido todo.

—No—Gerald Bello se agachó para quedar a su altura—, todavía tiene todo en sus manos. Mi jefe lo quiere, y, para ello, debemos terminar con las mierdas molestas, como Anael Morgan y Lisandro Callum.

Barud frunció el ceño.

—Ups, no debería haber dicho eso ¿verdad? Espero guardes el secreto. —Le dio un guiño de ojo. —Nos vemos, señor Sinclair. Manténgase cálido. Afuera está nevando, sería una pena que se congelara.

***

El sol estaba saliendo. Anael, en sus noches de insomnio, se quedaba observándolo a través de los ventanales, hasta que aparecía. Bebió el último trago de whisky que le quedaba en el vaso. Puso su atención en la botella.

«Para el mejor amigo que alguien puede tener».

Una gran tarjeta acompañando la edición especial. Anael recordó ese cumpleaños, uno que iba a pasar solo, pero Barud apareció junto a sus hermanos y su departamento se llenó de bromas y risas. Frunció el ceño y lloró, ¿por qué siempre le fallaba a la gente que amaba?

Merim y Sura dormían en el cuarto de invitados. Anael se secó las lágrimas cuando un nuevo mensaje llegó.

Iré en una hora. Debo ver asuntos importantes en la oficina.

¿Cómo una de las mejores noches de su vida se transformó en una de las más tristes?

Había vuelto a subestimar a un enemigo que tenía como don la paciencia. Eran metódicos, borrando lo que les interfería. Walter Kayne, los Hartman, Dima Stoickov, ¿cuál era el motivo por el que se habían unido?

¿Querían todo el territorio? ¿La destrucción de todos? ¿Ambas cosas? Albergaba tantas conjeturas que le dolía la cabeza.

Cuando Lisandro llegó una hora después tenía ojeras profundas y se notaba que tampoco había pegado un ojo. Se quedaron en la puerta, frente a frente, Lisandro fue el primero en dar el paso y lo cobijó en sus brazos. Anael se derrumbó en lágrimas.

—Solo lo han secuestrado porque nos quieren atraer hacia él. Nosotros somos el verdadero objetivo. —Lisandro buscó darle tranquilidad.

—Han matado a todos los líderes de las bandas, Lisandro. Dudo que solo sea eso. No lo cuidé. Esto es mi culpa.

—¡Por Dios, hombre! ¿Qué podías hacer? Tenía una veintena de guardaespaldas, si ellos no pudieron hacer nada ¿Por qué contigo hubiera sido diferente?—.Lisandro tomó su rostro.— Sé que lo quieres, pero lamentarte no arreglará nada. Por favor, Anael. Más que nunca hay que tener la cabeza fría.

—Tu hermano dijo que ya no formas parte de la investigación.

—Mi hermano dijo muchas cosas, pero yo no voy a abandonarte.

—No solo no te darán el ascenso, sino que van a expulsarte.

—Es mi caso, voy a ir hasta el final. No voy a rendirme, nunca.

Anael le sonrió y volvió a besarlo. Los hombres se arroparon en el cuerpo del otro, después de algunos segundos, sus bocas se separaron.

—Eres una locura Morgan, pero nunca me arrepentiría de haberte probado.

—Yo tampoco—replicó Anael sin aliento—. No sé a dónde nos lleve esto, pero, si estoy contigo, me siento bien.

—Completo. —Lisandro corrigió—. Esa es la palabra, aunque no quieras decirlo. Me sucede lo mismo, por eso lo sé.

Anael besó su frente, sus mejillas y luego su nariz.

—Completo será entonces.

El celular vibró en su bolsillo. El nombre que apareció en la pantalla le trajo sentimientos encontrados.

—¿Quién es?

—Mi hermano—dijo Anael—. Quieres saber cómo estoy.

—Debe estar al tanto de lo ocurrido.

Anael dio un suspiro. Decidió marcar su número, su hermano contestó al segundo timbre.

—Ángel—dijo Bryce desde el otro lado—. Hemos visto las noticias, lo que le sucedió a Barud ¿Estás bien?

Palabras preocupadas, rápidas, desesperadas. El Bryce que conocía, del que se había alejado.

—Bryce, estoy bien, supongo.

—Escucha, quiero que te marches de allí. Sal de Londres, de inmediato. Lo que le ocurrió a Barud es consecuencia de sus acciones, pero tú…

—Lo que le ocurrió a Barud fue producto de un grupo de hijos de puta avariciosos, igual que lo que nos pasó a nosotros.

—Barud no es un santo.

—Ninguno de nosotros lo es.

Anael caminó por su departamento. Se apartó de Lisandro quien se movió a la cocina para preparar café. Hubo un silencio pesado en la línea.

—Te dije que ya no quiero más hermanos muertos.

—Estoy vivo, a menos que sea alguna versión de Bruce Willis en «Sexto sentido».

—¿Sigues molesto?

—No, solo terminado. Estoy bien, demonio. Espero que tú también lo estés. —Se escuchó el sonido de un llanto de un bebé. El corazón de Anael se paralizó, llevaban tantos meses sin verse—¿Tus hijos?

—Sí, te dije que Mayka estaba embarazada.

Anael ni siquiera había respondido ese mensaje, pero escucharlos era distinto. Quería conocerlos, porque, quizás, y era lo más probable, sería la única oportunidad que tendría de abrazar a esos pequeños, al futuro de su linaje.

—¿Anael, estás ahí?

—Me gustaría conocerlos. —Se limpió las lágrimas, desconocía en qué momento habían comenzado a caer.

—Estamos en Londres—agregó Bryce—. Podemos reunirnos si lo deseas, territorio neutral.

—El banco frente al Támesis, donde solíamos jugar de niños.

—Donde nos despedimos—señaló Bryce con tristeza—. Me parece bien.

—A las cuatro. Nos vemos ahí.

La comunicación cesó. Anael miró su teléfono sin creer todavía lo que había perdido. Unos brazos fuertes lo estrecharon por la cintura. Lisandro adhirió su espalda a su torso y besó su cuello.

—¿Estás bien?

Anael se giró hacia él. Le sonrió de verdad.

—Estoy a punto de conocer a mis sobrinos.

28 De rosas, espinas y sueños.

Anael le dio una última pitada al tercer cigarrillo que se fumaba en media hora allí.

«No fumes, llenarás de olor a tabaco a los niños».

Anael bufó. El inspector Bello y sus consejos de padre. Se rio al pensar en eso, en que almorzaron y apoyó a los hermanos de Barud infundiéndoles confianza. Anael no estaba equivocado, Lisandro era magnético, una atracción inexplicable, un imán que arrasa todo a su paso, hasta que regresas a él. Las vocecitas lo hicieron voltear y se encontró de frente con Mayka Callum—la esposa de su hermano, nunca su cuñada—, y con su hermano Bryce, mejor dicho, lo que quedaba de él.

—Angelito—dijo Bryce dando pasos hacia él.

Había bajado por lo menos quince kilos, su pelo estaba muy corto como si recién estuviera creciendo. Anael lo miró y observó a Mayka, cuyas lágrimas resbalaron por su rostro. Desvió la mirada, ella tenía ambos bebés. Anael abrazó a su hermano y lloró, lloró como hacía mucho tiempo no lo hacía. La adrenalina, los nervios, el dolor, todo formó un cóctel que liberó un río en sus ojos.

—¿Qué sucedió? —preguntó, entretanto Bryce acariciaba su cabello como cuando era niño.

—Cáncer testicular, pero lo he superado. Estoy en recuperación.

—¿Por qué no me dijiste? —cuestionó entre dolido y enojado— ¿Eric lo sabe?

—Nadie lo sabe—respondió Mayka a pasos de él—. Bryce no quería preocuparlos.

Tenía dos opciones. Agradecer que su hermano estaba vivo o reprocharle sus acciones. Anael se decidió por la primera. Bryce lo asió del rostro.

—Estoy bien, eso es lo que cuenta. Soy medio hombre, pero estoy bien.

—No—dijo Anael—, sin importar cuántas partes del cuerpo te hayan extirpado, siempre serás el más valiente de todos.

Bryce lo abrazó de nuevo, y le sonrió. Las vocecitas no se detenían. Anael fue hacia Mayka.

—Leah y Wesley, este es el tío Anael. Saluden. —Tenían los ojos de su hermano, ese gris en el que podías perderte. Cálido, seguro, confiable, cristalino, honesto, protector a un punto aterrador. Sus cabellos rubios ondulados, sus caritas redondas y regordetas—. Se parecen a ti—dijo Mayka—.Creo que son tus clones.

Leah, la más inquieta, levantó los brazos para que la recibiera su tío. Anael lo hizo, la tomó en brazos. La pequeña señalaba hacia el río, el viento frío ondeaba en sus cabellos dorados. Era tan bonita. Ambos bebés lo eran.

—Mamá y papá estarían contentos—pronunció con un nudo en la garganta.

—Lo están—dijo Bryce—. Sé que es así y, desde donde estén, nos cuidan.

Bryce se acercó a Mayka y le recibió a Wesley. Se sentaron observando el río. Tres adultos con un enorme y difícil pasado a cuestas. Los pequeños reían y jugaban. De repente, no hacían falta más palabras que esas risas con los pequeños. Bryce le contó su lucha, todo lo que se sobrevivió, después del infierno de las hermanas Charpentier, las mujeres que intentaron matarlos. Anael asió la mano de su hermano, le contó lo ocurrido con Barud y los próximos pasos.

—Es una emboscada—dijo Bryce—. No pueden ir solo los dos.

—La NCA no va a intervenir a favor del inspector Bello—dijo sin ánimos de contar que, para él, representaba más que un agente de la ley—. Barud nos necesita.

—Podemos ir contigo—replicó Mayka—. Dejaremos a los niños al cuidado de la niñera.

—Eres madre, Callum—esgrimió Anael—. Tu responsabilidad está con tus hijos y tu esposo, no conmigo.

—Te equivocas, mi deber está con aquello que hace feliz a mi familia. Bryce te ama.

Anael se enfocó en la mujer y negó.

—Dicen que la maternidad arruina a las mujeres, ¿por qué carajo tú luces radiante?

Mayka contuvo la risa.

—Porque lo tengo a tu hermano, él se asegura que luzca radiante todas las noches. —Mayka le dio una mirada seductora a su esposo quien negó con la cabeza.

—Alto ahí.—Anael levantó la mano—. Demasiada información. —El hombre asió la manito de Leah quién le sonreía. Su tío le acarició la nariz con la suya—. Eres preciosa, bebé.

—Anael.

—No, Bryce. Esta es mi guerra, quizá no por completo, pero estoy metido en ella. Debo proteger lo que es mío, tú me enseñaste eso.

—Estás seguro de que no vas a sobrevivir, por eso querías ver a los niños—reclamó Mayka.

—No, bueno, quizás—Anael le dio una sonrisa—, pero ahora tengo razones para vivir, así que no deberían preocuparse.

Bryce apretó la mano de su hermano con fuerza.

—No estás solo, Ángel. Cuentas con nosotros, quiero que lo sepas.

Anael asintió.

—Nos vemos pronto.

—¿Lo prometes? —preguntó Bryce conteniendo la desesperación, porque era incapaz de lograr que Anael cambiara de opinión.

—Lo juro, por nuestros padres y hermanos.

Bryce y Mayka se miraron. Había tanta preocupación en su mirada.

—Te queremos, Ángel.

—Yo también, Bryce, más que a mi vida. Nunca lo olvides, porque yo nunca lo hago.

«Hay rosas por las que vale la pena sangrar».

La frase de Bryce vino a su mente. Contemplando la familia que tenía, Anael entendió sus razones, comprendió que el perdón no se le daba todos, pero sí había personas que merecían una segunda

oportunidad. Mayka Callum era una de ellas, y lo demostraba a cada segundo.

29 El principio del fin

—Son hermosos ¿No lo crees?

Anael le mostró las imágenes de sus sobrinos a Lisandro, entretanto, estaban en su cama. Lisandro asió el celular y deslizó en las fotografías. Besó la coronilla de su amante.

—Se parecen a ti.

—Mayka dijo lo mismo, entonces serán más guapos todavía, y calientes.

—Por supuesto, no olvidemos esa parte—bromeó Lisandro y ambos se besaron.

El departamento se encontraba rodeado de guardaespaldas. Merim y Sura dormían en el cuarto de huéspedes. Lisandro trajo pizzas y pensaba retirarse temprano, pero, una cosa llevó a la otra, y terminaron enredados en las sábanas de nuevo. Sus manos eran incansables, recorrieron al otro con hambre y lujuria, insaciables incluso después de dos orgasmos alucinantes.

—¿Cómo están tus hijos?

Lisandro dio un suspiro.

—Preguntan por qué no me estoy quedando en las noches. Me extrañan y yo los extraño.

—¿Y tu esposa?

—Exesposa—aclaró Lisandro—, dice que podemos intentarlo de nuevo, que un error no borra décadas de amor.

—¿Sigue llamándolo error?

—No creí que pudiera odiarla, pero, lo hago, verla me da náuseas.

—Es la madre de tus hijos.

—Y te juro que hago el esfuerzo por ellas, además…

—¿Qué?

—Ordené un examen de ADN. Siempre las amaré, pero quiero la verdad. —Anael chasqueó la lengua. Era difícil imaginarse la

situación de Lisandro, pero comprendía que, sin importar cuánto doliera, la verdad era necesaria—. Oye—Lisandro dio una risilla—, ¿crees que los chicos nos escucharon?

—Hicimos lo posible para que no lo hicieran. —Ambos rieron, disfrutando la calidez del otro—¿Qué se siente, inspector?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué se siente follar con un criminal?

Lisandro arqueó una ceja.

—¿Por qué no te lo respondes tú mismo? Te has follado a un policía.

—Un policía no. Un inspector virgen de la NCA—agregó orgulloso —. Un inspector de culito estrecho, pero bien goloso.

—Eres un imbécil.

—Hace mucho no me llamabas así. Ya me había encariñado. —Anael bromeó. Lisandro se colocó a horcajadas sobre él, e inmovilizó sus brazos. Anael se relajó—. Inspector, ¿quiere leerme mis derechos?

Lisandro se humedeció los labios, se agachó y musitó sobre su oído.

—Tiene derecho a gemir contra la almohada. Cualquier grito podrá ser usado en su contra y terminará en nalgadas.

—¿De qué me acusa?

—Exceso de erotismo. —Lisandro chupó su cuello—. Aroma perjudicial para la salud. —Un nuevo chupetón—. Llevar a los hombres por el camino de la oscuridad.

Anael se carcajeó con la última parte.

—Por favor, lo que me faltaba, que me culpes a mí por abrirte el culo.

Lisandro lo sujetó del cabello.

—Ese lenguaje soez tampoco está bien visto, ahora, dese la vuelta. Su boca sobre la almohada.

Lisandro se apartó. Anael se giró en la cama. El hombre se montó sobre sus nalgas, tomó el lubricante y un condón de la caja que Anael tenía. Dos falanges fueron al interior dilatado, ese lugar en el que había estado por primera vez hacía solo una hora atrás. Anael

Morgan era una bestia en el sexo, sin importar el extremo que ocupara, el inspector lo comprobó.

Lisandro se enfundó en el condón y se lubricó para ingresar despacio. Anael mordió la almohada debajo de él. Lisandro respiró sobre su nuca, la cual, besó cuando estuvo por completo en su interior.

—Me gustas tanto, Morgan. —Estaba diciendo lo obvio, pero necesitaba ponerlo en palabras—. De verdad, me vuelves loco.

Inmovilizó el cuerpo debajo de él y embistió. Anael se mordió el labio inferior conteniendo los gemidos. Hacía tanto que no disfrutaba siendo pasivo, pero ahora había encontrado un amante perfecto que se adaptaba a todo.

Llevó su rostro hacia Lisandro. Este se perdió en un beso, sus bocas se devoraron mientras las caderas de ambos fluían en una sinfonía perfecta. La cama se sacudió con ímpetu. Lisandro se irguió sobre él, puso la mano en su nuca hundiéndolo sobre el colchón para follar lo más rápido y duro posible. Anael aplacó los gemidos en su almohada, sonidos que habrían traumatizado a cualquiera que los oyera.

Sus manos se tornaron puños sobre la bendita almohada cuando se derramó sobre el colchón. Lisandro salió de su interior, se quitó el condón y se masturbó sobre sus nalgas, liberando su esencia en ellas. Pintó la piel dorada y gimió. Se derrumbó sobre su amante que lo recibió pleno sobre él.

—Pase lo que pase—dijo Lisandro con la voz cargada de erotismo —. Nunca me arrepentiré de esto.

Anael se giró hacia él por enésima vez. Su rostro cansado, pero satisfecho.

—Yo tampoco, inspector. Ni ahora, ni nunca.

30 Cuentas pendientes

Londres, Inglaterra.
Días después.

—¿Estás listo para esto?

Anael observó el lugar que marcaría su vida, desde un rincón, cerca de la esquina.

—No, pero eso nunca me detuvo antes.

Estaban solos en esto. Nadie del NCA vendría en su ayuda, nadie de los Morgan lo haría tampoco. Eran ellos dos contra el mundo. Anael iba a dar un paso y Lisandro lo detuvo. Lo atrajo hacia él y lo besó. Anael enredó sus manos en su cuello, le acarició los pectorales.

—Morgan, yo…

—Fue un hermoso viaje.—Anael besó su frente y lo contempló—. Ojalá hubiéramos tenido más tiempo.

Lisandro solo asintió, seguro de que esa era una verdad insoslayable, que estaban a punto de entrar en una batalla perdida de antemano.

«Hay cero por ciento de coincidencia, inspector. Usted es estéril».

Había recibido la noticia, una triste y dolorosa esa mañana. Sus niñas, sus pequeñas, aquellos tesoros no eran suyos. Había llegado a su casa y las observó. Ellas corrieron y lo abrazaron. Lisandro las cobijó en sus brazos, porque siempre sería su padre, hasta que ellas dijeran lo contrario.

Lloró en los brazos de Anael, lloró como un niño, al cual, le estaban arrebatando todo. Anael lo acarició y se mantuvo en silencio acompañando, como lo haría cualquier pareja que ama, porque, en ese instante, Lisandro se sintió profundamente amado y protegido como nunca en toda su vida.

Entendió que Anael Morgan era mucho más que una etiqueta, mucho más que un criminal o un asesino a sueldo. Era un ser humano que empatizaba con el dolor ajeno, porque él había atravesado inmensos dolores. Laceraciones que cortaban la piel y desangraban. Anael Morgan había sobrevivido al fuego y se levantó de las cenizas, del mismo modo a como lo hicieron todos los Morgan ¿Qué derecho tenía Lisandro de quejarse de su dolor? Sus hijas estaban sanas, eran felices. Sí, no eran suyas por sangre, pero sí por amor ¿Qué más podía esperar de la vida?

Era amado por esas dos pequeñas, y se sentía amado por Anael Morgan, incluso cuando la palabra amor no entraba en su diccionario cuando se trataba de parejas.

«Fue un hermoso viaje».

Todavía no terminaba, seguía siendo hermoso, maravilloso, lleno de risas, pasión y deseo, incluso más allá de lo lúgubre. Iban a sobrevivir, este no era el último viaje.

«Trabajas tanto Lisandro. Me desdibujaba en esta vida, necesitaba algo para sentirme viva, para sentir que valía, sentirme vista».

Verónica podía contar todas las excusas que quisiera. Lisandro sabía la verdad. Luchó y trabajó por su familia, les dio un techo y todo el amor que pudo. Para Verónica fue insuficiente, para sus hijas no, y se quedaba con eso. Tenía el corazón lleno de amor por sus niñas. Si Verónica quería contarse el cuento de la mujer sola e infeliz para dormir de noche, que lo siguiera haciendo.

Los dos hombres caminaron a paso firme. La nieve caía, Anael sonrió al recordar a Leah y Wesley y sus mejillas rojas.

«Se parecen a ti».

Recibió un regalo maravilloso de parte de su hermano y de la persona menos esperada. Mayka Callum amaba su hermano. Lo comprobó y no existía forma de negarlo. La manera en que lo cuidaba y lo acariciaba, se había quedado con él durante el cáncer, durante las pesadillas que cada tanto regresaban. Era la mujer para él. Una Callum, aunque le doliera el alma admitirlo.

Llegaron a la puerta y el ex amante de Anael los recibió. Levantó las manos de inmediato.

—Escucha, Ángel. Ya causaste muchos problemas.

—Cariño, apenas empiezo—dijo riendo—, además Dima nos invitó.

El hombre tragó saliva.

—Anael, no entres.—Sus ojos lo dijeron todo. Anael puso la mano en su hombro.

—Solo déjanos pasar, del resto nos encargamos nosotros.

—Tiene cuentas pendientes—dijo con terror y con un hilo de voz —. No vas a salir de allí.

—Lo haremos—esgrimió Lisandro—. Déjanos pasar.

El muchacho activó un código en la puerta y esta se abrió. Anael lo memorizó, en caso de que lo necesitara.

—Buena suerte—susurró y bajó la cabeza.

—Gracias, vamos a necesitarla.

31 Guerra

Caminar a través del estrecho pasillo, esta vez, se sintió diferente. Anael y Lisandro estaban listos para la guerra y lo iban a demostrar. Los gritos ensordecedores, una noche llena de adrenalina y combate, una pequeña Arena en el corazón de Londres. Gladiadores esclavos al servicio de los señores.

Los hombres se detuvieron en la puerta, observaron las cámaras de seguridad. Las personas seguían perdidas en su locura. En el ring había dos hombres cubiertos de sudor y sangre. Las luces eran tan intensas que incluso encandilaban, después del pasillo oscuro que llevaba a todos allí. La luz al final del túnel, casi parecía una ironía.

Los hombres se movieron entre la gente, entre el público que avivaba con sus ganas de sangre a los dos rivales sobre el cuadrilátero.

—¿Lo ves? —preguntó Anael y Lisandro negó. Tenían todos sus sentidos en alerta. Anael observó a un costado a una especie de área VIP y señaló.

—Allí está.

Los hombres avanzaron. Stoickov, Kayne, David y Elliot Hartman estaban rodeados de guardaespaldas. Tipos enormes que, de seguro, estaban armados hasta los dientes.

—Cuento quince—dijo Lisandro.

—Diecisiete. Hay dos que fingen beber a metros de ellos.

Era un número considerable, pero no imposible. Dima los observó acercarse y sonrió.

—Señores, han llegado temprano.

Anael y Lisandro se mantuvieron estoicos.

—¿Dónde está Barud Sinclair?

—¿Perdón? —El hombre miró a sus secuaces. Kayne les dio una sonrisa maliciosa—¿Ustedes saben algo de Sinclair? ¿Quién es? No lo

conozco.

—Yo tampoco—dijo Elliot Hartman, el bastardo que lo había secuestrado.

—Inspector—esgrimió Dima, conociendo dónde trabajaba Lisandro —. Es usted muy valiente, o muy estúpido al venir aquí a lanzar una acusación infundada sin su equipo.

—No nos iremos sin Barud—agregó Anael—, así que le sugiero cooperar.

Los hombres se carcajearon y los guardaespaldas los acorralaron.

—Como lo suponía de un Morgan. Demasiado estúpido, por eso la mayoría están muertos.—Dima escupió y las manos de Anael se tornaron puños. Lo estaba provocando y no lo permitiría—. Vengan —dijo Stoickov. Todos lo siguieron. Lisandro y Anael observaron a los hombres que los rodeaban y se acercaban cada vez más.

La multitud continuaba en su mundo paralelo, entretanto ellos atravesaban puerta tras puerta, que los llevaban a los subsuelos.

Llegaron a una enorme sala donde solo había un escritorio. Sin ventanas, solo fluorescentes en el techo ordenados de manera lineal. Anael contuvo las enormes ganas de lanzarse sobre Dima. No los habían revisado, seguros y arrogantes de su ventaja. Ambos contaban con sus armas.

—¿Crees que Sinclair merece poseer el cuarenta por ciento del territorio, Morgan?

Anael arqueó una ceja.

—Lo han poseído durante décadas. No es una cuestión de merecimiento, se lo ganaron.

Dima le sonrió.

—Hablas como amigo, pero no como un hombre que entiende el negocio. Barud Sinclair es débil. Su final ya está escrito.

—¿Mitchell y Radicic también lo eran?

—¿Cómo decirte? —dijo con un marcado acento eslavo—. Es una cuestión darwiniana. Supervivencia del más fuerte, el mejor equipado sobrevive, y el otro perece.

—Tú eres el más evolucionado y te quedas con todo el negocio. —Anael replicó.

Dima Stoickov observó a Walter Kayne.

—Este hombre a mi lado, me debe y conoce este territorio. Él salda su deuda y yo me quedo con un reino.

—Dame a Sinclair y puedes meterte el reino en el culo—graznó Anael. Rieron como si hubiera dicho una gran broma.

—Sabes que no funciona así—dijo Elliot Hartman—.Barud no se quedará de brazos cruzados viendo cómo lo que construyó su padre se derrumba. Nadie lo haría.

—Tienes razón—dijo Dima mirando a Elliot—, por eso tú también sobras.

—¿Qué? —Los ojos de Elliot mostraron terror. Un guardaespaldas se puso detrás de él—. No, espera.

Dos disparos, uno detrás de otro. Elliot Hartman cayó a los pies de todos, ante la mirada atónita de Kane y Lisandro. Anael no se inmutó, conocía a esta gente, se crio con ellos. David también estaba allí, estoico.

—Entiendo, ¿para qué necesitas a dos hermanos cuando es más fácil trabajar con uno? —indagó Anael con suspicacia.

—Muy bien Morgan. No eres tan tonto como pareces, de cualquier modo, eso no los va a salvar, ni a ustedes ni a Barud Sinclair.

—Entonces está vivo.

—¿Por qué mataría a un boleto de intercambio?

Fue una milésima de segundo. Uno de los guardias sacó su pistola. Anael lo asió del brazo y disparó el arma contra sus compañeros.

—¡Cúbranse! —gritó otro custodio.

La operación ordenada que esos bastardos planearon se destruyó en ese instante. Los hombres corrieron fuera de la sala. Lisandro forcejeó con el tipo que tenía al lado. Le dio un cabezazo, sacó el arma de su bolsillo derecho y le disparó. Los proyectiles volaban de un lado a otro.

—¡Al suelo! —dijo Anael y empujó a Lisandro, mientras los hombres corrían fuera de la sala disparando a mansalva.

—¡Hay que ir por ellos! —exclamó Lisandro. Escucharon los gritos de la gran sala, que ya no eran vítores, sino terror.

Corrieron por los pasillos, por los mismos que habían venido. Cinco hombres ubicados en ellos les dispararon. Fueron al suelo y

continuaron tirando desde allí. Hirieron a dos, pero estos igual corrieron. No había espacio para huir desde allí.

«Una salida».

Carecían de alternativa. Los hombres se movieron hacia el ring y vieron a la multitud huyendo despavorida.

—¡Vamos a la salida! —Lisandro intentó dar un paso, pero la multitud bloqueaba la entrada.

Algunos se caían y eran aplastados por los otros. El salvajismo del ser humano y su necesidad de supervivencia en su máxima expresión. Cuando llegaron afuera, el aire frío de nuevo les golpeó el rostro. El vaho salía de sus bocas, observaron hacia todos lados. Anael le dio un golpecito en el brazo.

—Escaparon.

Lisandro asintió, ambos sabían a dónde se habían dirigido, al lugar donde los siguieron aquella vez. Subieron al vehículo y escucharon las sirenas.

—Si la policía nos atrapa estaremos jodidos.

—No, no lo harán—señaló Lisandro, quien arrancó a toda velocidad. Estos bastardos no saldrían ilesos, no esta vez.

32 Una victoria con sabor amargo

Los vehículos ya estaban estacionados. Lisandro y Anael cargaron sus armas y se prepararon para lo peor.

—Le di la ubicación a Lucy. Ella enviará refuerzos—advirtió Lisandro.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Como máximo, diez minutos.

Corrieron hacia la entrada, Lisandro disparó sobre la cerradura e ingresaron. El lugar estaba a oscuras, la única luz provenía de las calles e ingresaba a través de las ventanas. El piso de madera chirrió. Ambos iban en guardia cuando, en una especie de coreografía, las luces se encendieron, una detrás de otra. Una vez que estuvieron en medio de lo que parecía una sala, sin posibilidad de escape, se arrojaron al piso y dispararon a la decena de hombres que avanzaban sobre ellos. Los proyectiles golpeaban a su lado. Lisandro le dio a uno en el hombro y a otro en el pecho. Anael gritó y disparó. Se puso de rodillas y sostuvo el arma con sus dos manos.

—¡Qué haces! —Lisandro buscó contenerlo, pero Anael estaba fuera de sí. Uno, dos, tres, cuatro, cinco al piso. Una bala atravesó su hombro y Anael gritó. Lisandro lo arrojó al suelo y lo cubrió, siguió disparando y los hombres se dispersaron—. Por Dios, Morgan —dijo con el alma en un hilo—¡Estás herido!

Anael se levantó sin inmutarse.

—Hay que encontrar a Barud.

La sangre empapaba su camisa y chaqueta.

«Es solo un criminal».

Gerald estaba tan equivocado. Lisandro lo supo en ese instante. Se pusieron de pie y se movieron al interior. Los hombres se habían dispersado. A medida que buscaban en las habitaciones, se encontraban a alguno de estos. Uno de ellos se lanzó sobre Lisandro

y provocó su caída. Anael lo pateó y lo sacó de encima de su amante. Lo remató con un disparo en el pecho.

—Esto parece un laberinto. —Se secó el sudor de la frente—. Andando. —Iban despacio, pegados a la pared. Los gritos del sótano los hicieron mirarse. Esa voz conocida—¡Barud! —exclamó Anael y avanzó corriendo.

—¡Espera! —Lisandro gritó, cuando se encontraron frente a frente con Walter Kayne y el resto de sus hombres.

Dima no aparecía en ningún lado. Barud estaba de rodillas. Su piel de un color morado por el frío. Se estaba congelando. Su rostro cubierto de hematomas, Anael quería gritar, destruirlos.

—No llores.

—Papi dice que soy débil.

—No lo eres, eres muy fuerte. Todos los somos.

Anael contuvo el nudo en su garganta. Barud siempre se sintió insuficiente a los ojos de su padre, sin importar lo que hiciera. Anael quería salvarlo, sacarlo de allí, de esa vida, pero ¿cómo hacerlo cuando estaba a punto de perder la suya?

—¡Arrojen las armas ahora! —ordenó Walter Kayne.

—Resiste—dijo Anael a su amigo. Su voz firme a pesar del dolor de la herida en su hombro que empapaba su ropa.

Anael y Lisandro se mantuvieron uno al lado del otro.

—¿No se darán un besito? Entiendo que son cercanos, muy cercanos, de hecho.

Los habían estado siguiendo. Los hombres se mantuvieron alerta, quizás esperando un milagro.

«No quiero irme así, no de esta forma».

Anael rogó para no terminar como lo hizo toda su familia.

—No es personal.—Kayne se encogió de hombros—. Son negocios.

—¿Qué te hace pensar que Dima no te matará a ti del mismo modo que a Hartman?

—No me matará si yo lo hago primero. Ese viejo inútil piensa que voy a asesinar a todos por nada ¡Qué iluso!

—Supervivencia del más fuerte—dijo Lisandro y Kayne sonrió.

—Ya lo tienes, inspector. Una lástima que lo hayas entendido tarde.

Un disparo, un simple disparo en la cabeza y Barud se desplomó.

—¡No! —Anael gritó y cayó de rodillas. Los hombres apuntaron a ellos.

Lisandro lo sostuvo. El corazón les latía desbocado, la muerte comenzaba a abrazarlos. Habían fallado. Walter, David y los demás apuntaron.

—Saludos a tu familia, Morgan—dijo con una sonrisa. Anael tomó el brazo de Lisandro y cerró los ojos.

Disparos milimétricos perfectos y los hombres cayeron como fichas de dominó. David cayó sobre Kayne este se lo quitó de encima. Observó a un lado y a otro, los hombres retrocedieron cuando una veintena de hombres con traje de combate de color negro y rifles de asalto comenzaron a ingresar desde todos los sectores. Anael y Lisandro observaron, sin entender qué sucedía. Los hombres rodearon a Kayne y a sus secuaces, al menos, lo que quedaba de ellos.

—¡Bajen las armas!

Anael frunció el ceño. Su vista fue hacia una de las entradas. El hombre delgado en traje y abrigo negro ingresó. Llevaba una *uzi* en su mano derecha, sus manos cubiertas con guantes de cuero.

Walter Kayne se mantuvo desafiante.

—¿Creen que ha terminado? ¿Piensan que Dima va a rendirse?

Jesse Callum le dio una mirada gélida.

—No necesito que se rinda. No lo dejaré vivir para una nueva pelea. No es personal, Kayne. Como dijiste, negocios son negocios.

Jesse lo remató de un solo disparo. Anael pestañeó cuando detrás de él se encontró con la mirada de un hombre y una mujer.

—¡Bryce! —Anael gritó. Bryce y Mayka corrieron hacia él.

El líder de la familia Callum dio la señal y los hombres dispararon. Los cuerpos cayeron sin vida. Barud yacía en el suelo también. Jesse sostenía con una mano su arma. Se agachó y tocó su pulso.

—Dios mío, todavía tiene pulso ¡Una ambulancia ahora! —exclamó con voz firme.

Lisandro se acercó a Anael y a Bryce.

—Imagino que este es el inspector Bello—dijo Mayka. El hombre asintió. Anael estaba perdiendo el conocimiento. Había perdido

mucha sangre, las sirenas se oían cercanas.

—Falta poco.—Lisandro asió su mano y enredó sus dedos con los suyos, mientras Bryce y Mayka lo sostenían—. No te vayas.

***

—¡Malditos hijos de puta!—Dima golpeó el escritorio de caoba en su mansión al ver las noticias—. Todos vivos, ¿qué se supone que vamos a hacer ahora? Perdí a mis aliados.

Gerald estaba frente a él, su rostro magullado.

—Encontramos un chivo expiatorio—dijo sin dudar. Los ojos de Dima se estrecharon—. Un culpable tan aberrante que tú pasarás a segundo plano, alguien que cometerá un acto tan bajo, tan ruin, que se convertirá en la escoria de la ciudad.

—¿De qué está hablando, inspector en jefe?

—Cincuenta millones de dólares—agregó—, y este problema pasará a ser de otro, al menos, hasta que hayas escapado de aquí.

Stoickov puso la mano en el mentón y sonrió.

—La sociedad perdió un gran criminal en el momento en que te uniste a la ley, Bello.

—Nunca he trabajado para la ley—dijo sin dudar—. Trabajo para mí mismo.

33 Somos familia

—Su pronóstico es reservado, es decir, es casi un milagro que haya sobrevivido. Debemos tener paciencia—dijo Anael con su brazo inmovilizado, luego de ser atendido en urgencias.

Se lo dijo a Merim y Sura. Los dos chicos observaban al hombre detrás del cristal de la habitación, apenas sobrevivió. Había recibido dos cirugías, los médicos solo decían una cosa. Tiempo, requería tiempo.

Aun así, habían sobrevivido gracias a los Callums. Anael sonrió y negó, quizás era hora de curar esos viejos dolores, soltar las frustraciones que lo embargaban cada vez que la oscuridad venía a su mente. Jesse, Mayka y Bryce lo acompañaron en todo momento. Eric lloró desesperado cuando Bryce le contó que habían rescatado a Anael y a Barud.

—¿Estarás bien solo?

—No estoy solo, ya no. Los tengo a ellos y te tengo a ti.

—Eres lindo cuando te pones dulce, Morgan.

Anael se acarició los labios sumido en un trance, en una ilusión. Fue hacia su familia, Bryce lo abrazó con fuerza, pese a su brazo, Jesse le dio un golpecito en la espalda. Fue Anael quien abrazó a Mayka, quien lloró en ese segundo. No era solo un gesto, era todo un símbolo de perdón, reconciliación, de reconocimiento y aceptación.

—Gracias por no abandonar a mi hermano—musitó cerca de su oído—. Gracias por no dejarme a mí.

—Somos familia y nos ayudamos.

Jesse observó su reloj.

—Debo irme. Tengo asuntos pendientes todavía—dijo con una sonrisa dulce. Increíble que fuera el hombre con voz de hierro y una semiautomática en su mano hacía un par de horas.

—El abuelo estaba tan equivocado con respecto a ti—expresó Mayka con orgullo—. Eres el mejor líder que nuestra familia podría tener. —Jesse se encogió de hombros y Anael pudo avizorar un atisbo del muchacho dulce, tierno, del cual su primo se enamoró aquella vez. Ese muchacho seguía ahí, debajo de ese traje Armani, debajo del don de mando y la rudeza.

—Hago lo que puedo—esbozó. Mayka le dio un abrazo y Jesse lo recibió—. Manténganme informado.

Anael lo vio marcharse y dio un suspiro. London Morgan, su primo, aquel profesor idealista, se había perdido un gran partido, el partido de su vida.

***

Oficinas centrales de la NCA, Londres. Gran bretaña.
Quince días después.

Lisandro bello fue recibido como un héroe, luego del tiroteo. Los titulares de la prensa ponían a la NCA como un organismo eficiente y a Lisandro como una pieza clave.

Gerald se mantuvo en las sombras, dejando a su hermano disfrutar la «merecida» victoria. La verdad era mucho más cruda que la que mostraban los titulares. Gerald hirvió de rabia cuando supo que los Callums actuaron para favorecerlo. El plan habría resultado perfecto si no fuera por ellos. Anael y Lisandro ya estarían muertos, Barud Sinclair estaría en el olvido, él tendría sus millones de dólares y Dima sería el dueño de todo el narcotráfico.

—Felicitaciones—dijo Gerald con una sonrisa. Los magullones habían cedido. Lisandro arqueó una ceja.

—¿Después de quince días? —indagó suspicaz—. Te tardaste.

Lisandro dejó su celular, su arma y su abrigo.

—Te he permitido disfrutar de la gloria. Gloria ajena pero válida, al fin y al cabo.

Lisandro se mordió la lengua.

—¿Quieres que hablemos de gloria ajena? ¿Tú, que toda la vida te acreditaste mis triunfos?

—Siempre tan dramático.

«Dramático».

Los ojos de Lisandro se estrecharon. Su madre y Gerald tenían inclinación por esa palabra.

—Podías tener a la mujer que fuera, de hecho, lo hiciste ¿Por qué Verónica?

Era una duda que a Lisandro le carcomía la cabeza y le hacía hervir el pecho de rabia.

—Porque era tu esposa—dijo sin un mínimo de escrúpulos—, porque estaba disponible y se me insinuaba. Si tú la descuidaste fue tu problema, no mío. No voy a hacerme cargo de tus errores.

Lisandro rio, pero fue una risa cargada de dolor.

—¿Y tus hijas? ¿Dejar que yo las criara? ¿Mentirles así?

—Son tus hijas. —Gerald dejó entrever una mueca casi de asco—. No tengo intenciones de convertirme en padre de esas mocosas.

—Siempre quisiste todo lo que tenía—afirmó Lisandro que no iba a dejar la verdad a medias—. No esta vez. Desde pequeño me arrebatabas mis cosas, amigos, triunfos. Mamá te dejaba, tu padre, bueno, solo callaba.

Una amplia sonrisa se dibujó en Gerald.

—Con que mi padre, ¿eh? Así que ya lo sabes.

—Sí—dijo Lisandro sin inmutarse—. Viví una mentira durante décadas por parte de mi madre, de Arturo, de ti, de Verónica. Eso se terminó.

Gerald se cruzó de brazos.

—¿Y ahora eres feliz? Tienes éxito y un sexy noviecito.

Lisandro bajó la cabeza. Era cuestión de tiempo para que todo el mundo supiera la relación que tenía con Anael Morgan, pero no le importaba. Anael le gustaba, era lo más honesto de toda su vida.

—Soy feliz por primera vez en décadas. —Sus ojos se encontraron. Lisandro sonrió—. No puedes arrebatarme esa felicidad. —El rostro de Gerald se contrajo en una mueca de desprecio—. Voy por un café, así que, si no hay otra cosa…

—¿Sabe que eres un Callum? —cuestionó y Lisandro tragó saliva— ¿Sabe que eres el hijo de uno de los asesinos de su familia?

—No—replicó con rostro serio—, pero se lo diré, porque no hay mentiras entre nosotros.

—Es un criminal, Lisandro. Las mentiras son su modo de vida. Te darás cuenta tarde de lo que te estoy advirtiendo.

—No voy a separarme de él, porque me gusta. Lo conozco y lo quiero. —Lisandro dejó claro los puntos—. Incluso siendo un Callum, él entenderá que no soy Silas ,así que, ya deja de buscar mierda.

—Él es una mierda. No necesito buscarla. Un asesino a sueldo, ¿piensas que le importa algo más que el dinero?

—¿Qué quieres lograr con esto?

Esta vez, el rostro de Gerald se ensombreció.

—En tu afán por demostrar tu valía, te has metido en la boca del lobo. Eso tiene un precio. — Lisandro iba a pasar a su lado y éste lo sostuvo del brazo—Crees que has ganado, pero tú no naciste para eso, Lisandro. Fuiste, eres y siempre serás un perdedor, por eso tu verdadero padre jamás te reconoció.

Lisandro apartó el brazo con brusquedad.

—Mi padre no me reconoció porque nuestra madre nunca se lo dijo, tampoco es que me importe.

Le dio una última mirada a su hermano. Salió de la oficina por ese café que ahora necesitaba más que nunca.

Gerald observó la oficina. Las fotos de Lisandro, las niñas y rio ante la sorpresa. Una foto que estaba sobre el escritorio. Ambos hombres abrazados, Lisandro y Anael Morgan se miraban y reían ¡Qué patético! Luego, se detuvo en el celular y dio un suspiro. Bueno, un hombre debe hacer lo necesario para ganar, incluso convertirse en villano.

34 Puñal en el corazón

Londres, Inglaterra.
Un mes después.

—Dime que no estás follando.

—No—Anael rio mientras hacía flexiones—, solo hago algo de ejercicio inocente. Al inspector lo avergüenza el sexo durante el día.

—Y tú tan bueno estás dispuesto a mostrarle sus miedos para que los enfrente y los venza.

—¿No es lo que tú haces con el mocoso brasileño, Eric Morgan? —Su hermano bufó del otro lado de la línea.

—No puedo rebatir eso.

Anael tenía el celular en el piso con el altavoz activado mientras se ejercitaba.

—Felicitaciones por el nuevo torneo.

—Gracias, se lo diré, todavía no puede creer que le haya ganado a Emmanuel Urich.

—¿Quién lo haría?

—Vete a la mierda—dijo Eric, pero se sentía más divertido que enojado—. Suficientes barrabasadas soporta de Gabriel Petrov. No le diré que tú lanzaste una más.

Anael se sentó en la colchoneta en postura india, estiró sus bíceps y tríceps, luego los músculos de su cuello. Solo llevaba un pequeño pantalón blanco, el sudor se deslizaba por su piel y era visible contra la luz del sol que ingresaba por la ventana a esa hora.

—¿Cómo está Barud?

—Su pronóstico sigue reservado. No ha empeorado, pero tampoco hay mejora. Sus hermanos siguen firmes a su lado. Te juro que a

veces me parte el alma, pero los médicos dicen o, al menos, tienen esperanza de que todo saldrá bien.

—¿No ha despertado ni una vez?

—No, espero que estemos allí cuando lo haga para que no se sienta solo. Sus hermanos están viviendo en un hotel en el centro. Se turnan para cuidarlo, jamás los vi tan apegados. Supongo que las desgracias a veces traen cosas buenas. Es obvio que la recuperación tardará y no solo por el disparo. Estuvo días mojado con temperaturas bajo cero, sin alimento, escasa agua. Lo tuvieron con un collar metálico peor que un animal.

—¿Sabes algo de Dima?

—Está prófugo. Han congelado sus cuentas, pero eso no es garantía de nada.

Se quedaron en silencio un minuto.

—¿De verdad estás bien? —preguntó Eric—. Con todo lo sucedido temí por ti, y todavía estoy muy molesto contigo y con Bryce por no contarme todo lo que habían pasado.

—Tu vida está en Rusia, Eric. Para él fue claro y para mí bien. Me acostumbré a ello, y a no depender de ti.

—Lo sigues diciendo como si te hubiera abandonado.

—Lo hiciste—reafirmó—, pero ya no duele, así que, estamos bien.

Eric dio un suspiro del otro lado.

—Nunca dejé de ser tu hermano. Te amo y lo sabes, incluso a cientos de kilómetros de distancia.

Anael se acostó en la colchoneta y comenzó con los abdominales.

—Como sea—dijo agitado—. Igual ahora tengo a mi inspector, a Barud. Las cosas mejoran.

—¿De verdad te gusta ese hombre?

—¿Lo has visto?

—Sí, es caliente como el infierno—Eric reconoció—, pero es un inspector de la NCA. Son el agua y el aceite.

—Eso es lo más excitante de esto. —Anael se detuvo. Dibujó con sus dedos sobre los chupetones que decoraban su cuerpo, los que Lisandro le dejó la noche anterior cuando lo tomó como nunca—. Eric, ¿te acuerdas del niño con el que me gustaba tomarme fotografías cuando tenía cinco años?

—Sí, estuviste llorando por días cuando se fue y…—Eric hizo un largo silencio, y luego lanzó una carcajada profunda. Anael también rio—. Maldito bastardo ¡Es él! ¡Es ese mocoso!

—¿Sabes qué él también me recordó?

—¿Te das cuenta? El que no cree en el amor tiene una historia más romántica que Bryce y yo juntos.

—¿Amor? —Anael frunció el ceño—. No hay amor, amigo. Eso te lo dejo a ti y al demonio. Los cuentos dulces y los arrumacos. Nosotros somos fuego y me gusta mantenerlo así.

—Claro—Eric no le creyó una palabra—, ponle la etiqueta que quieras. Yo lo sé, tú lo sabes. Esto se llama amor.

Anael observó que un mensaje le llegó, sin cortar la llamada, ingresó al celular.

Buenos días, ¿cómo amaneciste? Lamento no estar allí. Hay algo que me gustaría mostrarte ¿Puedes venir a casa en una hora?

A Anael se le iluminó el rostro, afortunadamente Eric no estaba allí para deleitarse con eso y reírse a carcajadas.

Buenos días para ti también. Estaré ahí.

—Oye, imbécil ¿Sigues ahí? —preguntó Eric.

—Sí, pero ya tengo que irme. Debo ver a Lisandro en una hora.

—Por supuesto, señor «No enamorado». Solo cuídate, ¿sí?

—Igual tú. Salúdame a Felipe.

La comunicación cesó. Anael terminó de elongar y se puso de pie, ¿qué querría Lisandro? Se movió a la ducha y después, se colocó una camisa blanca y un jean. Esa camisa le encantaba, el inspector lo miraba con hambre cada vez que la lucía.

Se peinó con los dedos su cabello ondulado, se puso mucho perfume, ese que era la perdición de Lisandro. Buscó un abrigo. Un saco de paño color marrón chocolate que combinaba con sus zapatos. Asió las llaves y salió del edificio. El tráfico a esa hora

comenzaba a sentirse, así que, llegaría justo a tiempo. Para Lisandro, nunca llegaba tarde.

«¿Te das cuenta que el que no cree en el amor tiene una historia más romántica que la de Bryce y yo juntos».

Anael encendió el motor de su camioneta. Se miró en el espejo retrovisor, pensó en los últimos meses, en el dolor, en la angustia de la soledad, todo lo recorrido hasta llegar a ese momento, y, por primera vez ,tuvo paz en su corazón.

***

Anael se estacionó frente a la casa de Lisandro Bello. La observó desde afuera, una casa de dos pisos de color blanco y un enorme jardín delantero. Uno que ahora estaba cubierto por la nieve. El vecindario estaba en calma, los ojos de Anael fueron hacia todos lados. Frunció el ceño, el auto de Lisandro no estaba. Sacó su celular y leyó el mensaje. Estaba en la hora y lugar correcto.

Atravesó la calle tranquila y golpeó la puerta, la cual, se movió. Estaba abierta, todos los sentidos de Anael se pusieron en alerta, ingresó lentamente con el arma en alto.

—Hola—dijo y se movió por un pasillo repleto de fotos familiares.

Todo estaba en su lugar. Llegó a una sala vacía, la puerta del jardín estaba abierta. Se desplazó hacia allí y la escena con la que se topó, jamás se borraría de su memoria, ni con todos los terapeutas del mundo.

Su corazón empezó a latir como aquella vez, sus manos hormiguearon y temblaron. El aire se fue de sus pulmones. Estaba teniendo un ataque de pánico. Negó una y otra vez, sacudió la cabeza y cayó de rodillas.

El piso de madera comenzó a teñirse de rojo rubí con la sangre de sus enemigos.

—Avancen por el ala oeste —anunció Owen por el transmisor al resto del equipo.

Habían asegurado el perímetro. Resultó fácil cuando de los veinte custodios de Río cinco eran leales a los Callums. Muy pronto las personas que habían estado riendo hacía solo minutos se

transformaron en víctimas de un grupo de mercenarios sin el más mínimo escrúpulo. Habían llegado por tierra. Se retirarían por mar hasta un yate ubicado a algunos kilómetros de la costa. Las personas corrían hacia todos lados y los hombres con sus rifles de asalto derribaban todo lo que se movía. No era una batalla, solo era una masacre. Una vez más, los Callums los habían tomado con la guardia baja, y no desaprovecharían la oportunidad.

Había una gran diferencia entre ser un guerrero y haber nacido para la guerra. Los Callums eran del segundo grupo. Owen lanzó algunos disparos al aire para que todos corrieran y él poder cazarlos. Mayka estaba a varios metros de él. Contempló la escena con estupor. Ella formaba parte de esto. Había aceptado serlo sin importar las razones.

Los Callums destruían y profanaban, pero este trabajo tenía un sabor distinto. Se trataba de poder y dominio. De demostrar de una vez por todas que con ellos no se jugaba. La guerra fría había dado lugar a una hoguera ardiente, donde sus almas se consumirían.

Samantha, Kent y Felicity trataron de huir cuando Silas y Dustin los ametrallaron sin piedad. Los jóvenes cayeron al piso en medio del caos. Río había desaparecido junto a Johana y no había rastros de los mayores, que eran los que importaban. Los únicos que podían poner resistencia frente a un trabajo rápido con un tendal de cadáveres.

—Muévete. —Abel le dio un empujón ante su indecisión, y Mayka reaccionó yendo hacia adelante.

—¡Al suelo! —gritó May, una de las pocas mujeres que los Callums aceptaban en sus filas junto a Mayka. Anael y Eric dispararon agazapados detrás de algunas mesas.

Todos apuntaban hacia allá. Las estatuas empezaron a desmoronarse, igual que las delicadas decoraciones con rosas. Los hombres seguían defendiéndose, y lograron escapar por el pasillo.

—Ve tras ellos —indicó Silas a Abel y May. Estos se movieron hacia la playa en busca de los hermanos.

El corazón de Mayka latió con fuerza, y no se trataba solo de la adrenalina que se liberaba en momentos de tensión. Mayka no quería verlo. No quería verlo morir a él.

Bryce sacó el arma que llevaba entre el cinturón y el pantalón, y corrió a toda velocidad hacia la casa. Se agachó en medio de unas dunas bajas cuando vio salir a la playa a tres figuras muy conocidas.

—Atentos. De seguro andan cerca —dijo Abel mientras todos se deslizaban en la arena como las serpientes que eran, con delicadeza y sigilo.

Bryce se colocó a espaldas sobre el lecho de arena y esperó a que Silas llegara cerca de él. El hombre apuntaba con su rifle cuando Bryce le barrió la pierna y cayó sobre la duna. El arma se deslizó a unos metros de donde estaban. Bryce le cubrió la boca y forcejeó, mientras que los otros dos se alejaban en medio de la oscuridad, que solo era rota por la luna. Los dedos medio y el índice puestos en forma recta fueron directo a la garganta de Silas, y la atravesaron en un abrir y cerrar de ojos. La sangre salpicó el rostro y la camisa nívea de Bryce mientras Silas boqueaba por aire. Lo inmovilizó hasta que dejó de patalear. Le quitó el rifle de asalto y se puso de pie. Bien, si esa noche iba a morir se llevaría a algunos con él. Corrió hacia la parte trasera de la casa, en donde encontró un grupo de diez hombres armados. Raphael Callum estaba entre ellos. Eran demasiados, y Theodor los había hecho proliferar como bacterias, pero Bryce no se desanimó. Corrió hasta las palmeras que cubrían uno de los laterales de la mansión y esperó a que estos se dispersaran.

—¡Los tengo! —exclamó Dustin, que apareció con Eric, a quien arrastraba del pelo.

—La puta madre —maldijo Bryce, y se preparó para disparar.

Uno, dos, tres disparos y varios hombres cayeron. Dustin fue al piso y Eric comenzó a luchar con él. Los puñetazos y patadas iban y venían. Cuando dos hombres más se fueron sobre ellos, Bryce se levantó, salió de su escondite y disparó.

Eric aprovechó la confusión y corrió hacia donde estaba Bryce, y ambos huyeron en medio de una lluvia de balas.

—¿Y Anael?

—No lo sé —contestó Eric. El corazón le golpeteaba el pecho—. Son muchísimos.

—Hay que buscar a los demás. —Bryce le dio un golpe en el brazo e intentó avanzar cuando Eric lo frenó.

—Ella está aquí. Es uno de los asesinos.

Bryce tragó saliva y asintió.

—No me sorprende. Al fin y al cabo, ella protegerá a su familia —replicó—, y yo haré hasta lo imposible para proteger la mía.

Eric se quedó sin palabras. Bryce lo alentó a continuar y buscar a los demás miembros de la familia. Atravesaron el salón vacío, con un tendal de muertos, entre ellos sus hermanos menores. Bryce tomó entre sus brazos a Kent. Un hilo de sangre salía de su boca. Sus ojos grises estaban muy abiertos, vacíos.

—Solo eran unos niños. —Eric estaba abatido—. No tienen derecho.

Bryce sostuvo entre sus manos el arma y se puso de pie.

—Vamos por esos hijos de puta. Asegúrate de que no quede ni uno vivo.

Sostuvieron las armas y corrieron hacia el interior de la mansión, en donde los disparos continuaban. Anael estaba atrincherado en el pasillo que unía la sala a la cocina. Las ametralladoras molían las paredes de paredes de madera mientras el hombre se mantenía detrás de una de las columnas de yeso. Se levantó y disparó varias veces, hasta que su pistola quedó seca.

—¡Maldición! —Anael sabía que era cuestión de tiempo.

Las carcajadas y silbidos de burla resonaron en el estrecho pasillo. Sariel, otro de los Callums, y su grupo ingresaron a la cocina, que era el último bastión que le quedaba al ángel en la planta baja.

—¿Hay un lindo gatito aquí? —cuestionó con voz burlona.

Anael cerró los ojos y esperó el momento.

Más disparos, un sonido estrangulado, unos pasos y su mundo volvió a tener color. Eric apareció a su lado, mientras que Bryce ahorcaba a Sariel, y este luchaba por zafarse del agarre. Un crujido seco, los ojos desorbitados y un cuerpo lánguido. El demonio arrojó al hombre con el cuello destrozado al piso.

Anael los abrazó y se movieron hacia la planta alta.

—¿Algún sobreviviente?

—Han asesinado a la mayoría —respondió Anael a Bryce.

—Nuestros hermanos…

—Lo sé —dijo Anael con un hilo de voz—. Vi cuando los ejecutaron.

Corrieron por las escaleras cuando los disparos cerca de sus pies les revelaron que los habían descubierto. Saltaron hacia los costados. Eric se sostuvo del lateral de la estructura de madera mientras Bryce y Anael cayeron a planta baja.

Owen disparó a mansalva. Abrió un surco en la madera. Las astillas y los pedazos volaban hacia todos lados. Entretanto, Eric se balanceaba en ella.

—¡Salta! —gritó Bryce, y apuntó al bastardo que tenía dos rifles de asalto, uno en cada mano.

Eric se balanceó por última vez y cayó sobre un sofá, el cual volteó y rodó por el suelo. No podrían subir por allí. Eso solo les dejaba una oportunidad: la parte trasera de la mansión a través de la escalera de servicios.

En su marcha se toparon con Abel y May. Se quedaron estáticos frente a ellos cuando Abel sonrió y abrió la mano. En ella tenía el anillo de bodas de su madre.

—Tu padre es un inútil, Morgan. Al parecer, nunca puede cuidar de las mujeres. Por eso lo abandonan.

Era el padre de Mayka, el padre de su amor, y en ese momento el fuego ardió en Bryce como nunca lo había hecho. Dio un grito de guerra y se abalanzó sobre el tipo. May quiso disparar, pero Eric y Anael fueron más rápidos. La mujer huyó en medio de las balas.

Bryce tenía a Abel en el piso. Lo sostuvo del cuello mientras se enfocaba en esos ojos negros que aborrecía.

—Es tu culpa, hijo de puta —pronunció Bryce con los dientes apretados—. Todo esto es tu maldita culpa.

La cabeza dio contra la madera una y otra vez. Cada vez con más fuerza. El rojo pintó la superficie a medida que el cráneo de Abel se molía bajo las garras del demonio. Eric fue quien sostuvo a su hermano y lo obligó a ponerse de pie cuando ya había hecho añicos al enemigo. El apuesto rostro de Abel solo era un cúmulo de sangre, huesos expuestos y ojos desorbitados. Eric le dio una bofetada para que volviera en sí. Bryce respiró y miró a sus dos hermanos.

—Aquí nos separamos.

—¿Qué? —indagó Eric, que todavía no podía creer que le hubiera pegado a su hermano mayor.

—Váyanse de aquí.

—Estás de coña. —Anael negó mientras le quitaba las armas y un cuchillo a Abel.

—No podemos ganar —dijo Bryce, y sostuvo a sus hermanos entre sus brazos—. Se terminó. No podemos desaparecer. No voy a darle ese gusto al hijo de puta de Theodor.

—Y nosotros no queremos perderte, así que no vamos a ningún lado.

—Estoy orgulloso de ustedes —susurró con ganas de irse de ahí también. Jamás pensó que el miedo doliera de esa manera—. Largo, ¡es una orden!

Y dicho esto le quitó las armas a Anael y a Eric, y corrió hacia fuera.

Eric quiso seguirlo, pero Anael lo detuvo.

—¿Qué? ¿Lo vas a dejar morir?

—Bryce tiene razón. No podemos dejar que la familia de Río se extinga.

Eric volvió a mirar hacia donde su hermano había ido y dio un suspiro.

—Ni en mis peores pesadillas pensé que mi familia terminaría así.

—Yo tampoco —replicó Anael—, pero la realidad es una sola, y no la podemos cambiar.

La esposa de Lisandro y sus dos pequeñas yacían muertas en el piso de concreto. La sangre se deslizaba hacia el jardín y humedecía la escasa hierba cubierta por la nieve, que ahora se derretía al calor del tibio sol de invierno. Anael revisó a las niñas y tocó su pulso. Sus ojitos grandes, pupilas dilatadas y las lágrimas bañaron el rostro de Anael, entonces escuchó un gemido lastimero. Su vista fue hacia Verónica, quien apenas tenía fuerza para levantar su brazo. Anael se arrastró hacia ella y le sostuvo su cabeza. Su ropa comenzó a teñirse de rojo.

—Háblame—dijo con un hilo de voz—¿Dónde está Lisandro? ¿Quién hizo esto? —La mujer abrió la boca, pero la sangre no dejaba de fluir. Balbuceó algo, Anael no lo entendió. —Por favor, dime quién fue—Más balbuceos y, de repente, se detuvieron. La mirada vacía. Anael gritó.—No, dime, ¡maldita sea! ¡Dime! —.Anael dio un grito desgarrador. Se puso de pie y un golpe seco lo arrojó al piso.

El asesino había estado allí, en su desesperación bajó la guardia. Los ojos de Anael se cerraron, su boca temblaba cuando el bastardo le asestó un nuevo golpe, dejándolo inconsciente.

35 Deuda de sangre

Hay quienes dicen que un hijo te cambia la vida. No obstante, el dolor de perderlo después de haberlo tenido entre tus brazos ni siquiera es imaginable. Hubiera preferido que me desmembraran en mil partes antes de ver a mis niñas bañadas en sangre. Arropé sus diminutos cuerpos con mi calor y lloré desconsoladamente. Lloré mientras mis compañeros luchaban por apartarme, por darme un consuelo inútil y vacío. Nadie entendía este dolor inenarrable, nadie lo comprendería, excepto los que atravesaron lo mismo.

«Les prometo que siempre las cuidaré».

Ya no habría cumpleaños, ya no habría abrazos, ya no habría tareas de escuela, ni risas mientras jugábamos. Solo me quedará el vacío, un hueco en aquel sitio donde alguna vez, latió un corazón. Ellas me querían, yo las amé tanto como mis fuerzas lo permitieron. Me gustaría pensar que ellas supieron y que sus almas no se arrepintieron de haberme elegido su papá. Sus vocecitas nunca se irían de mi cabeza, jamás permitiría que me arrebataran ese recuerdo de la memoria. Siempre serían pequeñas, felices, llenas de vida.

La vida era una perra, una muy cruel. Me había dejado sin armas, completamente entregado al dolor y a la pérdida.

«Encontraron al asesino».

Hubiera preferido que no lo hicieran. Hubiera preferido que huyera porque ahora yo debía hacer justicia y no había justicia posible, no cuando el hombre sentado detrás del cristal de la sala de interrogatorios es al que le entregaste tu corazón luego de la angustia, es el que te dijo que todo estaría bien.

—Es un criminal, Lisandro. Las mentiras son su modo de vida, pero te darás cuenta tarde de lo que te estoy advirtiendo.

—No voy a separarme de él, porque me gusta. Lo conozco y lo quiero.

—Es una mierda. Un asesino a sueldo, ¿piensas que le importa algo más que el dinero?

—¿Qué quieres lograr con esto?

—En tu afán por demostrar tu valía, te has metido en la boca del lobo. Eso tiene un precio.

No quise darle la razón a Gerald. Anael Morgan era un criminal, pero jamás creí que podría hacerme esto a mí, todavía no lo creo. Sigo esperando un milagro.

—Tenemos sus celulares—dijo Lucy Reynolds—. Hay conversaciones con Dima Stoickov y Walter Kayne. Las cámaras en la parte frontal de tu casa lo muestran ingresando a la propiedad a la hora del hecho.

Anael tenía las manos en la cara y no paraba de llorar. La mujer a mi lado se quedó en silencio ¿Qué había que decir? Mi juicio se nubló, confié en la persona equivocada y lo perdí todo.

«Él no haría algo así».

Una vocecita estúpida en mi interior. Una estúpida y esperanzada vocecita que me pedía que entrara en ese cuarto y lo confrontara, entonces lo miraría a esos ojos, respiraría su perfume y todo estaría bien. Mi mundo se ordenaría y mis hijas regresarían a la vida.

Ese pensamiento ni siquiera era un sueño, era una excusa patética, un intento de validación de mi conducta.

—Averigua todo lo que hay en ese celular y prepara un informe—dije con voz gélida. Lucy puso la mano en mi hombro.

—Lo lamento tanto, inspector. No tienes idea.

—No es tu culpa, sino mía. Fui yo quien se descuidó, que confió en un lobo vestido de cordero como dice mi hermano. Míralo por un segundo, ¿quién no caería? Inocente, bueno, simpático, terriblemente atractivo, casi como un ángel, ¿verdad?

Estaba tan furioso. La ira me consumía, el dolor gritaba en mi pecho, pero la rabia era un poder mayor, un Leviatán que despierta después de años de letargo. Tenía al asesino de mis hijas detrás de ese cristal. Debía enfocarme en eso.

Se escucharon pasos, observé al hombre a mi lado con rostro pétreo. Lucy bajó la mirada, Gerald siempre la ponía nerviosa.

—Seguiré averiguando—dijo Lucy.

—Gracias.

Luego de pronunciar esas palabras me quedé en silencio. Gerald tenía las manos en su abrigo grueso de lana. Sus ojos fueron hacia mí y noté, por primera vez, humanidad.

—Lo lamento tanto, Lisandro. No sé si vas a creerme después de todo lo que sucedió, pero jamás pensé que…

—Tenías razón. —La voz se me quebró, desconocía qué fuerza me mantenía en pie. Mi alma se rompió en mil pedazos, los pocos que todavía quedaban unidos se molieron y nunca más se reconstruiría. Mis niñas, mis pequeñas, Verónica y Anael Morgan, todos estaban muertos ante mí—¿Qué encontraste?

Gerald se encogió de hombros.

—Nada en realidad. Jura una y otra vez que tú le enviaste un mensaje y por eso fue. Niega ser el autor de los asesinatos.

Anael todavía tenía las manos y la camisa manchadas de sangre, la sangre de mis bebés. Fruncí los labios para no llorar, me estaba desmoronando.

—No puedo enfrentarlo ahora, yo…

Gerald me abrazó y se lo permití. A mi hermano traidor, el que me había clavado un puñal, se lo permití, porque no podía solo, no esta vez.

—Sé que amabas a esas niñas. Nunca lo podría haber hecho como tú. —Las lágrimas corrieron por el rostro de Gerald—. Me haré cargo de esto, Lisandro. Te juro que Anael Morgan va a sufrir el peor de los infiernos. Te doy mi palabra.

—No.—Me aparté—. Quiero ser yo quien lo acuse formalmente, él me debe. Tiene una deuda de sangre conmigo y la voy a cobrar. Este hijo de puta no volverá a ver la luz del sol.

Gerald puso las manos en mis hombros.

—Estoy contigo. Encontraremos las pruebas necesarias y se las daremos al fiscal. Anael Morgan no tiene escapatoria, ni con todo el dinero de los Callums. —Mi rostro volvió a la ventana de cristal al

hombre que se secó las lágrimas, sin entender todavía la magnitud de lo que le esperaba—. Te enamoraste de él, ¿verdad?

La pregunta golpeó mi corazón apesadumbrado.

—Sí, pero ya terminó—dije convencido de que no había marcha atrás—¿Quién es el abogado defensor?

Gerald sonrió y negó.

—¿Quién crees?

***

Anael se observó sus manos manchadas de sangre. A esa altura, su rostro también estaría embadurnado en ese líquido. La sangre de Maggie, Janet, la sangre de Verónica. Cerró los ojos y los abrió, una y otra vez, queriendo despertar de esta pesadilla, queriendo despertar del inmenso dolor. Lisandro no había aparecido. Anael pensó en cómo estaría y solo anhelaba abrazarlo, besarlo, decirle que todo lo que hablaban era mentira, pero ¿acaso le creería?

«Tiene que hacerlo».

Habían compartido tantas cosas, Anael lo sentía como parte de él. La noche anterior lo tuvo en sus brazos, rio con él, gimió debajo de su agarre ¿Cómo era posible que el destino se tornara tan funesto en tan pocas horas?

Tenía un nudo en el estómago que lo orillaba a las náuseas a cada instante. La imagen de los pequeños cuerpos ensangrentados no abandonaba su retina, seguía ahí. Los sonidos agonizantes de Verónica, queriendo decir una verdad que nunca salió de sus labios.

La puerta se abrió y la mujer de traje negro impoluta ingresó. Llevaba el cabello suelto, un suave maquillaje, sus ojos celestes grisáceos más brillantes que nunca. Anael la observó, contuvo el llanto y miró a un costado.

La mujer cerró la puerta despacio detrás de ella. Sus tacones resonaron en el piso. Fue hacia su lado y se sentó.

—Sea lo que sea que estén diciendo allá afuera, es mentira.

Mayka frunció el ceño.

—¿Crees que estaría aquí si supiera que eres culpable? Tú jamás le harías daño a niños inocentes, Anael Morgan. Eres demasiado

sensible para eso, aunque siempre te las des de duro.

Anael dejó que las lágrimas fluyeran. Asió su rostro entre las manos y lloró de nuevo. Mayka se levantó y lo abrazó, entretanto, el enorme hombre continuaba en la silla.

—Sea lo que sea, lo averiguaremos. No voy a rendirme, Anael, y espero que tú tampoco lo hagas.

—¿Tus hijos?

—Mis bebés tienen a su papá que está más firme y convencido que nunca. Preocúpate por ti, por mantenerte estable y no perder la cordura. —Mayka lo tomó del rostro—.Vas a contarme desde el minuto cero qué sucedió.

Anael lo hizo, repitió cada secuencia desde el mensaje hasta el encuentro con los tres cuerpos en el suelo, el intento de Verónica por hablar y el golpe en la cabeza. Mayka tomaba notas. Dio un suspiro profundo.

—Hasta ahora tenemos pericias en el teléfono donde no encontraron ningún mensaje de Lisandro, pero sí mensajes tuyos con Kayne y Dima Stoickov.

—Eso es imposible.

—Lo sé. —Mayka seguía tomando notas—. Voy a ordenar una nueva verificación de los metadatos, debo probar que hubo alteración de ellos, también se observa en la cámara de entrada de su casa tu ingreso y el de nadie más.

—Tienen un jardín trasero abierto. Pudieron entrar por allí.

Mayka asintió.

—Hay una orden de captura contra Dima Stoickov, pero, por el momento, se encuentra desaparecido. Tendremos una indagatoria con el fiscal Devon Zegler.

—¿Lo conoces?

—Sí y es el peor hijo de puta que nos podría haber tocado. —Mayka se lamentó—. Cuando se obsesiona con alguien no para hasta destruirlo.

—Estoy jodido.

—Hay pruebas en tu contra—dijo Mayka—. No voy a mentirte y decir que esto es fácil, pero no importa cuánto tiempo me lleve. Yo no me rindo, los Callums no hacemos eso.

Anael rio ante la ironía.

—Un Callum defendiéndome ¿Quién lo habría imaginado?

—Estás acostumbrado a tener a los Callums destruyéndote, ahora déjame equilibrar la balanza, al menos un poco.

Anael tragó saliva.

—¿Has visto al inspector Bello?

Mayka negó.

—Nada solo sé que él y su hermano están a cargo de la investigación. Carajo, no sé cómo puede mantenerse en pie. —La mujer dio un suspiro—. Anael, el hombre con el que vas a encontrarte ya no es tu amante, es un padre que cree que asesinaste a sus hijas. Será brutal.

—No puede creer eso—rogó con desesperación—. Me conoce.

—¿Te conoce? —Mayka rio—.Anael, para Lisandro Bello, eres un criminal, siempre lo fuiste. Se suavizó y sí, quizás sintió algo, pero las personas como él no nos ven como otra cosa, aunque ese pasado ya no sea nuestro y no nos identifiquemos con esa versión. —Mayka le acarició el brazo—. Quiero que pienses en ti, en nadie más.

—Lisandro me necesita. —La voz de Anael se entrecortó—. Perdió a sus dos tesoros.

Mayka no quería llorar, pero Anael le ponía el trabajo muy difícil.

—Lo lamento.

Anael negó.

—Jamás pensé que dolería tanto. —Anael hizo una pausa—. Esto que siento en el pecho sabiendo que se ha ido, sabiendo que lo he perdido.

—Amor—dijo Mayka con los ojos brillantes—, es amor.

—No—Anael negó confundido—, no puede ser.

—Sí, Ángel. Se llama amor y te duele porque es la primera vez que termina, porque sientes que no merecías este final, pero el maldito mundo no va de merecer, sino de vivir y seguir adelante.

—Si él lo cree me está traicionando—replicó Anael.

—Es un hombre de ley, Anael. No le puedes pedir que niegue lo que está frente a sus ojos, porque lo que tiene delante de él es llamativo, ruidoso y luce como una verdad implacable. Esto dejó de

ser acerca de corazones rotos desde el momento en que las pruebas aparecieron. Por favor te lo pido Anael, no pienses en Lisandro, no te tortures porque el hombre que conociste ya no existe y no regresará.

36 Cara a cara

La mesa de la sala estaba llena de expedientes. Bryce le daba el biberón a Leah mientras Mayka tenía a Wesley en brazos y leía. Bryce puso a su pequeña sobre su pecho y le dio golpecitos sobre su espaldita, con suavidad.

La culpabilidad de Anael Morgan era un hecho, avanzaba a pasos agigantados. La prensa había filtrado su foto y lo estaban haciendo pedazos. Estaba en una celda con guardia las veinticuatro horas. Un asesino de niños, de solo pensar su destino a Mayka y Bryce se les erizó la piel.

—Llamé a Dominic hace un rato—dijo Mayka mientras su bebé jugaba con un bolígrafo—. Le envié todo lo que tenemos. Me dice que pida una revisión de las pruebas por un canal externo, pero, hasta ahora, la solicitud no la han tenido en cuenta. Se empeñan en que él es el culpable, a nadie le importa saber la verdad.

—Fue una venganza de Dima por haber destruido su negocio, pero estoy seguro de que no lo hizo solo, alguien lo ayudó.

—Todos sus aliados estaban muertos.

—Mayka, sabes tan bien como yo que esos hombres nunca se quedan solos, no mientras tengan dinero y puedan comprar favores.

—Necesito pruebas que avalen lo que estamos diciendo. Hasta ahora solo tengo mierda. —La mujer se puso de pie con su bebé en brazos. Su esposo se acercó y la besó. Ella recibió ese beso, porque lo necesitaba más que nunca—. Estoy oxidada, no tengo la agudeza mental necesaria para esto.

—La tienes. —Bryce la alentó—. Solo necesitas entrar en práctica.

—Ruego que Dominic encuentre un ángulo diferente.

—¿Qué hay de los vecinos?

Mayka negó.

—Casi nadie estaba en casa, sino en sus trabajos. Los pocos que estaban no vieron, ni escucharon nada sospechoso.

—Todo parece simple, demasiado incriminatorio—señaló Bryce—, de hecho, me parece una falta de respeto que piensen que un criminal profesional actuaría de una manera tan burda.

—Lo es.—Mayka escupió con rabia—. Manchas de sangre, sus huellas por todos lados.

—¿Qué hay del arma?

—No la han encontrado. Piensan que Anael la escondió, pero, de todos modos, tienen mucho más para demandarlo. No hay forma de que sea culpable, es decir, ninguno asesino profesional cometería esos errores, pero para el fiscal que está cegado y la opinión pública que se ha convertido en una turba con antorchas que solo quieren que encuentren a la bruja, eso es suficiente.

—Necesitan cerrar el caso y darle un culpable a la sociedad.

—Me revuelven el estómago—dijo con repulsión Mayka—. Vídeos de las niñas, tíos, primos llorando, los padres de la mujer. Todos es un circo mediático de veinticuatro horas.

Bryce abrazó a su bebé con más fuerza, impotente ante el destino de su hermano.

—¿Qué hacemos si lo condenan?

—Apelaré—contratacó Mayka—, pero ese hijo de puta no va a ganar. Esto es personal.

Bryce la envolvió con un brazo mientras tenía a su bebé con el otro. Volvió a besarla y Mayka se cobijó en ese hombre que era su hogar.

—Te amo tanto, ¿lo sabías?

Los orbes celestes se enfocaron en el ser increíble que era padre de sus hijos.

—No más que yo, por eso estoy segura de que triunfaremos, tarde o temprano.

***

La pared frente a él tenía marcas, rayas verticales que, de seguro, simbolizaban días que se escurrían entre la soledad y la desesperación. Algunos dibujos, nombres, recuerdos de hombres y,

tal vez ,mujeres que pasaron por allí, antes del último paso, antes de la prisión. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Por qué llegaron allí?

Anael frunció el ceño y se dio cuenta de que jamás pensamos en las personas de esa forma, hasta que nos ponemos en sus zapatos. Escuchó los cerrojos de la puerta de hierro y esta se abrió.

—Tienes visitas. —El hombre lo odiaba. Lo notaba en cada facción y Anael lo entendía. Él se odiaba también en ese momento.

Se dirigió hacia la sala de visitas y, frente a él ,no detrás de un cristal, sino cara a cara, estaba el inspector Bello, su Lisandro, mejor dicho, lo que quedaba de él.

Había bajado de peso. Sus mejillas hundidas y su rostro ceniciento. La vida, en su más cruel expresión, lo había arrojado como madera vieja y seca que arde en el fuego hasta volverse nada.

Anael detuvo a sus piernas, a sus brazos, a todo su cuerpo que quería correr y abrazarlo. Lisandro no estaba allí para reconciliaciones o arrepentimientos. Su postura, su mirada gélida, cada uno de sus gestos contenidos, a punto de desatar la furia.

Anael se sentó frente a él , como la vez que se conocieron, pero ese hombre que recordaba tenía vida en sus ojos, este no.

—Revisaron mi celular a causa de tu versión de que te envié un mensaje.—Lisandro acusó con firmeza—. No encontraron nada ¿No te bastó con quitarme todo que todavía quisiste ponerme como sospechoso?

—Recibí un mensaje tuyo. —La voz de Anael era medida—. Me pediste reunirme contigo en tu casa, dijiste que debías mostrarme algo. Fui allí confiado y encontré el desastre.

—¿Desastre? —El rostro de Lisandro se contorsionó en una mueca psicópata—¿Hablas de mis hijas y su madre muerta? ¿De ese desastre?

—Perdona.—Anael tragó saliva—. Desastre es la primer palabra que vino a mi mente. No porque pretenda menospreciarlas.

—¿Sabes qué palabras vienen a mi mente cada vez que te veo? ¿Cada vez que algún puto recuerdo contigo revolcándome en tu departamento regresa? —Anael se quedó en silencio. Todo en Lisandro destilaba furia—. Asco, repulsión, odio, atrocidad, pero,

sobre todo, vergüenza, por haber permitido a una escoria como tú entrar en mi vida.

—Lisandro— Anael habló con lo que le quedaba de alma y dignidad—, ¿ no ves que es una mentira? ¡Todo tan burdo y armado!

—¿Sabes que es burda? Mi estupidez. Confiar en un asesino, mostrarle dónde vivo para que fuera y matara a mis bebés.

—¡No fui yo! —Anael golpeó la mesa y se levantó—¿Cómo carajo piensas que te haría tanto daño? —Anael negó—¿Qué ganaría yo con la muerte de tus hijas?

—Eres un asesino a sueldo Morgan, así que, dímelo. —Lisandro subió la apuesta—¿Cuánto te pagaron? ¿Cuánto de ese dinero sucio podrás aprovechar?

—Lisandro. —Anael continuó—. Esto es una venganza de Dima por hacerle perder su negocio. Yo no tengo nada que ver, por favor, me tienes que creer ,me tienes…— Anael cerró los ojos—. Nunca te haría daño, Lisandro Bello, no cuando me enseñaste otro mundo, cuando me devolviste la luz.

Lisandro pestañeó, una lágrima cayó y se deslizó por su mejilla.

—Te amaba—dijo sin miedo—. Te amaba tanto que pensaba proponerte que nos mudáramos juntos, incluso cuando tú nunca hablaste de sentimientos. Creía en lo que teníamos, tuve fe en que el universo iba a dejar de castigarme. Resultó que tú fuiste la pena máxima.

Anael negaba con su cabeza, la impotencia volviéndose carne.

—¿Entonces eso es todo? —dijo con lágrimas en los ojos—Te aferras a los supuestos hechos y ni una maldita duda ¿Tan poco valía para ti el supuesto amor que me tenías?

—Los hechos no mienten y los antecedentes tampoco—replicó Lisandro—Tenía que verte por última vez, enfrentarte para cerrar esta etapa. Por eso estoy aquí.

—Por favor, Lisandro.—Anael rogó—. No me dejes ahora, por favor.

—Yo no te abandono, tú te fuiste primero. El fiscal pedirá la cadena perpetua. —Lisandro escupió con odio y satisfacción—. Irás a una de las prisiones de máxima seguridad, pasarás cada día allí pagando tu error. Me aseguraré de que cada escoria de ese lugar

sepa lo que hiciste. No volverás a dormir tranquilo mientras tengas vida. Voy a asegurarme de que seas el juguete sexual de todos esos bastardos, y que, a cada segundo, recuerdes los rostros de mis bebés y el dolor que ocasionaste. Voy a hacer de tu vida un infierno, Ángel. Lo juro por la memoria de Janet y Maggie.

Algo se rompió en millones de partículas y se cristalizó en el mismo instante. Frío, duro y desolador. Ninguno de los dos hombres volvería a ser como eran.

Las lágrimas bañaban el rostro de Anael, pero se mantuvo firme.

—Recuerda este día, Lisandro bello. Recuerda el día de mi muerte y no te atrevas a llorar cuando la verdad salga a la luz.

—Oh tranquilo, no lloraré. —Lisandro se puso de pie y le dio una sonrisa de desprecio. Ese gesto, ese gesto Anael lo había visto antes —. En cambio, a ti, no te quedarán lágrimas. Te doy mi palabra.

37 La verdad tardía

Cada cosa que amas, es muy probable que la pierdas,
pero el amor volverá, de una forma diferente.
.—Franz Kafka.

Prisión de Wandsworth, Reino Unido.
Dos años después.

Las luces se apagaron esa noche y solo quedaron las de los pasillos. El hedor de sus cuerpos en el verano frente a la escasa posibilidad de duchas, más el aroma a podrido en las celdas hacía que todo fuera nauseabundo. Sentí el cuerpo suave y ligero acomodarse en mi litera.

—Lee Nok, ya te dije que este lugar es demasiado angosto y hace un calor de mierda.

Sentí el rostro suave que acarició el mío. Besó mi mejilla y no lo aparté. Lo había hecho demasiadas veces y él era mi única compañía en este agujero. Lee Nok tenía solo veintiún años cuando llegó aquí un año atrás. El heredero de uno de los grupos mafiosos más importantes de Corea del Sur, amplios contactos con la Yakuza japonesa. Un chivo expiatorio, acusado de tráfico de personas cuando, en realidad, él solo había estado estudiando en Gran Bretaña.

Los ingleses se jactan de su sistema de justicia, de lo perfecto e imparcial, pero la realidad es que la justicia nunca es perfecta y tampoco imparcial, de lo contrario, ninguno de los dos estaría aquí.

—¿Tu abogada vino a verte? ¿Tiene novedades?

—Ninguna , creo que todos sabemos cómo termina esta historia— dije con tristeza. Lee Nok tragó saliva, sentí sus latidos.

—¿Alguna vez él vino a visitarte?

Me reí, me pareció tan gracioso la manera en que evitaba nombrarlo.

«Lisandro Callum».

Fue la misma Mayka quien me dijo lo que averiguó, porque sí, también lo había investigado a él. Era hijo de Silas Callum, es por eso que la última vez su rostro contorsionado en ira y desprecio me recordó el pasado. Era igual físicamente a Silas, nunca me percaté hasta ese instante.

Lee Nok me acarició el cabello y aspiró mi aroma. Me estremecí, siempre lo hacía, cada vez que él actuaba de esa manera. El pobre no tenía la culpa, mi mente me jugaba malas pasadas. veintidós horas encerrado entre la mugre y la mierda me llevaban a eso. Me llevaban a aferrarme al pasado, incluso a lo peor.

Mi perfume se había ido hacía mucho tiempo, la realidad es que ya no olía a nada porque ni siquiera era yo. Estaba purgando una pena por un crimen que no cometí. Intentaron abusar de mí, asesinarme, golpearme. Era lo más bajo que existía en esta prisión ,y, aun así, había sobrevivido.

Nunca olvidaré una de las peleas. Eran seis tipos que se creían malos, pues yo le mostré la diferencia entre un perro callejero y un rottweiler. La mirada de terror de Lee Nok cuando les grité a todos si alguno se atrevía a enfrentarme, si alguno se atrevía a desafiarme. Supongo que todos temieron ser contagiados por mi locura, porque lo estaba, estaba totalmente loco, lo sigo estando.

—¿Puedo preguntarte algo? —Estaba prohibido hablar a esa hora, pero qué mierda ¿Qué nos iban a hacer?

—Lo mismo la harás, así que, adelante.

—¿Cómo era él?

Aguanté una carcajada, Lee Nok no se cansaba de preguntarme acerca de ese imbécil.

—Un hijo de puta traidor. Te lo dije mil veces.

—No. —Lee Nok corrigió—¿Cómo era antes de eso? Antes de que todo se perdiera.

Mi mano aprisionó el costado de su cadera con más fuerza y dibujé una sonrisa involuntaria. De repente, las lágrimas, esas que

dejaba correr cada vez que pensaba en los últimos dos años, se deslizaron a los costados de mis ojos. Ese era el estado en el que Lisandro Callum me dejó.

—Era altanero, pero con una dosis de humildad, racional, estructurado, sabía cómo llegar a mí incluso sin palabras. —Hice una pausa—. Él era hermoso, ejercía en mí una atracción inexorable. Una droga, lo fue desde el primer segundo en que nuestros ojos se encontraron, fue recordar lo que fuimos de niños y continuarlo como adultos. A su lado me sentí capaz de todo. Recobré el sentido de la vida, me sentí en paz, me sentí acompañado y ese fue mi error. Siempre dependí de alguien. Él se convirtió en mi ancla y yo me sostuve hasta que me estrellé.

—¿Crees que aquello que te prometió fue verdad? ¿Cuando te amenazó?

—Todos en esta prisión sabían lo que supuestamente hice. Así que, no dudo en que se encargó de difundirlo. Si él no podía matarme, alguien más lo haría, si él no podía torturarme, encontraría a un tipo que cumpliera su deseo. Una lástima—dibujé una enorme sonrisa—, porque ninguno de estos bastardos da la talla.

Acaricié el cabello de Lee Nok.

«Tu perra».

Es así como se referían a él, pero Lee Nok jamás se defendió, debía dejar que ellos lo pensaran, que era mi propiedad, aunque jamás le toqué un pelo. No soy de ese tipo de hombre, nunca haría daño de ese modo. Sin embargo, creo que Lee Nok amaría que me aprovechase de él.

—Me gustaría conocerlo—dijo Lee Nok—. Golpearlo de ser posible, por tener lo que yo nunca podré.

Y allí estaba, la conversación que no quería tener, porque lo que menos deseaba era dañar a un ser tan noble y bueno como Kim Lee Nok, alguien que merecía un amor puro e inocente, no un bastardo atrofiado mental y emocionalmente. Lee Nok era bello de maneras que ninguno de nosotros seríamos, por momentos me recordaba a Jesse Callum cuando era toda dulzura e inocencia, una pequeña rosa floreciendo.

Su padre lo había abandonado a su suerte, así que estaba purgando una condena de veinte años en un nido de ratas, con un abogado de oficio al que poco le importaba lo que le sucediera. Yo lo cuidaría mientras estuviera aquí, estaría bajo mi protección, y lo cuidaría incluso de mí mismo, sin embargo, lo que él deseaba, yo no podía entregárselo. Ya no me quedaba nada, ni siquiera deseo sexual.

—Lee Nok, nuestra situación es diferente. Sabes que te quiero, pero ...

—No me amas—dijo definitivo—. No lo has hecho en todo este tiempo, y ya no lo harás.

La punta de mis dedos dibujó el contorno de su cara y sus labios.

Nada me gustaría más que volver a ser el Anael Morgan de antes, el que tenía amigos sexuales y veía el sexo como una necesidad y no un sentimiento, pero eso no iba a ocurrir, y lo peor, lo que me atormentaba era que Lee Nok siguiera atado a mí, a un enamoramiento no correspondido, porque nunca saldríamos de este sitio.

Lee Nok besó mi hombro y apoyó su cabeza en él. Era inútil pedirle peras al olmo.

—Me gustaría vivir una historia de amor como tú viviste, aunque fuera solo una vez.

—No fue una historia de amor, fue una de amantes, o quizás ni siquiera eso.—Lo corregí de inmediato.

Lee Nok dio un profundo suspiro, ambos nos quedamos en silencio en ese instante. Se acurrucó contra mi pecho a pesar del calor sofocante y fui incapaz de apartarlo.

—Si es una historia contigo, jamás me arrepentiría—susurró contra mi oído, y dibujé una nueva sonrisa. Eran segundos de paz, los únicos que valían la pena en toda mi existencia.

38 Recuerda este momento

«Recuerda este día, Lisandro Bello. Recuerda el día de mi muerte y no te atrevas a llorar cuando la verdad salga a la luz».

Lisandro pasó la mano sobre su pecho y lo masajeó, había soñado de nuevo con él esa noche. Los sueños eran cada vez más recurrentes en los últimos meses, como si su mente no entendiera que era un capítulo cerrado, el más crudo de su vida.

Lisandro descendió de su auto y caminó hacia la casa, la cual, había comprado. Había estado viviendo en un departamento de un ambiente en los últimos dos años. La antigua casa se vendió, incluyendo sus muebles. Lisandro solo sacó de allí las fotografías de sus hijas, algunas muñecas, unas pocas prendas de ropa de ellas y sus artículos personales. Lisandro quemó su vida anterior, borró una parte de su existencia para poder seguir existiendo.

Había tenido cinco citas en los últimos dos años, cuatro mujeres y un hombre, una más desastrosa que la otra. Desconfiaba de todo lo que decían o hacían, incluso de la manera de sonreír. Sus antecedentes sentimentales eran una carga muy pesada, una esposa infiel, y un amante asesino de niños, ¿qué podía esperar de la vida después de eso?

Había sido ascendido a inspector en jefe dos años atrás, su hermano Gerald con quien se volvió cercano después de todo el dolor, se retiró de la NCA. Su madre seguía siendo un capítulo cerrado. Lisandro vivía su vida entre el trabajo y el cementerio, todavía les leía cuentos a sus hijas, todavía dormía con sus juguetes, y olía su ropita, buscando que se había desvanecido mucho tiempo atrás.

La vida tenía un ritmo diferente. No había llamadas, nadie lo esperaba en casa, así que, en vez de descansar, se volcó por

completo al trabajo, olvidándose de lo que fue antes de sus hijas, y, sobre todo, antes de él, el hombre que lo destruyó.

«Me aseguraré de que todos sepan quién eres».

Lo hizo, jamás rompió la promesa por el dolor causado. El Fiscal Zegler envió a Anael el «Ángel» Morgan a la peor prisión de Gran Bretaña. Pasaba veintidós horas encerrado, les permitían bañarse una vez al mes y el hedor en las celdas era causal de denuncias de organismos de derechos humanos. No se merecía menos. Gerald no solo se encargó de esparcir los motivos por los que Morgan estaba detenido, sino que, además, como era su costumbre, lo exageró. La población carcelaria lo odiaba. Lisandro pensó en todas las vejaciones que debió haber sufrido a lo largo de esos dos años, el hombre que lo dañó tanto, de seguro ya no existía. Era un muerto en vida y todavía le quedaban décadas para purgar en las mismas condiciones.

Recorrió su flamante hogar. Tenía un enorme jardín con frutales, algo que lo mantendría ocupado durante las horas allí. Era amplia y luminosa, con paredes de un color beige, sobre las que resaltaban muebles antiguos de un marrón oscuro. Se sentó en el sofá en medio de la sala y dio un suspiro. No se sentía como un hogar todavía, pero era un comienzo.

El celular sonó en su bolsillo, Lisandro se percató de que se trataba de su mano derecha.

—Lucy.

—Lisandro—dijo una voz trémula del otro lado—, hay algo que debes saber.

—¿Qué sucede? —Lisandro frunció el ceño.

—Es Barud Sinclair—esgrimió la mujer—. Ha despertado y quiere a alguien de la policía para que lo interroguen. Tiene algo muy importante que decir. La abogada Mayka Callum ya está con él.

Lisandro tensó la mandíbula. Esa hija de puta era un dolor en el culo, llevaba dos años molestando, aunque nada de lo que hacía obtenía resultados a favor de Morgan.

—No te preocupes, iré hacia allí de inmediato.

Lisandro cortó la llamada, se levantó y se dirigió hacia su auto ¿Qué carajo era lo que Sinclair quería decir cuando apenas abría los

ojos?

***

Un séquito de periodistas lo esperaban en la puerta del hospital. La noticia había volado, ¿o es que acaso alguien la difundió? Lisandro negó, esto era obra de su prima Mayka. Increíble que tuvieran algo que ver. Ella defendía a asesinos, él luchaba por encerrarlos.

Negó con rabia y hartazgo, ¿hasta cuándo seguirían con esta farsa? Salió de su auto y la prensa se agolpó sobre él.

Lisandro los apartó como pudo sin decir una palabra. Barud Sinclair solo era un narco caído en desgracia. Ya no tenía peso y muchos menos credibilidad. El hombre se dirigió al interior del hospital, a la habitación de Barud donde ya estaba Mayka Callum junto a Sura y Merim Sinclair. Barud estaba apoyado en el respaldo de la cama, lucía aturdido, pero, aun así, se enfocó en él y lo reconoció al instante.

Mayka Callum lo detuvo.

—Hay nueva evidencia en el caso de Anael Morgan.

Lisandro le dio una mirada de desprecio.

—Ese caso ya fue cerrado.

—Pues pediré su reapertura por nueva evidencia—dijo con firmeza —, tengo a un testigo clave que despertó.

—Un testigo que lo más probable es que presente daño neurológico por lo que…

—Usted es Lisandro Callum—dijo Barud y el inspector frunció el ceño.

—¿Qué le has dicho? —preguntó a Mayka quien estaba cruzada de brazos con cara de pocos amigos.

—Nada—replicó—, ha despertado hace un par de horas, estuvimos afuera y de inmediato pidió ver a la policía. He llegado hace cinco minutos, puedes cotejar con la administración del hospital.

Lisandro negó y se enfocó en Barud. Se acercó a la cama. Los ojos negros del hombre estaban sobre él.

—Tu hermano—dijo sin un mínimo de duda—, tu hermano participó en mi secuestro y me dijo que haría algo de lo cual nunca se olvidarían.

El rostro de Lisandro perdió todo el color.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—Fue él quien apareció y me dijo que tú y Anael arruinaron el negocio de Dima Stoickov y por ello, iban a pagar con sangre.

Lisandro sacudió la cabeza, esto era una locura.

—Es hora de que el lugar quede para ti.

—¿Renuncias?

—Ya es momento. Me dedicaré a mí, a encontrar algo más que muerte.

Su hermano jamás le dejaría el puesto, así como así, ni por todo el dolor del mundo. Gerald siempre fue egoísta, y de pronto se mostró solidario y humano con él, como si de verdad le importara. Lisandro cayendo en una espiral de angustia inenarrable, se aferró a él sin cuestionar.

«Eran también sus hijas».

No, su cerebro bloqueó cualquier cuestionamiento, puede que Gerald no quisiera a sus hijas como él, pero no las odiaba, no sería capaz de una cosa así contra ellas, contra su propio hermano.

—No podemos tomar la declaración hasta que no esté en condiciones de enfrentar preguntas—señaló Lisandro.

—Estoy en plena capacidad para responderte, Callum—dijo Barud con furia en los ojos.

Lisandro dio un suspiro.

—Hablaré con los médicos primero—agregó—, por ahora, nada de declaraciones ni testimonios.

Mayka negó detrás de él. Ya los tenía, pero este bastardo quería detener la verdadera justicia.

Lisandro salió del hospital y se dirigió hacia la oficina. Allí se encontró con Lucy Reynolds, su amiga y mano derecha, la persona en la que más confiaba en la NCA.

—Lucy, quiero que me traigas todos los archivos del caso Morgan —ordenó. Lucy tragó saliva.

—¿Ahora?

—Sí. —Lisandro se quitó la chaqueta—. Prepárame café, voy a trabajar hasta tarde.

39 La caída

Lisandro observó las imágenes de la cámara de seguridad de su antigua casa. Anael Morgan aparecía en ellas. Lucía tranquilo, incluso feliz, ahora contemplaba su rostro sin la pesadez de la angustia que le aplastaba el pecho. Ingresó a la casa de inmediato, aunque en ese ángulo, no se observaba quien abrió la puerta. Bebió un sorbo de café, el cuarto que se preparaba, mientras continuaba indagando.

Un golpecito en la puerta lo sacó de su concentración.

—¿Lucy? —Lisandro frunció el ceño—¿Todavía aquí?—La mujer le dio una sonrisa nerviosa, dio pasos hacia el interior de la oficina. Estaba temblando—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás temblando?

—Inspector.—Su voz se entrecortó—. Hay algo que debí decirle hace mucho tiempo.

Lisandro tragó saliva, su corazón se aceleró.

—Lo que sea, te escucho. —Le dio confianza para seguir.

—Yo…—La mujer se detuvo—. Por Dios, va a odiarme y seguro me enviará a la cárcel por esto, pero quiero que sepa que lo hice por miedo, él encontraría la manera de arruinarme la vida. Yo tengo un esposo y un hijo, ¿entiende? No puedo…

Lisandro estaba a punto de hiperventilar.

—Lucy, habla de una buena vez.

Lágrimas silenciosas corrían por el rostro de la mujer quien continuaba de pie al lado de la puerta, sus manos juntas, como si esperara sentencia y un ápice de clemencia al mismo tiempo.

—Yo verifiqué los metadatos de los celulares del caso Morgan, ¿recuerda? —Esta vez levantó su rostro, de cara a Lisandro, al hombre que confiaba en ella—. En el informe manifesté que encontré conversaciones entre Anael Morgan y Walter Kayne, al igual que con Dima Stoickov.

Lisandro cerró los ojos y se cubrió el rostro. Esto no podía ser verdad.

—Dime que no mentiste.—Fue un ruego—.Dime que no enviamos a un inocente a prisión.

El llanto de Lucy resonó en las paredes.

—El inspector en jefe me dijo que debía alterar el informe, de lo contrario, iba a pasarle algo muy malo a mi familia y nadie me defendería. No tuve opción, Gerald era peligroso y contaba con el apoyo de Stoickov. Era cuestión de tiempo para que mi niño o mi esposo aparecieran muertos. No les importó matar a Maggie y a Janet, ¿qué iba a detenerlos ahora?

—Morgan recibió un mensaje desde mi celular como remarcó una y otra vez—dijo Lisandro. Lucy asintió—. Nada de todo lo que detallaste era verdad.

—Lo lamento tanto.—La mujer no paraba de llorar—. Si pudiera retroceder el tiempo, juro que lo haría.

—No—Lisandro la detuvo—, no me vengas con excusas baratas. Solo estás hablando porque Barud Sinclair despertó y sabes que causó dudas en mí. Estás tratando de salvarte el culo, nada más que eso.

—Por favor, inspector.

—Quedas suspendida hasta nuevo aviso—dijo Lisandro sin mirarla, observando de nuevo la pantalla de la computadora donde aparecía su amante, donde aparecía el hombre al que le arruinó la vida—. Vete ahora mismo. Vacía tu escritorio, vamos a necesitar tu testimonio. Hablaré con el fiscal Zegler para que se reabra la investigación y ponga en libertad a Anael Morgan.

Lucy asintió resignada.

—Nunca quise que las cosas terminaran de este modo.

—No—Lisandro la detuvo—, no todo fue tu culpa, también fue la mía—confesó—. Anael Morgan dijo la verdad todo el tiempo, pero estaba tan bloqueado por la rabia y la venganza que me volví ciego y sordo. Eso no es tu responsabilidad. Con respecto al resto, responderás ante la justicia.

Lucy salió de la oficina llorando. El inspector puso manos a la obra, llamó al fiscal y explicó la situación, pensó en Gerald del cual

llevaba meses sin tener novedades, el bastardo había huido, pero ¿a dónde? Ya se ocuparía de eso después, primero debía encargarse de que Anael saliera de prisión. Sus manos temblaron cuando marcó el número de Mayka Callum.

—Inspector—dijo la mujer con seriedad del otro lado.

—Tenías razón—esgrimió poniéndose de pie y buscando su chaqueta—, la tuviste todo el tiempo.

—¿A qué te refieres? —Mayka tenía más dudas que certezas con esa afirmación.

—Uno de mis peritos falsificó las pruebas relacionadas a las llamadas y mensajes del celular de Anael—explicó—. Acaba de confesarlo.

—Malditos hijos de puta.—Mayka escupió entre dientes—. Todos ustedes deberían pudrirse en el infierno.

—Ya estoy ahí—replicó Lisandro siendo consciente de todo el dolor causado—. Hablé con el fiscal, esto se resolverá de inmediato.

Mayka se quedó en silencio. Lisandro pensó que de seguro estaba asimilando la rabia.

—Concertaré una visita a la prisión de inmediato.

—Iré contigo—dijo Lisandro.

—¿Qué? —Mayka preguntó asqueada—¿Qué mierda vas a hacer tú allí?

—Tengo que verlo.

—¿Quieres morir? —Mayka se rio—. Porque en cuanto te vea, sabrás la enorme diferencia entre tener al «Ángel» Morgan como amante, a tenerlo de adversario.

Lisandro tensó la mandíbula.

—Me arriesgaré entonces.

***

—Morgan, tu abogada te espera.

Anael estaba leyendo un libro junto a Lee Nok cuando el guardiacárcel vino por él. Frunció el ceño. Mayka lo había visitado hacía solo dos días. Su compañero arqueó las cejas.

—Quizás sean buenas noticias.

—¿Tú crees? —Anael bromeó y Lee Nok contuvo una risilla.

—Eso y las vacas vuelan.

La tragedia era tan inmensa que, a esa altura, parecía una broma retorcida y cruel del destino. El hombre se levantó, dos guardias lo esposaron y caminó por el pasillo hasta la sala en donde los reos se reunían con sus abogados. Uno de los guardias abrió la puerta y Anael se paralizó en el umbral. El guardia le dio un empujón para que se moviera. Mayka pasó a vigésimo quinto plano en importancia. Todos sus sentidos estaban en el hombre de traje gris y camisa blanca sin corbata delante de él, el cual, tenía los ojos hinchados.

«Dos años».

Ese era el tiempo en que no lo veía, en que no escuchaba su voz, ni su risa, ni siquiera sus reproches. Los hombres le quitaron las esposas y salieron de la oficina a pedido de Lisandro.

Anael pestañeó y, esta vez, se enfocó en Mayka. Todos seguían sin emitir palabra. La abogada lo abrazó y este correspondió el abrazo de manera automática.

—Apesto—susurró, pero a su cuñada ignoró el comentario.

—Lo logramos, Anael.—Mayka contuvo las lágrimas—.Mañana saldrás de aquí.

Debía ser un sueño, sí seguramente era eso, una ilusión como las que venían a su mente durante los primeros meses de encarcelamiento cuando todavía cultivaba la esperanza, pero ella, como si fuera una planta, se había secado al calor del desierto y el desespero.

—No entiendo—agregó y sus ojos volvieron a Lisandro quien parecía que estaba a punto de gritar de dolor.

—Barud Sinclair despertó.

Anael tragó saliva, se miró las manos.

—¿A qué te refieres? —preguntó a su abogada.

—Gerald Bello es el asesino, no tú. Está conectado con Dima Stoickov. —Fue Lisandro quien respondió, pero Anael se abstuvo de mirarlo.

—Sácalo de aquí, por favor—dijo entredientes a Mayka. La mujer asintió.

—Vete—ordenó a Lisandro, pero este no se movió.

—No me iré.

Las manos de Anael se hicieron puños.

—Vete de aquí o te irá mal.

Sus ojos se encontraron.

—Llevo una vida así, dime, ¿cuál sería la diferencia? —Lisandro desafió—. Abogada, ¿podrías dejarnos a solas?

Mayka comenzó a reír. Tuvo dudas al principio, pero definitivamente era un Callum.

—Estás mal de la cabeza. —La mujer esbozó y se enfocó en Anael —¿Quieres un minuto con él? Cuéntale «animadamente» cómo han sido estos dos años en la cárcel. —Anael asintió a Mayka. Ella le golpeó el brazo—. Les diré a los guardias que bajo ninguna circunstancia ingresen—advirtió—. Última chance, inspector.

Lisandro no se amedrentó. Mayka se humedeció los labios y salió. Cuando la puerta de hierro se cerró detrás de ellos solo quedó un silencio frío y espeso. Ambos continuaban sentados. Las manos de Anael se hicieron puños. El inspector bajó la mirada hacia la mesa metálica.

—No sé cómo arrancar esta conversación. —Su voz se entrecortó —. Ni siquiera merezco tu perdón.

—No lo mereces. —Anael replicó de inmediato—. Dime qué has venido por algo más que redención, porque no te la voy a dar. No voy a perdonarte ni ahora, ni nunca y más vale que a tu cabeza de verga le quede claro, Callum.

Lisandro abrió y cerró la boca, como un pez fuera del agua, como alguien que tenía una soga al cuello, una que él mismo se fabricó con esmero y dedicación.

«Callum».

Había sentido el odio de Anael en cada letra del apellido que pronunció. La verdad estaba expuesta en toda su magnitud.

—No ha habido un día en que no haya pensado en ti.

Anael se rio.

—¿En serio? ¡Qué casualidad! Yo también he pensado en ti—La voz se tornó gélida—. En ti y en Silas Callum, y en lo parecidos que ambos son, en que llevan el mismo sadismo en la sangre, también le he dedicado algunos recuerditos a Dima Stoickov, y ahora, voy a

sumar al hijo de puta de tu hermano. A ese bastardo le voy a cobrar cada segundo que pasé en este agujero.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Lisandro.

—Te imaginaba diferente, más…

—¿Qué? ¿Más violentado? ¿Abusado? ¿Golpeado?

Lisandro contuvo las náuseas, de solo imaginar el infierno por el que pasó.

—Voy a enmendar las cosas—anunció como si fuera una proeza—. Encontraremos a cada uno de los bastardos que te arruinaron la vida y asesinaron a mis hijas.

Anael arqueó una ceja.

—Estimo que dentro de los que arruinaron mi vida te colocas tú en un lugar privilegiado.

—Anael, por favor, lo estoy intentando.

—¿Estás intentando qué? —Anael ladeó su cabeza y lo escrutó— ¿Darme lástima? ¿Provocar emociones en mí? ¿Mover mi corazón? Lisandro, tú moriste el día en que te rogué que me creyeras y no lo hiciste. Yo no resucito muertos, así que estás en el lugar equivocado.

—Te amaba—Lisandro confesó como aquella vez—, aun te amo.

—Si esta es tu forma de amar, no la quiero. —Anael se puso de pie —. Sal de mi vista.

Lisandro también se levantó, dio pasos rápidos hacia Anael y lo besó. Sus labios chocando desesperados, mordiendo, Anael abrió los ojos con sorpresa, le dio un empujón tan fuerte que lo arrojó sobre la mesa y, desde allí, cayó al suelo. Se limpió la boca con la mano y fue hacia el hombre en el suelo.

Anael lo observó, y cada dolor se cristalizó en furia. Las patadas cayeron sobre el inspector, incapaz de incorporarse o preparado para recibir la sentencia. Uno, dos, tres patadas, Lisandro se contrajo de dolor. Anael lo levantó, lo agarró de la impoluta camisa blanca y le dio un cabezazo. El párpado derecho recibió un corte y la sangre, como un torrente, se desbordó. Lisandro retrocedió, adolorido y mareado, pero el «Ángel» Morgan no lo dejaría librarse tan fácilmente. Lo arrojó sobre la puerta metálica con tanta fuerza que hizo un estruendo. Lisandro gimió de dolor en el piso, Anael parecía una bestia fuera de sí. Se agachó a su lado.

—Todos los bastardos que enviaste para abusarme o asesinarme a lo largo de estos años terminaron como tú en este momento. A mí nadie me toca, a mí nadie me hace daño y vive para contarlo.

Lisandro se arrastró hacia la silla, se afirmó en ella y pudo ponerse de pie. Se sentó, y respiró. Su cara ensangrentada, su camisa cubierta de rojo.

Anael se arregló su uniforme carcelario, y golpeó la puerta. Un par de guardias ingresaron junto con Mayka. Los mismos fueron hacia el inspector, sin embargo, este los apartó. Anael le dio una última mirada, y luego a su abogada que tenía el rostro serio.

—Debo pedirte un favor más, Mayka. Uno muy importante.

Mayka frunció el ceño.

—¿De qué trata?

—Quiero hablarte de Kim Lee Nok, mi compañero de celda.

40 Furia

Londres, Gran Bretaña.
Dos días después.

Bryce sonrió al ver a Mayka por enésima vez en la televisión, cada medio de comunicación se hizo eco de lo ocurrido. De la falsa acusación, de las pruebas fabricadas. Anael no aparecía, le faltaban ganas de salir a explicar lo obvio, lo que nadie quiso encontrar.

Salió de esa prisión con Kim Lee Nok abrazado a él. Mayka fue quien movió los hilos para que la luz llegara a ese pobre muchacho que era tan víctima como su cuñado.

—¿Crees que es su amante? —preguntó Bryce a Mayka mientras estaban abrazados en su cama.

—No, ese muchacho no tiene lo suficiente para lidiar con Anael Morgan, además, puede que lo haya dejado como tomate, pero él sigue enganchado al inspector.

Mayka era más perceptiva que él, notaba cosas que Bryce pasaba por alto en cuanto a las emociones.

—¡Papá! —Wesley lo llamó y lo sacó del trance. Mayka estaba cocinando, Anael tenía en brazos a Leah, entretanto su hermanito jugaba sobre la alfombra.

La pequeña había puesto sus manitos en su rostro, Anael adhirió su frente a la pequeña y lloró esa tarde, lloró por lo perdido, por el hombre que era y murió, por los dos años de dolor y por la vida que todavía le quedaba.

—Deberías haber traído a tu amigo—señaló Bryce y Anael negó.

—Lee Nok prefería quedarse en el departamento. No asimila que todo haya terminado.

—¿Y tú?

—No lo sé—Anael acarició a su sobrina—, quiero venganza, Bryce, más que nunca. Barud ansía lo mismo.

—¿Lo viste?

—Fue lo primero que hice. Lloramos como dos bebés—Anael se rio —. Carajo, Stoickov y Gerald Bello nos deben muchas, demasiadas.

—¿Qué harás? —indagó Bryce, sabiendo que su hermano no se quedaría de brazos cruzados.

—No lo sé todavía, pero si estos esperan que los deje vivir en paz, están muy equivocados. —Leah aplaudió. Anael y Bryce rieron— ¿Qué pasa, princesa? ¿Estás de acuerdo con que destruyamos a esa gente?

—No es la mejor genética la que le dimos—dijo Bryce con dolor—. La unión de una Callum y un Morgan.

—Es perfecta—replicó Anael—. Bella, letal e inquebrantable, ¿qué más necesita para moverse en la vida?

Bryce asió en brazos a Wesley quien se frotaba los ojitos por el sueño. El hombre lo apoyó sobre su pecho.

—No han venido a un mundo amigable, me da tanto miedo pensar que alguien puede hacerles daño. —Bryce se detuvo en su hermano —. Sé que aborreces a Lisandro en este momento, pero el dolor que debe sentir es inimaginable, no hay nada comparable al dolor de perder a un hijo, Anael.

Anael asintió.

—Puedo entender su dolor—dijo sin rabia—, lo que soy incapaz de comprender fue su talento para negarme el beneficio de la duda, para intentar borrarme de la faz de la tierra y convertirme en un vestigio de ser humano, en un fantasma. Eso es lo que me sigue doliendo, incluso después de haberlo molido a golpes.

La cena se sintió extraña, Anael necesitaría más que risas y buenos deseos para dejar atrás los fantasmas. El aroma del estofado le hizo agua la boca, ¿hacía cuánto no probaba algo así? Lo devoró, comió con voracidad antes de darse cuenta de que ya no estaba en la prisión, que las personas a su alrededor no lo lastimarían.

Anael miraba por encima de su hombro todo el tiempo, las pesadillas seguían ahí, incluso después del enfrentamiento con Lisandro.

—Necesitas terapia.

—Puedo resolverlo solo.

—No puedes, yo también lo pensé, pero es demasiado para cualquiera.

De seguro Bryce tenía razón. La primera noche fuera de la prisión se sintió extraña, tener el cuerpo de Lee Nok en su cómoda cama, sentir su perfume, su verdadero aroma, lejos del hedor y la podredumbre. El muchacho todavía continuaba escabulléndose para acurrucarse a su lado. Todavía lloraba en sus sueños, todavía llamaba a su madre, a su familia, a la misma que lo abandonó a su suerte. Kim Lee Nok jamás sobreviviría en la mafia.

Estacionó su camioneta frente a su edificio. Acarició el volante, el cuero endurecido. Dio un suspiro y descendió. Cruzó la calle y observó al imponente hombre en la puerta. Caminó con lentitud, el tipo había encendido un cigarrillo.

—Pensé que ya no fumabas, lo habías dejado cuando te conocí.

Lisandro, con su rostro cubierto de apósitos, levantó la mano con el cigarrillo.

—Hay adicciones que a uno lo llaman, incluso cuando busca escapar de ellas.

Anael arqueó una ceja. Linda analogía.

—¿Qué buscas, inspector?

Lisandro se humedeció los labios, arrojó el cigarrillo a un lado y metió sus manos en los bolsillos.

—¿Puedo hablar contigo?

—Creo que ya lo hicimos. —Las comisuras de los labios de Anael se elevaron—. No creo que estés en condiciones de recibir una charla más.

Lisandro asintió.

—Tu amante me dijo que no estabas—explicó—. Le dije que te esperaría afuera, y me cerró la puerta en la cara.

Anael rio. Sí, ese era Lee Nok.

—No alcanzo a comprender porque le caes tan mal a Lee Nok, digo. Después de todo, lo único que hiciste fue dejarme pudrir en prisión. —Se mofó—. De igual modo, ¿qué es lo que buscas?

—La Interpol intervino—agregó—. Gerald y Dima son buscados en todos los países.

Anael frunció el ceño.

—¿Tienes alguna pista?

—No de Stoickov, pero sí de Gerald—agregó—. Está en Hong Kong.

Anael se quedó en ese hombre, en lo que significó para él, en las esperanzas que puso, en lo maravilloso que parecía.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Gerald me debe a mis hijas—dijo con la misma rabia de dos años atrás—. A ti te debe dos años en prisión por un crimen que cometió él.

El hombre negó.

—Lo que haga, lo haré solo—respondió porque intuía hacia donde iba la conversación—. No confío en ti.

Lisandro lo asió de la chaqueta cuando intentó esquivarlo.

—Te guste o no podemos ayudarnos—explicó—. Solo escucha mi propuesta. Si no estás de acuerdo, te prometo que no volverás a saber nada de mí.

Sus rostros a centímetros, Anael bajó su mirada hacia los labios partidos. Se humedeció los propios. Mierda, esto estaba mal.

—Pasa—dijo con sequedad—, tienes diez minutos.

El inspector lo siguió, subieron el ascensor, uno al lado del otro, solo sus respiraciones cortaban el silencio cruel. Anael recordó la primera vez que Lisandro fue a su departamento, se aclaró su garganta antes de que se formara un nudo allí.

Anael colocó la llave e ingresó. Había música muy suave sonando.

—Nok, estoy aquí—avisó. Lisandro ingresó y se percató que cada cosa estaba en el lugar que él recordaba. La enorme pared con las imágenes, aunque ahora faltaban algunas fotografías.

Fue hacía allí y vio el espacio donde había estado la imagen de ambos cuando eran niños.

«Pareces un angelito».

Las lágrimas se deslizaron por el rostro magullado.

—Ángel—Lee Nok apareció—, vino el imbécil del inspector y…—Sus ojos se abrieron al máximo cuando advirtió su presencia—. Ya te

lo encontraste.

Lisandro se secó las lágrimas, Lee Nok frunció el ceño al notar la profunda tristeza en su rostro. Anael lo ignoró, su atención estaba en su amigo.

—Sí, hermoso—Anael le besó la sien—¿Cenaste?

—Sí, pedí una pizza a domicilio.

—Eso suena muy nutritivo. —Se burló.

—Pues te dije que era lo primero que iba a comer si alguna vez salía de prisión.

Ambos rieron, Anael, esta vez, se enfocó en Lisandro que lo observaba con infinita congoja.

«Se lo merece, no estás haciendo nada malo».

Anael se dijo a sí mismo, entonces, ¿por qué le dolía?

—Tengo que hablar algo con el inspector—señaló.

—No hay problema, tengo sueño de todos modos—agregó Lee Nok quien observó al inspector—. Buenas noches.

Lisandro asintió, porque ninguna palabra parecía salir. Lee Nok se marchó, Lisandro notó que el muchacho se dirigió al cuarto de Anael. Era la confirmación que necesitaba, este chico era su novio.

—Ven aquí. —Anael le hizo una seña, Lisandro lo siguió al comedor—. Siéntate, ¿quieres algo para beber?

—Solo agua.

Anael le sirvió una copa con agua, y para él una copa de vino. Se ubicaron en la mesa.

—Bien, cuéntame, ¿en qué quieres que te ayude? —preguntó y Lisandro frunció el ceño.

—Lo dices como si el único que se beneficiará de esto seré yo.

—Voy a encontrar al bastardo de tu hermano y a Dima con o sin tu ayuda—replicó Anael—, él que vino a mi puerta eres tú, así que la cuenta es muy sencilla.

Lisandro acarició la madera, apoyó sus antebrazos en ella.

—Está bien.—Se enfocó en Anael—. Te necesito, Morgan. Eres el único que me entiende en este momento.

«Te necesito».

Anael respiró y controló a su corazón idiota que se había acelerado. Este hombre era tóxico, nocivo, un Chernóbil andante

¿Por qué las ganas de matarlo no se iban? ¿Por qué la idea de matar se mezclaba en su cabeza con follarlo hasta destrozarlo?

—Ya trabajamos juntos una vez, y las cosas no salieron como esperábamos.

—Salieron bien—explicó—, fui yo quien falló después. —Anael llevó su vista a un costado, al enorme ventanal que había extrañado, al paisaje nocturno de Londres—. Ven conmigo a Hong Kong, capturemos a Gerald, después puedes olvidarte de que existo. Sé mi compañero en esta misión.

Anael dio un profundo suspiro.

—¿Me lo prometes? ¿Me dejarás en paz?

—¿Tanto quieres alejarte? —preguntó Lisandro con un hilo de voz.

—Tu recuerdo me trae infelicidad, y no quiero vivir así para siempre—explicó—. Ese es el trato, tómalo o déjalo.

Lisandro le dio una sonrisa cargada de tristeza. Cuando llegó allí esa noche se imaginó algo diferente, tenía esperanzas de que Anael todavía tuviera sentimientos, aunque fuera deseo por él, pero lo había superado.

—Lo tomo—Lisandro habló con voz firme—. Capturamos a Gerald y nunca más volvemos a vernos.

Anael bebió un trago que le supo amargo. Lisandro se puso de pie. Anael lo acompañó hasta la puerta. Antes de salir, el inspector se detuvo.

—La foto de nosotros cuando éramos niños.

—¿Qué hay con ella?

—La quitaste.

—La arrojé a la basura—respondió Anael. Lisandro asintió—. Estamos en contacto, inspector. Buenas noches.

—Buenas noches, Morgan.

Anael cerró la puerta y se afirmó en ella. Minutos después, caminó despacio hasta su dormitorio, Lee Nok estaba sentado en la cama en silencio. El hombre se sentó en ella y respiró, abrió el cajón de la mesa de noche y de ahí extrajo la fotografía de Lisandro y él. La acarició con cuidado, fue lo primero que quitó cuando llegó.

Se sentía incapaz de observarse junto a él. Las lágrimas mojaron la foto, Anael la presionó contra su pecho y lloró. Lloró por la muerte

de quienes eran, lloró por esos niños en su memoria. Lee Nok lo abrazó desde atrás y lloró junto a él.

¿Por qué no podía olvidarlo?

41 Renuncia

Londres, Inglaterra.
Una semana después.

—¿Estás renunciando? ¿Estás loco? —Phillip Young, uno de sus compañeros más antiguos en la NCA observó el papel—¿Por qué?

—He sido un desastre los últimos dos años—explicó Lisandro—. Es hora de que me dedique a mí.

Lisandro salió de la oficina esa tarde con una caja de cartón, un par de plantas y fotografías de sus amores. Condujo hasta el cementerio y buscó la tumba de sus hijas. Llevaba algunas flores blancas, las pequeñas amaban ese color. Lisandro se sentó en el césped y acarició las lápidas.

—Les he fallado de todas las maneras posibles, ya no lo haré más —dijo con lágrimas en los ojos—. Sé que en este momento deben estar muy enojadas conmigo por todos los errores que cometí, pero les prometo, les juro, que dedicaré mi vida a compensar a las personas que herí. Voy a encontrar al verdadero culpable y lo haré pagar, mis amores.

Te espero en mi departamento a las cinco. Encontramos algo interesante.

Anael se estaba moviendo rápido, Lisandro se dio cuenta de que los contactos del bajo mundo eran más útiles que la ley. El inspector arribó al departamento media hora antes, apenas podía controlar a su corazón. Sus ojos estaban hinchados por el llanto y por el insomnio.

«La arrojé a la basura».

Lisandro se derrumbó en lágrimas apenas llegó a su auto esa noche. La afirmación cruda de Anael, los ojos fríos de un ser que lo aborrecía.

Ingresó porque el encargado del edificio ya lo conocía, subió en ascensor y golpeó la puerta, solo para ser recibido por ese mocoso detestable que ahora ocupaba el lugar en la cama de Anael.

—Hola.

—Anael regresa en veinte minutos.

Lee Nok iba a cerrar la puerta, pero Lisandro lo detuvo.

—¿Me dejas esperar adentro?

Lee Nok se encogió de hombros.

—Supongo. —Abrió la puerta y le permitió el ingreso—. Puedes sentarte allí. —Lee Nok señaló el sofá de la sala.

El muchacho iba a alejarse y Lisandro lo detuvo.

—¿Hace cuánto sales con Anael? —Lee Nok frunció el ceño, y luego se carcajeó—¿Qué es tan gracioso?

—No estoy con él.

—Pero duermen juntos. Te vi entrar en su cuarto el otro día.

—Estoy acostumbrado a dormir con él—expresó con enojo—. Anael jamás se propasó conmigo mientras estábamos en la prisión. Él no tiene deseos por mí. Solo dormimos.

Lisandro tragó saliva y se acomodó en el sofá.

—¿Cuándo lo conociste?

Lee Nok ladeó la cabeza.

—Hace un año, cuando mi familia decidió culparme de su mierda —explicó—. Anael me salvó de que me abusaran apenas llegué. Se enfrentó con cada bastardo que quiso lastimarme, se jugó entero por mí.

Lisandro hizo una mueca.

—Sí, es su esencia. Él es así.

—¿Y por qué no le creíste entonces? —reclamó enojado—¿Por qué lo mataste en vida? —El inspector miró al piso. —No sé porque continúa enamorado de ti, después de todo lo que sufrió.

Lisandro levantó la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Mierda—dijo con fastidio—, lo que tienes de guapo, lo tienes de imbécil ¿Sabes cómo desearía que él me mirara como a ti, aunque fuera una puta vez?

—Eso no es verdad, él me odia.

—Te odia y te ama en la misma proporción, ni él se entiende, pero de lo que estoy seguro es que tú no eres agua pasada, y no lo mereces. Nunca lo hiciste.

Lisandro iba a preguntar de nuevo cuando la puerta se abrió y Anael ingresó. Se sorprendió al encontrar a ambos en la sala. Lee Nok se colocó la capucha y dio pasos hacia su amigo.

—¿Te vas?

—Sí, necesito aire—dijo el muchacho y le dio un beso en la mejilla —. Nos vemos más tarde.

—Nok ya te he dicho que…

—Lo sé, no te preocupes. No iré lejos. Tengo el geolocalizador activado.

Anael dio un suspiro y vio a su amigo salir del departamento. De nuevo quedaron solos en ese lugar que tenía cientos de recuerdos compartidos. Los dos hombres se miraron por un largo rato, sin saber cómo actuar.

—Me gusta este lugar—dijo Lisandro con un atisbo de sonrisa. Anael se mantuvo serio.

—Me mudo en dos meses—replicó.

—¿Por qué?

—Hay demasiados recuerdos de lo que era mi vida antes del infierno—confesó sin tapujos—. No deseo seguir cargando con eso.

Lisandro se puso de pie, Lee Nok sin querer le dio esperanzas, quizás minúsculas, pero esperanzas, al fin y al cabo.

—La imagen de nosotros.

Anael entornó los ojos.

—Te dije que…

—Es mentira. —Lisandro se acercó a un punto que estaban a centímetros. Anael tragó saliva.

—¿Por qué te mentiría?

—Porque no quieres que te importe—expresó—, porque odias la idea de tenerme cerca, pero es inevitable. Porque todavía me

deseas.

Anael tensó la mandíbula.

—Aléjate de mí, si no quieres que te baje todos los dientes.

—Hazlo. —Lisandro lo desafió—. Si para recuperarte, tienes que purgar todo el odio sobre mí, pues adelante.

—Estás enfermo.

Lisandro lo asió del rostro. Anael sentía que todas las defensas se estaban rompiendo.

—Fóllame.

Anael comenzó a reír nervioso. Buscó apartarse, pero Lisandro no se lo permitió.

—Vamos, Morgan—dijo sobre sus labios—. Hazme todo aquello que deseas, destrózame como quieres.

La represa se rompió. Anael lo asió del cabello y sus bocas se estrellaron. Lisandro gimió de dolor cuando le mordió el labio inferior con fuerza, pero no se apartó. Empujó a Anael sobre el sofá y se montó a horcajadas sobre él.

Anael le rasgó la camisa blanca, la cual quedó hecha jirones. Lisandro hizo lo mismo con su camiseta negra. En menos de un minuto, ambos estaban desnudos y enredados en el piso de la sala sobre la alfombra.

Las erecciones se friccionaron, sus caderas se balancearon con ímpetu y necesidad. Querían esto. Lo anhelaban. Lisandro descendió por el torso musculoso hasta el pene de su amante. Lo hundió en su boca y Anael gimió como si recibiera la gloria. Lisandro ahuecó sus mejillas y succionó como si su vida dependiera de ello. Los dedos de Anael se enredaron en su cabello y sus caderas embistieron hacia arriba. Lisandro controló el reflejo nauseoso ante la potencia de las estocadas. Le folló la boca sin piedad, Anael tensó la mandíbula, asió el rostro de ese bastardo y lo rebalsó con su esencia. Lisandro cerró los ojos y tragó cada gota.

Anael lo soltó y comenzó a reír, ¿qué mierda estaba haciendo? Lisandro lo masturbó, Anael estuvo duro en un par de minutos de nuevo. El hombre asió su pene y lo apoyó sobre su entrada.

—¿Qué mierda haces? ¡Te vas a lastimar!

Lisandro se sentó sobre él de un tirón, sintió las paredes abrirse con violencia, el líquido color rubí correr y el ardor atravesó como un rayo su columna vertebral. Jamás había sentido tanto dolor y alivio al mismo tiempo.

—Fóllame. —Se arrojó sobre el hombre atónito debajo de él. Las paredes musculares se adaptaban a la enorme circunferencia—. Hazlo ya.

Anael embistió y Lisandro gritó. Fue tan intenso, todas las sensaciones eran nítidas. Acompañó el vaivén incluso cuando su culo se adormeció de dolor. Anael lo arrojó sobre la alfombra. Sus embestidas profundas y lentas, Lisandro gimió y enredó sus piernas a su cintura.

—¿Por qué te contienes? —¿Cómo decirle a este imbécil que se desgarraría más? Lisandro estaba fuera de sí, Anael peleaba porque la poca cordura que le quedaba tomara el control—¡Maldita sea! ¡Hazlo ya!

Anael respondió al ruego y a la orden. Lo folló y empujó su pene sobre su próstata. Lisandro sonrió y cerró los ojos. Lo estaba disfrutando, solo allí Anael se relajó. Las estocadas se tornaron intensas y precisas. Lisandro salpicó los abdominales de ambos, Anael alcanzó el clímax cinco minutos después.

Se quedaron inmóviles y abrazados. Lisandro se sacudió en llanto. Anael lo observó.

—¿Estás bien?

—No, nunca lo estaré—replicó—. Te he extrañado tanto, ángel.

A Anael se le cerró la garganta. La lujuria comenzó a evaporarse y la angustiosa verdad se adueñó de ellos.

—¿Por qué no me creíste? Te supliqué que me escucharas.

—Porque el dolor me nubló la razón. Sé que no es excusa, pero apenas podía con mi alma—confesó Lisandro envuelto en un mar de lágrimas—. Fuiste la respuesta a mi oscuridad, el odio se cristalizó en ti y eso fue todo. No era yo. Por favor, soy consciente que no tengo derecho a pedirte nada, pero si queda algo de lo que vivimos todavía en tu corazón, perdóname.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Anael también. Lo abrazó con desesperación, lo besó con hambre como siempre lo

hacía, pero se mantuvo en silencio.

No podía darle lo que Lisandro imploraba, ya no.

42 Relación tormentosa

Los hombres se ducharon y se cambiaron, luego se sentaron frente a frente en la sala. Anael escrutó a Lisandro.

—¿Estás bien?

—Duele como el infierno—confesó—, pero esa crema es genial.

Anael asintió, sin saber qué decir.

Lee Nok regresó en ese instante. Observó a los dos hombres y se sentó junto a ellos. Ninguno de los dos decía nada.

—Se acostaron, ¿verdad?

—Sí, y este imbécil se desgarró.

Lisandro percibió el calor no solo en su rostro, sino en todo su cuerpo ¿Acababa de contarle algo tan íntimo a ese mocoso?

Lee Nok asintió, como si estuvieran hablando del clima.

—Voy a preparar salmón.—Se puso de pie y caminó a la cocina.

Anael dio un suspiro profundo.

—Encontramos a Gerald—agregó Anael que necesitaba cambiar de tema y olvidar lo qué sucedió—, pero ya no está en Hong Kong como te informaron. Tomó un vuelo a Seúl hace veinticuatro horas. —Lisandro se cruzó de brazos—. Te aseguro que Dima Stoickov tiene que ver. Posee contactos con la mafia en ese país. Sus negocios nunca se limitaron a Gran Bretaña.

Lisandro colocó su mano en el mentón ¡La puta madre!

—No conozco a nadie allí—explicó—, pero puedo comunicarme con la Interpol, sería nuestra salida. Una cosa era Hong Kong, pero en Corea del Sur…

Anael frunció el ceño.

—Pensé que íbamos a ocuparnos nosotros ¿Se lo vas a dejar a la Interpol?

—Matar a alguien en un país extranjero no es mi fuerte—dijo Lisandro.

—¿Entonces? ¿Nos rendimos y ya? Dijiste que…

—Sé que lo que dije, pero necesitamos tiempo y cabeza fría, Anael. Carezco de conocidos en ese país, por lo visto tú también ¿Cómo esperas que salgamos bien librados? No iremos a la cárcel por ese bastardo. Tú no volverás a un sitio así jamás, menos por mí.

Anael se rascó la cabeza, mientras Gerald paseaba por el mundo, ellos se debatían en cómo encontrarlo.

—Yo puedo ayudarlos. —Los hombres se giraron hacia Nok— ¿Acaso te olvidas quién es mi tío? —preguntó a Anael.

—Ese bastardo te habría dejado pudrirte en prisión.

Lee Nok tragó saliva. Había llegado el momento de decir la verdad.

— El castigo no solo fue porque me querían como chivo expiatorio, Anael.

El hombre frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

Lee Nok miró sus manos, movía su pierna derecha con nerviosismo.

—Yo escapé.

—¿A qué te refieres?

—A que no quería formar parte de esa mierda—agregó—, y ellos me castigaron de la peor forma posible.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Anael. Lee Nok se encogió de hombros.

—Abandoné a mi sangre, ¿qué habrías pensado de mí?

—Estabas huyendo de la muerte—dijo Anael—. No hay nada de malo en eso.

—Acabas de decir que huiste, ¿qué te hace pensar que te ayudarían? —indagó Lisandro.

—Lo harán—Lee Nok afirmó—, déjenmelo a mí. Les entregaré a ese bastardo.

—Lee Nok, no quiero que te pongas en peligro. Ya bastante es lo que hemos sufrido en la cárcel, no es justo.

El muchacho le dio una sonrisa, de las mismas que siempre le daba. Lo contempló con amor e inocencia, Anael tragó saliva.

—Tú me ayudaste a mí, *Hyung*—dijo con alegría—, ahora es mi turno de devolverte el favor.

***

«Soy consciente de que no tengo derecho a pedirte nada, pero si queda algo de lo que vivimos todavía en tu corazón, perdóname».

Anael había pasado los peores años de su vida encerrado, el eco de las paredes de la celda nunca abandonaría su mente. Lisandro Callum había sido su verdugo, buscó con todo lo que tuvo a su alcance, destruirle la vida. El dolor de la traición le caló más hondo que el horror mismo de la prisión. Ahora, fuera de esos muros, Anael caminaba libre, pero con una herida que no sanaba; por más que lo intentara, no lograba perdonar a Lisandro, y esa imposibilidad de hacerlo le pesaba como una condena silenciosa. Sabía que el odio lo seguía atando al pasado, pero no encontraba forma de liberarse, ni de dejar de preguntarse por qué alguien que quiso tanto pudo herirlo de esa manera.

La razón no era lo mismo que el corazón, Anael lo quería y entendía, pero el resentimiento pesaba una tonelada. Pensó en la locura de horas antes. Se había acostado de nuevo con ese hombre, un hombre que anhelaba ser castigado, que se lastimó por él, que sangró para demostrarle que estaba arrepentido, que lo ansiaba de vuelta en sus brazos.

Anael no podía dejar de preguntarse si realmente existía la posibilidad de sanar. Se sentía atrapado en un ciclo interminable de recuerdos y emociones, incapaz de avanzar, pero tampoco dispuesto a retroceder. El deseo de alivio chocaba con el miedo de abrirse nuevamente y ser herido, como si cada paso hacia la reconciliación fuera también un salto al vacío ¿Lisandro sería merecedor de confianza algún día?

«Después de esto, no volverás a verme».

¿Quería olvidarlo o solo era la rabia hablando? ¿Qué sentía de verdad por ese hombre? Porque estaba claro que no solo era sexo. ¿Estaba listo para reconocer que lo amaba?

Bryce había perdonado a su asesina, ¿acaso él era incapaz de confiar y entregarse de nuevo? Lisandro Callum estaba arrepentido,

era palpable en cada gesto, pero ¿de qué le servía? ¿Un muerto revive solo con el remordimiento de su asesino? Lisandro nunca podría devolverle los años perdidos, el dolor y la humillación, esa era una deuda impagable. Si ponía todo eso en la balanza, ¿qué les quedaba?

Anael se giró en su cama y observó al muchacho que se había acostumbrado a dormir a su lado.

«El heredero de la mafia».

Parecía una broma de mal gusto, un ser como Kim Lee Nok jamás podría pertenecer a un sitio semejante ¿Su familia lo ayudaría? ¿Cuál era el precio?

Anael dio vueltas en la cama toda la noche, cuando el sol comenzó a salir, respiró. Se había acostumbrado a esperar el sol en la prisión, las noches eran tenebrosas para todos. Solía acurrucarse junto a Lee Nok con su vista en el techo, en medio de la oscuridad. Anael rio y pensó en que su compañero lo había salvado de mil formas. Nunca le agradecería lo suficiente.

Se levantó, se dio una ducha y preparó el desayuno. Lee Nok se movió por la casa, haciendo llamadas y hablando por horas y horas en coreano. Anael estaba nervioso por su amigo, no iba a negarlo.

Eran cerca las cinco de la tarde cuando Lee Nok, puso el celular frente a Anael y le sonrió.

—Llama a tu amigo, nos vamos de caza.

43 El precio de la traición

Seúl, Corea del Sur.
Tres días después.

—Es un suicidio.

—Lo haremos de todos modos, Bryce. No hay vuelta atrás.

—Anael, la venganza puede terminar matándote más que la cárcel, no caigas en ella.

—Lisandro me acompañará.

—¿Confías en él?

—No, pero él quiere justicia por sus hijas, así que no me traicionará.

Corea del Sur era un país que deslumbraba por su mezcla perfecta entre tradición y modernidad. Sus paisajes iban desde montañas cubiertas de cerezos en flor hasta ciudades vibrantes llenas de luces y movimiento. Seúl, la capital, era el corazón del país. Lisandro y Anael jamás estuvieron allí, Lee Nok, sin embargo, retornaba a casa, aunque Anael no estaba seguro de si eso era un premio o un castigo.

«Veinticuatro horas».

Sería el tiempo que necesitarían para eliminar a Gerald Bello y mandar un mensaje claro a Dima Stoickov. Un chofer los esperaba en el aeropuerto, Lisandro y Anael se observaron, Nok se mantuvo apacible, como quien espera una sentencia ¿A dónde los estaba llevando? ¿Cuánto se estaba arriesgando por ellos?

Subieron a la camioneta Mercedes y el chofer condujo, nadie les había dirigido la palabra. Era como si todos supieran cuál debía ser el movimiento del otro.

—Nok, tienes que decirnos todo.

—¿Confías en mí?

—Sabes que sí.

—Entonces vendrás conmigo y no harás preguntas.

La mansión se alzaba en una colina, la vista adornada por una fila de cerezos cuyos pétalos volaban al llegar la primavera, fusionaba líneas modernas y detalles tradicionales coreanos. Grandes ventanales permitían que la luz natural inundara los amplios salones, desde donde se apreciaban vistas panorámicas de la ciudad distante y de los valles verdes que la rodeaban. Un camino de piedra serpenteaba entre jardines, donde los cerezos en flor pintaban el aire de tonos rosados y blancos, sus pétalos se posaban suavemente sobre los escalones de la entrada. El silencio solo era interrumpido por el murmullo de una fuente y el canto de los pájaros. Se asemejaba a un refugio de paz ¿Quién pensaría que detrás de esas paredes se celebraba la muerte? ¿Quién imaginaría que uno de los jefes de la mafia coreana se resguardaba allí?

«Kim Do Jin».

Ese era el nombre del nuevo patriarca, del hombre que había tomado las riendas de la casa de Lee Nok, después de que su padre falleciera. Nok había huido a Gran Bretaña armado con ahorros y desarrolló una vida allí, hasta que lo encontraron y quisieron obligarlo a regresar. Lee Nok desobedeció a su tío y este actuó con todo su poder.

Lee Nok había huido de su hogar y ahora regresaba por Anael, ¿cuánto amor albergaba? ¿Por qué Anael nunca fue capaz de enamorarse de ese muchacho?

Debería haber sido sencillo, olvidar a quien le hizo daño, extirparlo de su sistema y comenzar de nuevo, pero Lisandro Callum era un veneno neurotóxico, de ese que se impregna en las venas y nunca vuelves a ser igual.

Los hombres caminaron atravesando diferentes salones finamente decorados, lugares que salvaguardaban la tradición y también incurrían en diseños modernos. Una enorme sala los recibió. Una mesa que tendría capacidad para veinte personas. Lee Nok y sus compañeros se ubicaron en los lugares que les indicaron.

Estaban preparados para abrir fuego si era necesario. Anael y Lisandro cargaban sus armas con ellos, tenían permiso legal de

hecho, ¿de qué les valía? Este hombre tenía decenas de guardias armados, perros listos para la guerra.

Escucharon pasos a los lejos, y luego los percibieron acercándose. Lee Nok tragó saliva. Anael y Lisandro tenían sus ojos puestos en todos lados. Kin Do Jin apareció en la entrada, con un custodio a cada lado.

Observó a los extranjeros y luego a Lee Nok, su mirada sumisa estaba en el piso. Todos se pusieron de pie para recibir al anfitrión. El hombre se acercó a los forasteros e hizo una reverencia, ellos emularon la acción, luego, fue hacia su sobrino y le habló en coreano. Lee Nok, sin levantar la vista del piso respondió. El hombre puso las manos en sus hombros. Su rostro pétreo ante el joven. A Anael se le estrujó el alma, ¿qué mierda le estaba diciendo? Todo en el cuerpo de Nok gritaba que quería huir de allí. La conversación fue corta y precisa, se notaba por la manera en que su amigo respondía. Luego de debatir por algo más de diez minutos, Kim Do Jin invitó a Anael y Lisandro a regresar a su asiento. Lee Nok también se ubicó. El patriarca se sentó en el cabecero de la mesa. Le hizo seña a uno de sus custodios, el cual, le entregó un sobre a Anael.

Anael miró a Do Jin y este movió su mano en señal de aprobación para que lo abriera. Lo hizo de inmediato. Había coordenadas escritas.

—Ese es el lugar en donde encontrarán a Gerald Bello—señaló Lee Nok—, debes ir cuánto antes. El tipo se mueve rápido.

—¿Qué harás tú? —preguntó Anael y su amigo le sonrió.

—Debo quedarme aquí hasta que regresen, ese es el trato.

Lisandro le echó una mirada a Do Jin que parecía muerto.

—¿Estarás bien? —preguntó despacio. El muchacho asintió.

—Lo estaré, inspector.

—Ya no soy inspector, renuncié a esa vida.

Anael tragó saliva, Lee Nok le dio una sonrisa de labios cerrados.

—Vayan por él. Su venganza los espera.

Anael se puso de pie y observó a Nok, quien no se movió. Quiso decir algo, pero desconocía qué.

—Regresaremos por ti.

Su mirada se encontró con la de su amigo, de ese compañero fiel con el que pasó los momentos más oscuros y tormentosos de su vida. Vio lágrimas allí, Anael estimó que se trataba de preocupación.

—Buena suerte, Ángel.

Los hombres fueron guiados hacia la puerta. Anael se giró hacia su amigo, pero este se mantenía inmóvil en la mesa.

—Esto no me gusta—dijo Anael.

—Coincido, pero ¿qué opción tenemos? Solo espero que estas coordenadas sean correctas.

—Lo serán—replicó Anael—. La traición no forma parte de la esencia de Lee Nok.

—De él no, pero ¿de su tío?

Era una pregunta difícil de responder, sin embargo, ya estaban allí. Todos jugaron sus cartas y ahora deberían soportar las consecuencias del juego.

Anael se detuvo fuera de la mansión y la observó. Rogó a los dioses que Lee Nok se mantuviera con vida. Lisandro lo asió de la mano, el hombre se detuvo en el gesto.

—Vamos, se hace tarde.

En el aire se respiraba una tensión que iba mucho más allá de la misión que los había reunido. Lisandro y Anael compartían una herida que ardía con cada recuerdo: la muerte de las hijas de Lisandro a manos de Gerald, una atrocidad que no podía quedar impune. Anael cargaba el peso de los años robados en prisión, encerrado por una culpa impuesta por ese mismo hombre. Ambos sabían que no buscaban justicia, sino una forma de venganza que restableciera el balance en sus vidas y les devolviera algo de la dignidad arrebatada.

El deseo de enfrentar a Gerald se había transformado en un motor que los mantenía en pie, el motor que los mantenía unidos.

44 Águila sangrienta

—¡Oye! Un trago más—gritó Gerald Bello en ese bar a las afueras de Seúl donde se había refugiado por unas horas antes de partir a Japón e instalarse allí. El barista negó y le señaló que ya no tenía permitido proporcionarle más alcohol—¿Eres idiota? Si yo te digo que sirvas, pues lo haces ¡Quién mierda te crees para cuestionar mis órdenes!

El pobre muchacho negaba sin saber cómo controlar al maleducado que ahora lo agarraba de la camisa y le hablaba encima con su aliento que apestaba a whisky,

La gente alrededor lo miraba y susurraba. Gerald se levantó del banco en el que estaba sentado y comenzó a señalar a todos con su vaso en mano.

—¿Qué miran, imbéciles? ¡Se creen mejores que yo!

—Son mejores que tú, hasta una rata sería mejor que tú.

Gerald tragó saliva, bebió un trajo y se giró tambaleante hacia las figuras paradas en la puerta. Lisandro cubría la entrada, Anael estaba apoyado en una columna de concreto un poco más cerca de la barra.

Estrechó los ojos, porque no alcanzaba a asociar las imágenes con la realidad.

—No puede ser—señaló a Anael y rio—. Tú estás encerrado, te estás pudriendo en prisión, en cuanto a ti—dijo mirando a Lisandro y dio una risilla—, sigues trabajando como un burro. —Bebió un nuevo trago, apenas se sostenía en pie—. Manga de perdedores todos ¡Fuera de aquí! ¡Vuelvan al agujero de dónde salieron!

Las personas estaban horrorizadas, al parecer, percibieron la tensión en el aire, porque empezaron a retirarse. Anael y Lisandro se mantuvieron estoicos en su sitio. Una vez que el bar se vació, Lisandro se acercó al barman y le entregó una tarjeta. Sus ojos casi

se desorbitaron al ver las iniciales de Kim Do Jin en ella. El muchacho, sin decir una palabra más, se fue del lugar junto con los meseros. Solo quedaban ellos tres. Gerald contuvo una arcada a causa del exceso de alcohol o el nerviosismo. Ya no lo sabía.

—Ha pasado un tiempo, hermanito—dijo sin quitarles la mirada de encima, bebiendo un nuevo trago.

—Has estado muy activo—esgrimió Lisandro en una calma sospechosa—. Yendo de aquí para allá, difícil con tus ahorros de tu antiguo trabajo. Debes de ser muy bueno con las finanzas.

Gerald se irguió. Acarició el arma que llevaba en su bolsillo.

—¿Cómo me encontraste?

—¿Importa? Además, tarde o temprano iba a pasar. La Interpol te busca.

Gerald desvió la mirada hacia un costado.

—Estás perdiendo el tiempo—advirtió Anael todavía cruzado de brazos y afirmado en la columna—, hay solo una salida. No vas a escapar de aquí.

El bastardo tensó la mandíbula.

—¿Cómo carajo sobreviviste? Se suponía que ibas a morir pronto.

Anael se rio y se humedeció los labios.

—Sé que hicieron hasta lo imposible por eso, lamento decepcionarlos.

Lisandro tragó saliva, él también fue un partícipe activo del sufrimiento de Anael.

—¿Entonces?—Gerald desafió—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Matarme? ¡Estoy aquí! ¡Dispara!

—¿Piensas que te mereces una muerte rápida?—Lisandro cuestionó—. Mataste a dos niñas, hijo de puta. Mataste a su madre, a tu amante.

—Nunca lo entenderás, hay decisiones que debemos tomar para un propósito mayor.

—¿Propósito mayor? ¡Lo hiciste para tu beneficio, hijo de puta!

Gerald sacó su arma en un segundo. Anael, más rápido que él, le disparó en la mano. Un grito ensordecedor llenó el bar. El dedo anular y el meñique habían volado. La sangre escurría de su mano, la cual presionaba entre sollozos.

—Por favor, hermano. Tú sabes qué…

—¿Recuerdas cómo nos gustaba jugar a los vikingos cuando éramos niños? —Lisandro preguntó. Gerald lloraba agarrando su mano, la sangre salía a borbotones—. Anael tiene antepasados escandinavos, así que hoy nos dará una clase práctica de tortura al estilo vikingo. Morgan, ¿nos haces el honor?

—Más que un honor, un placer compartir esto con ustedes. —Gerald quiso correr, Anael que no había ingerido alcohol, lo alcanzó en menos de un segundo y lo arrojó sobre una mesa. Gerald gritaba así que Anael le colocó un pañuelo en la boca.

Lisandro corrió hacia él y le sostuvo los brazos hacia adelante, y lo esposó. La mesa crujió, Gerald gritaba amordazado.

Mientras Lisandro lo sostenía, Anael sacó un cuchillo escondido en su pantorrilla. Se lo mostró a Gerald.

—Esta daga es un tesoro de familia—explicó mientras Gerald lloraba. Lisandro se mantuvo estoico, sujetando sus brazos. Anael rasgó la camisa liberando su espalda, la recorrió con la punta del filoso objeto—. La considero muy útil para explicar en qué consiste el águila sangrienta.

Los ojos de Gerald fueron a los de Lisandro buscando piedad. El hombre parecía de hielo. Gerald pateó, e intentó liberarse siendo consciente de lo que vendría.

El águila de sangre era una de los prácticas de tortura más violenta conocidas en la historia de la humanidad. Consistía en abrir la columna y extraer parte de las costillas para luego liberar los pulmones y arrancarlos. Anael no contaba con los instrumentos para hacerlo, pero había que intentarlo, ¿no?

La punta de la daga se apoyó en la base de la columna, Gerald gritaba con la mordaza.

—Gerald Bello—sentenció Lisandro—, te condeno a la pena máxima por el asesinato de Janet y Maggie Bello, por el asesinato de Verónica Fitzgerald, por el dolor causado a Anael Morgan, al cual inculpaste de un asesinato perpetrado por ti, te condeno por el intento de asesinato de Barud Sinclair. Nunca más nos harás daño, a partir de este momento serás borrado de mi memoria y mis hijas, los seres que tú engendraste, por fin descansarán en paz.

Gerald negó, su rostro se contorsionó en una mueca de dolor, desesperación y arrepentimiento. Anael sostuvo con su mano izquierda su cabeza, y con su mano derecho enterró el cuchillo en la base de la columna. Las piernas de Gerald se doblaron de inmediato, pero Anael lo sujetó con su cuerpo, el cuchillo ascendió firme sobre la carne, perforando la piel y rompiendo tejido. Las lágrimas corrieron por el rostro de Gerald quien daba gritos desgarradores. Su rostro se contorsionaba en una infinidad de gestos macabros.

Anael, sin un mínimo de piedad, destrozó su columna, su piel, sus tejidos. La sangre se derramó sobre el piso y Gerald convulsionó. Anael lo liberó, sus manos teñidas de rojo. Gerald se sacudió en el piso hasta que se quedó completamente inmóvil. Los dos hombres observaron el enorme charco de sangre que se formaba. Lisandro dio pasos hacia él y le quitó las esposas.

Se puso de pie y se acercó a Anael, este limpió la daga en su pantalón oscuro y la escondió tal y como estaba. La guerra apenas comenzaba, Dima Stoickov sería un hueso mucho más difícil de roer que Gerald.

No importaba, los dos tenían todo el tiempo del mundo. Los hombres se observaron, donde estuvo el odio solo había vacío. No era perdón, todavía no, pero estaban más cerca.

—Vamos por Lee Nok—dijo Anael y ambos abandonaron el bar.

45 Te amo, siempre te amaré

Lisandro y Anael se detuvieron en las puertas de la mansión.

—¿No respondió tu mensaje?

—No, y eso me preocupa—dijo Anael quien ahora temblaba pensando en que su amigo podría haber sufrido alguna desgracia.

Los hombres fueron recibidos con cordialidad como esa mañana, sin embargo, no les permitieron el ingreso. Se mantuvieron en los escalones, el sonido de los insectos y las fuentes de agua, junto al perfume de las flores creaban un paisaje idílico.

Con el devenir de los minutos, el miedo se acrecentó. Anael se detuvo en el enorme edificio que se sentía vacío, pese a la opulencia.

Fue Kim Do Jin quien salió a recibirlos juntos a quince de sus guardaespaldas. Se paró sobre las escaleras, varios peldaños por encima de donde estaban Anael y Lisandro. Los hombres se mantuvieron tranquilos, al menos lo intentaron.

—Señores. —Do Jin hizo una reverencia. Los hombres correspondieron. Era la primera vez que hablaba en inglés.

—Venimos por Lee Nok—explicó Anael—. Cumplimos con nuestro deber aquí. Le agradecemos su ayuda infinitamente.

Do Jin se mantuvo inmutable.

—Mi sobrino se quedará en su hogar.

—¿Qué? No—Anael rio, pero fue de incredulidad—, él viene conmigo.

—Creo que no entendieron cuál era el trato.

—¿Qué trato? —preguntó Lisandro.

—Lee Nok regresaba a su hogar, si nosotros los favorecíamos. Ustedes obtuvieron su venganza, yo obtengo a mi sobrino de vuelta.

—¿De qué mierda está hablando? ¡Usted lo odia! —Anael gritó y Lisandro lo mantuvo en el lugar—. Lee Nok no es como ustedes, es

un alma buena, nunca será…

—El acuerdo ha sido sellado. —Do Jin hizo caso omiso a la desesperación y al clamor de Anael—. Pueden retirarse.

Anael intentó correr hacia él, pero Lisandro lo detuvo. Era un suicidio, estaban rodeados por más de una docena de tipos armados.

—¡Maldito bastardo! —Anael vociferó—¡Hijo de puta! ¡Eres un hijo de puta!

Uno de los custodios se acercó a Anael y le entregó un sobre. Anael reconoció la letra de inmediato, pequeña y ordena, tímida, como era su amigo. Gritó con todas sus fuerzas y cayó de rodillas sobre las escaleras de piedra y concreto. Lisandro lo abrazó contra su pecho ¿La venganza había valido la pena? ¿Había valido perder a Nok a manos de la mafia?

***

Quizás en este momento estés molesto. La verdad es que yo también quería despedirme de ti, pero como mamá solía decir, a veces, para alcanzar la luna, debes conquistar primero las estrellas. Yo no necesito conquistar ninguna, porque mientras estuve contigo, sentí que vivía en la luna y allí quería quedarme, a tu lado, cobijado con tu cuerpo pegado el mío y tu aliento sobre mi cuello.

Nunca sucedió aquella fantasía, Dios sabe que recé para que se hiciera realidad, para que, cuando hablaras de mí, tus ojos brillaran del mismo modo que brillaban como cuando hablabas de Lisandro Callum. Sí, he usado su verdadero apellido a propósito, porque quiero que lo recuerdes no como una burla o un error, sino como tu decisión. Tu decisión de arriesgarte y ser feliz.

Quiero que mientras esta vida dure, mientras tu corazón lata, ames. Ames con toda tu alma, o con los pedazos que quedan de ella, después de la destrucción. Las selvas vuelven a la vida después de los incendios, los bosques florecen al llegar la primera y tú, mi gran amor ,mereces florecer.

Sé que lo que hizo ese hombre es una herida que nunca cerrará del todo. Sé que para muchos es irracional, una espiral tóxica y de

locura que terminará destruyéndote, pero ellos no ven lo que yo vi cuando tus ojos se encontraron con los de él, después de dos años. Debajo de la furia, del dolor y la tristeza, debajo del resentimiento acumulado, latía una pasión inquebrantable, un fuego sagrado que estaba destinado a arder y consumirlos en él, y ustedes estaban dispuestos a quemarse, estaban dispuestos a pagar el precio por amarse como se aman, con pasión, al punto de la locura, con el fuego que surge de la sangre y las cenizas, y de todo lo que sus familias construyeron.

Empieza a mirarte en el espejo, ángel mío. Reconoce que no lo has olvidado, reconoce que lo sigues amando, incluso con la destrucción a cuestas, reconoce que él te hace sentir vivo de formas que ningún ser de este planeta lo haría. No tengas miedo de encontrarte a ti mismo más allá de ese cristal, tampoco temas entregarte una vez más, incluso cuando el riesgo a sufrir continúa siendo grande. Puedes soportarlo, eres el «Ángel» Morgan, el hombre más bello y letal que he conocido. El hombre al que admiro y amo. El que no dudó en protegerme de los lobos incluso cuando eso le traería consecuencias. Te debo la vida, Anael. Ese es un regalo para agradecer y esta es mi forma de hacerlo.

Si te soy sincero, no sé qué encontraré en mi hogar, pero ahora les debo tu vida. Solo por eso, ya les debo todo. Nunca seré suficiente para la organización. Nunca me considerarán más allá que el hijo defectuoso del patriarca. Que piensen lo que quieran, ya no me afectan sus palabras.

Dudo que vuelva a verte alguna vez , por eso te dejo estas líneas. Espero que nunca me olvides, porque yo nunca te olvidaré a ti. ¿Cómo se borra de la mente al único ser que me trató con dignidad y cariño en mis veintiún años de vida? ¿Cómo se arranca del corazón a la única persona que me abrazó cuando me desmoronaba y me dijo que nunca estaría solo, que lo tenía a él?

Desconozco si Lisandro Callum alguna vez será merecedor de tu amor, lo que si estoy seguro es que tú te mereces el mundo, y eso es lo que ese hombre representa para ti.

Atrévete, mi amado Anael, hay más en ti que solo odio y venganza, más que soledad y tristeza por el pasado.

Abre la puerta y deja que la vida entre, enciende la chispa y avívala hasta que se convierta en una llama eterna.

Te prometo que pensaré en ti, te prometo que voy a vivir, como sea, no me van a derrotar. Te amo y te amaré siempre, con el alma, con mi vida.

Tu amigo, Kim Lee Nok.

46 Voy a arriesgarme

Londres, Gran Bretaña.
Una semana después.

He leído la carta de Kim Lee Nok más de cien veces desde que llegué a Londres. Todavía no puedo creer que ya nunca más lo abrazaré, que ya nunca más dormirá a mi lado. Estoy sentado mirando el sol que sale, los rayos entran por mi ventana y un nuevo día comienza.

«Sé que lo que hizo ese hombre es una herida que nunca cerrará del todo. Sé que para muchos es irracional, una espiral tóxica y de locura que terminará destruyéndote, pero ellos no ven lo que yo vi cuando tus ojos se encontraron con los de él, después de dos años. Debajo de la furia, del dolor y la tristeza, debajo del resentimiento acumulado, latía una pasión inquebrantable, un fuego sagrado que estaba destinado a arder y consumirlos en él, y ustedes estaban dispuestos a quemarse, estaban dispuestos a pagar el precio por amarse como se aman, con pasión, al punto de la locura, con el fuego que surge de la sangre y las cenizas, y de todo lo que sus familias construyeron».

Nok me leyó como si fuera un libro abierto, vio en mí cosas que negué hasta el cansancio, puso en palabras mis emociones escondidas, puso frente a mí la verdad insoslayable de que amo a Lisandro Callum, y a pesar de todo el dolor, lo sigo amando.

No he vuelto a verlo desde que llegamos, todavía queda mucho camino por delante. Dima Stoickov sigue allí afuera arruinando vidas, Lee Nok permanece encarcelado en una jaula de oro, y yo sigo aquí, anclado en un pasado y un dolor que no puedo superar.

Limpio las lágrimas que siguen saliendo, el río constante, el que lleva fluyendo desde hace años, el que parece no tener fin. Mi celular suena y me muestra un mensaje.

Me gustaría llevarte a un lugar, ¿estás disponible?

Apoyo el celular sobre mi frente, cierro los ojos y decido seguir mi corazón, a pesar del miedo.

Sí, puedes pasar por mí.

Lisandro llega media hora después, salgo del edificio y subo a su auto. Él me sonríe con suavidad, no sabemos todavía si tenemos motivos para sonreír, aun así, se pone en marcha.

Las calles pasan, la vida pasa, la rutina pasa, nos movemos entre personas y vehículos, entre almas que van y vienen, que buscan un destino, que quieren superar algo o simplemente vivir.

«Vivir».

No debería ser tan difícil, fluir con lo que trae la vida, con las tormentas y vendavales, pero también con el sol tibio y la regeneración de la tierra. El auto no se detiene, vamos en silencio, hasta que nos detenemos en una residencia tranquila, alejada del mundanal ruido. Se asemeja un poco a mi noción de paraíso. Una cerca, árboles y flores alrededor, parece algo que le gustaría a mi hermano Bryce y a Mayka.

Descendemos del vehículo y me lleva al interior de la casa. Es estilo rústico, Lisandro me toma de la mano y me lleva al jardín, donde hay un árbol de flores blancas que, irónicamente, huele como yo.

Lo miro y él me sonríe.

—Lo elegí por ti—confiesa y sus mejillas se tornan púrpuras—. Había adquirido una casa no muy lejos de aquí, pero en mi corazón, supe que ya no era la adecuada, entonces, me topé con esta belleza, con este aroma. —Acaricia mis mejillas y me observa como si fuera lo más bello del mundo—. Es aquí donde quiero pasar mi vida, es este lugar el que anhelo compartir contigo.

Me río luego de esa frase, me río porque parece una locura, porque hace solo semanas quería asesinarlo, soñaba con llevar a cabo mi venganza contra él, y ahora este hombre me propone un futuro, un hogar, y no sé si lo merezco, no cuando todavía mis heridas no sanan, y soy incapaz de mirarlo a los ojos y no sentir un torrente de rabia contra él.

Lisandro da pasos hacia mí, estamos bajo la sombra de este enorme árbol, él me abraza con fuerza, me adhiere a su cuerpo y cierro los ojos. Se siente cálido y único, como debe sentirse el hogar, aunque suene demencial.

—Te amo, Anael Morgan—susurra en mi oído y su voz se entrecorta—. Acéptame en tu vida de nuevo, permíteme hacerte feliz y compensar el dolor, aunque suene imposible.

—No—Su rostro se ensombrece ante mi negativa, pero sonrío—, no quiero que me compenses, ni que te redimas, quiero que vivas a mi lado, que seas mi compañero y mi sostén. Deseo que seas más que un ser que vive para expiar sus culpas, quiero que te conviertas en mi amante, en mi esposo, en mi amigo, quiero que seas mi todo. —Las palabras fluyen solas, sin miedo, como una represa que se libera después de muchos años—. Yo también te amo, Lisandro Callum, aunque parezca una locura.

—¿Me perdonas?

—No—digo con sinceridad—, todavía no puedo darte lo que esperas, pero quiero intentarlo contigo, que empecemos de nuevo, que seamos un lienzo en blanco con infinitas posibilidades. Que luchemos por la justicia a nuestra manera, que le demos descanso a los muertos y felicidad a los vivos. Todavía soy incapaz de dejar ir todo el dolor y el resentimiento, pero soy consciente de que mi amor por ti jamás cambió, ni en la más absoluta oscuridad.

Lisandro me toma del rostro y esta vez me besa, nos besamos, con hambre y desesperación, con el anhelo por el otro, por lo que representa. El criminal y el inspector, Un Morgan y un Callum, los dos llevamos mochilas pesadas, quizás, ahora podamos compartir el peso entre ambos.

—Te amo—susurro contra sus labios, y él sonríe porque es la segunda vez que se lo digo, porque sabe que es el primero y el

último al que se lo diré.

Allá afuera el mundo sigue girando, batallas difíciles nos esperan, esto no ha terminado, al contrario, apenas está comenzando. Sin embargo, cuando estoy en sus brazos, cuando le hago el amor a este hombre, me siento invencible.

A veces la vida no te da finales felices y si es así, al menos que sea honesto, que sea tuyo, sin excusas.

Continuará...

Agradecimientos

Este libro creo que ha sido uno de los que más me han pedido a lo largo de mi carrera como escritora desde que comencé en 2019. Lo pensé cientos de veces, pero nunca podía poner en palabras esos pensamientos, hasta ahora.

Agradezco a Dios, a la vida, al Universo, esta oportunidad que me dan de estar con ustedes una vez más, de que sigan aquí y me hayan esperado años por este libro.

Gracias infinitas a todas las almas bellas que adquieren esta novela, la primera parte de la historia de Anael y Lisandro. Gracias porque están contribuyendo a mi sueño y solo con ustedes lo podré alcanzar, gracias a la gente hermosa que me deja reseñas maravillosas, que me dice que ama y llora con mis libros. Gracias, mi objetivo es tocar su alma, me alegro de poder hacerlo.

Gracias a mi comunidad de Wattpad, mis primeros lectores, que esperan cada fin de semana mi actualización. Gracias a toda la gente que contribuye a mi trabajo y me ayuda a difundirlo, los que compran, los que leen en plataformas legales, gracias, ustedes valen oro. Son los que me dan el impulso para seguir aquí.

Gracias a mi gente de Instagram que siempre está ahí compartiendo, comentando o dejando un like. No tienen idea cuánto me ayudan.

Gracias a mi familia y a mis amigos, gracias por estar ahí, incluso en los días malos.

Este libro es para todos ustedes, aquellos que están en el piso, aquellos que apenas se están levantando, ustedes pueden, siempre pueden. Miren el camino recorrido, miren todo lo que han superado, y esto también lo superarán.

Los abrazo, de alma a alma, más allá de tiempo y espacio, más allá de toda conciencia.

Los amo.

Paz.

Acerca del autor

PAZ IRIBARNE

Paz Iribarne, licenciada en Ciencias Políticas, hace algunos años decidió dejar de lado los textos políticos para dedicarse a su verdadera vocación: escribir novelas románticas cargadas de erotismo, drama y acción, con el amor como protagonista único.
Paz suele decir que escribir le permite liberar su alma, esa que muchas veces sintió estaba encadenada.
La carrera en la que se graduó jamás le permitió eso, así como tampoco el trabajo a tiempo completo que tenía en una empresa de comunicaciones. Hoy su meta es seguir escribiendo, porque es una tarea que hace con el corazón, donde se siente valorada y amada.
La autora ha creado diversas novelas y sagas del género LGBT, así como también de romance heterosexual, tales como la Saga Besos Ocultos (Gay), Trilogía Obsesiones (Gay), Trilogía Juegos de Poder (Gay), Trilogía Callums (Gay), Trilogía Locura de Amor (Gay), Saga Deseos Eternos (Gay), Deber y Deseo (Hetero), Atracción, Deseo y Caída (Romance bisexual), Bilogía Match point (Gay) Bilogía Sangre y cenizas (Hetero) Saga Prohibidos (Gay). Bilogía Morgan (Gay) Todas las obras están publicadas en Amazon.